

«Si creías que La Rompebodas era el best seller
más redondo de **Rose Gate**, estabas equivocado.

Don't be
any more wrong

Jodido CUPIDO

Métete las flechas por donde te quepan.

ROSE GATE

La sorpresa más estimulante de San Valentin ya tiene nombre.



TOXIC *

Jodido CUPIDO

Métete las flechas por donde te quepan.

ROSE GATE


COLECCIÓN
milamores

Jodido Cupido

Métete las flechas por donde te quepan

ISBN: 9788419941091

ISBN ebook: 9788419941688

Derechos reservados © 2024, por:

© del texto: Rose Gate

© de esta edición: Colección Mil Amores.

Lantia Publishing SL CIF B91966879

MIL AMORES es una colección especializada en literatura romántica y libros sobre amor publicada por Editorial Amoris - Lantia Publishing S.L. en colaboración con Mediaset España.

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.

Plaza de la Magdalena, 9, 3ª Planta.

41001. Sevilla

info@lantia.com

www.lantia.com

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a info@lantia.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Introducción



JANE

Cuando naces, creces y te cueces en Saint Valentine Falls, vives con la eterna sensación de que un querubín regordete, alado y en pañales te clavará una flecha en el cogote al mínimo despiste.

Esta pequeña población ubicada al Sur de Missouri, en Dogwood Canyon, muy cerca de la frontera con Arkansas, era conocida como Villa Cupido.

Y no era por su enorme fuente homenaje, la misma que yo intentaba evitar a toda costa porque, si bebías al mismo tiempo que otra persona, el dios del amor te condenaba irremediabilmente a unirte a ella para siempre.

Yo dejaba los para siempre para las películas.

Cuando tus ojos se encontraban por primera vez con el pueblo, podrías pensar que era el escenario ideal para una peli romántica.

Todas las casas estaban pintadas en la escala cromática de los rosas y los blancos, los tejados rojos brillantes contrastaban con el negro de las chimeneas que ayudaban a soportar el frío invierno.

El enclave era idílico, en un valle rodeado por montañas, bosques y un precioso lago, cómo no, en forma de corazón.

La naturaleza se había aliado para que todos los rincones supuraran amor. Desde la cascada de los enamorados, al bosque donde se ocultaba la cabaña de los amantes escondidos.

Cualquiera que me conozca te dirá que este lugar no tiene nada que ver conmigo, salvo porque nací, crecí y me cocí aquí junto a mis cinco hermanos.

Me llamo Jane Wallace y soy la *sheriff* de este apacible y azucarado lugar nada apto para solteros, como es mi caso. El amor me produce sarpullidos, aunque todos los ciudadanos parecen empeñados en que lo encuentre.

Enero estaba llegando a su fin, lo que significaba que el pueblo se estaba preparando para lo que era el evento del año: San Valentín.

El 14 de febrero se liaba una gorda. Los visitantes hacían cola y la estrecha carretera del valle se colapsaba para acudir al festival del amor. A mí se me quintuplicaba el trabajo y me esperaban unos días de estrés máximo, porque podías esperar cualquier cosa de ellos.

Ese tendría que haber sido un apacible día si no fuera por la noticia que iba a cambiar mi existencia para siempre.

¡Jodido Cupido!

Capítulo 1



JANE

Acababa de salir del Lovely Cake, la preciosa cafetería de Patty Sheldon, conocida por sus *cupcakes* de chocolate rosa con mini nubes de corazón y su café especiado al que todos eran adictos.

Mi objetivo era el café, por supuesto, aunque el mío lo pedía sin un gramo de azúcar, de sirope o esa espuma rosa que les flipaba a grandes y pequeños.

Patty sabía que yo pasaba de los aderezos, lo tomaba solo, doble, fuerte y muy amargo, sin rastro de esa maldita bruma esponjosa que mi ayudante adoraba.

Caminaba hacia el coche cuando un par de críos se cruzaron en mi camino, les llamé la atención por exceso de velocidad y ellos me miraron un pelín asustados, sabían que no era la primera vez que avisaba a sus padres por saltarse las normas.

Quién me ha visto y quién me ve, la mismísima Calamity Jane era la responsable de que se respetara la ley del pueblo cuando en el pasado era la primera en saltársela. Hay cosas que es mejor no recordar.

Me metí en el coche, Dax, mi ayudante, me esperaba con los pies en el salpicadero, dando una ruidosa cabezada contra la ventanilla, sus ronquidos lo delataban. Su cara estaba aplastada, el gorro torcido y la boca medio abierta. En otra época, no habría dudado en meterle un chute de caramelos explosivos, la de veces que le había gastado aquella broma a mis hermanos.

—Despierta, colega, aquí tienes tu ración de cafeína con doble de sirope, pedos de sirena y polvos de calabaza, no sé cómo puede gustarte tanta dulzura, cualquier día te conviertes en terrón de azúcar. —Él abrió los ojos sin incomodarse y me premió con una sonrisa afable.

—Eso es porque no has probado esta bomba, jefa, si lo hicieras, pasarías de ingerir jugo de tristeza. —Arrugó la nariz al ver mi vaso.

—Tú a lo tuyo y yo a lo mío. —Ninguno de los dos iba a cambiar de preferencia.

Ocupé mi asiento, le quité la tapa al café para que se enfriara un poco y soplé mientras él sintonizaba la emisora local. Siempre escuchábamos lo mismo porque la locutora del programa era mi mejor amiga y su mujer, los dos éramos incapaces de decirle a Stacey que no habíamos escuchado su programa matinal de música, noticias locales y cotilleos en el que se dejaba la piel.

La voz de Stacey no tardó en romper el silencio del vehículo, provocando una sonrisa en ambos.

—Pues, como os decía, ha llegado el momento de revelar la bomba, la noticia que Saint Valentine Falls llevaba esperando desde hace años. ¿Estáis preparados, Cupiadictos? —Así llamaba Stacey a los oyentes. Llevaba con Dax desde el instituto, aunque él era un par de años menor y cuatro centímetros más bajo que Stacey, a ella nunca le importó, recuerdo que me decía:

—*Ese bajito será para mí. ¡Es tan mono!*

Y al final lo consiguió. Si había alguien perfecto para ella, ese era el bonachón de Dax.

La música de redoble quiso darle intensidad a la noticia.

No solían pasar cosas muy importantes, más allá de la fuga de uno de los gatos de la señora Rogers, un nuevo romance, o algún tipo de concesión que mejoraba el pueblo. Tal vez se tratara de que por fin la alcaldesa había conseguido la subvención para que el alumbrado público pasaran a ser ledes rosas. Llevaba un tiempo reclamándolas, decía que mejoraría el ambiente romántico y que los visitantes lo agradecerían.

—Veinte pavos a que es lo de las farolas. —Dax rio por lo bajo, siempre estábamos apostando, en un pueblo en el que raramente pasaba algo, era un aliciente para matar el tiempo.

—Subo la apuesta a cuarenta a que se trata de traer flamencos al lago. —Dax era tan picado como yo.

—Esa es buena, aunque dudo que esos bichos sobrevivieran a las oscilaciones de temperatura.

Los tambores cesaron, Dax y yo centramos toda nuestra atención hasta que la bonita voz de Stacey regresó para resolver el enigma y desvelar cuál de los dos había ganado. Estaba convencida de que era yo, por lo que separé una de las manos del vaso de café y así exigir mi pasta sin perder tiempo.

—Afilad las flechas, solteras de Saint Valentine Falls, porque el Suspiracole ha vuelto y sin mujercita para casarse.

Como no podía ser de otra manera, después de recibir una noticia tan impactante, el café se me resbaló de entre los dedos y se me cayó encima de los pantalones.

¡Joder, estaba ardiendo!

Como acto reflejo, sin pensar, me levanté y golpeé mi cabeza contra el techo con tanta fuerza que el sombrero de *sheriff* se me incrustó hasta el puente de la nariz. Mis alaridos tronaron en el interior del vehículo mientras mi mano libre se puso a hacer aspavientos, como si eso pudiera librarme del escaldamiento.

El asunto no podía ser peor, hacía solo un día que me había sometido a mi última sesión de láser y todavía tenía sensible mi zona cero libre de pelo.

Mi mano impactó contra algo y Dax soltó una imprecación. Encima tenía a mi ayudante haciéndome los coros.

—¡Estate quieta, jefa! ¡Acabas de cocerme las pelotas!

Si hubiera podido ver, me habría fijado en que, además de tirar el contenido de ambos vasos, el coche se balanceaba de manera sospechosa y los alaridos traspasaban la barrera del sonido, y del vehículo.

Por fin di con las alas del sombrero, tiré hacia arriba, con la vista despejada, abrí la puerta para que el aire frío aliviara mi quemazón, fijo que debía acudir a la clínica por quemaduras de tercer

grado. ¡Por Dios!

Me puse a agitar la mano frente a la mancha, solo a mí se me ocurría darme un baño en café hirviendo después de una sesión de depilación láser, aunque la culpa no era mía, sino de Cole Carter, el único tío en la faz de la Tierra capaz de hacerme meter la pata.

Era un chute de mala suerte en vena y lo que había dicho Stacey era imposible, ¿verdad?

Capítulo 2



JANE

La señora Rogers, también conocida como la beata de los gatos, pasó frente a mí, echando un vistazo a mi pantalón y al de Dax, que tenía restos de espuma rosa.

—¡Degenerados! —proclamó, moviendo la cabeza para santiguarse. Nos había tenido que tocar ella.

—¡No es lo que piensa, señora Rogers! —Como si mi explicación fuera a interesarle.

Lo único que me faltaba para redondear el día era que esa adoradora de Jesús fuera sembrando la semilla de la duda sobre lo que había podido ocurrir en el interior del coche patrulla.

Los sanvalentincenses podían ser muy amorosos, salvo cuando se trataba de un chisme, eran adictos al drama, darles un buen cotilleo era como echar gasolina a una cerilla, podían desatar el peor de los incendios.

Además, la señora Rogers me la tenía jurada desde que, de pequeña, le arranqué parte de su parterre de peonías para hacerle un ramo a mamá en el día de la madre. ¿No dicen que los cristianos quieren el bien del prójimo? Pues a ella no parecía importarle.

En mi defensa diré que tenía diez años y nuestra familia siempre tuvo muy pocos recursos.

—Jane, ¿estás bien? —se interesó Dax preocupado.

—¿En serio lo preguntas? —gruñí sin dejar de sacudirme el pantalón.

Parecía que mi entrepierna hubiera hecho aguas ante la noticia del regreso del capullo de Cole, como seguramente le estaría pasando a las mujeres del pueblo; la diferencia radicaba en que yo lo odiaba, no formaba parte de esa gran mayoría que se moría por los huesitos de una de las mayores estrella de fútbol del país, o por lo menos, ya no. Todos tenemos un pasado difícil de digerir.

—Lo siento —me disculpé, mirando el desastre que había formado en unos segundos.

—Cosas que pasan —respondió sin darle importancia.

—La señora Rogers va a armar una buena.

—Olvida a esa vieja amargada. Stacey dice que si los hermanos Grimm la hubieran conocido, habrían reemplazado a la bruja del cuento por la señora Rogers. —Los dos nos echamos a reír.

Dax me ofreció su paquete de pañuelos.

—Gracias. —No es que pudiera asearme demasiado, aunque secarme un poco era mejor que nada—. Dime una cosa, ¿sabes si la alcaldesa ha cambiado la fecha de los Santos Inocentes?

—Que yo sepa no. —Se rascó la nuca—. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque es imposible que Cole Carter haya vuelto, lleva quince años sin pisar el pueblo y sus padres se mudaron con él cuando se marchó a la universidad.

Lo sabía demasiado bien.

—Era tu vecino, ¿verdad?

—Exacto. —Mi odioso, lamentable y patético vecino.

—Pues no tengo idea, jefa, pero ¿su casa no es la que queda al lado de la tuya?

Sí, la misma en que nací, crecí y me sigo cociendo porque no tengo aire acondicionado en verano, yo y todos mis hermanos. Aunque la única que seguía en la casa Wallace era yo.

Todos se habían largado después de casarse, o irse a vivir con sus respectivas parejas. Incluso mis padres decidieron mudarse a una más pequeña y práctica. Yo me quedé porque, a ver, mi economía, siendo madre soltera, tampoco podía aspirar a algo mejor. Así que no desprecié el regalo que me hizo mi familia dejándome vivir en ella a cambio de que la fuera actualizando en la medida de lo posible.

Dios no me dio feminidad, pero sí habilidad para el bricolaje, además de tener la mejor puntería del condado.

—La misma —le respondí, volviendo al tema de conversación.

—¿La vendieron cuando se marcharon? —Negué.

El que eso no sucediera me dio cierta esperanza de que Cole regresara, el sentimiento de expectación se alargó hasta el cuarto año, recuerdo perfectamente el día en que la tele anunció que los Giants lo habían fichado, era su sueño desde que era un enano y jugaba con mi hermano Travis en el equipo local. Eran culo y mierda, allá donde estaba Cole, estaba Trav.

—No, que yo sepa —respondí.

—Pues igual es que ha vuelto para respirar un poco de aire puro, o quizá esté aquí porque la quiera poner a la venta. —Era una opción, si era por ese motivo, solo habría venido a entregar las llaves a Matt, quien se encargaba de vender todas las propiedades del pueblo, lo que me llenaba de tranquilidad.

—Tu mujer no te ha comentado que hoy fuera a hacer una broma ni nada de eso, ¿no? —Él negó.

—Ya la conoces, casi nunca me avanza el contenido del programa, tampoco entendería la broma, la verdad. Cole Carter siempre fue una leyenda, y si engañara a la audiencia con su regreso, se le echarían al cuello. —Eso era cierto, Stacey no se la iba a jugar mintiendo así, y mucho menos a las mujeres. Si él hubiera seguido en el pueblo, estoy convencida de que el nombre del concurso anual de cartas de San Valentín lo habrían cambiado por el de cartas a Cole Carter.

Era una maldita pesadilla, tenía el pulso disparado y el frío empezaba a helarme los pantalones.

—Venga, nos largamos —anuncié. Me conocía y no podría dejar de darle vueltas hasta cerciorarme de si su regreso era verdad.

—¿A dónde? Creía que hoy tocaba...

—Hoy toca lo que yo diga, que para eso soy la *sheriff* —respondí sin un ápice de humor, el

Suspiracole se lo había cargado de un plumazo.

—Por supuesto, jefa, a la orden.

Dax regresó a su asiento y yo volví al del conductor. Arranqué pisando con tal fuerza el acelerador que los vecinos se nos quedaron mirando con cara de susto, pensarían que se trataba de una emergencia, y es que en el fondo lo era.

Si Cole Carter estaba en el pueblo, tenía que invitarlo a largarse cuanto antes.

Capítulo 3



COLE

Quince años sin pisarlo, quince años sin ver el lugar que me lo había dado todo. Mi infancia, mis amigos, mis primeras veces...

Saint Valentine Falls era un lugar que parecía atrapado en una cápsula del tiempo.

Estaba atravesando la peor crisis de los últimos años, todavía no se había hecho oficial, pero estaba acabado, llevaba arrastrando una lesión en la rodilla izquierda desde hacía tres temporadas y el médico me dio un ultimátum: un partido más podría marcar la diferencia entre caminar o terminar en una silla de ruedas.

No era lo que había planeado, tenía treinta y tres años, y aunque muchos jugadores se retiraban a los treinta, Tom Brady no lo había hecho hasta los cuarenta y cuatro.

No es que aspirara a ser él, pero por lo menos quería apurar un par de temporadas más, que era lo que tenía estipulado con los Giants y después... después... Después no tenía ni puta idea de lo que haría porque mi vida era el fútbol.

Desde que cayó por primera vez un balón entre mis manos, no había hecho otra cosa que no fuera arrojar esa pelota con forma de melón, además de mordisquearla. La primera me la dieron a los seis meses.

A la gente solían dársele bien un montón de cosas, a mí no, yo solo servía para dirigir el ataque del equipo, lanzar el balón a los receptores, tomar decisiones rápidas sobre qué jugada se debía ejecutar en cada momento. Incluso me costaba un horror cuando me llamaban para hacer entrevistas o posar en campañas publicitarias.

Era como si solo hubiera nacido para ser *quarterback* y todo lo demás fuera un logaritmo neperiano que era incapaz de resolver.

Y ahí estaba, de regreso a mis orígenes, donde todo empezó, intentando encontrar una respuesta que, para la gran mayoría, sería más que obvia y, sin embargo, para mí, significaba perder mi rumbo por completo.

Entré en la casa de mis padres con Eros, mi *border collie*, quien arrojó un enorme estornudo en cuanto husmeó el suelo.

No le había contado a nadie que venía, por lo que la vivienda estaba tal cual la dejamos, bueno, con unas toneladas extras de polvo que se acumulaban por toda la superficie.

Me faltaba un mes para terminar con la rehabilitación, para aquel entonces se esperaba mi reincorporación o mi cese, dependiendo del informe del doctor y, por supuesto, mi decisión

consensuada con el entrenador y el dueño del equipo.

No estaba solo, además de Eros, me acompañaba Tara, mi fisioterapeuta, la cual acababa de deslizar sus gafas de sol por el puente recto de su nariz para admirar el lugar en el que se hospedaría. Llevaba los últimos cuatro años en mi plantilla personal, contaba con sus servicios a diario. Alguien tan propenso a machacarse el cuerpo tanto como yo debía ligarse a los mejores profesionales, y Tara lo era.

—Madre mía, ¡no exagerabas! Si Barbie hubiera elegido un lugar para enamorarse, habría sido tu pueblo, ¡menudo lugar más pintoresco!

—Ya te lo dije, además, no ha cambiado ni un ápice.

Tara fue campeona de atletismo nacional a los diecinueve, una lesión truncó su carrera deportiva impidiéndole volver a correr de manera profesional y participar en las olimpiadas. Aquel hecho la hundió por completo, pasó una época bastante jodida, lo habíamos hablado en más de una ocasión, creía que no podría remontar, que sería incapaz de hacer otra cosa, pero, al final, le dio la vuelta a la tortilla y decidió ligarse al deporte de un modo distinto. Nada como una exatleta reconvertida en fisioterapeuta para comprender a un deportista que se jugaba su carrera y la ponía en sus manos.

Eros volvió a dar otro estornudo, y yo lo llamé para que viniera a respirar un poco de aire puro.

—¿En serio esta es tu casa, o es Villa Ácaros? —preguntó Tara, pasando el dedo por la consola de la entrada.

—Lleva quince años vacía, da las gracias a que siga en pie y no se la haya comido una plaga de termitas.

—Dime que por lo menos funciona el agua caliente —suspiró exhausta.

Llevábamos diez horas y cuarenta y cinco minutos de viaje, sin contar el tiempo extra que tuvimos que pasar en el aeropuerto de Nueva York para facturar el equipaje.

Al aterrizar en Springfield, cogimos un taxi que nos llevó a la estación de autobuses. Dos transbordos después, Lampe nos dio la bienvenida, allí nos aguardaba el coche de alquiler que conduje hasta mi pueblo natal.

—Eso espero. —Ella hizo rodar los ojos con desesperación.

—Con lo previsor que eres, me extraña que no hayas enviado un equipo que dejara esto a punto antes de tu llegada.

—Fue una decisión de última hora, no tenía tiempo, tendremos que conformarnos con lo que hay, y si no, ya te dije que te pagaba una habitación en el hotel del pueblo.

—Espero que no sea necesario, no es que me entusiasmen los colchones de hotel y su activa vida interior. Ahora mismo necesito una ducha y una cama con urgencia —murmuró, haciendo crujir su cuello—. ¿Mi cuarto?

—Subiendo las escaleras a mano derecha, es la segunda puerta, el baño te queda justo enfrente.

—¿Habrá sábanas?

—Si no se las han comido las polillas, debería haber en el armario.

—Este lugar es una maldita trampa mortal, ¿sabías que el polvo lo conforman polen, deshechos de comida, ácaros, caspa de mascotas, excrementos y cadáveres de insectos?

Pasé un dedo por la consola y lo chupé.

—Mmm, sí, diría que este es 70 % caspa de mascotas, 20 % excrementos de insecto y un 10 % de cadáveres.

—¡Cerdo! —dijo, riéndose mientras se alejaba.

Tara ya estaba habituada a mis bromas, aunque últimamente mi humor se hubiera ensombrecido bastante, que a uno le dijeran que estaba acabado no era plato de buen gusto para nadie.

Eché un vistazo por encima, la mayor parte del mobiliario estaba cubierto por sábanas blancas. De pronto, volví a verme corretear sobre el suelo de madera natural, descalzo, en pantalón de deporte, mientras Travis me perseguía por toda la casa insistiéndome para ir a jugar con sus hermanos a la casita del árbol, o mejor dicho, nuestro cuartel general.

Di la vuelta sobre mí mismo y puse los ojos en la propiedad vecina, la casa de los Wallace. Si me concentraba, podía verlos reír, bromear y gritarse como si no hubiera un mañana.

Alcé la vista hasta su ventana y poco a poco mi sonrisa se fue esfumando, convirtiéndose en una fina línea amarga.

En esa habitación dormía la más peligrosa de los hermanos, y no solo porque fuera la mente pensante de todas las trastadas, sino porque era capaz de hacerte perder la cabeza, la cordura y el corazón.

Un coche patrulla dio un fuerte frenazo frente a mi entrada, un enorme nubarrón de polvo se arremolinó a su alrededor. Eros dio un par de ladridos y yo lo hice callar. No ajusté la puerta, pensé que por un poco más de suciedad no pasaba nada.

Apenas pude ver a las dos figuras que emergieron ante tanta polvareda, si hubiera sido verano, la cosa se habría puesto bastante peor. Mi calle era la única que no estaba asfaltada en toda la población. Mi padre nunca quiso pagar la derrama porque decía que el asfalto le restaría carácter, y los vecinos de enfrente, porque no podían permitírselo.

Cuando las partículas en suspensión cayeron y los agentes se pusieron delante de mí, el suelo se abrió bajo las suelas de mis zapatos de tres mil dólares al ver de quién se trataba.

Capítulo 4



JANE

25 años antes

Me puse la mano sobre los ojos, alcé la barbilla y miré a mis hermanos, que estaban en la plataforma de la cabaña del árbol.

—¡Quiero subir! —berreé, contemplándolos enfurruñada. Travis y Jake se miraban el uno al otro para después desviar los ojos hacia mí sin un ápice de compasión.

—Ya te hemos dicho que no, Jane, esta es la cabaña de los chicos Wallace y tú no eres un chico.

—Pero ¡soy una Wallace! —protesté sin comprender por qué mis hermanos mayores no me dejaban subir.

—¡Eso da igual! —protestó Travis—, no tienes colita y nunca la tendrás. —Él y Jake chocaron el puño cómplices.

La señorita Holloway nos dijo en clase que la personalidad se forja a los seis años, justo la edad que yo tenía entonces. Que uno siempre sería el mismo que en el patio del colegio o, en ese caso, que el de la cabaña del árbol. En ambos lugares, mis hermanos mayores, Jake de nueve y Travis de ocho, se ocupaban de recordarme cuál era, según ellos, mi lugar. Los trillizos eran unos bebés que empezaban a corretear, así que no podían opinar, y si hubieran podido, que también fueran chicos no jugaba a mi favor, tenían pase directo a la cabaña, todos menos yo, incluso le dejaban subir al vecino.

Cole Carter se pasaba innumerables horas en mi casa, y eso que la suya era mucho más bonita, espaciosa y siempre olía a flores recién cortadas.

—¡Sí que la tengo! ¡Mira! —exclamé, señalando mi pelo. Lo llevaba recogido en la parte alta de la cabeza, decorado con una cinta de color verde que sujetaba mi coleta.

—¡Esa no sirve, tonta! Tienes que tenerla aquí abajo, como nosotros. —Jake se señaló la entrepierna y Travis lo secundó carcajeándose y moviendo la cadera.

Me los quedé mirando fijamente.

—¿Y eso quién lo dice?

—La ley de la casa del árbol —apuntó Trav.

—Y si os enseño que puedo tenerla ahí abajo, ¿me admitís? —Mis hermanos se mofaron de mí.

—¿Qué es lo que debes tener ahí abajo, Calamity?

La pregunta la había lanzado mi futuro marido y mejor amigo de mis hermanos, o eso pensaba yo en aquel entonces. Mi madre siempre le decía a Cole que acabaría casándose conmigo para que oficialmente fuera un Wallace, mientras Travis la miraba con cara de asco y su mejor amigo sonreía sonrojado.

—Mi pase a la cabaña —murmuré, dándome la vuelta para ignorarlo mientras regresaba a casa.

Era verano, hacía un calor insoportable y mi madre se empeñaba en hacerme una cola alta porque siempre estaba correteando de acá para allá persiguiendo a mis hermanos mayores, que intentaban huir de mí.

¿Por qué había tenido la mala suerte de nacer niña? Si todos eran chicos, ¿por qué me había tocado a mí ser la distinta? Eso me enfadaba.

Todavía recuerdo la fiesta de revelación de sexo de los trillizos, en la que había cierta esperanza, podrían haber sido tres niñas, o dos niños y una niña, o dos niñas y un niño, pero no, mis padres hicieron pleno a las tres pichas.

Mi madre quiso hacer un evento de esos en los que pinchas un globo y estalla en papelitos de colores. Yo estaba enfadada porque Bethany Carmichael, la niña bonita de los rizos rubios, hija de la alcaldesa y del director de la oficina de correos, iba a la clase de Travis y mi hermano estaba loquito por sus huesos, como todos los demás. Un día que vino a merendar a casa, con él y con Cole, me dijo que cuando nacieran los bebés, pasaría a ser la mediana y que a las medianas no las quería nadie, que los padres siempre se olvidaban de ellas, como le pasó al niño de *Solo en Casa*, que se lo dejaron en vacaciones y entraron unos ladrones.

Yo me asusté mucho, jamás había ido de vacaciones fuera del pueblo y me daba tremendo pavor que me pudiera ocurrir a mí, así que me dediqué a convertirme en el centro de atención, realizando las trastadas más inverosímiles a la menor oportunidad. Necesitaba que no se olvidaran de mi existencia.

Acumulando chiquilladas fue como nació Calamity Jane, el sobrenombre procedía de una antepasada mía, mi padre me contó que fue conocida por ser una defensora fronteriza, exploradora profesional y luchar contra los amerindios. A mí me parecía una pasada y decidí que algún día sería como ella porque a él le brillaban los ojos al explicarme lo increíble que era.

Pues bien, llegó el día de la fiesta y yo estaba enfadadísima, porque aunque hubiera intentado que el embarazo de mi madre no existiera, ahí estaba, y sí o sí iba a ser la mediana, teniendo en cuenta que no venía uno, sino tres bebés.

Su tripa estaba gordísima, mucho más que el gigantesco globo que sujetaba.

Había un montón de comida y bebida, los vecinos habían traído cada uno una cosa distinta y reían y hablaban mientras yo no podía dejar de rascarme por culpa del odioso vestido que me había puesto, encima no dejaba de regañarme por que no hiciera esto o aquello para estropearlo, que tomara ejemplo de Bethany Carmichael, quien era una auténtica señorita.

Ella llevaba un vestido rosa, con un lazo a juego que sujetaba los tirabuzones que se arremolinaban alrededor de su cara. Estaba entre Cole y Travis, agitando las largas pestañas y

sonriéndoles a ambos. La alcaldesa siempre se jactaba de que su pequeña llegaría lejos, ninguna otra niña ganaba el concurso de belleza del pueblo y todo apuntaba a que ese año se alzaría con el título de Miss Belleza Sureña del condado.

Mi padre les dio las gracias a todos, tanto por acudir como por los regalos. El Pastor Mayers se había encargado de hacer una colecta con la congregación, era un secreto a voces que mi familia no era de las más pudientes de la comunidad.

Papá trabajaba de ayudante en una granja, los animales se le daban genial, tenía un don con los caballos y era el más rápido esquilando la lana de las ovejas. Mamá también quitaba lanas, pero de las clientas en su pequeña peluquería. Nunca nos faltó un plato caliente en la mesa, pero sus sueldos eran justos, y si contábamos que venían en camino tres bocas más que alimentar, toda ayuda era poca.

Mi progenitor terminó el discurso de agradecimiento y me llamó, era el momento estelar. Me habían designado el glorioso papel de pinchar el globo, aunque a mí no me hacía gracia alguna y hubiera preferido que lo hicieran Jake o Trav.

Caminé hasta mis padres enfurruñada, rascándome sin parar. Mi padre me dio uno de los dardos con los que jugaba en el bar y mi madre me pidió que me dejara de rascar.

—Toma, Jane, anda, pincha el globo y desvélanos a todos qué viene en camino.

«Como si a mí me importara».

Él me miró con cara afable, tenía el pelo oscuro como Jake, mientras que yo era castaña cobriza como mi madre y Travis rubio como el tío Patrick.

Agarré el dardo y centré toda la atención en la gran esfera que mamá sujetaba por una cinta. Tiró de ella lo suficiente para que yo tuviera acceso.

—¡No la fastidies, Jane! —se carcajeó Trav con Jake. Cole Carter me miraba con sus enormes ojos castaños, entre divertido y curioso. ¿Pensaría mi futuro marido que iba a fastidiarla?

Quise acertar para cerrarles el pico, pero el látex era muy grueso, y cuando fui a darle, el globo no sufrió daño alguno. El dardo rebotó y cayó al suelo.

Bethany rio, seguía entre Travis y Cole, agitando los bucles. Yo la miré y ella vocalizó un «vas a ser la mediana», mostrándome sus dientes blancos. Entré en pánico, y no ayudó que mi hermano le dijera al vecino que él sabía que iba a pifiarla, que no eran cosas que se les pudiera dejar a las chicas.

Mi padre me murmuró que no pasaba nada, que probara de nuevo, pero el daño ya estaba hecho, estaba furiosa. ¡Ser una chica era un asco y, encima, iba a ser la mediana!

Miré el pie de mi hermano con rabia y, en lugar de volver a apretar el dardo contra el globo, lo apunté hacia el pie de Travis. Lo lancé con toda la intención y las ganas de acertar. Aunque no lo hice, el proyectil se desvió y se hincó en el pie del pastor Mayers, quien dio un enorme alarido.

Mi madre, del susto y el bochorno, soltó el globo para socorrer al párroco, y al escuchar el sonido contenido de los vecinos, se dio cuenta de lo que había hecho. Ya era demasiado tarde para poder recuperarlo, la esfera se alejaba rumbo al cielo dejándonos a todos con la intriga.

Entonces pasó algo inesperado. Cole Carter corrió en dirección al pastor, le arrancó el dardo

de cuajo y, como si se tratara de uno de sus pases de oro, lo tiró con todas sus fuerzas y la esfera estalló soltando cientos de papelitos azules que se desperdigaron por el cielo.

No obstante, ya había quedado en evidencia. A mí me cayó una buena regañina por fastidiarles la fiesta a mis padres y el pie al reverendo.

Una vez estuve dentro de casa, fui al baño y me dispuse a convertirme en un chico Wallace.

Volví a la casita del árbol, subí las escaleras y me planté con las manos en las caderas frente a mis hermanos y el vecino.

—Ya está, ya tengo la colita donde debe estar.

Los tres pares de ojos se giraron hacia mí y pasaron de mi pelo, ahora corto y lleno de trasquilones, a mi entrepierna, en la que quedaba suspendida la coleta recortada. La tenía pegada por unas tiras gruesas que usaba mi padre cuando pintaba la casa.

Los miré con cara de suficiencia y me senté junto a ellos orgullosa de mi hazaña.

—Ahora ya soy un chico Wallace.

Capítulo 5



COLE

Allí plantada, delante de mí, tenía a la mismísima Calamity Jane enfundada en un puto uniforme de *sheriff*, sombrero incluido. Verla de aquella guisa daba para mucho en mi más que reproable imaginación.

Si tirarse a una mujer con uniforme ya era una puta fantasía, tirarse a la *sheriff* de Saint Valentine Falls era jugar en la NFL del morbo.

Sabía que el tiempo solo podía correr a su favor, pero ¿era necesario que lo hiciera de una manera tan brutal? ¿Y a quién podía sentarle bien vestir de cabeza a pies en color marrón? Estaba claro que a ella, porque acababa de convertirse en mi nuevo color favorito.

Seguía conservando aquella cara de pillá, con el puente de la nariz moteado en pecas. El pelo castaño rojizo, algo alborotado, como si acabara de levantarse de la cama o una mano masculina hubiera tirado de él, de una forma más que placentera, enmarcaba un rostro mucho más anguloso del que recordaba.

Ya no quedaba nada de la redondez de las mejillas de los dieciséis, lucía unos bonitos pómulos altos, una boca más que apetecible y esos profundos ojos verdes cargados de... ¿hostilidad?

Sí, sería una buena palabra para definir su expresión, supongo que porque había desoído su orden de no volver a pisar el pueblo nunca más. Pasé de su rostro al del tipo que la acompañaba, me sonaba, aunque no estaba muy seguro de quién era.

A juzgar por sus entrepiernas mojadas, las de ambos, debían haber sufrido un *coitus interruptus* digno de hacer cabrear al más pintado, lo que no era de extrañar, porque si yo tuviera una mujer como ella, sería difícil que mis manos se distanciaran de su cuerpo.

—Hola —les saludé con tono afable—. No me lo digáis, ¿sois el comité de bienvenida?

—Más bien el de despedida, ¿qué narices haces aquí, Carter? —preguntó ella malhumorada. Vale que no me esperaba un efusivo abrazo, pero teníamos un pasado en común y un millar de anécdotas juntos, por el amor de Dios, ¡si prácticamente me crio su madre! Sin embargo, no parecía bastar, Jane Wallace no me quería cerca, su lenguaje corporal mostraba un *stop* como una catedral. Aun así, ella no era nadie para decirme si podía quedarme o no en el pueblo.

—Que yo sepa, esta sigue siendo mi casa, así que si os han dado aviso de allanamiento de morada, se han equivocado.

—¿Estás seguro de que tus padres no vendieron la casa?

—Segurísimo. Por cierto, quién te ha visto y quién te ve, siempre creí que terminarías con tu culo en la cárcel, no pateando el trasero de otros para meterlos —la provoqué.

—Si te ofreces voluntario, no me importaría patearte el tuyo, tengo el calabozo vacío y un precioso camastro VIP para los que me provocan. Y para tu información, nunca me gustó cómo me sentaba el naranja —alegó, haciendo referencia al mono que llevaban los presos en Missouri.

—Ahora que lo dices, tienes razón, el marrón siempre te sentó mejor, como aquella vez que terminaste hundida en aquella montaña de estiércol, ¿lo recuerdas? —Claro que lo recordaba, solo hacía falta verle la cara—. Por mucho que te bañaste, tardaste más de una semana en quitarte el aroma a boñiga. —El tipo que estaba a su lado se puso a reír bajo el bigote y ella lo miró tan mal que el pobre casi se ahogó. Bajé los peldaños que nos distanciaban—. Lamento haberos pillado en mal momento —me disculpé desviando la vista a sus entrepiernas. La expresión de Jane mutó, se asemejaba a una olla exprés al borde del estallido—. Cole Carter —alargué la mano para estrechársela al tipo de uniforme que permanecía a su lado, tenía cara de buena gente y me seguía sonando...

—Dax Buchanan, mi hermana Susy iba a tu clase. —Estreché la mirada y alcé las cejas lleno de alegría.

—¡Claro que sí! ¡SuperSusy! Dime que tu hermana llegó a astronauta, siempre nos fundía a todos en los proyectos de Ciencias. —Dax rio.

—Siempre tuvo un poco la cabeza en la luna, eso no te lo discuto, pero terminó quedándose aquí al acabar la carrera. Ahora es profesora de Ciencias en el instituto, y la verdad es que no se le da nada mal.

—Eso también le pega, a mí me dio algunas clases particulares, ¿sabes que gracias a ella pude aprobar y largarme de este sitio?

—Y menos mal que lo hiciste —respondió Jane, metiéndose de lleno en el barro—. Lo que no entiendo es por qué has vuelto, aquí no se te necesita, Carter. Vuelve con tus Giants, allí se valoran más tus pelotas.

—No seas tan dura, jefa. ¡Es Cole Carter!

—¿Y a mí que me importa quién sea?

—No sufras, Dax, conozco ese carácter más de lo que me gustaría y diría que se le nota a la legua que necesita desfogar. ¿Por qué no os metéis en casa y acabáis lo que he interrumpido?

Dax soltó una carcajada.

—Uy, no, no, ¡qué va! Jane y yo no...

—¡Cállate, Dax! —profirió ella, arrugando la nariz ofendida—. Y tú métete en tus asuntos, no tienes ni idea de cuándo necesito o no necesito desfogar. ¿Cuándo dices que te vas?

—No lo he dicho, ni tampoco decidido.

—Oye, Cole, como era previsible, el agua caliente no funciona. —Tara se asomó a la puerta envuelta en una toalla de baño. Los ojos de Jane volaron a ella y la contempló con una mezcla de sorpresa y rabia contenida.

—Y sería raro que lo hiciera —se dirigió a la yugular de mi fisioterapeuta—, esas cañerías deben estar congeladas, además de llenas de porquería, y el depósito de gasoil seco. Lo más

probable es que si a alguien se le ocurre la brillante idea de llenarlo y accionar la caldera, empiecen a salir fugas por todas partes.

—¡Oh! ¡No fastidies! —musitó Tara decepcionada. La mirada ceñuda de mi exvecina volvió a mí, mientras que Dax hacía lo imposible por no contemplar la piel de ébano de Tara.

—Lo mejor es que os larguéis al hotel mientras le entregas las llaves de la casa al de la inmobiliaria.

—¿Y por qué demonios tendría que hacer eso?

—Pues para venderla, ¿no es por eso por lo que has venido? Tu vida está en Nueva York, con ella, no en un pueblo en mitad de ninguna parte —comentó, entornando los ojos en dirección a Tara.

—Pues ahora mismo lo que me apetece es estar aquí y que Tara conozca mis raíces.

—¿Es porque pensáis quedaros al festival? —cuestionó Dax, llenando la cara de Jane de absoluto horror.

—Entre otras cosas.

—¡Genial! Entonces, bienvenidos, y si necesitáis cualquier cosa de la *sheriff*, o mía, el número de la comisaría está en la guía, como siempre —puntualizó Dax. ¡Cómo no, Saint Valentine Falls debía ser de los últimos lugares del planeta que seguía manteniendo su guía telefónica!

—No creo que haya una actualizada —respondí.

—Tranquilo, luego me acerco y te traigo una, o le puedes pedir la suya a Jane, al fin y al cabo, sigue viviendo ahí en frente.

Noté el placer recorriendo mis tripas por la información que acababa de darme Dax, ya sabía que no estaban juntos. Por lo menos, no casados. Una pregunta más y obtendría la respuesta que llevaba tiempo planeando por mi cabeza.

—¿Con tu marido? —le pregunté a ella.

—Nah, ¿quién va a querer a nuestra calamidad favorita? Es hablar de amor y le salen sarpullidos, vive con...

—¡Cállate de una maldita vez, Dax! —espetó cargada de resentimiento. Bingo, no estaba casada, aunque vivía con alguien, y si el amor le daba sarpullidos, conociéndola, compartiría casa con una mofeta o un cerdo salvaje—. Largaos cuanto antes de mi pueblo. ¡¿Me oyes, Carter?!

—¿O qué? —pregunté, cruzándome de brazos.

—O te arrepentirás —comentó, dándose la vuelta. Silbó y Dax se dio por aludido.

—¡Saluda a tu hermana de mi parte! —exclamé antes de que se marcharan.

—Descuida. Un placer. A-adiós, Cole, Tara. Bienvenidos a Saint Valentine F... —No pudo terminar la frase porque, en cuanto entró en el coche, Jane arrancó sin esperar a que cerrara la puerta, granjeándose una sonrisa de mi parte.

Volví al interior de la casa, donde mi fisio me esperaba con un interrogante en su bonita cara.

—¿Qué ha sido eso?

—Eso ha sido mi pasado llamando a la puerta.

—Pues tu pasado parece querer mantenerte bien lejos. ¿Por qué nunca me has hablado de la

sheriff?

—Porque hay cosas que es mejor no remover. Anda, haz una bolsa con lo necesario e iremos al hotel, alquilaré una habitación para que podamos asearnos mientras llamo a Stan para que nos llene el depósito.

—Pero ella ha dicho que...

—Olvídate de Calamity, solo lo ha hecho para molestar. Voy a llevarte a comer al mejor restaurante de la zona, además, tiene unas preciosas vistas al lago.

—Um, eso suena demasiado bien.

—Entonces no te entretengas más.

Tara regresó escaleras arriba y yo fui en busca de algunas de mis pertenencias para quitarme la mugre de encima.

Eros vino cubierto de polvo y le sacudí la cabeza.

—A ti te llevaremos a la peluquería canina, colega. —Él ladró en respuesta. Sin quitarme a cierta *sheriff* de hospitalidad dudosa, dirigí una última mirada a través de la ventana a la casa de los Wallace, serían unos días interesantes.

Capítulo 6



COLE

—¿Cole Carter?! ¿El putísimo Cole Ciclón Carter está de regreso y no se ha dignado a avisar? Hubiera reconocido esa voz en cualquier rincón del universo.

—Travis Tiburón Wallace. ¡Cuántos años, colega! —Salí despedido para abrazarme contra mi mejor amigo, quien no dudó en recibirme y ponerse a darme golpecitos como cuando éramos unos polluelos.

—¡Mírate! ¡Eres un jodido armario!

—Y tú te has quedado hecho un fideo. —No es que estuviera delgado, solo que si lo comparabas conmigo, le sacaba unos veinte kilos de músculo fijo.

—¡Pedazo de cabrón! Si no llega a ser por Stacey, no me entero de que has vuelto.

—¿Stacey?

—Sí, la mejor amiga de mi hermana, ¿la recuerdas? Pelirroja, bajita, con aparatos, bueno, eso era antes, a lo de los *brackets* me refiero, su pelo y su estatura siguen siendo los mismos.

—Te he entendido, aunque he recibido muchos golpes, sigo manteniendo alguna neurona con vida.

Un ligero carraspeo desvió la atención de Travis.

—Déjame que lo ponga en duda. —Mi mejor amigo le dio un repaso a Tara que hubiera dejado temblando a cualquier mujer, cualquiera excepto a ella, por supuesto.

—¿Tu mujer? —preguntó, alzando las cejas.

—¡Qué más querría! Soy Tara, su fisioterapeuta, y estoy soltera.

He obviado que cuando Tara ve a un tío que le pone, pilla la directa. Es de las que opina que no hay tiempo que perder y que el «no» uno lo lleva de serie.

—Travis, su colega del pueblo, separado y dueño de este sitio —extendió los brazos, señalando el restaurante.

—¡No jodas! ¿En serio? —pregunté, alucinado, mirando a mi alrededor. Le había hecho un lavado de cara integral, la decoración iba mucho con el ambiente, parecía integrarse a la perfección con el paisaje exterior. Era de esos sitios que tildarías de bonito y confortable, como un refugio en el que pasar tiempo sin que las horas pesen.

—Sí, bueno, no todos tenemos la suerte de poder ir a la uni becados y que nos fichen los Giants de Nueva York —se pavoneó—. Tuve que buscar un plan B, mi año de ahorrar para poder pedir un crédito se convirtió en dos, pasé de ayudante a camarero y al final a encargado de sala. Me di

cuenta de que no solo el fútbol se me daba bien, así que cuando el viejo Moe sugirió que me quedara con este sitio dándole una entrada, tocó decidir y al final me quedé aquí. Ahora puedo decir que no se me ha dado mal.

—Nada mal, aunque si era cuestión de dinero, yo... —Trav llevó su mano a mi hombro.

—Lo sé, y te lo agradezco, pero uno tiene que ser consecuente con lo que es y a lo que llega. —Recordaba haber oído esa frase en más de una ocasión en casa de los Wallace, aunque la decía su padre en lugar de Travis—. Yo no jugaba mal, pero tú siempre fuiste la estrella, además, he descubierto que esto me gusta.

—Me alegro, tío.

—¿Y podemos comer algo además de hablar? —preguntó Tara con las tripas rugiendo.

—Encanto, yo a ti te doy lo que quieras. Sherry, ¡búscales la mejor mesa a este par, la casa invita!

—No es necesario.

—Ya lo creo que sí, porque vas a compartir la experiencia Lovely Lake en tus redes sociales, además, nos haremos una foto que imprimiré tamaño póster en la que firmarás que ha sido la mejor comida de tu vida. Por supuesto que a tu lado aparecerá el dueño del establecimiento con su seductora sonrisa. —Solté una carcajada.

—Eso está hecho. —La camarera vino a acomodarnos y soltó un suspiro nada más verme.

—Cómo extrañaba ese sonido. Gente de Saint Valentine, ¡el Suspiracole ha vuelto! —gritó Travis a los comensales, quienes rieron al verme—. Chicos, os veo en unos minutos.

Mi mejor amigo de la infancia le guiñó un ojo a Tara, y esta lo premió con un repaso cargado de intenciones.

—Podrías cortarte un poco —le comenté jocoso mientras Sherry nos guiaba a la terraza.

La había acristalado para poder comer en invierno sin pelarse de frío, lo cual me parecía una gran idea porque era uno de los mayores atractivos del restaurante. También había varias estufas distribuidas entre las mesas para estar mucho mejor. Y no me pasaron inadvertidos las mantas y los cojines. Eso era genial.

—¿Por qué tendría que hacerlo? Ya lo has oído, está separado, yo soltera y somos adultos, ¿cuál es el problema? —susurró sin un ápice de vergüenza. Si hubiera crecido aquí, se habría dado cuenta de que hasta las plantas escuchan, aunque a Tara eso no le supusiera inconveniente alguno.

—Que esto no es Nueva York y tu incursión en el Missouri profundo puede convertirse en la próxima noticia de Radio Cupido.

—Paso de cotilleos de pueblo.

—Si eso no te afecta, quizá a su hermana le apetezca meterte en la cárcel por zumbarte a su hermanísimo.

—No fastidies, ¿que la *sheriff* que te tiene ojeriza es su hermana?

—Pues imagínatela de cuñada, ¿te he dicho que la llamaban Calamity Jane?

—¿Y eso por qué?

—No quieras saberlo.

—Me da a mí que sí lo quiero saber. Tenemos mucho tiempo por delante y me gustan las chicas guerreras.

—Esa no, te lo garantizo.

—Deja que lo juzgue por mí misma, y respecto a su hermano, lo que quiero del rubito es un polvo sin compromiso, ya podrías haberme hablado sobre las joyas locales.

—¿Y fastidiarte la sorpresa? Prefiero verte de caza. Hace siglos que no piso este sitio, no tenía ni idea de cómo les había ido a los Wallace.

—Pues así, a bote pronto... —murmuró, echándole otro repaso a Travis, que estaba en la barra y le dedicaba una sonrisa canalla—, diría que nada mal.

—Aquí tienen las cartas, ¿les puedo ofrecer el cóctel de la casa para empezar?

—Adelante, Sherry, veamos con qué puede sorprendernos este lugar —comentó Tara, ganándose un asentimiento de la camarera.

—Disculpa —le dije antes de que se retirara—, ¿puedes asegurarte de que a mi perro no le falte nada? —Le ofrecí un billete que ella cogió con agrado.

—Por supuesto, señor Carter, como ya habrá observado, este local dispone de un espacio *pets friendly*, donde nos ocupamos de que las mascotas tengan el trato que merecen.

—Perfecto, se llama Eros y es el *border collie* blanco y negro.

Sherry se retiró, y cuando giré la cabeza hacia la entrada, volví a toparme con una expresión disgustada que se apartó de mi cara de inmediato para dirigirse a la barra con grandes zancadas.

Travis y su hermana parecían estar discutiendo, no es que lo hicieran a gran volumen, es que me conocía de memoria sus gestos. Ella y Trav siempre se llevaron como el perro y el gato. Al final, Jane se dio media vuelta y se largó sin mirarme.

—Háblame sobre ella —sugirió mi amiga. Tara no solo trabajaba para mí, también se convirtió en mi confidente en muchos asuntos; cuando estás jodido de salud y encuentras a alguien en quien volcar tus mierdas, eso une mucho.

—Mejor en otro momento.

—Muy bien, pues hablemos sobre tu lesión. —Resoplé agobiado.

—¿Por qué no buscas algo más ameno? ¿El cambio climático? ¿La subida del precio de los alimentos? ¿La obesidad infantil?

—Todos temas muy profundos, pero ya me conoces, cuando como, me entra la vena superficial.

—Sus cócteles.

Di gracias a que Sherry nos interrumpiera y que acto seguido Trav nos honrara con su presencia. Tara estaba tan entretenida escuchándolo recitar los platos del día que se olvidó de meter el dedo en la herida y hurgar, por lo menos, de momento.

Había temas que para mí eran *red flags*, Jane Wallace y mi lesión pertenecían a ese selecto grupo, así que los hice a un lado y me dispuse a disfrutar.

Capítulo 7



JANE

—¡Mamá!

El grito de mi hijo, al abrir la puerta, me encogió las tripas.

Como cada día, acababa de salir del entrenamiento, yo ya había terminado mi turno, aunque una *sheriff* nunca descansa oficialmente, estaba en casa. Me había dado un baño largo, me encontraba enfundada en mi pijama calentito de cuadros y sosteniendo la segunda copa de vino en la encimera de la cocina mientras le preparaba un sándwich a mi hijo.

Este apareció como un huracán. Primero lo oí derrapar en el *hall*, soltar su bolsa de deporte contra el suelo y correr precipitado en dirección hacia donde yo estaba.

Ese día no se me iban a templar los nervios así como así, por muchas copas que me tomara.

Sus ojos, idénticos a los míos, estaban abiertos de par en par, tenía la respiración agitada, las mejillas y la punta de la nariz enrojecidas por el frío y la carrera que se había dado para venir. Su pecho subía y bajaba muy rápido, mientras una gigantesca sonrisa dominaba su expresivo rostro.

—Hola, cariño, ¿qué pasa? ¿Te han dado la nota del examen de Matemáticas?

—Si me la hubieran dado, no estaría tan contento. —Mis cejas se alzaron incrédulas.

—Me dijiste que te fue bien.

—Bien no es superbién, y lo que vengo a contarte es... —Hizo un sonido de explosión con la boca, llevándose las manos a la cabeza como si le estallara—. Escucha con atención. Mi ídolo, el impresionante Cole Carter, ¡está en Saint Valentine Falls! —La copa que sujetaba se precipitó al suelo haciéndose añicos. Él ni siquiera le prestó atención porque estaba demasiado entusiasmado con la noticia que todo el pueblo comentaba, ¿cómo iba a esperar que mi hijo fuera ajeno a ella? —. ¡¿A que es alucinante?! ¡El *quarterback* de los Giants, mamá! ¡Es flipante!

—Si tú lo dices —murmuré, yendo a por algo para limpiar el desastre que había formado.

—Podrías alegrarte un poco por mí, ¿no?

—¡¿Por ti?! ¿Y por qué demonios tendría que alegrarme por ti? —pregunté con el pulso alborotado, poniéndome en guardia de inmediato.

—Pues porque Mark piensa que si ha venido hasta el pueblo es porque ha oído rumores sobre mí.

—¿Rumores? ¡¿Qué rumores?! —me salió un gallo, una gallina y todo el puto corral. Fui directa hacia mi hijo de catorce años para agarrarlo por los hombros—. ¡¿Qué te ha dicho Mark?!

—proclamé ahogada.

—¡Pues está claro! ¡Soy el mejor del equipo! ¡Cole Carter ha venido a ficharme! ¡Me llevará a Nueva York para convertirme en una estrella como él! Todo el mundo sabe que nació y creció aquí, justo en esa casa —apuntó hacia el frente como si su dedo pudiera traspasar las paredes—. ¡Ha venido a por mí!

—¡No ha venido a por ti! Además, vuestro equipo es demasiado... demasiado... —me callé al ver cómo mutaba su expresión.

—Dilo, demasiado pésimo para que Cole Carter se haya fijado en nosotros.

—Cariño, yo no he dicho eso, es solo que necesitáis entrenar un poco más y es muy difícil que a alguien como él, que se desconectó al cien por cien de este lugar, le lleguen noticias tuyas por bien que juegues.

—Déjalo, mamá, ¡nunca has creído en mí! —Se separó enfadado.

—Levi. —Él ya se había dado la vuelta y corría hacia las escaleras—. Hijo, escucha. ¡Espera! ¡Te he hecho tu sándwich favorito!

—¡Me da igual, mamá! ¡Ya lo has arruinado todo, como siempre!

Cerré los ojos al escuchar el portazo.

Ser madre de un adolescente no era fácil, nada fácil, y mucho menos cuando lo criabas sola, por mucho que mi familia me ayudara cuando se enteraron de que estaba embarazada, lo cual ocurrió hacía demasiado.

Todavía recuerdo el día en el que solté la bomba.

Era domingo, todos estaban sentados alrededor de la mesa y yo ya no podía callarme más el secreto porque estaba de cinco meses y mi tripa se empezaba a notar por muchos jerséis anchos que utilizara.

Al principio, ni siquiera me di cuenta de que estaba embarazada, siempre había manchado muy poco y era un tanto irregular. Además, estaba hundida por... Bueno, eso da igual ahora, en fin, que cuando le eché cuentas, ya estaba de tres meses y me daba muchísimo pavor lo que sería de mí, o lo que mis padres me dirían. Siempre fui un maldito desastre para ellos, la que siempre la liaba, y eso iba a rematarlos.

Un polvo, un maldito polvo de una noche. ¿Quién se quedaba preñada en su primera vez? Alguien con mi mala suerte, alguien capaz de avergonzar a los suyos una y otra vez. No iba a quitarme el sobrenombre de Calamity Jane ni con agua caliente, y cómo se iba a alegrar Bethany Carmichael cuando me viera aparecer con el bombo por el pueblo, ella que era tan perfecta, tan odiosa, tan... Agrrr.

Volvería a casa por Navidad y me vería con toda la barriga. No pensaba salir hasta que no se fuera de nuevo del pueblo.

Miré a mis hermanos, los trillizos estaban lanzándose bolas de pan, Jake le comentaba a mi padre lo bien que le estaba yendo en el taller mecánico, Travis estaba sentado a mi lado mirándome ceñudo, para variar, y mi madre servía unas coles salteadas.

—¿Puede saberse qué te pasa? ¿Por qué estás tan callada? ¿La has vuelto a liar? —preguntó mi hermano con los ojos puestos en mí.

—¡Cállate, Trav!

—Eso es un sí —murmuró, torciendo la sonrisa. Mi madre activó su radar y alzó los ojos sobre mí—. ¿Qué has hecho, Calamidad?

—¡Déjame en paz!

—Uh, tiene que ser gorda para que te pongas así, aunque para gorda la tripa que estás echando, mamá, ponme sus coles a mí que Jane tiene que hacer un poco de dieta —dijo, llevando su mano a mi barriga para darle unas palmadas.

Me puse de pie de inmediato, lo miré con odio y escupí sin contención.

—¡No estoy gorda, sino embarazada, pedazo de idiota!

Se hizo el silencio más absoluto y, como acababa de ocurrir en mi cocina, la fuente de coles que mi madre sostenía se vino abajo, contra el suelo.

«¡Adiós cena!».

Creo que era la primera vez que veía a todos enmudecidos y en silencio, el tictac del reloj parecía ser el único capaz de condenarme en voz alta.

—¿Es una broma de las tuyas? Porque no tiene ni puta gracia —masculló Trav.

—No lo es —confesé. De perdidos al río.

—No jodas... —Travis pasó los ojos de mi tripa a mi rostro enrojecido, cubierto de vergüenza. Hizo algo que no esperaba. Se puso en pie como yo, volcando su silla, y me dio la vuelta hacia él —. Dime quién es el cabronazo que te ha puesto un solo dedo encima que lo mato, ¡¿me oyes?! ¡Lo ma-to! —Nunca había visto a mi hermano así, y mucho menos queriendo defenderme por algo—. Papá, ¡saca la escopeta de caza! ¡¿Quién narices ha sido, Jane?! ¿Derek? ¿Samuel? ¿O quizá Burke? Vi cómo te miraba este verano en el lago... Voy a volarle las pelotas a ese capullo. —¿En serio Burke me miraba en el lago? ¿Por qué iba a hacer eso?—. ¡Vamos, Jake! —instó a mi hermano mayor, que seguía en shock como el resto—. Voy a quitarle el carné de paternidad como no se haga responsable.

—¡No es de Burke! —exclamé, ganándome la atención de mi familia. Bueno, mis padres no la habían apartado de mí.

—¡¿Y de quién es?! —insistió Travis.

—De alguien que no voy a volver a ver. El bebé es mío, solo mío, y punto.

—No jodas que te liaste con un turista la noche de los fuegos. ¡Claro! ¡Por eso no te encontraba! —masculló Trav—. ¡Me cago en la puta! ¡¿Y no sabes que existen los condones, Calamidad?!

—¡Basta! —rugió mi madre—. Todos a vuestros cuartos. —La había visto cabreada, pero jamás como en ese instante, que acababa de dar un golpe sobre la mesa que hizo temblar todos los platos.

—Pe-pero ¡si no hemos cenado! —protestó Elías.

—Ya habéis oído a vuestra madre, todos arriba y nadie baja a por un maldito vaso de agua hasta que se os avise. ¿Estamos?! —Su tono era cortante, envió una mirada de advertencia a mis hermanos, que no dudaron en asentir.

—Sí, señor. —Mi padre era más bien parco en palabras, pero cuando hablaba, se le respetaba. —¡Pues arriba! —los espoleó. Hice el amago de irme con ellos—. Tú no —agaché la cabeza y asentí desplomándome en la silla.

La charla duró casi una hora, sesenta minutos cargados de decepción, reproches, acusaciones sobre por qué no se lo había dicho antes y, finalmente, cariño y apoyo. No comprendían cómo había sido capaz de jugarme mi futuro a una carta y mucho menos llevar el embarazo en secreto.

No es que estuvieran enfadados por mi pérdida de virginidad, como habría ocurrido con la mayoría de los padres de hija sureña, que esperan que su niña llegue virgen al matrimonio, mis padres eran algo más laxos al respecto. Lo que les dolía era mi falta de precaución y que hubiera llevado la carga yo sola, sin contar con ellos.

Pasada la tormenta y con toda mi familia al corriente, nadie flaqueó, recibí un cariñoso abrazo por parte de todos y le dieron la bienvenida al nuevo Wallace que crecía en mi tripa.

Respetaron mi decisión de querer sacar al bebé adelante y no insistieron para averiguar quién era el padre, total, ya les había dicho que no estaba en el pueblo y que no volvería a verlo más.

Como dijo papá: «Levi tendrá suficiente testosterona como referencia gracias a sus cinco tíos y a su abuelo». Eso también lo cumplieron.

Se avecinaban unos días muy duros y tenía que estar preparada.

Capítulo 8



JANE

Levanté el teléfono y dije:

—Necesito una jarra de cerveza y canguro.

Llevaba todo el día cabreada con el mundo. Mi hijo no me hablaba, porque los gruñidos no estaban admitidos como diálogo universal. Encima, casi patiné sobre una placa de hielo gracias a que al muy hijo de Saint Valentine Falls de Cole Carter le dio por salir a correr en pantalón corto y camiseta de tirantes, como si el frío solo sirviera para esculpirle más los músculos.

Iba acompañado de un perro precioso, un *border collie* blanco y negro de ojos azules. Con lo que a mí me gustaba esa raza, eran listísimos. Levi siempre había querido tener un perro, y no es que a mí no me gustara la idea, es que me preocupaba no tener el tiempo suficiente para añadir otra responsabilidad más.

En cuanto me tuvo delante, aflojó el ritmo, alzó las comisuras de los labios y se atrevió a cruzar para ponerse justo en frente, manteniendo el trote. Pronunció un «buenos días, querida vecina» que maldije para mis adentros, porque de buenos no tenían nada, y menos con él merodeando por mi calle. Menos mal que Levi ya estaba en el instituto, porque si lo hubiera visto, fijo que se lanzaba a sus brazos. ¡Lo que me faltaba!

—¡Soy la *sheriff* Wallace, no tu querida nada! ¡Y haz el favor de taparte si no quieres que te detenga por escándalo público! Digo, ¡público! —Su sonrisa se hizo todavía más canalla al ver que mis ojos estaban puesto en aquel lugar demasiado *pendulante*.

¿Es que a ese hombre no se le encogía con el frío? ¿Y por qué demonios corría sin calzoncillos? No debería correr con esa cosa dando bandazos, podría golpear a una pobre ancianita y sacarla de la calzada.

—El frío es bueno, si no, pregúntaselo a las danesas que ponen a dormir a sus bebés a la intemperie para hacerlos más fuertes.

«Pues tu bebé no necesita más intemperie o terminará asomándote por la pernera», me tragué mis palabras.

—Ten cuidado con lo que haces en mi pueblo, Carter, no pienso tener compasión contigo —mascullé en el momento exacto que esa monería de perro le dio por alzarse y lamerme la cara.

—¡Eros! ¡Basta! Que esa planta es venenosa y puede llevarte de patitas a la perrera.

—Muy gracioso —dije sin poder contener mis ganas por acariciar a esa monada y rascarle detrás de las orejas—. Por cierto, ya podrías haberle puesto otro nombre menos estúpido al perro, merecía uno mejor con lo listo que parece.

—Eso tiene fácil arreglo, adopta uno y ponle el que quieras, además, que tú no creas en el amor no significa que los demás tengamos problemas respecto a él.

—Me olvidaba de que eres muy dado a ofrecer amor, tu lista en los últimos años ha sido bastante extensa, modelos, actrices...

—¿Me has seguido la pista?

—Ya quisieras. Conoces este sitio, todo lo que lleva tu nombre se convierte en leyenda, es difícil no oír hablar de ti.

—Pues no deberías hacer caso a todo lo que cuentan, la gente es muy proclive a exagerar.

—Me da igual lo que hayas hecho con tu vida. Vete al bosque y piérdete.

—Si lo hago, como *sheriff*, tendrías que ir a buscarme.

—Si lo haces, como *sheriff*, me aseguraré de que nunca se encuentre el cadáver.

—¡Menuda maldad! —comentó jocoso—. Hay cosas que nunca cambian, por muchos uniformes que las cubran, la esencia sigue siendo la misma —fue su último comentario antes de alejarse. Ese y un: «Vamos, Eros, ¡dejemos trabajar a la señorita!».

Me monté en el coche y arranqué.

Tuve que soportar escuchar miles de comentarios sobre la gloriosa estrella del fútbol que se había dignado a regresar cuando fui a por el café, y encima, en el programa de la mañana, hubo una especie de especial Cole Carter que estuvo repleto de llamadas de mujeres recordando cómo era cuando vivía en el pueblo. Estuve tentada a cambiar de canal, lo habría hecho si no me hubiese puesto en evidencia. Dax sospecharía que ocurría algo, y eso no lo podía tolerar. No pensaba darle al Suspiracole el poder de afectarme.

Al regresar del entrenamiento, mi hijo seguía en el mismo plan que por la mañana, necesitaba despejarme, coger aire, así que levanté el teléfono y utilicé el comodín de la llamada. Me urgía una sesión de Stacey & Jane, eso incluía mucha cerveza y una buena cogorza. Como era lógico, no podía emborracharme en casa, con mi hijo delante, y ahí entraba Dax, era un canguro ideal, se llevaba fenomenal con Levi y Stacey necesitaría que su marido la llevara a casa.

Cuando aparecieron, los saludé a ambos y les di las gracias.

—¿Hay birras en la nevera? —preguntó mi canguro-ayudante.

—Por supuesto, las tuyas son las que pone sin alcohol. Tienes nachos en la despensa y guacamole de mi madre en un *tupper*.

—Descuida, jefa, os dejo el alcohol a vosotras

—Levi, ¡te quedas con Dax! —dije con la suficiente fuerza como para que mi hijo me escuchara incluso con la puerta cerrada. No obtuve respuesta—. Está cabreado —les comenté a modo de aclaración.

—¿A quién se parecerá? —preguntó Stacey sonriéndome.

—Cállate, Stacey, y mueve ese culo, necesito beber. —Ella me hizo un firmes en toda regla, le dio un beso de tornillo a su marido y nos fuimos andando porque La Guarida de Cupido quedaba

a tan solo una manzana y tenía la esperanza de terminar tan pedito que fuera incapaz de conducir.

La Guarida, como popularmente se la conocía, era el lugar que todos elegíamos para desconectar.

Puede que fuera por su ambiente distendido, la buena música o su capacidad de convertir la parte central en una improvisada pista de baile. Si me preguntas a mí, te diría que lo mejor era su zona de billares y dianas en la que servían la mejor cerveza artesanal de toda Missouri.

Sea como fuere, era el mejor lugar para emborracharse y ahogar las penas, o eso creía, hasta que, cuando llevaba casi una jarra vacía, vi aparecer a mi peor pesadilla, junto a su novia y mi hermano Travis. Cabe decir que prácticamente todo el bar se les echó encima para darles la bienvenida.

—¡No me lo puedo creer! —Stacey siguió el rumbo de mis ojos para encontrarse con la mayor de mis desgracias.

—Siento decirte esto, pero vas a toparte con él en todas partes, el pueblo es pequeño, y en cuanto a diversión se refiere, este es el único sitio.

—Pues entonces nos largamos.

Estaba empachada de Cole Carter, y que estuviera en el mismo bar se me hacía difícil de digerir, sobre todo, cuando tenía todos mis esfuerzos puestos en hacerlo desaparecer.

—Ni hablar, hemos venido a emborracharnos y eso vamos a hacer, no puedes dejar que ese tío te afecte tanto, al final lo va a notar.

—¿El qué?

—Pues que no has conseguido pasar página, está claro que sigues colgada de él.

—Pfff, ¿yo? ¿Colgada? Colgadas están las perchas de mi armario, pero ¿yo? ¿Le has visto?

—Demasiado bien —murmuró, dedicándole otro repaso.

—Él y yo no pegamos ni con cola.

—¿Le preguntamos a tus bragas? ¿Cuál fue el último tío que te las consiguió arrancar? —Abrí y cerré la boca, decidí llenarla de cerveza antes que contestar—. Ahí lo tienes. No le has superado.

—¿Y tú qué sabrás?!

—Cambio la palabra bragas por tu colección de cartas del concurso de San Valentín. ¿Qué te parece si las abrimos para leer qué nos cuentan?

Stacey alzó las cejas. La muy zorra acababa de poner todas las cartas sobre la mesa y yo no tenía demasiado que añadir.

Bueno, vale, quizá ella tenía un poco de razón y fui una de esas *groupies* que lo adoró en secreto durante toda la infancia y parte de mi adolescencia. No era algo de lo que me enorgulleciera.

Le hice prometer a Stacey que jamás revelaría mi secreto, ni siquiera a Dax. Teniendo en cuenta que mi mejor amiga era la versión tres punto cero de la reina Cotilla, tenía muchísimo mérito que se hubiera podido contener.

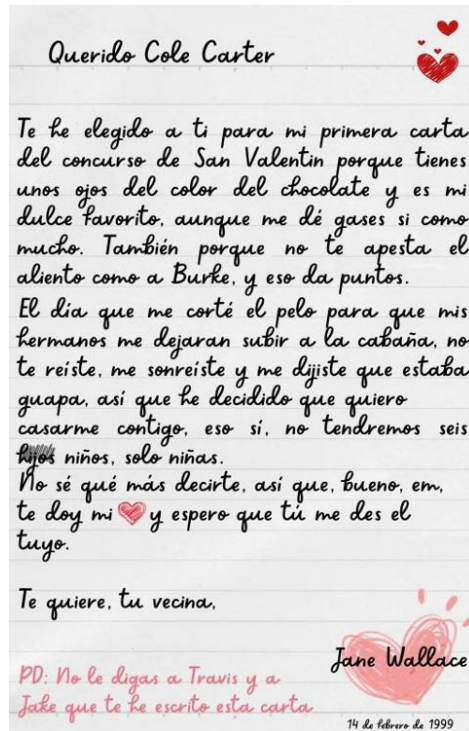
—De eso hace mucho, además, nunca fui nadie para Cole, solo la hermana de sus amigos, la vecina de enfrente y... —callé, mirándolo con rabia.

—Las cosas han cambiado, ya no eres esa cría, sabes que si los tíos solteros de este pueblo no intentan nada contigo es porque sienten pavor a que les vuelen las pelotas.

—Hacen bien —admití—, puede que tengas razón y las cosas hayan cambiado, pero yo sí que soy la misma, y él tiene su futuro y su vida en Nueva York.

—Eso podría cambiar si...

—Eso no va a cambiar nunca —respondí, zanjando su respuesta, para sentir un par de ojos castaños posándose sobre mi silueta—. Bebamos hasta que pierda la consciencia.



Capítulo 9



COLE

—Si sigues mirándola, se va a desgastar —murmuró Tara en mi oído mientras pasaba por detrás de mí con el taco de billar.

Le lancé un bufido y ella me ofreció una sonrisa traviesa.

Desde que entré en el bar, la vi, al fondo, en la barra de la zona de juegos, apostada en una esquina con Stacey Karrington, su mejor amiga desde que recordaba.

No es que Jane tuviera una larga lista de niñas con las que jugar, siempre fue distinta, más amante del arco y la flecha que de las muñecas. De las trastadas que de hacer galletas.

Cuando tuvo pelo suficiente, después de que se lo cortara para que sus hermanos la admitieran en la cabaña, para hacerse un par de trenzas, decidió que iba a ser una india, y arrancar cabelleras. El señor Wallace le talló un arco y unas flechas como regalo unas Navidades, y desde entonces se pasaba el día apuntando a una diana bajo la casita del árbol.

Travis y Jake siempre se metían con su poca habilidad, aunque ella jamás desfalleció. Siempre me gustó eso de Jane, que no se daba por vencida por mucho que los demás quisieran minarle la moral. No era fácil ser chica cuando el resto de tus hermanos no lo eran.

Jane se adaptó al medio, no era nada femenina, en casa de los Wallace eso era una desventaja, así que ella decidió ser uno más. Era difícil no verla trepar por los árboles persiguiendo a Travis o a Jake, mientras que los trillizos intentaban seguir el camino pautado. Por lo que tampoco era de extrañar que prefiriera los pantalones a los vestidos, o que casi nunca se molestara por su estética. Tampoco es que le hiciera falta, siempre tuvo los ojos más increíbles de Saint Valentine Falls, los mismos que me trasladaban a su bosque y su pradera. Por no hablar de su mente privilegiada para las trastadas más excelsas. Todavía recuerdo cuando se coló en la trastienda de la peluquería de su madre y le dio por cambiar los tubos de los tintes en época de mayor trabajo. Puedo oír los gritos de las clientas mientras su madre se disculpaba sin saber del todo lo que había ocurrido.

Jane era especial, de belleza escarpada, como las montañas que rodeaban el valle y espíritu combativo, aunque ese día pretendiera ahogarlo en zumo de cebada.

—Tu turno —murmuró Travis sin dejar de ojearle el culo a Tara.

—¿Estáis seguros de que queréis jugar a esto y no preferís largaros a follar? —Llevaban todo el día tonteando, y conociendo a mi amiga, dudaba de que lo dejara escapar esa noche.

—Todo a su tiempo, querido Carter, todo a su tiempo —dijo ella, relamiéndose los labios. Era una cazadora nata, y Travis se moría por dejarse cazar.

—Seguid vosotros que yo voy a la barra, estoy seco. ¿Os traigo algo que no sea una cama?

—Siempre he sido más de paredes y de sofás —replicó mi mejor amigo sin apartar la vista de Tara. Ella sonrió con una promesa intrínseca en los ojos, y yo hice rodar los míos devolviendo el taco a su lugar.

Llevaba todo el día liado con la casa de mis padres, después de conseguir que Stan me mandara un camión para llenar el depósito de gasoil, me puse manos a la obra para que un equipo de limpieza le diera un buen meneo a todo.

Necesitaba que el que sería mi hogar en las próximas semanas estuviera en óptimas condiciones. Visité el supermercado local para llenar la nevera y allí me topé con la alcaldesa, quien insistió en que la acompañara al ayuntamiento y estuvo hinchándome la cabeza con convertirme en hijo predilecto y sobre cómo podría colaborar con el pueblo.

Después de comer, me tocó sesión con Tara. Esa mujer tenía manos y voluntad de acero, no me pasaba una y tenía el cuerpo machacado además de la rodilla un pelín dolorida.

Nos dimos una ducha en la habitación del hotel, la había dejado pagada un par de días hasta que mi casa estuviera habitable. Una vez cambiados, regresamos al restaurante de Trav para cenar y este nos pidió que le esperáramos para ir a tomar algo los tres a La Guarida, y bueno, allí estaba mi maldita Calamidad, con unos vaqueros que le hacían un trasero tremendo, una camisa de cuadros blanca y verde, con los suficientes botones desabrochados como para que le viera el nacimiento de sus preciosos pechos y un sombrero de ala ancha incrustado en la cabeza.

Cuando la vi por la mañana, saliendo de casa, con el uniforme de *sheriff*, se me quitó todo el frío que llevaba encima.

Había soñado esa misma noche con sus esposas alrededor de mis muñecas mientras ella intentaba impartir justicia montada en mi cuerpo. No me extrañaba que mi entrepierna se pusiera en guardia a pesar de los tres grados bajo cero que marcaba el termómetro.

—¡Ponme una pinta, Miles! —le pedí al camarero mientras volvía a mirarla de refilón. Jane se estaba riendo por algo que le había dicho Stacey y sus pechos se movían al mismo tiempo que la pretina de mi pantalón—. Chicas —las saludé.

Ella alzó las pestañas y sus pupilas brillaron como nunca.

—¿Divirtiéndote en la taberna local, Carter? Esto no tiene nada que ver con los locales de tu refinado Nueva York.

—Yo no reniego de mis orígenes, es más, me encanta lo que veo por aquí —dije sin apartar los ojos de ella—. Se pueden tener ambas cosas, ¿sabes? —Ella bufó.

—Si tú lo dices. —De un salto, bajó del taburete—. Vamos, Stace, tengo ganas de echar una partida a los dardos.

—¿Estás loca? Si yo juego a los dardos, dejo tuerto a medio local, mi puntería es de menos cien.

—Yo juego —me ofrecí. Ella alzó las cejas incrédula.

—¿Tú? Nunca se te dieron bien los dardos, tenías una puntería pésima, lo único que se te ha

dado siempre bien es tirar esa ridícula pelota con forma de melón. —No podía quitarle la razón, ser *quarterback* se me daba mucho mejor, aunque mi puntería no era tan mala desde hacía mucho.

Pasé de recordarle quién la salvó el día que la lio clavándole el dardo al reverendo, en ese momento no me convenía.

—¿Y eso qué más da? Así te costará menos ganarme, además, que yo recuerde, siempre te ha gustado apostar.

Eso llamó su atención. Jane era buena, había crecido con los mejores, a los Wallace se les daba genial todo lo que tuviera que ver con acertar un objetivo. La de veces que había caído al estanque del agua, en la feria del pueblo, por culpa de Jake y su lanzamiento con pelota de béisbol.

—¿Y cuál es la apuesta? ¿Qué ganaría?

—Lo que tú quieras.

«Yo ya tengo claro qué es lo que quiero».

—¿Sirve que te largues y no vuelvas más?

—Si es lo que deseas...

—Hecho —respondió convencida.

—Atenta, la apuesta es la siguiente, el que lleve la razón cumple. Mi apuesta es que voy a ganar, ¿cuál es la tuya?

—Que te subas a esta barra y bailes. —Dio un palmetazo a la superficie de madera. Reí de forma audible.

—Eso no es una apuesta.

—¿Cuál va a ser? Que te voy a machacar —contestó con voz de suficiencia.

—Y si tú ganas, ¿qué quieres? —nos interrumpió Stacey.

—¿Estás loca?! ¡Soy la campeona local! Ni naciendo de nuevo va a ganarme.

—Una cita. —Stacey se frotó las manos y la cara de Jane se volvió granate, su expresión no tenía desperdicio. Si hubiera estado comiendo o bebiendo de la jarra, se habría atragantado.

—¡Tú y yo nunca hemos tenido una de esas!

—Bueno, quizá vaya siendo hora...

—¿Y qué dirá tu novia? —preguntó, cabeceando hacia Tara. Mi fisio estaba golpeando las bolas, con Travis colocado justo detrás de ella.

—Si te refieres a Tara, no creo que le vaya a importar.

—¿Porque no soy competencia? —«Si tú supieras...». Iba a responder, pero no me dejó—. Da igual, sea como sea, te voy a ganar.

«Ay, pequeña Calamidad, acabas de sentenciarte tú solita».

—¿Trato? —Alargué la mano.

—Trato.

Nunca me había divertido tanto dejándome ganar a los dardos.

No los fallé todos adrede, también marqué algunos tantos para hacerle sudar un poco la camiseta. Confieso que mi parte favorita era cuando celebraba que me sacaba varios puntos de

ventaja, no solo por cómo le brillaban los ojos, o cómo relucía su sonrisa, también por cómo esos pechos lujuriosos se bamboleaban en el interior de la camisa. Mis manos y mi boca se morían de ganas por degustarlos.

—Y con este tiro, señor Carter, creo que ha quedado claro quién puede ir haciendo las maletas para largarse del pueblo.

—Pues yo creo, señorita Wallace, que lo que debería hacer es ir consultando su agenda para nuestra próxima cita.

—¿Cómo dices?! Creo que no lo has entendido bien. ¡He ganado! Los golpes que te han dado en el casco han afectado a tu raciocinio, ¿o qué?

—Me parece que la que no lo has entendido eres tú, la apuesta era que quién llevara la razón cumplía, tú has tenido la razón porque has ganado y, por lo tanto, cumples.

Se trataba de un viejo truco que aprendí en un bar, una trampa, un burdo juego de palabras que muchos empleaban para no pagar sus consumiciones.

Jane me miró incrédula, procesando lo que acababa de ocurrir, mientras Stacey se ahogaba de la risa.

—¡Me has mentido! ¡Sucio mentiroso y rastrero!

—No te he mentido, y tampoco te he engañado, no es culpa mía que desde el cole se te dieran mal los acertijos.

—¡Te has dejado ganar! —me acusó.

—Eso nunca lo sabrás.

—Quiero una revancha, y esta vez con juego limpio.

—La tendrás, el día de nuestra cita.

—¡Tú y yo no vamos a tener ninguna de esas!

—No pensaba que la *sheriff* careciera de honor y de palabra, claro que si hablamos de Calamity Jane, entonces la cosa cambia.

—¡Te dije que ya no soy esa!

—Pues entonces demuéstalo, busca ese hueco y cumple, ya sabes dónde vivo, te será fácil dar conmigo, bastará con que me llames al timbre. Señoritas —me despedí. Salí del bar sin pensar, por una vez, en mi negro futuro.

Capítulo 10



JANE

—¡Acabas de conseguir una puta cita con el Suspiracole! Esto va para el especial del domingo.

—Ni se te ocurra contarle esto a alguien si no quieres que me haga con un cargamento de Polonio y Dax se despierte sin tu mástil del amor.

—¿Por qué mi marido tiene que despertarse sin polla?

—Tienes razón, mejor te lo inyecto en las cuerdas vocales y te quedas sin programa de radio. ¡¿Es que no acabas de ver lo que ha pasado?!

—Claro que sí, Cole Carter acaba de perder a los dardos expresamente porque quiere una cita con la *sheriff* más buenorra de todo el valle.

—Soy la única *sheriff* de todo el valle.

—Bueno, está claro que no te la ha pedido por tu simpatía, si hubiera sido por eso, se la habría llevado la señora Sparkles.

—Tiene ochenta años.

—Y usa dentadura postiza, ya sabes el morbo que puede darle a un tío eso —dijo, agitando las cejas.

—No estoy lo suficientemente bebida como para poner imagen a tus palabras.

—¿Qué vas a ponerte para la cita? —insistió Stacey, como si diera por hecho que eso iba a suceder.

—Ebria.

—Sí, bueno, borracha ganas un poco de labia, aunque te recomendaría no perder el sentido de la realidad, sobre todo, cuando Cole Carter entra en tu horizonte, ambas sabemos lo que puede pasar...

—No pasará nada, porque mi agenda está petada.

—¿De termitas? Porque otra cosa ya me dirás.

—De mi hijo, te recuerdo que tengo uno y que está profundamente cabreado conmigo por culpa de ese energúmeno.

—Tu hijo se ha enfadado con su madre porque le ha dicho, en pocas palabras, que su equipo es el peor del mundo.

—Yo no dije eso.

—Pero lo crees, y eso lo huelen los adolescentes.

—Lo que huelen los adolescentes son las hormonas, y para ser franca, y realista, buenos no son.

—Y por eso lo mejor es darles un baño de realidad, ¡por el amor de Dios, Jane! ¡Quién te ha visto y quién te ve! ¡Lo que les falla es el entrenador! Las dos sabemos que, desde que Andrews se largó, el equipo ha ido de mal en peor, y lo que sabe Petigrew de fútbol americano es lo que ha podido rascar de la tele por cable.

—Estudió para ser profesor de gimnasia.

—¿Y? Fue campeón de críquet, crí-quet, ¿quién demonios juega al críquet?

—¿La reina de Inglaterra? ¿Y yo qué demonios sé? Lo que importa es que no va a haber cita, así que ya puedes ir sacándotelo de la cabeza.

—¿Y por qué no? ¿Quieres que Cole piense que eres una cobarde?

—Yo no soy una cobarde y te recuerdo que tiene novia.

—¿Te refieres a la morenaza experta en tacos y bolas cuya lengua está taladrando la boca de Trav?

—¡¿Cómo?! ¡¿Qué?! —me giré *ipso facto* y, efectivamente, las manos de mi hermano estaban en su culo en lugar de en el palo de madera, y esa Mantis, que de religiosa no le quedaba nada, se lo estaba zampando sin premeditación y con muchísima alevosía. Me daba a mí que si Cole pillaba a mi hermano, sería él quien le arrancara la cabeza.

Dejé a Stacey en su taburete y puse la directa hacia ellos, a la segunda bocanada de oxígeno que tuvieron que tomar porque se les agotaba el aire, intercedí antes de que mi hermano saliera del bar con los pies por delante.

—Travis, es una emergencia, te necesito. —Él torció el cuello extrañado de que lo interrumpiera.

—Piérdete, Jane, que estoy ocupado, además, para las emergencias, ya tienes a tus chicos.

—Pero ¡esta es de tipo familiar! ¡Es la abuela Flo! —Era el código de emergencia de los chicos Wallace, lo usábamos cuando queríamos hablar en privado.

—Oye, que si le pasa algo a tu abuela y es una emergencia, lo dejamos para otro día —murmuró la novia de Cole con tono de preocupación.

¿En serio? ¿Le preocupaba mi abuela y no que su chico la pillara con mi hermano?

—Mi abuela murió hace años. ¡Píratelas, Jane! —Ahora la que tenía ganas de arrancarle la cabeza a Travis era yo. Podía ser muy bueno en el restaurante, pero con las indirectas era un puto zoquete. Muy bien, pues si esas teníamos, sin anestesia y con alcohol puro directo a la herida.

—Esta es la novia de Cole —señalé a Tara—. Y por muy modernos que sean en Nueva York, tú eres más de pueblo que el pan del señor Jones. ¿Me has entendido? Es-tá con Co-le —deletréé. Los dos se miraron y soltaron una carcajada. ¿Qué les hacía tanta gracia?

—Ella no está con Cole, es su fisioterapeuta y su mejor amiga. Tara Jones, ella es Jane Wallace, mi hermana.

Tara se dirigió a mí con cara de siento muchísimo que hayas creído algo así.

—Nos conocimos ayer.

—Y creo recordar que tú ibas desnuda, en toalla y te asomabas desde la casa de Cole.

—Qué pena que no fuera así como te conociera yo, aunque espero remediarlo y que me des la oportunidad de ver lo mismo que a Jane. ¿Nos vamos? —le preguntó.

—Dame un minuto —musitó para dirigirse a mí—. Oye, siento la confusión, es que no salía agua caliente. Entre Cole y yo hay muy buen rollo. Para mí, por mi trabajo, un cuerpo es un cuerpo, no hay más, pero para que te quedes tranquila, entre él y yo nunca ha ocurrido nada, ni nos queremos en plan pareja, ni follamos, ni nada. —La revelación no estaba segura si me había sentado mal o peor, porque, ¿eso en qué punto me ponía?—. Oye, ese rollo vaquero que llevas me flipa, te sienta de maravilla.

—Ahora sí que nos largamos —anunció Trav—. Por cierto, Jane, recuerda que mañana tenemos comida en tu casa, te toca a ti esta semana.

—¿Cómo olvidarlo?! Haré huevos cocidos y puré de patatas para todos.

—No te preocupes, tú pon la bebida, yo me ocuparé de que haya algo comestible.

—Muy gracioso. —Me guiñó un ojo y se llevó a Tara cruzando los dedos con los de ella.

Parecía maja, aunque no nos hubiera dado mucho tiempo para hablar.

Ahora que sabía que no era la pareja de Cole, me sentía perdida. Necesitaba otra jarra de cerveza para digerirlo, ¿significaba que él estaba libre? ¿Soltero y sin compromiso? Regresé a la barra, donde Stacey me esperaba ávida de noticias, era un maldito escualo pelirrojo capaz de oler la noticia a kilómetros de distancia.

—¿Y bien?

—No es su chica.

—¿Lo sabía! ¡Te lo dije!

—Eso no significa nada.

—Significa lo que significa —añadió ella.

—Significa que... —me callé—. Miles, ponnos otra ronda, no estoy lo suficientemente borracha como debería.

Llegué a casa agarrada de Stacey por la cintura, y cuando estuve a la altura de la casa de Cole, me puse a cantarle las cuarenta.

—Suspiracole, Suspiracole —lloriqueé, lanzando suspiros. Me di la vuelta y le solté un sonoro cuesco—. Esto es lo que a mí me produces, ¡gases!

—Joder, Jane, en tu interior debe vivir un vertedero de coles de Bruselas fermentadas.

—Lo que vive es una mujer indignada, odio que ese tío piense que puede hacer con todas lo que le dé la gana, pues conmigo no, yo paso de esa montaña de músculos, su cara de modelo y esa actitud de chico encantador que es pura fachada. ¡Se largó, Stace! ¡Se puto largó y no volvió! ¡¿Por qué tiene que regresar ahora que las cosas me van bien y están calmadas?! ¡Ahora que había dejado de doler!

Ella me abrazó por detrás.

—Nunca dejó de doler.

Me di la vuelta y nos abrazamos.

—¿Qué voy a hacer?

—De momento, meterte en casa, hace un frío de la hostia y no creo que mi pituitaria esté

preparada para recibir más CO2 procedente de tu culo.

—Lo siento, este se me ha escapado.

—Vamos, pedorra, puede que sea una buena técnica después de todo, quedas con él en su coche, atrancas puertas y ventanas y lo ahogas.

—Cole Carter es como las cucarachas, seguro que sería el único superviviente a un cataclismo pedorreico universal.

—Pues entonces vais a tener que quedar, es solo una cita, si has podido convertirte en la *sheriff* del pueblo que te vio cometer las mayores locuras y criar a un hijo sola, puedes con una cita con Cole Carter.

—La culpa la tiene esa maldita fuente de Cupido, ¿por qué tuve que caerme en ella con él?

Capítulo 11



COLE

17 Años antes

Lancé el balón con todas mis fuerzas, Trav lo atrapó, era un receptor de la leche y corría muchísimo, formábamos el tándem perfecto.

Siempre hablábamos sobre nuestro futuro juntos, soñábamos con que un ojeador vería nuestro potencial y nos ficharía para alguna universidad de prestigio, la intención era llegar a la NFL.

Todo el mundo sabía que el semillero del fútbol profesional era el colegial, cada año miles de jugadores ingresaban de alguno de los programas universitarios para alcanzar la liga profesional. Por supuesto, había universidades que generaban una mejor exposición de los jugadores que otras. Por ejemplo, Harvard, a pesar de ser probablemente la universidad con mayor prestigio en los Estados Unidos en términos académicos, no presentaba un programa de fútbol a la altura de Alabama, Clemson u Ohio State.

—Yo creo que deberíamos optar por Alabama —comentó, acercándose a mí—, he estado *googleando* y, en los últimos cuatro años, trescientos treinta y nueve jugadores han logrado hacerse profesionales gracias a ellos. Además, nos pilla relativamente cerca —comentó Travis entusiasmado—. ¿Te imaginas? Ese lugar estará lleno de animadoras sureñas, como Bethany o Nurlyn.

Las susodichas estaban sentadas con sus amigas, alrededor de la fuente de Cupido. Las Valentin's Tigress eran las chicas que conformaban el grupo de las animadoras de los Tigers de Saint Valentine Falls. Beth estiraba uno de sus rizos rubios para después enroscarlo en su dedo mientras nos miraba.

—No sé, ya sabes que yo soy muy fan de los Giants y ellos están en Nueva York, además, hay una filial de la empresa de papá allí, y nos sería mucho más fácil por el tema de su trabajo.

—Nueva York apenas produce jugadores profesionales y está lejos, además, las neoyorquinas son unas pijas estiradas, prefiero la calidez de las sureñas. ¿Ya has invitado a Bethany a salir?

—¿Yo? ¿Por qué tendría que hacer eso?

—¿Porque está buena y está loca por ti? Venga ya, Carter, se muere por tus huesos. Nurlyn dice que está esperando que lo hagas para decirte que sí.

—No es mi tipo. —Travis soltó una carcajada.

—¿Tu tipo? ¿Y cuál es tu tipo? Porque ninguna parece estar a la altura del gran Cole Carter, y todas se mueren por besarte y ser la elegida. No te hagas el estrecho, hay que ir cogiendo práctica.

—Consíguela tú por mí, yo no tengo prisa.

—Eso ya lo hago —respondió canalla—, mira y aprende, Suspiracole.

Corrió hacia las chicas, cogió a Nurlyn por el cuello y la besó delante de todos.

Las chicas rieron e hicieron ruiditos, Beth volvió a mirarme y se humedeció los labios brillantes.

A ver, era guapa, eso era indiscutible, además, le encantaba el fútbol y siempre intentaba hacerme sentir bien. Llevaba ganando el concurso anual de cartas de San Valentín de los últimos tres años, todas eran cartas dirigidas a mí.

Sabía que todo el mundo daba por hecho que el *quarterback* debería salir con la capitana de las animadoras, era lo más lógico y yo tampoco tenía muy claro por qué no lo hacía. Como decía mi mejor amigo, solo era para pillar práctica.

Entonces apareció Jane con Stace, y a mí se me encogieron las tripas. Era primavera y los rayos de sol empezaban a calentar alejando el frío invierno de la población.

Jane vestía unos pantalones que morían bajo su rodilla, una camisa color amarillo suave, el pelo recogido en un par de trenzas boxeadoras y, por supuesto, llevaba consigo el arco y las flechas. Había mejorado muchísimo en los últimos años, y si Beth ganaba en lo de escribir cartas, ellas nos fundió a todos en la feria de San Valentín, en la prueba de tiro con arco, cuyo campeón había sido Trav las últimas temporadas.

—Ha sido suerte —dijo mi mejor amigo cabreado.

—Pues yo creo que simplemente lo ha hecho mejor que el resto —le discutí, ganándome su mosqueo.

Stacey caminaba a su lado comiéndose una manzana. Cada día que pasaba, esa pequeña Calamidad se iba poniendo más guapa, me encantaba cómo le sentaban las boxeadoras y esas pecas sobre el puente de la nariz, aunque lo mejor era su mirada pícara llena de entusiasmo cuando se enfrentaba a nuevos retos.

Seguía mirándola cuando Bethany se puso en pie y se les acercó, arrugué el ceño. No tenían nada que ver las unas con la otra, así que no tenía idea de lo que la hija de la alcaldesa les querría decir.

Yo también caminé hacia el grupo, Trav estaba demasiado ocupado con sus prácticas como para prestarles atención.

—Vamos, será divertido —les decía la capitana de las Valentin's Tigress.

—Nosotras no servimos para eso —murmuró Jane.

—Todas sirven, basta con que lo intentéis, yo os ayudaría a conseguirlo.

—¿Y por qué harías eso? —cuestionó Stacey.

—Porque soy buena persona y veo en vosotras el talento. Ya veréis, probemos con algo fácil, un par de pasos sencillos, subíos a la repisa de la fuente y yo os los muestro desde abajo.

Las miré con curiosidad y las saludé.

—Hola, Calamity, hola, Stace. —Jane apretó un poco el gesto al escuchar su sobrenombre—. ¿Todo bien?

—¡Por supuesto! —exclamó Bethany—. Las estaba animando a presentarse a las pruebas de las animadoras, estamos buscando sangre fresca.

—¿Y se lo has propuesto a Stacey y a Jane? —bufé.

A ellas no les iba nada ese rollo de saltar con pompones y hacer bailecitos.

—Sí, ¿qué ocurre? ¿No las ves lo suficientemente bonitas como para serlo?

Las dos adolescentes me miraron, Stacey con cara de preocupación, porque siempre había sido mucho más bajita que el resto, con bastantes curvas y pelirroja. Solo hacía falta un vistazo rápido a las animadoras para darse cuenta de que no eran un grupo que apostara por la diversidad. Parecían sacadas del mismo molde, de una altura similar, de una estructura corporal parecida y preocupadas por temas como moda, maquillaje, complementos y chicos. Tenían muy poco que ver con ellas.

—Yo no he dicho eso —quise justificarme. Travis se acercó con Nurlyn, agarrándola por el hombro, para unirse a la conversación.

—¡¿Estás loca, Beth?! Mi hermana nunca agarrará unos pompones ni hará un salto mortal con una falda corta en su vida.

—Pues yo la veo como voladora, además, es muy guapa, solo le hace falta un poquito más de estilo —le reprochó la capitana, desviando la mirada hacia mí, que estaba concentrado en la expresión enfurruñada de Jane.

—Yo paso de esas cosas —murmuró ella.

—¿Lo ves?, mi hermana es más de aterrizar sobre montañas de estiércol y jugar a los indios —se carcajeó Trav. Ella enrojeció.

—Eso fue culpa tuya, me mentiste, me dijiste que...

—No tendrías que ser tan crédula. Anda, seguid vuestro camino y dejadnos en paz. —Miró a Beth—. Y tú, no tendrías que decir cosas como esas por caridad. —Travis era bastante capullo cuando le daba la gana, sobre todo, si se trataba de su hermana, y más aún tras haberlo superado en el campeonato de puntería.

—No soy animadora porque no me da la gana —refunfuñó Jane—. Podría hacer ese mortal con los ojos cerrados si quisiera y callar tu apestosa boca —protestó, fijando la mirada en su hermano.

—¡¿Lo ves?! —proclamó Bethany—. ¡Demuéstraselo, Jane!

—No es necesario, vámonos. —Stacey tiró de la manga de la camisa de Calamity, pero era demasiado tarde, su mirada había entrado en modo desafío, era una Wallace y no podía remediarlo. Cuando le arrojaban un guante, tenía que atraparlo.

—Tú misma, si quieres hacer el ridículo —resopló Trav.

—Jane, Stacey tiene razón, no tienes que demostrarle nada a nadie —susurré. Si me oyó, no

dio muestras de ello, se quitó el arco y las flechas de encima para entregárselas a su mejor amiga.

—Sujeta.

—Ey, Calamidad, esto no es necesario, te puedes hacer daño.

—Tú tampoco crees que lo pueda lograr, ¿verdad? —Trav me interrumpió cuando iba a responderle que no se trataba de eso—. ¡Nadie lo cree, hermanita!

La vi subir a la repisa de la fuente, Bethany y las demás se sentaron a su alrededor golpeando sobre las rodillas para dar sonido de emoción.

—Señoras y señores, la gran Jane Wallace, postulante a voladora de las Valentin's Tigress, ejecutará un salto mortal en la fuente de Cupido para callar la boca al receptor de los Tigers Travis Wallace. ¡Adelante, Jane!

Travis negaba con la cabeza, Stace intentaba taparse los ojos sin demasiado éxito y Jane miraba furiosa en nuestra dirección. El corazón me latía muy rápido porque pensaba que, si daba un mal paso, se podría abrir la cabeza contra la escultura.

Vocalicé un «No lo hagas» que solo le hizo apretar más el ceño.

—Tres, dos, uno, ¡ya! —anunció Beth. Fue como si tuviera el poder de verlo a cámara lenta.

Cuando Jane cogió impulso, vi a la capitana asentir y todas las animadoras se pusieron a lanzar agua. Corrí por pura intuición, el mármol se volvía terriblemente resbaladizo cuando le caía una sola gota y esas locas lo estaban convirtiendo en una piscina.

Salté al mismo tiempo que vi su pie resbalar, me abalancé sobre ella para envolverla con mi cuerpo y protegerla del impacto, aunque eso supusiera caernos a la fuente juntos y casi ahogarnos por la cantidad de agua que llegamos a ingerir.

Al emerger, Jane se puso a toser y escupir agua. La ropa se le pegaba como una segunda piel y pude ver a la perfección, como los demás, que bajo esa camisa no llevaba sujetador, aunque tampoco es que le hiciera falta porque apenas había nada que sujetar.

Las chicas se pusieron a reír llamándola tabla. Ella se puso a golpearme al mismo tiempo que intentaba cubrir sus inexistentes pechos.

—¿¿Qué demonios has hecho?! ¿¿Es que estás loco?!

—Solo quería salvarte.

—¿¿Salvarme?! ¡Me has hecho hacer el ridículo! —Me quité la beisbolera que llevaba e intenté ponerla sobre sus hombros para taparla.

—Toma, ponte esto.

—¿¿Para qué?! ¡Está empapada!

—Porque se te transparentan los pezones, deberías ponerte sujetador, aunque no haya un motivo para hacerlo —la acuchilló Bethany—. Lo siento, no has pasado la prueba, aunque tal vez te quieran en el equipo de fútbol como balón.

Jane ni se lo pensó, obvió la exposición de sus pechos, la agarró de los pelos y la hundió en la fuente sin ningún tipo de pudor. Creo que la hubiera ahogado si Travis y yo no hubiésemos intervenido.

Yo intentaba desasir sus dedos de los rizos aplastados y mi mejor amigo intentaba sacar a la capitana del fondo de la fuente, aunque nos costó.

Aquello terminó cuando el *sheriff* pasó patrullando con su ayudante y todos terminamos empapados y en comisaría.

Capítulo 12



JANE

Era la hora de comer.

Desde que mis padres se mudaron a la pequeña casita, cuyos bajos ocupaba la peluquería de mi madre, teníamos una cita semanal.

Mis padres se mudaron cuando la señora Pibody falleció y su hijo les ofreció la posibilidad de ocupar las plantas superiores en las que, hasta entonces, había vivido ella. Tenía muchísima luz, una cocina coqueta, habitación de matrimonio con baño incorporado y un salón.

La tercera planta era una buhardilla enorme y diáfana en la que mi madre había puesto una mesa lo suficientemente grande como para que cupiéramos todos el día que nos tocaba comida familiar.

Le daba pavor que cada cual hiciera su vida y perdiéramos el contacto, así que teníamos un calendario de comidas anuales, rotatorio, con mis hermanos. Cada semana nos reuníamos en la casa correspondiente, salvo cuando le tocaba a Travis, que íbamos al restaurante porque le resultaba más cómodo.

Jake vivía a las afueras del pueblo, en el rancho del jefe de mi padre, pues se casó con Susy Sue, su hija. Seguía trabajando en el taller mecánico porque le encantaban los coches, y cuando el señor Holden se jubilara, lo cogería en traspaso.

Acababa de ser padre hacía unos meses y su mujer era una auténtica *tradwife*, con su propio canal de YouTube y TikTok. En ellos predicaba sobre el valor de la mujer tradicional americana y daba consejos para convertirse en una. Puede parecer extraño, pero tenía miles de seguidoras que eran postulantes a una vida que a mí me producía alergia.

Verla y escucharla hablar era como realizar un viaje a través del tiempo, parecía salida de uno de esos anuncios en los que aparecía una mujer muy arreglada, con delantal, sacando unas galletas recién hechas para contentar a su marido después de trabajar.

Así era ella, dedicada a su esposo, las tareas domésticas y la crianza de la pequeña Erika.

Su *outfit* era el de una mujer de los cincuenta, siempre con vestido, los ojos delineados con *eyeliner* negro y los labios pintados de rojo. Calzaba zapatos de tacón y rara vez la pillabas sin una sonrisa, aunque hubiera tenido un día agotador.

A mí me salían sarpullidos solo de imaginar una vida así, pero se trataba de mi cuñada, ¿qué le iba a decir?

Ella no se metía en mi vida, era muy respetuosa, así que yo no lo hacía con la suya, además, a Jake se le veía feliz.

Los trillizos también vivían con sus parejas.

Elías fue el único de los Wallace que estudió una carrera gracias a una beca, era veterinario y vivía con su chico, Derek, que era profesor de Música en el instituto.

Brandon y Luke se montaron una empresa de reformas, no les iba nada mal, empezaron como chapuzas y ya tenían su propia cuadrilla. Vivían el uno pegado al otro y sus mujeres eran las hijas del reverendo, por lo que cada domingo les tocaba ir a escuchar el sermón del pastor. Ambas se habían quedado embarazadas al mismo tiempo, lo que me parecía un pelín siniestro, y en un par de meses, llegarían nuevos bebés a la familia Wallace.

Abigail, la mujer de Luke, esperaba un niño y su hermana menor, Dina, una niña.

Era un alivio ya no ser la única Wallace mujer, además de mi madre.

La mesa estaba puesta, las bebidas servidas y Travis colocaba la comida que había traído en los platos, aunque yo, como prometí, hice huevos cocidos con puré de patata.

No era una cocinera maravillosa como Susy Sue, que tiraba de su manga de farolillo y salía un pavo relleno de frutillas, incluso a las Sheldon se les daba mucho mejor que a mí. No obstante, me las apañaba para que Levi y yo no pasáramos hambre. Ayudaba mucho que mi madre me hiciera llegar algún *tupper* de comida casera a diario.

—Si quieres, puedo darte mi receta de los huevos Benedict y el puré con salsa de carne, así podrías innovar —comentó Susy, ayudándome con la fuente. No lo decía con maldad, como habría hecho la exmujer de Trav, que era un mal bicho de cuidado, sino de corazón.

—Te lo agradezco, pero Dios no me dio la virtud de la cocina.

—Ni de la cocina, ni de coser un botón donde corresponde —masculló Travis, mirando mi camisa. Vale, sí, el hilo y la aguja tampoco eran lo mío—. A Jane lo único que se le da bien es empinar la jarra en La Guarida.

—Le dijo la sartén al cazo —mascullé—. Aunque, en tu caso, debería añadir meter las bolas en el agujero de la nueva vecina. —Mi madre carraspeó cabeceando hacia Levi, que, cómo no, llevaba los cascos puestos en señal de protesta por su enfado conmigo. Era terco como una mula y podía pasarse días así—. Me refería al billar, madre.

—Seguro...

—¿Celosa porque tu noche no fuera tan fructífera como la mía? —me pinchó Travis.

—Será porque no quiso —me defendió mi madre—. Ha llegado a mis oídos que Cole Carter le ha pedido una cita. —Todos pasaron de su cara a la mía y a la de Trav, que parecía haber engullido un cardo—. ¿No lo sabíais? Me lo ha dicho la señora Alcot esta mañana cuando se ha pasado a echarse el tinte. Al parecer, su hijo Michael estaba al lado cuando vuestra hermana le ganó a los dardos y perdió su apuesta, así que ahora le toca cumplir y salir con Cole. ¿No es maravilloso?

—¿Qué apuesta? —preguntó ceñudo Travis.

—¿Tú no estabas en ese bar? ¿Qué hacías mientras nuestra hermana le ganaba al vecino? —preguntó Jake ceñudo.

—Probaba sus dotes de otorrinolaringólogo con la fisioterapeuta de Carter —lo chinché—, aunque da lo mismo, porque no pienso salir con él.

—¿Y por qué no? —preguntó Abigail—. Es un buen partido.

La cara de Trav se puso verde, quizá solo por ese motivo debería aceptar.

—¡Esos pantalones ajustados le hacen un culo maravilloso en el campo de juego, está buenísimo y, por lo que pone en internet, es hetero, yo que tú aprovecharía! —se sumó Derek. Elías lo miró con la mandíbula apretada y él subió los hombros murmurando un «¿qué?!, tengo ojos».

—¡Os he dicho a todos que no, nada de citas con Cole Carter! —exclamé, tropezando con los ojos de mi hijo, que estaban muy abiertos. Se quitó los cascos de golpe. No podía haber escuchado eso, ¿verdad?

—¿Cole Carter quiere salir contigo?

¡Dios mío! ¿Cuántas veces iba a tener que escuchar su nombre durante esa comida? Era como si alguien me hubiera echado una maldición y despertara una y otra vez con su nombre en la boca.

—¡No!

—¡Sí! —espetó mi madre contradiciéndome. La cara de mi hijo se iluminó.

—Pe-pero ¡eso es fantástico, mamá, tienes que salir con él y hablarle de mí! ¡Es mi oportunidad! —Lo que me faltaba.

«Si tuviera que hablarle de ti, el mundo se iría a la mierda», me tragué.

—¿Tú no habías dejado de hablarme?! Pues, hala, ¡sigue así! —Mi hijo entornó los ojos cabreado—. Y no sé qué os ha dado a todos con que salga con él, pero no lo voy a hacer. Tú me apoyas, ¿verdad, papá?

—Haz lo que tengas que hacer.

—¡Exacto! —aseveró Trav—. Por eso no lo va a hacer.

Por una vez, estábamos de acuerdo, ni siquiera recordaba cuándo fue la última vez.

—¿Y a ti qué más te da? —preguntó Luke.

—No se sale con la hermana de tu mejor amigo, y Cole siempre ha sido el mío.

—¿Uno que se largó y con el que no volviste a hablar durante años? —dijo Brandon—. Por favor.

—No es necesario hablar para mantener una amistad, ahora ha vuelto y estamos como el primer día, además, que todos sabemos que Calamity no sale con tíos, solo con su revólver.

«Ja, ja, ja».

—Pues quizá vaya siendo hora de que lo haga —se sumó Dina risueña—. A mí me gusta la pareja que hacen, y estoy con Derek en que se le ve muy bien en el campo. Mi cuñado le guiñó un ojo a la hija del reverendo.

—¿Desde cuándo mi vida privada es un debate en esta mesa?!

—Desde que tu futuro marido ha vuelto al pueblo. —Mi madre jugó una carta que no debería haber usado. Todos volvieron a centrar su atención en mí.

—Por todos los diablos, ¡tenía solo seis años y era una estúpida carta de San Valentín!

—¿Qué estúpida carta?! —ladró Travis. Aunque no llegué a responder gracias a los alaridos que llegaron desde el otro lado de la calle.

Capítulo 13



JANE

Salimos todos a la calle, yo revólver en mano, porque una no sabía qué esperar con semejantes gritos, aunque claro, cuando una creía que lo había visto todo, llegaba Cole Carter, ungido en jabón, con una toalla atada a la cintura, y te rompía los esquemas.

—Pero ¡qué narices haces! —grité, con toda la familia a mis espaldas, apuntándole con el arma. Estaba descalzo y extremadamente desnudo, con los ojos llenos de espuma, que se deslizaba desde su pelo a los pectorales.

¿Era yo, o había empezado el verano en pleno enero?

Ver algo así tendría que estar prohibido, sobre todo, cuando tu último polvo se parece a la versión poco hecha de Ed Sheeran y bastante borracho.

—¡Las paredes de mi casa están estallando! —rugió, llevándose los dedos a los ojos.

—¿Es Cole Carter? —Oí a mi hijo preguntar, y a mí se me llevaron todos los demonios.

—¡Vuelve a tu maldita casa o te detengo por escándalo público! —vociferé.

—¡¿Estás loca?! ¿Es que no me has oído? ¡Una pieza de cerámica casi me salta un ojo en la ducha!

La ducha... Mis hermanos menores entraron corriendo a la casa, mi padre cruzó la calle y lo envolvió con su chaqueta, haciéndolo cruzar como si se tratara de una ancianita desvalida en lugar de un tiarrón de metro noventa y cinco, y ciento veinte kilos de músculos para lamer.

¿Por qué lo traía a nuestro lado de la calle? ¡¿Es que había perdido la cabeza?! ¿Y dónde estaba Tara?

Eros salió corriendo y, al verme, se tiró encima de mí, chorreando, colocando sus patas delanteras en mi pecho como si fuera un viejo amigo y se alegrara mucho de verme.

Bajé el arma y Levi vino directo al perro para ofrecerle unas carantoñas sin apartar los ojos de aquella masa húmeda y enjabonada.

Cole subió las escaleras y me planté frente a él.

—Alto ahí, Carter.

—¡¿Qué haces?! —preguntó mi padre.

—No, ¿qué haces tú, papá? ¿No has visto cómo está?

—Por eso voy a meterlo en casa, no esperarás que lo deje a la intemperie.

—¡Él ya tiene su casa, esa de ahí! Y, que yo recuerde, ya le advertí lo que pasaría si llenaba la caldera e intentaba ducharse. Ahora que se atenga a las consecuencias, que con tanta agua me va a echar a perder el suelo de parquet —le reproché.

—Jane Wallace, ¿dónde está tu hospitalidad?! —profirió mi madre.

«La perdí cuando este capullo se largó sin mirar atrás».

—Eso —se sumó mi hijo, colocándose al lado de su abuela. Eros se puso a sacudirse salpicándolo todo—. Es nuestro vecino —prosiguió—, y tú siempre dices que tenemos que ser amables y ayudar. Eres la *sheriff*, así que tu deber es socorrer a los débiles. —Cría adolescentes que te sacarán los ojos.

«Cole Carter no tiene débiles ni las raíces del pelo».

—Y el tuyo es callar y escuchar a los mayores.

—Y como yo soy la más mayor y esta sigue siendo mi casa, aunque vivas en ella, Cole Carter siempre será bien recibido, aparte.

Increíble, mi propia familia le hacía más caso a él que a mí.

Todos entraron dentro, incluso el perro. Mi padre le pidió a Jake que acompañara a Cole al baño para que pudiera quitarse el jabón. Yo fui a la cocina y le puse un cuenco con agua al perro y una salchicha que tenía en la nevera en otro recipiente. Cuando regresé al salón, mi progenitor me preguntó si tenía algo de ropa para prestarle al vecino.

—Si le sirven mis bragas y las camisetas de tu nieto es que ese tío es un *transformer*. —A mis cuñadas y a Derek les dio la risa.

—Me refería a si queda algo de tus hermanos o mío en esta casa —aclaró él mosqueado.

—Que yo sepa, os lo llevasteis todo, como mucho, puede que quede algún disfraz en el desván.

—Travis —llamó mi padre a mi hermano—, ve a echar un ojo. —Cuando se ponía, era único para organizar.

—Voy, papá.

Luke y Brandon entraron a los diez minutos, con la ropa húmeda y las botas algo encharcadas.

—Hemos podido cortar el agua, pero han salido disparadas varias piezas del baño, el suelo de ambas plantas está inundado, parece ser que las tuberías no han soportado la presión y el calor del agua, las juntas han dado de sí y todo ha saltado por los aires.

—Justo lo que vaticiné qué pasaría si se le ocurría cargar el depósito de gasoil y darle al agua caliente, le advertí sobre las oscilaciones de temperatura, pero él, hala, a pasárselo por el forro, y ahora sí que va a tener que largarse.

—¿Por qué va a tener que largarse?! —preguntó Levi.

—Pues porque no podrá vivir en su casa en esas condiciones, y la reparación le costará un riñón.

—Nosotros nos podríamos encargar, y cobrarle solo costes y mano de obra. Pero no podríamos arrancar hasta la semana que viene y, aunque lo hiciéramos, si hay que cambiar toda la fontanería, puede que también se haya visto afectado algo del sistema eléctrico, tendríamos que revisar la calefacción y subsanar los desperfectos del yeso.

—¿Cuánto tiempo os llevaría? —preguntó una voz profunda procedente de las escaleras.

Cole acababa de incorporarse a la conversación ataviado con mi albornoz verde de corazones rotos. Un tío cómo él debería verse ridículo, pero no, ahí estaban mi cuñado suspirando para certificar lo bien que le quedaba la prenda.

Mis cuñadas tenían las mejillas encendidas, y Derek no podía apartar la mirada de la abertura del pecho. No era de extrañar, con tanta carne apretada saliéndose por todas partes.

Luke se rascó la cabeza y miró a Brandon.

—Calculando que todo vaya bien, no menos de dos o tres semanas —comentó.

—Vale. ¿Os podéis encargar?

—¿No quieres que te hagamos el presupuesto?

—He escuchado que pensabais cobrarme solo el material y la mano de obra, podéis añadir un plus por emergencia y otro porque a mí me da la gana. Me fío de vosotros y de la calidad de vuestro trabajo, os recuerdo que os he visto en pañales y conozco vuestros peores secretos. — Los dos rieron por lo bajo.

Y entonces ocurrió algo que me contrajo desde el útero hasta la garganta.

¿Cuándo se había plantado mi hijo frente a Cole Carter para ofrecerle su mano?

—Hola, soy Levi Wallace, ¡tu mayor fan! —La de veces que había recreado esa imagen en mi cabeza, aunque en ninguna de ellas Cole iba en albornoz y toda mi familia estaba alrededor. Parecía una de esas pesadillas en las que quieres gritar y no puedes. Yo quería echar a Cole Carter del pueblo, y toda mi familia ofreciendo su hospitalidad.

Iba a darme un soponcio. Travis los interrumpió.

—Jane tenía razón, arriba solo he encontrado un traje de orangután.

—Igual queda algo seco en el armario —musitó Cole, ofreciéndole una sonrisa a Levi y estrechándole la mano.

—¿Por qué no vas a comprobarlo? —sugerí, ganándome las miradas reprobatorias de todo el mundo.

—¿Por qué no vas tú? Estás un poquito alterada, mejor que te dé el aire —sugirió mi madre.

—¡Soy la *sheriff*, no una de sus amigas con derecho a... ropa! —concluí al ver la cara de espanto de mi hijo.

—¡Eres mi hija, y mi hija sabe cuándo tiene que ayudar! —No podía tener una batalla dialéctica contra ella, el resultado sería el mismo de siempre, terminaría perdiendo.

—Ya voy yo —se ofreció Luke.

Mientras, Cole volvió a centrar su atención en Levi.

—Perdona, muchacho, soy Cole.

—Lo sé. —Nunca había visto a mi hijo más emocionado.

—Eres el hijo de... ¿Jake? —Mi hermano se rio.

—Es el crío de Jane, la mía es esa —lo corrigió mi hermano, señalando a Erika, y entonces él me miró a mí, después a Levi, otra vez a mí y...

—¿Cuántos años tienes?

—¡Ya está bien! —interrumpí la respuesta. Estaba poniéndome malísima—. ¿Qué es esto?, ¿un interrogatorio, o qué? La comida se enfría y habíamos quedado para comer. ¿Dónde está Tara?

No me dirás que la has dejado ahogándose en esa casa.

Él me dedicó una sonrisa pilla.

—Anoche no volvió a casa, creo que encontró un lugar más interesante en el que pasarla.

Por un instante, dejé de ser el centro de atención y Trav se ganó la de todos. A los Wallace no les costaba sumar dos más dos, y menos cuando se trataba de posibles parejas amorosas.

—¿Y a mí por qué me miráis? —gruñó Trav.

—Coge el teléfono y no dejes que pase hambre esa chica, invítala a comer —le sugirió mi madre—, que donde comen quince, comen dieciséis.

Capítulo 14



JANE

Nivel de incomodidad: Fin de los Tiempos.

Me sentía dentro del puñetero *Juego del Calamar* y lo peor de todo era que mi familia eran los tíos enmascarados ocupados de lincharme si se me ocurría salir del juego, y encima no había premio.

Cole llevaba toda la comida mandándome miraditas de refilón, a mí y a Levi, que había insistido en sentarse justo delante y cuyos ojos chisporroteaban absoluta adoración cuando se topaban con él, mientras que cuando lo hacía conmigo, me electrificaban cargados de rayos envenenados.

Nueve meses cociéndolo en la barriga, catorce años dándole bienestar, y bastaba que un tío de la NFL cruzara la puerta para que se olvidara de mí.

Trav tampoco tenía muy buena cara, después de que Tara fuera sometida a un tercer grado sobre sus intenciones para con mi hermano tras haber pasado por su cama. Mis padres eran así, modernos, pero deseosos de casarnos. Para ellos, estar soltero era una situación temporal a remediar, y si estaba en sus manos el poder hacerlo, no lo iban a dudar.

La pobre Tara había esquivado las flechas de mis progenitores como había podido. No hacía falta que lo dijera, se notaba que estaba de paso y que no tenía intención alguna de poner el huevo en el pueblo. Su vida estaba en Nueva York, por eso me jodía tanto la propuesta que acababan de arrojarles, el fin de los tiempos estaba a la vuelta de la esquina.

—Yo no lo veo —murmuró Trav ceñudo.

Desde que mi madre reveló lo de mi carta de los seis años, estaba bastante esquivo. No obstante, me estaba ofreciendo su apoyo, que ya era mucho. Encontrar a alguien cuerdo, entre tanta enajenación mental y carne de venado, estaba siendo un imposible.

¿Les habrían tocado a mi familia los filetes de vaca loca?

—Yo tampoco —me sumé, granjeándome la mirada asesina de mi hijo.

Si hubiera tenido el poder de convertirme en objeto en ese preciso instante, sería redonda, estaría llena de círculos y colgada en la pared de La Guarida, lista para recibir todos sus dardos de adolescente frustrado.

—El hotel del pueblo está genial —sugerí.

—¿El hotel del pueblo?! —estalló mi madre con cara de Siux al borde de hacerse con mi cabellera—. Jane Wallace, ¿tengo que repetirte el concepto de hospitalidad y buenos vecinos? Por el amor de Dios. —Desde luego que no era por el de Cupido—. ¡Os habéis criado prácticamente juntos! Cole ha pasado más noches en esta casa que en la suya y te sobran habitaciones, así que no hay más que hablar, Cole y Tara se quedan hasta que tus hermanos terminen con la reforma.

—Además, ¡tendremos un perro! Es un *border*, mamá, justo como el que queríamos, y le caes bien, aunque eso pueda extrañarle a todo el mundo. —Cole rio por debajo de la nariz y a mí me puso el vello que me quedaba rolo erizo, listo para ponerme a echar púas—. ¡Y el señor Carter me puede entrenar! —Ahora sí que sí.

—¡No! —Di un golpe en la mesa que provocó las miradas más incendiarias que había sembrado nunca.

—Pero ¿se puede saber qué te pasa?! —cuestionó mi madre sin dar crédito—. ¿Estás en tus días femeninos y las hormonas te están jugando una mala pasada?

—¡Ese comentario es muy machista, mamá!

—Y muy realista, cuando tenías el periodo, siempre cometías tus calamidades más sanguinarias.

—Pues no, para información de toda esta casa, no tengo la regla.

—¿Se te ha retirado? ¿Tienes premenopausia? Deberías visitar al doctor Miles para que te haga un chequeo, eres muy joven para que se te retire.

«¿Desde cuándo mi regla, o mi ausencia de ella, había pasado a ser el tema de conversación central?».

—¡No estoy premenopáusica! Me refería a que ahora mismo... ¡Da igual! Que si no quiero que vivan aquí no es por poco hospitalaria, sino porque tengo mis tempos, vivo muy tranquila sola, con un adolescente al cual no le sientan bien los cambios, como a cualquier niño, y tener a dos extraños en casa lo desestabiliza todo.

—No son extraños —me corrigió.

—Sí lo son, te recuerdo que Cole lleva el cuarenta por ciento de su vida fuera de este pueblo, no sabes nada de él desde hace demasiado, ¿y si ahora le gusta coleccionar el dedo meñique de sus víctimas?

—¿Qué víctimas?!

—Las que tiene enterradas en su jardín trasero.

—Vivo en un ático de trescientos metros cuadrados —aclaró el imputado.

—Pues las que oculta en su habitación congelador.

—Hija mía, estás desvariando, llevar soltera tanto tiempo, y leer libros de asesinatos, te está corrompiendo las neuronas.

—No pasa nada, Ruth. Estoy acostumbrado al cariño que tu hija siempre me ha demostrado. —¡Sería capullo!—. Seguro que estaremos bien en el hotel —respondió Cole para mi alivio.

—¿Por qué siempre tienes que estropearlo todo?! —dijo mi hijo, poniéndose en pie—. ¡Yo quiero que se queden!

—Desde luego que no pueden hospedarse en el hotel, no hay habitaciones. —Mi cabeza dio un par de vueltas de campana antes de toparse con Trav. De fondo se escuchó un «¡Bien!», demasiado entusiasta, procedente de Levi, quien volvió a ocupar su silla—. Ayer tuve una reunión con Sara para la previsión de servicios de los próximos días y están hasta los topes. —A veces, se me olvidaba que el restaurante de mi hermano estaba en el hotel.

¿Qué más podía salir mal?

—Perfecto, pues no se hable más. Tara, Cole, bienvenidos a vuestra nueva casa para las próximas semanas —zanjó mi madre mientras yo le mandaba una mirada aniquiladora a Carter, que se pasaba por el forro de los pantalones que no llevaba.

Sí, seguía con el albornoz porque su ropa también estaba empapada y tuve que ponerla en la secadora.

—Muchas gracias, Ruth. —Desvió los ojos hacia mí—. Intentaremos pasar desapercibidos y no ser una incomodidad para ti.

—E-entonces, ¿me vas a entrenar? —volvió a insistir Levi.

—De qué juegas, ¿chaval?

—Soy el *quarterback*, y por aquí dicen que soy tan bueno como tú a tu edad. —Cole dejó ir una risotada.

—Eso vas a tener que demostrármelo —le contestó, llenando la sonrisa de mi hijo de pura felicidad.

Capítulo 15



COLE

No había esperado que Jane tuviera un hijo. No porque no fuera posible, de hecho, cuando volví al pueblo, estaba convencido de que se habría casado y formado su propia familia, era ley de vida, sobre todo, cuando te crías en Saint Valentine. No obstante, reconozco que en mi fuero interno tenía la pequeña esperanza de que no fuera así. Daba igual que en el pasado ella me hubiera dejado muy claro que no me quería de regreso, porque si algo me había demostrado la vida era que las cosas cambiaban de la noche a la mañana.

Un día eres el mejor jugador de la NFL y al siguiente sufres un revés por culpa de una lesión que amenaza con acabar con tu carrera profesional para siempre.

Algo parecido me pasó con ella, algo que quizá cuadrara con esa carta que recibí de su parte en respuesta a la que yo le mandé una vez me hube marchado del pueblo. Quizá conoció a alguien, posiblemente al padre de Levi, y por eso ya no quiso saber nada más de mí.

Ni siquiera sé cuándo cambió mi percepción de Jane, tal vez fue algo progresivo, o siempre estuvo ahí. Lo que sí sé es que, sin comerlo ni beberlo, mi forma de verla, entenderla y sentirla mutó.

Ocurrió en mi último año, en el que ella floreció y yo apenas era capaz de quitarle los ojos de encima, aunque intentaba disimular todo lo que podía.

Quizá fuera porque ella siempre fue distinta, porque no parecía impresionada por mis habilidades como las demás chicas. Nunca obtenía un cumplido de su parte, su interés por mí era nulo y..., no sé, daba igual la tontería que hiciera, porque Jane siempre solía hacerla más grande.

Esa Jane descarada, pícara, sin subterfugios, que me decía cualquier cosa que se le pasaba por la cabeza, que se metía conmigo en lugar de bailarme el agua y que estaba dispuesta a proponer cualquier locura para llevarla a cabo, me volvía loco.

Sobre todo, que no siguiera los cánones de belleza establecidos, que no se molestara por querer gustar y se mostrara siempre tal cual era, sin esperar un cumplido, sin molestarse por si se rompía una uña, tenía barro en la cara o no llevaba la ropa adecuada.

Ella nunca era apropiada, como cuando trepaba por el árbol que crecía frente a su casa y usaba aquella rama gruesa para meterse por la ventana de su habitación, que, por cierto, daba a la mía, en lugar de utilizar la escalera.

La de veces que me quedé embobado en su perfecto culo embutido en aquel vaquero ajustado oculto tras una cortina.

Yo tenía dieciocho y ella dieciséis, y, definitivamente, Jane Wallace había pasado de niña a mujer sin ningún tipo de preaviso.

No me siento orgulloso de haberle ocultado a Trav lo que empezaba a sentir por su hermana, pero era su hermana y existía el pacto de los mejores amigos en el que uno no podía hacer ese tipo de cosas. Es por eso que intentaba guardar las distancias, aunque cada vez era más difícil.

Puede que aquel día, a principios de junio, cuando en Missouri nos sobrevino aquella ola de calor inusual, no hubiera tenido que seguirla.

Ella estaba practicando con el arco, como siempre, y yo la estaba viendo desde la ventana. Estaba preciosa, con el pelo recogido en dos trenzas, una camiseta caqui de manga corta, unos vaqueros rotos por encima de la rodilla y sus botas de montaña.

Estaba sudando, paró en seco, soltó el arco y las flechas y tomó el camino que llevaba al bosque. Estaba sola, ninguno de sus hermanos parecía estar por allí, y me preocupó que, si se alejaba demasiado, le pudiera pasar algo, así que bajé corriendo y la seguí de cerca.

El calor era más que pegajoso, Jane se adentraba en el bosque rumbo a la cascada.

No sé por qué no dije nada, por qué me limité a observar cómo canturreaba acariciando las hojas verdes, mientras se detenía a oler algunas flores frescas. No recuerdo qué canción era, pero cada vez que rememoro ese día, me viene a la cabeza el tema *Savage Daughter*, de Sarah Hester Ross.

Los rayos de sol incidían en su pelo castaño, arrojando destellos rojizos. A mitad de camino, se puso a deshacerse las trenzas, pasando los dedos por aquellas suaves ondas que caían sobre sus hombros. Al llegar al prado, se descalzó para que las plantas de sus pies entraran en contacto directo con la hierba fresca. Podía imaginar aquella sonrisa perfecta alzando las comisuras de sus labios ante el roce, porque Jane era naturaleza salvaje, formaba parte de aquel valle, de su bosque y sus montañas.

Tuve la tentación de echar a correr para atraparla entre mis brazos, hacerla girar y besarla, besarla mucho, besarla de un modo que recordara para siempre. No sabía si algún chico lo había conseguido ya, aunque lo dudaba porque era una chica Wallace, y Jake y los demás tenían a todos los chicos de la población amenazados. Quien besara o tocara a Calamity Jane, se arriesgaba a toparse con los puños de los cinco hermanos Wallace, y ninguno querría arriesgarse a ello.

Me recreé en su silueta por detrás. Jane había crecido en los últimos dos años, hasta convertirse en una chica de preciosas curvas que no me pasaban desapercibidas, era atlética y a la vez tenía redondeces donde debían estar. Su cuerpo me parecía de lo más tentador, y si hablábamos de su cara, mejor era no pensar en ella.

Habíamos llegado a la zona de la cascada, esta caía con fuerza después de las últimas lluvias, yo estaba a la suficiente distancia como para que no me viera, pero mi pequeña Calamidad ya estaba en las rocas cercanas. Miró a un lado y a otro, aguzando los sentidos por si había alguien inesperado. Yo me escondí tras un grueso roble, dándole la privacidad que anhelaba. Me planteé si salir para darle un susto, pero me contuve al ver que se quitaba la camiseta y se bajaba los pantalones. Tragué con fuerza, ya sí que no podía ni moverme, ni apartar los ojos de ella, y

cuando en un acto de desafío se desabrochó el sujetador y se bajó las bragas, creí que mi corazón y mi polla iban a abandonar mi cuerpo.

Se zambulló completamente desnuda, como si bañarse en bolas y en pleno día a las afueras del pueblo fuera lo más normal del mundo. Así era ella, viviendo siempre en el límite de lo políticamente correcto y lo que le diera la gana hacer en todo momento.

Me dije que no estaba bien mirarla, que no era de buen vecino espiarla sin su consentimiento, y mucho menos teniendo en cuenta que era la hermana de mi mejor amigo, que tendría que cerrar los ojos y largarme, sin embargo, fui incapaz. Era demasiado bonita, demasiado perfecta, demasiado mía, porque así era como la sentía, como si de algún modo extraño formara parte de mí.

La vi jugar con el agua, flotar con una naturalidad provocadora que me endureció sin poder evitarlo. Ya había estado con chicas, pero mi corazón me decía que con ella todo sería distinto.

Me quedé allí hasta que se cansó. Capturé cada curva, cada estrechez, cada gota deslizándose por su piel, deseando ser yo quien lo hiciera. Me perdí en cada rayo de sol que secó su anatomía hasta que se vistió.

Quedaban pocas semanas para que me marchara, la Universidad de Nueva York me había aceptado y me concederían una beca para estudiar allí, desde que un ojeador de los Giants me vio jugar, me dijo que movería algunos hilos porque le interesaba que estuviera en su ciudad.

A mi padre le pareció una gran idea, su jefe llevaba tiempo ofreciéndole un puesto en el banco central, y además le habían conseguido un precioso piso con vistas a Central Park. Hubiéramos estado locos si no hubiésemos aprovechado la oportunidad.

Por mucho que me gustara Jane, era mi futuro, mi sueño, tenía que conseguirlo, además, ella no iría a ninguna parte, por lo menos, en los dos próximos años, hasta terminar el instituto. Después, ya se vería, si Jane quisiera estudiar una carrera, yo podría proponerle que se viniera a Nueva York. El piso era de cuatro habitaciones y los Wallace eran como de la familia, así que mis padres no pondrían pega alguna. Sería fantástico tenerla cerca, que durmiera en la habitación de al lado...

La dejé caminar un buen tramo mientras yo imaginaba un sinfín de posibilidades, tomé un desvío para poder cruzarme con ella y le hice creer que nuestro encuentro era casual. Si hubiera sabido que había estado mirando cómo nadaba desnuda, me habría partido el cuello sin dudar.

—¿De dónde vienes, Calamidad? —Ella dio un respingo y por poco me atizó con la rama que llevaba entre las manos.

—¡¿Qué haces aquí, Carter?! —preguntó con el cuerpo tenso—. ¿No estabas enfermo? —Sí, aquel era el motivo que me había llevado a quedarme en casa, aunque ya no tenía fiebre, o por lo menos no de la que te marca el termómetro.

—Quería estirar un poco las piernas, ya me siento mejor. ¿Por qué tienes el pelo mojado?

—Me he refrescado, ¿algún problema? —preguntó a la defensiva.

—Ninguno, me gusta cómo te sienta. —Sus mejillas enrojecieron, puede que porque recordara nuestro accidente en la fuente de hacía un par de años.

—Muy gracioso, no me tomes el pelo. —Hizo un gesto para apartarme de su camino y yo aproveché para cogerle la muñeca y acariciar la piel expuesta.

—No lo hago —musité, acercándola un poco a mí. Sus ojos se abrieron y sus pupilas se dilataron, aquellos labios estaban separados, listos para que les robara un beso. No lo hice, me quedé con las ganas, con la mirada perdida en una gota de humedad que se colaba por el cuello de la camiseta. Ella se quedó callada—. ¿Vendrás a la fiesta de la hoguera?

—¿Por qué iba a hacerlo? No tengo dieciocho, y si lo hiciera, Travis y Jake pondrían el grito en el cielo.

—¿Y desde cuándo haces caso a tus hermanos? —Ella arrugó el ceño.

—¿Y desde cuándo te importa que vaya? —Me encogí de hombros.

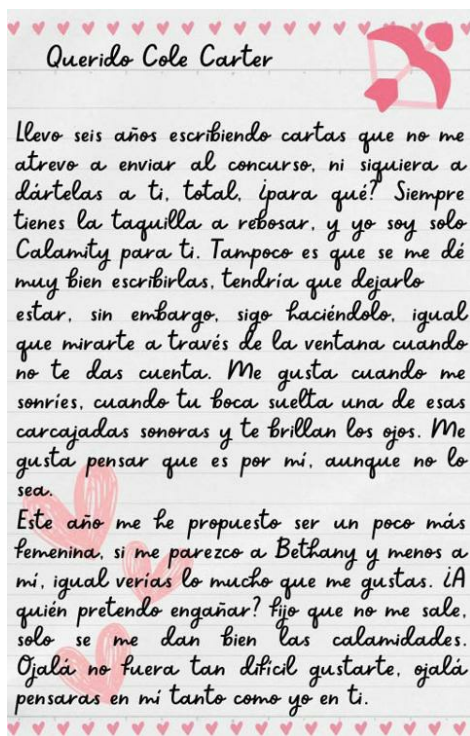
—Será mi última noche aquí, después, me iré del pueblo. Pensé que estaría bien que lo celebráramos. —En su boca formó una o, y vi un deje de tristeza en sus ojos—. ¿Me echarás de menos?

—No hace falta que yo lo haga, todas las chicas lo harán, eres el Suspiracole.

—Las demás me dan igual —murmuré, paseando el pulgar donde le latía el pulso desbocado—. Tú, ¿lo harás? —Ella me miró sin comprender, como si lo que le decía la pillara por sorpresa, de hecho, era lógico. ¿Qué demonios pretendía?—. Tranquila, Calamidad, solo bromeaba. Anda, vete a casa, no deberías ir sola por ahí, uno nunca sabe con quién se puede topar.

—¿Como tú, por ejemplo? —cuestionó, separándose para emprender su camino.

«Por ejemplo».





za pero,
te tiraras
una tonta

uma tonta
ficiste sentir
strara.
ncluso mais



ne Wallace

ne Wallace

ne Wallace

ne Wallace

4 de febrero de 2006

Capítulo 16



JANE

Había sacado la caja de las cartas y las estaba leyendo para martirizarme. Para recordarme lo estúpida que una vez fui y que ese enamoramiento tuvo consecuencias.

Mi familia ya se había ido, me habían dejado muy claro que, aunque en teoría la casa fuera mía, en ella vivía quien a ellos les saliera del papo.

No los culpaba, en cierto modo, tenían razón, porque yo les iba pagando una letra a mis padres mensual en concepto de alquiler con derecho a compra que culminaría algún día con la venta de la propiedad, cuando hubiera pagado hasta el último centavo.

Así lo estipulamos, en lugar de pedir un préstamo al banco, yo les iría pagando mensualmente el precio que convino el tasador. Mis hermanos estuvieron de acuerdo porque cada cual había hecho su vida, y todos tenían sus hogares, sin embargo, no esperaba que eso incluyera una cláusula que dijera que hasta que la casa no estuviera totalmente a mi nombre, los Wallace decidirían quién viviría en ella y quién no.

Sé que si no se hubiera tratado de una emergencia y no fuera Cole, nuestro vecino de siempre, no me habrían forzado, el problema lo tenía yo y aquella maldita noche que lo cambió todo entre nosotros.

Llamaron a la puerta, me puse nerviosa y recogí las cartas como pude para devolverlas al interior de la caja. En lugar de dejarlas en el altillo del armario, como siempre, las puse debajo de la cama y cogí el móvil para disimular.

—¿Sí?

—Soy yo, Tara, ¿puedo pasar?

—Em, claro, estás en tu casa —murmuré, dejando que la amiga de Cole entrara en el cuarto.

No es que fuera gran cosa, mi decoración seguro que le parecía de lo más austera y sin gusto. Los muebles eran sencillos, prácticos, como yo. Eso sí, todos de madera natural procedente del aserradero del pueblo, me negaba a comprar cosas que no fueran del comercio local, igual que la mayoría de vecinos, así nos asegurábamos que los negocios fueran bien.

Ella entró ofreciéndome una sonrisa comedida. Hice el amago de incorporarme, pero Tara extendió la mano para frenarme.

—No es necesario que te levantes, seré rápida. Siento muchísimo que hayamos invadido tu casa, si me pasara a mí, estaría hecha un basilisco, porque soy una persona que valora su

intimidad por encima de todo, así que gracias.

Me sentí francamente mal. Tara era una tía estupenda y se veía que no tenía la culpa de nada.

—La que tiene que disculparse soy yo. A veces soy un pelín cabezota, es que llevo mucho tiempo viviendo sola con mi hijo, y cuando las cosas se desestructuran...

—No tienes que justificarte, en serio, he dicho en el hotel que si en algún momento se les cae una reserva, que nos llamen.

—Me siento como el ogro de la ciénaga, y no hablo del entrañable de Shrek, sino uno mucho peor. —Ella me ofreció una sonrisa.

—Yo también soy bastante ogro, puedes preguntarle a Cole, aunque solo con él.

—Uh, ya somos dos —reímos al unísono.

—No se me caen los anillos, soy buena en las tareas del hogar y no se me da nada mal cocinar.

—¿En serio? Porque yo no pasé de primero de pasta hervida, arroz hervido, patata hervida, huevos hervidos y carne a la plancha algo pasada. —Tara se carcajeó, se notaba que era una mujer cercana, si viviera en el pueblo, no me costaría nada que fuéramos amigas.

—Bueno, pues ahora que ya tenemos algo en lo que puedo contribuir, me siento un poquito mejor. No soporto la sensación de estar ociosa.

—Seguro que si le preguntamos a Trav, te daría algunos quehaceres para no aburrirte.

—De eso estoy convencida, no obstante, prefiero mantener un poquito las distancias.

—Si lo dices por mi familia, aquí a la mínima quieren casarte.

—Lo he visto, no hay problema mientras él y yo tengamos las cosas claras. Solo somos pura diversión y sexo sin compromiso, es lo mejor para no complicar las cosas.

—Suenas bien.

—Deberías probar.

—Lo pensaré, en San Valentín vienen muchos turistas y me convendría destensar.

—Bien dicho. Voy a ir a preparar la sesión de rehabilitación de Cole.

—¿Cuánto lleva con esa lesión?

—Unos años.

—¿En serio?

—Se recupera, juega, se lesiona, y así una y otra vez, el problema es que, de tantas veces, la cosa se ha agravado, y ya lo conoces, se niega a dejarlo.

—¿Dejarlo? ¿Te refieres al fútbol? ¿Tan grave es? —Eso sí que me había preocupado.

—He hablado de más —comentó, tensando el gesto—, como comprenderás, esto es secreto profesional, así que te pediría que no le dijeras a Carter que tú y yo hemos hablado respecto a su dolencia.

—Tranquila, mis labios están sellados.

—Entonces te dejo descansar. Tu hijo ha ido a pasear a Eros y, bueno, Cole está en el porche delantero, por si quieres hablar y establecer los límites.

—No pensaba dividir la casa con cinta de colores para no dejaros pasar dependiendo de la zona.

—No me refería a eso. —Tara me miró como si supiera algo que yo desconocía—. Voy a

colocar mis cosas en la habitación y a preparar la sesión.

—Si necesitas lo que sea...

—Te lo digo, aunque seguro que todo está genial, tu hogar es maravilloso, gracias por tu hospitalidad, Jane.

—No hay de qué.

No me quedé en la cama, la indirecta de Tara sobre el lugar en el que estaba el colmo de mis males era un empujoncito directo a que hablara con él para que la convivencia no se convirtiera en una pesadilla y, en cierto modo, a sabiendas de que íbamos a tener que convivir bajo el mismo techo, no me quedaba más remedio que hacerlo. Sobre todo, si quería que Levi no saliera perjudicado.

Capítulo 17



JANE

Pasé por la cocina y abrí un par de cervezas.

Cole estaba apoyado en la barandilla, con la mirada puesta en la fachada de su casa. Me puse a su lado sin mediar palabra y le tendí el botellín. Él lo cogió y se lo llevó a los labios.

—¿Está envenenada, o es la birra de la paz?

—Lo sabrás en cuanto bebas. —Lo hizo sin reticencias.

—Parece increíble la de años que han pasado. Miro esa puerta y casi puedo ver a mi madre despidiéndose de mí antes de cruzar la acera para llamarnos para ir juntos al colegio.

—Es verdad, y ese olor que siempre salía de tu casa a galletas de arándanos era la leche. —Cole rio.

—Al mínimo despiste, te colabas en la cocina y nos dejabas sin ellas.

—¡Es que estaban muy buenas! —Yo también reí.

—Te diría que siento haber usurpado una de tus habitaciones, pero mentiría. Me gusta más tu casa que una de hotel, por bonita que sea. En cierto modo, siento este lugar como una extensión del hogar de mi infancia, aunque tú estés dentro y quieras patearme el culo a la menor oportunidad.

Cole me miró, y yo suspiré. La de veces que nos había imaginado así de pequeña, solos, juntos, en la misma casa, aunque las condiciones eran muy distintas y no arrastrábamos un pasado.

—¿Por qué has vuelto, Cole? Ya que vas a quedarte, me debes una explicación. —Él asintió.

—No es que me entusiasme hablar del tema, te pido discreción porque muy poca gente lo sabe y quiero que siga siendo así.

—Descuida, discreción es mi cuarto apellido, porque para ti el tercero es Calamidad. —Volví a ganarme una de esas sonrisas que siempre me gustaron tanto, de las que me calentaban por dentro y me hacían sentir especial, porque, aunque Cole tendía a sonreírle a todo el mundo, no lo hacía del mismo modo.

—El fútbol me ha pasado factura, estoy mayor y lesionado.

—¡¿Mayor?! —Casi me atraganté.

—A mi edad, muchos ya se han retirado, y mi rodilla izquierda no colabora.

—¿Cuál es el problema?

—O me retiro, o termino en silla de ruedas.

—Cole, ¡eso es terrible!

—Lo es, pero no puedo hacerlo.

—¿Es por dinero? —Él negó.

—Aunque no lo creas, tengo más del que podría gastar en dos vidas.

—¿Tanto da el lanzamiento de melones? —pregunté, intentando quitarle un poco de hierro, se notaba que estaba preocupado.

—Eso parece.

—Igual debería haberme planteado otra profesión.

—Yo estaba convencido de que habrías acabado atracando bancos.

—Sí, era la otra opción que barajaba. Como ya te dije, opté por la de *sheriff*, porque no me terminaba de convencer el color naranja.

—Quizá no te hubieran atrapado nunca.

—Jamás lo sabremos. Sigue contándome, si no es por dinero, ¿por qué no te retiras? ¿Por contrato?

—La cosa es que quería hacerlo de aquí a un par de años, con un homenaje y todas esas gilipolleces que nos gustan a los tíos que lanzamos melones.

—¿Pero?

—Pues que el médico dice que no puedo.

—¿Y te lo estás pensando? —Él chasqueó la lengua fastidiado.

—Para alguien que no viva el fútbol es difícil de entender. El deporte de competición se te mete en las venas, en cada poro de tu piel. Tu corazón late con los vítores de la afición, te nutres de la emoción, del sentimiento de pertenencia a tu equipo. Ellos son lo más importante porque eres lo que eres gracias a su fe en ti.

—¿Y qué me dices de tus piernas? ¿No son importantes?

—Sí, pero hay una posibilidad de que no ocurra.

—¿Y si ocurre? ¿Piensas que la afición estará empujando tu silla y limpiándote el culo cuando te hagas caca encima?

—¡No voy a hacerme caca encima!

—¡Eres joven, solo tienes treinta y tres, y toda una vida para gastarte esa suma indecente de dinero que te has ganado! Tienes derecho a disfrutar. ¿Por qué no lo dejas?

—Porque solo vivo por y para el fútbol, es mi motor, lo que me sostiene, llevo años sin hacer otra cosa.

—¿Y qué me dices de todas esas mujeres con las que te acuestas? Dudo que a ellas les lances una pelota.

—A ellas les hago otra cosa con las pelotas. —Hice rodar los ojos—. Esas mujeres nunca significaron nada, eran pura diversión y necesidad.

—¿Y no hubo alguna de todas ellas que quisieras convertir en tu otro motor? —Cole me miró de un modo profundo, como si me quisiera atravesar.

—Hubo una, hace mucho tiempo, pero me falló incluso antes que la pierna.

—¿A ti? ¿Al Suspiracole?

—Ya ves, no todas han suspirado por mí, o por lo menos no de la forma que habría deseado. Así que me volqué en los Giants, el único amor que nunca me ha fallado. El romántico no se me da bien.

—Cualquiera lo diría. —Nos quedamos callados por unos segundos. Tenía ganas de decirle que quizá le hubiera ido mejor si hubiese mirado en la dirección adecuada, pero me callé—. Entonces, ¿estás aquí para darle un nuevo sentido a tu vida?

—Podríamos llamarlo así. Este pueblo es el único lugar en el que he sido feliz, además de en el estadio. —Dio otro trago al botellín—. Basta ya de mí, ¿qué me dices de ti?

—¿De mí?

—Bueno, joder, eres madre, ¿qué pasó?

—Nunca creí que tú me preguntaras algo así, a ver cómo te lo explico, follé, me preñó, se largó y nunca miró atrás, tampoco tenía motivos para hacerlo, fuimos el polvo de una noche y punto, fin de la película. No me gusta hablar del tema y te pediría que dejaras a Levi al margen, para él soy su madre y listo, como tiene que ser.

—No tenía intención de someter a tu hijo a un tercer grado.

—Es lo mejor que he hecho en la vida, no fue fácil, pero ya conoces a mi familia, se volcaron para que no nos faltara nada, y Levi es el mejor hijo del mundo, algo cabezota, pero ha tenido a quien salir, ¿no crees?

—Eso parece. Es un nombre bonito.

—Significa el que une a la familia.

—Y no hay familia más unida que los Wallace. Además, tiene buen gusto para sus referentes en el fútbol, se ve que es un chico listo.

—Es mi mayor logro, como para ti el fútbol, en fin, voy a darme una ducha, hoy ha sido un día intenso y necesito relajarme.

—Soy experto en destensar, si necesitas que te enjabone la espalda... —sugirió pícaro. Me puse seria de inmediato.

—No vayas por ese camino, Carter, quiero que te mantengas al margen de mi vida y no me compliques las cosas, ¿crees que podrás?

—¿Crees que podré? —me devolvió la pregunta, repasándome con demasiado interés.

«Eso espero, por mi bien».

Capítulo 18



COLE

Llevaba cuatro días conviviendo con ella, cuatro días viéndola en pijama, sosteniendo su taza de «Muerte a Cupido» repleta de café negro, blandiendo su ceño apretado contra mí más veces de las que me gustaría, sobre todo, teniendo en cuenta que la muy descarada llevaba desde que llegué paseándose desnuda en cada uno de los sueños eróticos que me acompañaban cada noche. Lo único que se dejaba puesto era ese maldito sombrero, mientras me ataba con las esposas a la cama alegando que iba a impartir justicia hasta que me largara, y lo peor de todo es que no me follaba.

Mi cúmulo de duchas frías superaban mi media habitual, y eso que la temperatura exterior invitaba a largos baños calientes.

Tenía claro que su incomodidad aumentaba exponencialmente cada vez que su hijo y yo interactuábamos. Daba igual que se tratara de una charla o salir a entrenar un rato. El instinto de madre leona se despertaba en cuanto su persona *non grata* en el mundo entraba en contacto con su cachorro, lo cual pasaba a diario porque, aunque yo no buscara a Levi, él se encargaba de dar conmigo y, ¿para qué engañarnos?, era un encanto, me miraba como si fuera su persona favorita en el mundo, y, oye, a nadie le amarga un dulce. El chaval era gracioso, listo y no exageraba ni un ápice cuando decía que se le daba bien el fútbol, además, era zurdo, como yo, y ya se sabe que los zurdos del mundo deben mantenerse unidos.

Eso sí, tenía el mal perder y la mala leche de su madre, un temperamento tan irascible nunca jugaba a favor cuando se trataba de fútbol.

Acababa de llegar del entrenamiento con una cara que le llegaba a los pies, y lo primero que hizo, mientras yo me entretenía cortando leña, porque la casa de los Wallace se calentaba con ese material desde que yo tenía uso de razón, fue arrojar su balón contra el cubo de la basura. Este cedió ante el impacto y el contenido cayó al suelo, llenándolo de desperdicios.

Jane salió como un cohete al escuchar el estruendo, lo primero que hizo fue dirigir su ceño apretado contra mi torso desnudo y sudado.

Sí, llevaba muchos troncos partidos y eso implicaba calor, aunque estuviéramos a cinco grados en el exterior.

—¿Podrías taparte un poco! —gruñó.

—¿Por qué? En esta calle solo vivimos nosotros, y te recuerdo que llevas viéndome sin camiseta desde que naciste.

«A no ser que la visión de mi torso desnudo te provoque los mismos sentimientos que en mí esos vaqueros que enmarcan la perfección de tu culo». Moví los pectorales y las cejas para hacerme el gracioso, y ella apartó la mirada de inmediato.

—¡Podrías provocar un accidente de tráfico! ¡Haz el favor de cubrirte!

—No sabía que te hubieras unido al club del puritanismo de la señora Rogers, solo te falta llenar la casa de gatos.

—¡Cállate, Carter! ¡Y tú! —rugió, enfocando su ira contra el recién llegado—. Recoge eso y controla tu mala leche antes de que una manada de cerdos salvajes venga a por los desechos.

—¡Es que estoy harto! —ladró Levi sin achantarse—. ¡Da igual lo que hagamos, siempre pasa lo mismo! —La mirada de su madre se suavizó mientras yo cogía la camiseta y me la ponía, no era bueno alimentar a la bestia cuando estaba iracunda.

—Levi... —suspiró—, lo hemos hablado muchas veces.

—¿El qué mamá? ¡¿Nuestra *pesimidad* como equipo?! ¿Que no confías en que llegue alguna parte? Y, en parte, no te quito razón, porque esta temporada vamos como el culo.

—Esa boca —lo riñó.

—Culo tenemos todos —refunfuñó—. Sé que no crees en nosotros, y que, si fuera por ti, preferirías que tocara la tuba. —Su contraataque me hizo reír, aunque lo hice por dentro para no caldear el ambiente.

Eros salió corriendo en busca de su nuevo mejor amigo y se tiró contra él moviendo la cola y llenándolo de besos.

Pese a su malhumor, Levi lo acarició y lo llenó de carantoñas.

—No es que no crea en vosotros, es que te lo tomas demasiado en serio, solo es un juego.

—¡Ese es tu problema! Que siempre lo ves como solo un juego y para mí no lo es. ¡Asúmelo! ¡El fútbol es mi vida!

Joder, casi podía verme a mí mismo diciendo esas mismas palabras. Me acerqué a él para relajar un poco el ambiente. Me sentía tan identificado con Levi que asustaba.

—Me parece que a los dos os vendría bien un paseo largo —comenté, pasando la mano por el lomo de Eros.

—Es que no es justo, Cole, por mucho empeño que le pongamos, siempre perdemos, y nuestro entrenador se limita a decir que lo importante es jugar.

—Eso lo dicen todos los entrenadores hasta que llegas a la universidad, y debería ser así —lo corregí.

—Y estaría bien si por lo menos ganáramos una vez, pero tú sabes tan bien como yo que los ojeadores no se molestan en venir a ver a los últimos de la liga. ¡Odio vivir en este maldito sitio, si viviera en Nueva York, como tú, tendría un buen equipo y no una panda de fracasados en la que me incluyo yo!

—Ey, ey, ey, no digas eso nunca —murmuré, poniéndole la mano en el hombro—. Ni tú ni tus compañeros sois unos fracasados.

—Sí con un entrenador cuyo mayor logro ha sido ganar un torneo de críquet. ¡A veces se le olvidan incluso las normas del juego! Hace unos cambios de posiciones que... —dio una patada

a una piedra—. ¡Es absurdo! Según él, todos tenemos que saber jugar en cualquier posición, y así no se puede, lo único que consigue es que nos den palizas y que nos desmotivemos. —En eso no podía quitarle la razón. Se podía hacer eso cuando eran más pequeños, pero no con catorce, a esa edad, cada uno tenía que saber de qué jugaba y qué se esperaba de él en el equipo, si no, era imposible.

—¿Ayudaría en algo si hablara con él? —me ofrecí.

—Ayudaría en algo si nos entrenaras tú en lugar de él.

—Cole no puede quitarle el puesto al entrenador Petigrew, y te recuerdo que tu adorable ídolo —dijo con retintín— solo está de paso, se irá en unas semanas.

Jane se había colocado a mi lado y lo miraba con la mandíbula tensa. El que le recordara continuamente mi marcha me agujereaba por dentro. No mentía, nunca vine al pueblo para quedarme, pero que ella lo tuviera tan claro y fuera su mayor deseo escocía. Levi levantó la barbilla y la contempló con disgusto.

—¡Ojalá no viviéramos en este sitio! ¡Ojalá pudiera irme con él cuando se marche! —La vi ponerse blanca como el papel.

Sin recoger la basura o la bolsa de deporte que había dejado caer al suelo, arrancó a correr llamando a Eros.

—Levi Wallace, ¡ven aquí de inmediato y recoge este desastre! —espetó fuera de sí.

—Déjalo —murmuré, tomándola del brazo—, necesita quemar toda esa energía extra que tiene, ya lo hará después, yo me ocupo.

Ella miró el punto en el que mi mano sujetaba su antebrazo.

—¡Tú no vas a ocuparte de nada! ¿Llevas aquí cuatro días y ya me das lecciones de cómo educar a mi hijo? —Ella se soltó de malas maneras.

—Yo no pretendía...

—Tú nunca pretendes nada, la cosa es que lo haces, y cada uno de tus actos tiene consecuencias. Nadie educa a Levi salvo yo, y ya le puedes ir quitando de la cabeza la posibilidad de ir a Nueva York. Por mucho que te idolatre, su vida está aquí, conmigo, ¿estamos?

Alcé las manos, ella se dio la vuelta y entró en la casa. Yo me maldije por haber intentado mediar y dar mi opinión, lo único que había pretendido era ayudar.

La conocía demasiado, sabía cómo funcionaba cuando se cabreaba, que era mejor dejarla sola que presionarla, e intuí que Levi funcionaría del mismo modo.

Cuando llevas, como yo, tantos años conviviendo con tíos, dirigiendo el equipo, siendo el capitán, conociendo hasta cuándo les crece un maldito pelo del culo a cada uno de tus chicos, aprendes a respetar los tempos de todos.

Levi no era un mal chaval, solo uno frustrado por tener un entrenador pésimo, sabía lo que era eso, porque a mí también me había pasado. Solo alguien que adoraba el fútbol conocía la importancia de que la persona que te entrena fuera la correcta, que supiera motivar y explotar el potencial de los chavales, y por lo poco que había escuchado, el entrenador Petigrew no tenía ni idea.

No lo conocía en persona y quizá fuera buen momento para hacerlo.

—¿Dónde vas? —me preguntó Tara al ver que entraba a por la chaqueta.

—A coger el toro por los palos de críquet.

—¿De qué demonios hablas? Tenemos sesión.

—Podrá esperar a que vuelva —le guiñé un ojo.

—¿Y qué le has hecho a Jane? Casi tira abajo la puerta de su cuarto.

—¿Por qué he tenido que ser yo? —Tara se cruzó de brazos y me miró suspicaz—. Nada, solo quise mediar.

—¿Entre ella y su hijo? —preguntó parpadeando.

—¿Qué?

—Todo el mundo sabe que eso no se debe hacer, por muy dios del fútbol que seas. —Resoplé.

—¿Por qué no pillas esa tarjeta que lleno cada fin de mes de dólares, vas al Lovely Lake y pillas algo de cenar?

Tara y Travis no se habían vuelto a ver desde la comida familiar, y mi amiga tampoco es que estuviera de un humor excelso, necesitaban hablar, o follar, o lo que fuera.

—No es necesario, yo me ocupo de cocinar algo rico y sano para los cuatro.

—Ya, bueno, es que me apetece esa pasta tan sabrosa con relleno de ricota, piñones, trufa y gorgonzola, recubierta con salsa de pimienta y cebolla caramelizada. —Sabía que esas palabras mágicas la harían salivar.

—Traidor.

—Deséame suerte —palmeé el marco de la puerta.

—Tú nunca has necesitado eso —la oí farfullar antes de salir—. ¡Suerte! —exclamó, provocando que mis comisuras se alzaran.

Capítulo 19



COLE

Fue extraño poner un pie en el instituto, o mejor dicho, en el campo de fútbol en el que crecí, el que me vio hacer mis mejores jugadas de la adolescencia, con las gradas no tan llenas como las que me recibían en el estadio de los Giants, aunque no estaba mal.

Podía visualizarme con el casco dorado y la camiseta roja de los Tigers, los pompones de las animadoras se agitaban mientras el señor Dumbel cantaba la alineación, como si fuéramos de los grandes.

—*Y con el número doce, el quarterback de nuestro equipo, ¡Cole Ciclón Carter!*

Las chicas saltaban, los aficionados aplaudían y yo sentía que mi sueño cada vez estaba más cerca porque íbamos los primeros de la liga.

Bajé la mirada, el césped crujió bajo mis pisadas, estaba mejor cortado que en ese momento, eso sí.

Me fijé en el otro extremo, agachado, recogiendo el mismo material que yo mismo empleaba de pequeño, estaba el que debía ser el entrenador, el señor Petigrew. Vestía un chándal de tachtel de los ochenta y la gorra que llevaba en la cabeza no era del equipo, sino de los Rolling Stones.

Me acerqué a él por detrás escuchándolo entonar *I Can't Get No*. Me aguanté la risa por la forma en la que movía el trasero. No tenía una voz lo suficientemente buena como para dedicarse al canto, aun así, tenía ritmo.

—¿Señor Petigrew? —me ignoró y siguió a lo suyo—. ¡Señor Petigrew! —insistí, alzando la voz. Él se incorporó de golpe y, al hacerlo, lo vi llevarse la mano a la espalda con gesto de dolor.

—¡Ay!

—Lo-lo siento, ¿está bien? —pregunté al ver su rostro contraído. Él me miró, llevaba unos AirPods puestos, por eso no me había escuchado.

—Perdona, muchacho, es el lumbago, que me está matando. Uno ya no está para grandes aspavientos.

Pero ¿qué edad tenía ese hombre? Parecía mi abuelo.

—Deje que lo ayude —me ofrecí para terminar de recoger el material.

—Muchas gracias —exhaló el hombre con rictus de cansancio.

—Disculpe, ¿por qué recoge usted?

—Es que los chiquillos siempre tienen mucha prisa para regresar a casa, hace frío y tienen deberes que terminar para el día siguiente, me sabe mal.

¿Mal? En mi época, recoger era tan importante como entrenar, formaba parte de la disciplina.

—¿Y no le sabe mal que sus huesos sufran? Son jóvenes, déjeles hacerlo, forma parte de su crecimiento como deportistas y sus padres se lo agradecerán cuando no dejen tirados los calzoncillos por el suelo. —Él me ofreció una sonrisa amable.

—Hoy no estaban muy contentos, teníamos un amistoso con los Búfalos de Saint Patrick y la cosa podría haber ido un poco mejor.

Por eso estaba tan cabreado Levi.

—¿Cómo quedaron?

—Cero a doscientos veintidós, conseguimos catorce yardas por aire. —Me tragué el impropio que se me vino a la lengua, ese resultado era intolerable, pésimo, una vergüenza para cualquier jugador, lógico que el chaval estuviera tan frustrado, sobre todo, teniendo en cuenta sus condiciones—. Ya les dije a los chicos que no se desanimaran, que en el próximo nos iría mejor. —Me callé. Que Levi estuviera desmoralizado con su calidad y su potencial era lo más lógico.

—Dígame, ¿los Búfalos van primeros en la liga? —Eso lo podría explicar un poco.

—¡Qué va! Van un par de posiciones por encima. —Uf. Resoplé llevándome la mano al cuello.

—¿Y cuál es su estrategia para los próximos partidos? Me refiero, si no van bien en la liga, ¿querrán remontar?

—Remontar, dice... ¿Es familiar de alguno de los chicos?

—No, bueno, antes jugaba en este equipo. Llevo unos días en el pueblo, de visita, soy Cole Carter. —Si esperaba que reconociera el nombre, no sucedió.

El hombre extendió su nudosa mano. Tenía las articulaciones algo deformadas, lo que era signo de artrosis avanzada, ni siquiera sabía cómo era capaz de agarrar un balón, puede que ese fuera uno de los problemas, que ni siquiera pudiera hacerlo.

—Encantado, Edward Petigrew, entrenador de los Tigers. —Su agarre no era nada fuerte, más bien blando. Tuve cuidado de no apretar en exceso—. Entonces, ¿ha venido a recordar viejos tiempos? —Que llamara a mi juventud viejos tiempos teniendo en cuenta su edad era curioso, como también que no me reconociera, si eres entrenador de fútbol, es indispensable conocer a los jugadores del momento, tanto como a los antiguos, estudiar sus jugadas, inspirarte en ellos o evitar sus cagadas.

Sabía que iba a arrepentirme en cuanto pronuncié las palabras, pero no pude evitar hacer el ofrecimiento.

—Oiga, señor Petigrew, ¿no necesitaría un ayudante en las próximas semanas? —Los ojos del anciano se iluminaron.

—Ay, hijo, eso sería fantástico, pero me da que no hay presupuesto en el pueblo para solicitar un ayudante.

—Sin remuneración —aclaré.

—¿En serio? ¿Entiendes de fútbol?

—Un poco.

—Eso seguro que ya es más que yo. Me queda poco para la jubilación, cogí esta plaza hace cinco años porque, con mi edad, era la única que me daban, aunque lo cierto es que el fútbol

americano nunca ha sido lo mío. Cuando vivía en mi país y tenía tu edad, fui campeón de críquet, soy inglés.

—Jamás lo hubiera dicho —murmuré. Él me sonrió con afabilidad.

—Fueron tiempos muy buenos, en aquella época todavía vivía mi Etna, se la llevó hace siete años un huracán. —Juro que la imagen de una ancianita sobrevolando el valle acudió a mi mente.

—¿Un huracán?

—Sí, se le cayó un árbol encima cuando regresaba de misa, fue una tragedia, por eso me mudé, no soportaba salir a la calle, todo me recordaba a ella.

—Mi más sentido pésame.

—Gracias, hijo, si no fuera por los chicos, habría caído en depresión, pero salió esta vacante, vine a ver el pueblo, me gustó la afabilidad de sus habitantes y la alcaldesa me ofreció este puesto. Los chavales me dan la vida, intento que no se lo tomen muy en serio, lo de perder o ganar, me refiero, cuando tienes mi edad, aprendes que lo importante de la vida es vivirla y que no pase por delante de tus ojos. —Me dio pena escucharlo—. En fin, que si quieres el puesto de ayudante, es tuyo, no te ofrezco el de entrenador porque necesito el dinero, que si no...

—No se preocupe, como le dije, solo estoy de paso, tengo que volver a Nueva York en unas semanas.

—Muy bien, pues, entonces, fichado. Bienvenido al equipo, Cold.

—Es Cole.

—Por supuesto, no podías llamarte resfriado. Bienvenido, Cole.



Cuando terminé de recoger, fui directo al Lovely Lake, supuse que Tara todavía estaría esperando por la cena y a mí me apetecía tomarme una cerveza con mis amigos antes de regresar a Villa Hostil para comunicar la buena nueva.

Seguro que Levi se alegraba, con Jane no lo tenía tan claro, ojalá pudiera verme con otros ojos y no como si fuera una amenaza en la relación con su hijo.

Había bastante ambiente en el restaurante. Más allá de los servicios principales, podías pasar a tomar algo entre horas y disfrutar de las vistas.

Eché una ojeada antes de preguntar, pero no vi a Trav ni a Tara en la zona del bar, tampoco en la terraza, por lo que me acerqué a la barra y le pregunté al camarero. Me comentó que llevaban un buen rato reunidos en el despacho y que su jefe había pedido que no se les molestara.

Le dediqué una sonrisa condescendiente de lo que pasaba al camarero, solo un motivo podía haberlos llevado a una reunión en el despacho, y me daba a mí que no era para comentar las calorías de cada plato de la carta.

Le pedí una cerveza y que me pusiera algo para picar mientras buscaba una mesa vacía en la que acomodarme en la terraza, hacía mucho tiempo que no tenía una cita con el lago.

Cuando vivía en Saint Valentine, a veces, lo utilizaba como mi confesor, cuando algo me preocupaba y no podía hablarlo con alguno de los Wallace, sobre todo, si discutía con Trav o

cuando necesitaba consejo sobre Jane, aunque no sé si el último que me dio fue el mejor.

Utilizaba piedras planas para obtener las respuestas, mis preguntas tenían que ser simples, de sí, no, o tal vez.

Si la piedra se hundía cuando la lanzaba en lugar de rebotar, era no; si lo hacía dos veces, era tal vez, y si pasaba de las tres, era un sí rotundo.

La otra vez que vine con Tara no le presté demasiada atención, ese día era distinto, tenía tiempo para mirarlo y ponerme al día con él, eso sí, sin preguntas. No creía que a Travis le hiciera gracia que le jodiera el cristal de la terraza.

Lo miré con fijación, dando un trago al botellín, y sus profundas aguas oscuras, las que en un día soleado reflejaban la belleza del entorno, me hicieron retroceder en el tiempo, a una de las mejores y peores noches de mi vida.

Capítulo 20



COLE

15 Años antes

Era la última noche, ya me había graduado junto a Trav y, como era tradición en Saint Valentine Falls, tocaba noche de hogueras.

Los chicos y chicas de último curso hacíamos una fiesta que iba más allá del típico baile en el gimnasio, ese también lo tuvimos, en el que me coronaron rey del baile y Beth fue la reina.

Lo que todos esperábamos, que daba inicio al verano y precedía al cuatro de julio, que era una semana más tarde, era la noche de las hogueras.

Un fiestón al aire libre, en el que había comida, bebida, un DJ, chapuzones en el lago y un sinnúmero de juegos para pasarlo en grande. Venía gente de todas partes, chicos y chicas con ganas de divertirse de los pueblos de alrededor y algunos incluso de ciudades que nada tenían que ver con Missouri.

El rango de edades era de los dieciocho a veinticuatro, o veinticinco años a lo sumo.

No había podido quitarme a Jane de la cabeza, desde que la vi bañándose en la cascada, fui incapaz de borrar su imagen o ver a las otras chicas con los mismos ojos, por eso, cuando Trav me dijo que Bethany se moría de ganas de acostarse conmigo ese día y despedirnos por todo lo alto, lo ignoré, lo que yo quería era que Jane desoyera la advertencia de Travis y de Jake y se presentara sin avisar.

Hacía un par de días que le lancé el reto, como si en lugar de una invitación sonara más a un «a que no te atreves a...», lo que más le gustaba a Calamity eran los desafíos y saltarse las normas, así que tenía la esperanza de que aceptara el mío.

Noté los brazos de Bethany apretándose por detrás. Sabía que se trataba de ella por su perfume, llevaba dos años usando el mismo, Fantasy, de Britney Spears, era su mayor fan. Yo estaba bebiéndome una cerveza, no es que se nos permitiera con dieciocho, pero era una noche especial, y tanto el *sheriff* como la alcaldesa hacían la vista gorda. Al fin y al cabo, no salíamos del pueblo y tampoco conducíamos. A lo sumo, podíamos acabar durmiendo abrazados a una farola, y eso no era delito.

Me había besado y acostado con Beth en algunas ocasiones, no era mi chica ni nada parecido, solo nos liábamos de vez en cuando, era guapa, y yo, bueno, estaba en edad de experimentar.

Teníamos claro que nuestro destino no era acabar juntos, yo me mudaba al día siguiente a Nueva York y ella tenía una beca para estudiar periodismo en Oklahoma.

A su madre se le llenaba la boca diciendo que su hija sería el próximo rostro de la CNN.

—Buenas noches, Carter —murmuró, acariciándome el torso.

—Beth —la saludé, apartándole las manos para darme la vuelta.

Nurlyn había saltado a la espalda de Trav, y este le daba vueltas provocando la risa de la animadora.

Bethany estaba muy guapa, llevaba un vestido de tirantes rosa, con vuelo, algunos brillos y el biquini asomando debajo.

—Hoy va a ser nuestra última noche juntos —murmuró, paseando el dedo por mi camiseta de manga corta, me arrebató la cerveza y le dio un trago.

—Sí, eso parece. —Se la quité y después bebí yo.

—Pues divirtámonos, hace muchísimo calor y me apetece un montón que nos bañemos en el lago, ¿a ti no? —preguntó sugerente.

Tendría que haber dicho que sí, porque Beth era lo fácil, lo sencillo, un remojón, un polvo de despedida y adiós Saint Valentine Falls, pero tenía la cabeza en otra parte.

—Claro, métete, que ahora mismo voy.

—Pero no tardes —musitó, quitándose el vestido para dejarlo caer al suelo—, me da miedo ahogarme y quiero tus fuertes brazos a mi alrededor para gritar *touchdown*.

—¡Vamos al agua! —gritó Travis, y muchos empezaron a hacer volar sus atuendos mientras el fuego crepitaba y el DJ hacía sonar *SexyBack*, de Justin Timberlake.

Me alejé unos pasos viendo a los demás adentrarse en el agua para salpicarse y hacerse ahogadillas.

Mi gozo en un pozo, Jane no había ido y a esas alturas dudaba que lo hiciera. Me apoyé en uno de los puestos de comida sintiendo la decepción reconcomiéndome las entrañas.

—Hola. ¿Has visto a Cole Carter? He venido a demostrarle que Calamity Jane no se raja.

Mi corazón se puso a latir como un loco, me di la vuelta y allí estaba, mi jodida, gloriosa y excitante Calamidad. Casi me dio un paro cardíaco al verla.

Se había puesto una de las camisas de Jake a modo de vestido, con tres botones desabrochados y un cinturón ancho amarrándose a su fina cintura. El pelo estaba recogido en dos trenzas bajo un sombrero negro de ala ancha. En los pies se calzó unas botas de vaquera que apenas utilizaba.

Decir que estaba guapa habría sido quedarse muy corto.

—¡Wow!

—No tenía un vestido para la ocasión, así que improvisé, ya sabes, soy más de pantalones. —Me había quedado sin palabras y lo único que podía hacer era contemplarla.

—Si yo fuera tú, le pediría a tus hermanos toda su colección de camisas, a ti te sientan mucho mejor. —Ella me sonrió.

—Los dos sabemos que eso no es cierto.

—Los dos sabemos que sí lo es. —Tenía las mejillas sonrojadas y los labios húmedos, como si se los hubiera lamido escasos segundos antes.

—¡Jane! ¡¿Eres tú?! —La voz salió del lago. Ella hizo una mueca al reconocer a mi mejor amigo. ¡Tenía el don de la puta oportunidad!

—Sabía que me iba a pillar, tengo que irme, al fin y al cabo, ya he superado el reto.

—Pero ¡si acabas de llegar! —protesté.

—Sí, y si a Trav le da por contarle a mamá que he venido, estoy muerta.

—No te vayas, yo me ocupo, no quiero irme del pueblo sin despedirme de ti.

—Pero es tu fiesta, de quien debes despedirte es de ellos.

—Y a mí me apetece despedirme de ti, por favor, Jane. —Ella suspiró y me miró con fijeza.

—Si de verdad eso es lo que quieres, te espero en la casita del árbol, aquí no puedo quedarme, este es mi reto, veamos si tú eres capaz de llevarlo a término. —Y salió corriendo justo antes de que Travis la alcanzara.

—¿Esa era mi hermana? —cuestionó incrédulo.

—No te mosquees, solo vino a curiosear.

—¿Curiosear? A Jane no se le ocurre nada bueno, tú lo sabes y yo también. Fijo que ha venido a jodernos la diversión.

—Qué va, lo hizo porque la piqué diciéndole que era una cría y que no se iba a atrever. — Pretendía que mis palabras le salvaran el culo a Jane—. Ha venido solo para demostrarme que podía. Se ha ido y ya está. —Travis resopló.

—No debería ser tan picada, una apuesta de esas terminará haciéndola acabar muy mal.

—No te ralles, fue una estupidez de mi parte.

—Sí, vale... Anda, vente al lago, tienes a Bethany supercachonda, me ha metido mano incluso a mí. —Le sonreí—. Me parece que ha bebido algo antes de venir.

—Pues mejor para ti. Yo paso, no me siento muy bien, así que me voy a casa.

—Pero ¡¿qué dices?! ¿Estás loco? ¡Es nuestra última fiesta!

—No lo va a ser, solo la primera. Los dos sabemos que vendrás a visitarme a la gran ciudad y yo me pasaré por aquí en verano. Esta es nuestra primera hoguera, pero no la última, mañana nos marchamos de madrugada y necesito dormir, estoy hecho polvo, tío.

—¿Y qué hago con Bethany?

—Ya te lo he dicho, si se deja y le apetece, tíratela.

—¿No te importa? Porque si quiere, no tengo nada que objetar.

—Ni yo tampoco, no somos novios, solo nos liamos algunas veces, es toda tuya.

—¡De puta madre! Tío, voy a echarte mucho de menos.

—Y yo a ti —lo abracé con fuerza—, anda, vuelve al agua, no vaya a ser que se líe con otro y al final se te escape la presa.

—Descuida, que si puedo, me hago un trío con Nurlyn, ¿sabes que en una fiesta ella y Beth se enrollaron? De locos.

—Pues a por ellas, Tiburón. —Trav se alejó colocándose la mano sobre la cabeza en forma de aleta, y yo me encaminé al único lugar en el que me apetecía estar.

Capítulo 21



JANE

Mi preocupación por lo que pudiera pasar con Levi estaba alcanzando cotas máximas.

Me había quedado sola en casa, había visto a Cole Leñador Carter largarse junto a Tara, mi hijo seguía de paseo con Eros y, dada la magnitud de su cabreo, sabía que tardaría en volver.

Estaba que me subía por las paredes, así que decidí llamar a Stacey, la única a la cual podía vomitarle todo lo que me ocurría sin temer meter la pata en magnitudes estratosféricas.

Mi mejor amiga vivía a un par de calles, o lo que era lo mismo, a cinco minutos a pie, tres corriendo y noventa segundos en coche.

—¿Problemas en el paraíso? —preguntó con una ristra de risitas al final.

—Código rojo.

—¿Pillo el coche?

—Por favor.

Contando que siempre dejaba las llaves puestas, ya podía ir bajando a la cocina para servirnos un par de copas de vino. Dax tenía el cielo ganado con mis llamadas intempestivas para que su mujer me visitara. Tenía suerte de que, de momento, no hubiera un bebé de por medio, porque la cosa cambiaría.

Los dos querían ser padres, el problema, según Stace, era que Dax tenía los espermatozoides vagos y les estaba costando un poco más que a la mayoría.

La puerta se abrió y di gracias de que quien entrara directa a la cocina fuera ella. Tenía llaves de casa, por si alguna vez me las dejaba, se perdían o tenía alguna emergencia. Ese día ni siquiera había necesitado usarlas porque la puerta de mi casa solo se cerraba si no había nadie dentro. No era el caso.

—¿¿Qué ha pasado?! —preguntó desenchajada.

—Levi quiere largarse a Nueva York.

—¿¿Cómo?! ¿¿Qué?! —agarró su copa de vino y se la tragó. Yo volví a llenársela—. Sabes que no me gusta decir te lo dije, pero ya te advertí hace mucho que deberías haber hablado con Cole. ¿Cómo ha sido? ¿Por fin ha sumado dos y dos y le ha salido niño? ¿Te ha dicho que te va a quitar su custodia en venganza por no habérselo contado y ahora a él le toca hijo hasta la jubilación?

—¡Nooo! —chillé—. ¡Y haz el favor de bajar la voz! Todos han salido, lo cual es claro indicativo de que en algún momento van a volver. Para tu información, Cole todavía no sabe nada y Levi tampoco, como tiene que ser.

Stace se cayó desplomada en una silla.

—No lo entiendo, entonces, ¿Cole Carter está ciego, o qué?

—Creo que interpretó que era de otro tío cuando hablamos sobre el padre de Levi.

—¿¿Cómo que de otro tío?! Jane Wallace, ¿qué demonios le dijiste a ese hombre?

—Bueno, a mí no me apetecía decirle que era suyo, no lo merece, así que cuando salió el tema, me limité a contarle la verdad, que mi hijo era fruto del polvo de una noche con un tío con el que follé, se largó y no se supo más. Técnicamente, no mentí.

—Tampoco es que le dijeras la verdad.

—La verdad es interpretable.

—No cuando se trata de la paternidad de un tío que no tiene ni idea de que hizo tiro al blanco la primera y única vez que intimasteis. Aldous Huxley dijo que: «Los hechos no dejan de existir por ser ignorados».

—A ese tal Aldous no lo conocen ni en su casa, y no tuvo el gusto de que Cole Carter lo dejara preñado y se largara. Prefiero que el Suspiracole siga nadando en la ignorancia. Él da por hecho que me tiré a otro, porque sabe que, si hubiera sido él, mis hermanos habrían ido a darle caza para romperle las pelotas y la cabeza.

—Solo que tus hermanos no saben que se trata de Cole.

—Exacto, pero si ellos no se lo cuentan y él no pregunta, asunto resuelto.

—Madre mía, todo este asunto se sujeta por un par de hilos, y Cole Carter tiene en su poder un buen par de tijeras.

—Pues esperemos que no las use, si no, tendría un problema más gordo que la posibilidad de que su lesión lo postre en una silla de ruedas.

—¿¿Qué lesión?!

—¡Mierda! Eso no debería haberlo dicho, bórralo.

—No soy una puñetera grabadora ni tú Will Smith en *Men in Black*, no puedo borrarlo. ¿De qué lesión hablas? —Puse a Stace al día bajo juramento de que Radio Cupido no se haría eco del verdadero motivo por el cual mi antiguo vecino, y padre de mi hijo, había vuelto al pueblo—. ¡Madre mía! ¿¿Y por qué sigue jugando?!

—Según él, porque no sabe hacer otra cosa y es lo único que le llena. Me dijo que no es nada sin el fútbol —bufé—. ¿Te lo puedes creer?

—Se lo tienes que contar.

—¿El qué?!

—¿¿Qué va a ser, la teoría de la Relatividad?! ¡Pues que es padre, joder! Es justo que le des ese motivo que busca y que lo librará de la silla.

—Ni que fuera la eléctrica, es mayorcito para saber si quiere pasar lo que le queda de vida sobre ruedas —comenté, apurando la copa.

—No lo dirás en serio. Ahora mismo por tu boca habla Calamity la perversa.

—¿Y qué si lo hace?! Cole tendrá que buscar inspiración vital en otra parte, que se haga de una secta, o visite al Dalai Lama en el Tibet, lo único que sé es que no puede enterarse de que Levi es suyo, porque si lo hace... —di un trago a la copa y Stace aprovechó para robarme la palabra.

—Si lo hace, se va a cabrear mucho y Levi también. ¡¿Cómo crees que se tomará tu hijo que le hayas ocultado que el tío que idolatra, con el que tiene forradas todas las paredes de su cuarto, es su billete directo a Nueva York porque es su padre?! —Las piernas me empezaron a temblar—. Yo no sé si temería más a Carter o a vuestro hijo, porque ten en cuenta que no te va a perdonar, y perderás a los dos hombres más importantes de tu vida de nuevo.

—A mi hijo no lo he perdido, y Cole no es el tío más importante de mi vida.

—Cariño, eso vas y se lo cuentas a otra que no viera lo hecha polvo que te quedaste cuando le escribiste aquella carta y no te contestó. —Stacey se levantó, rodeó mis hombros con su brazo y me dio un apretón reconfortante.

—¿Qué voy a hacer? —gimoteé.

—De momento, beber, ya se nos ocurrirá algo, aunque no te garantizo que sea para bien.

Capítulo 22



JANE

—¡Mamá! —la exclamación de felicidad por parte de mi hijo me pilló por sorpresa.

El día anterior apenas hablé, y yo preferí mantenerme en silencio y no meter más la pata con él.

Cole y Tara llegaron a la hora de la cena con platos para llevar del restaurante de Travis, yo no me encontraba bien como para llevarme algo a la boca, así que les dije que me iba a la cama, que cenaran los tres.

El origen de todos mis males me siguió y, antes de que me metiera en el cuarto, me pidió que esperara un momento.

—¿Podemos hablar un segundo?

—No me siento con fuerzas ahora mismo. ¿Podemos dejarlo para mañana?

—Jane, yo... —No podía escucharlo, esa noche no.

—Buenas noches, Cole. —Él me miró apesadumbrado.

—Descansa.

Al día siguiente, en cuanto mi hijo salió para el instituto, yo fui a meterme en el coche para ir a comisaría.

Lo escuché llamarme y vi su reflejo desde el retrovisor. Estaba despeinado y con cara de dormido.

—Espera, ¡quiero que hablemos!

—Cuando vuelva del trabajo, Cole.

Pisé el acelerador y fui en busca de Dax para ir a nuestro café matutino, necesitaba doble ración de cafeína. Mi noche no había sido de las mejores, me vi envuelta en multitud de pesadillas cuyo final era el mismo, Levi se largaba a Nueva York con su padre y ninguno de los dos quería volver a verme nunca. Terminaba heredando los gatos de la señora Rogers y me convertía en la nueva vieja gruñona del pueblo.

El día fue tranquilo, tuvimos una llamada de la señora Rogers para rescatar a uno de sus gatos. ¿Sería una premonición? Esperaba que no.

Sam Jacobs nos pidió que le echáramos una mano con su coche, porque se había olvidado las llaves dentro.

Y la que más tiempo nos tomó fue la llamada de Susy Sue, mi cuñada, quien me pidió que nos pasáramos por la granja porque su padre quería denunciar el robo de un par de terneros.

Al llegar, su padre nos dijo que era mejor recorrer la propiedad a caballo, porque algunos de los caminos eran demasiado estrechos para el vehículo, por lo que Dax me dijo que él esperaba en la casa, zampándose una porción del pastel de bayas de mi cuñada, mientras que yo trotaba al lado del señor Wyatt.

Me gustaba montar a caballo. Mi padre nos traía bastantes veces porque su jefe era muy generoso y le decía que fuéramos siempre que quisiéramos a montar.

Nos dimos cuenta de que en uno de los puntos más alejados de la finca la alambrada parecía cortada. No es que las vacas la hubieran destrozado, sino que algún sinvergüenza se había colado expresamente para llevarse a los animales.

Le dije al señor Wyatt que haría todo lo que estuviera en mi mano, y él mandó alguno de sus hombres a reparar la zona.

Pronto habría una feria de ganado en Wyoming, esperaba que los ladrones fueran lo suficientemente estúpidos como para querer sacar unos miles de dólares allí. Igualmente, pasaría la voz de alarma a los *sheriffs* de los condados aledaños para que inspeccionaran las granjas vecinas. Yo haría lo mismo con las del pueblo.

Cuando llegué a casa, sentí alivio al ver que ni Cole ni Tara estaban, por lo que pude darme una ducha larga y poner en orden mis pensamientos.

Era absurdo que estuviera todo el día preocupada por algo que no iba a ocurrir. Mis hermanos se pondrían en unos días con la reparación de la casa de Cole y, según Tara, tenían que estar de regreso a Nueva York antes de fin de mes, por lo que solo tenía que aguantar el tipo unas semanas, nada más.

En cuanto Carter se largara, todo volvería a su sitio, no habría petición de custodia ni Levi me abandonaría por su padre. Además, aunque mi hijo quisiera, ¿qué tío soltero, sin compromiso, habituado a las fiestas y las mujeres, quiere vivir con un adolescente? Ninguno. Si llegara a saberlo algún día, jamás querría llevarse a Levi y hacerse cargo de él.

Por eso, cuando mi hijo llegó cargado de entusiasmo, yo ya me sentía mucho más tranquila y estaba de mejor humor.

—¿Qué ocurre? —pregunté, devolviéndole la sonrisa. Su cara era de absoluta felicidad.

Eros salió a su encuentro, como si percibiera el buen rollo y quisiera formar parte de él. Dio unos cuantos ladridos, se puso a bailotear y terminó poniéndole las patas en el pecho a Levi. Sus manos frotaron en el sitio predilecto del animal, detrás de las orejas, y este movió el rabo lleno de goce.

Se llevaban genial, a mi hijo le encantaba sacarlo a pasear e intentaba enseñarle algunos trucos cuando llegaba del entreno.

—¡Ha sido la leche! ¡El mejor entrenamiento de toda mi vida! —espetó mirándome.

—Vaya, ¡me encanta oír eso! Al final va a resultar que el señor Petigrew también aprendió algo en esa derrota. Solo necesitaba una oportunidad para que creyeráis en él. Los adultos podemos tardar un poco más en asumir ciertas cosas.

—Lo que ha asumido es que necesitaba un ayudante, ya tiene uno y ha sido brutal.

—¿Un ayudante? ¿En serio? ¿Y de quién se trata? Espera, no me lo digas, es el padre de Adam

Sanders, se le solía dar bastante bien el fútbol en su época.

—No, ¡todavía es mejor!

—¿Mejor que el señor Sanders?

—¡Mucho mejor! Vamos, mamá, ¡es muy fácil, adivina!

—Pues no sé, no se me ocurre nadie, ahora mismo, que tenga el tiempo y la voluntad necesarios para ayudar a Petigrew con el equipo.

—Yo soy el nuevo ayudante.

La respuesta me encogió las tripas y me dejó sin aire. Desvié la mirada hacia el recién llegado. Cole me miraba frotándose la nuca. Vestía ropa de deporte, una gorra de los Giants y un silbato en el cuello.

—¿Tú?! —ni siquiera sé cómo me salió la pregunta.

—Intenté contártelo anoche y esta mañana, pero no pudiste atenderme.

Notaba que estaba a punto de estallar, que iba a hacerlo saltar todo por los aires, porque lo único que me faltaba era que Cole Carter pasara más tiempo con Levi, fortaleciendo su vínculo, provocando que mi hijo todavía lo admirara más.

Y cuando iba a mandarlo todo al carajo, vi cómo Levi se daba la vuelta hacia Cole y lo abrazaba, este lo recibía con muchísimo cariño mientras mi hijo no paraba de decirle lo feliz que se sentía de tenerlo en el equipo. Que las cosas, a partir de entonces, irían mucho mejor.

—A mí también me hace muy feliz —respondió.

Al oírlo, reventé por dentro, implosioné de dolor, porque ni en mis mejores sueños había imaginado que se podían tener tanto cariño sin saber que eran padre e hijo. La culpa me reconcomió por dentro, si hubiera insistido, si me hubiera plantado en Nueva York con la tripa, quizá Cole hubiera reaccionado de un modo distinto. O puede que no, puede que solo hubiera servido para darme más cuenta todavía de lo poco que significó aquella noche para él.

Sin embargo, algo en mí me decía que les privé de la posibilidad de conocerse, de entenderse y de quererse.

La sensación solo duró unos segundos, porque rápidamente recordé lo que me llevó a no hacerlo, Cole me ignoró, no me respondió, no vino, pasó de mí y no había vuelto porque supiera que tenía un hijo o me echara de menos, había vuelto por él, solo por él.

Alzó la barbilla y me miró con un deje de preocupación, aguardando mi reacción. Estaba acostumbrado a mis estallidos de ira, a mi disgusto hacia él, a mis desplantes, por lo que, seguramente, esperaba una patada en el culo por mi parte. Me mordí la lengua, si la liaba, si volvía a chafarle la ilusión a Levi, lo perdería de manera irremediable, así que estiré los labios y me tragué lo que en realidad quería decirle.

—Tú sabrás lo que haces —mascullé tensa. Después miré a mi hijo—. Me alegro mucho por ti, Levi.

—Gracias, mamá. Vamos, Eros, hoy te voy a dar un paseo muy largo.

—No corras demasiado, hoy hemos trabajado mucho el físico y necesitas reponer fuerzas para el entrenamiento de mañana.

—¡Descuida, entrenador! —proclamó, largándose sin mirar atrás. Era la imagen del entusiasmo

personificado. En cuanto la puerta se cerró, Cole avanzó un poco hacia mí.

—Siento no haber podido decírtelo antes.

—Ha sido culpa mía.

—¿Te ha parecido mal?

Puse las manos en mis caderas.

—¿Tú qué crees?!

—¿Por qué?! No lo entiendo, intento hacer las cosas bien, ayudar y, sin embargo, haga lo que haga, a ti te parece mal.

—No es eso. Ni siquiera te das cuenta, ¿verdad?

—¿De qué?

—Pues de qué va a ser, de lo que va a suponer tu entrada como ayudante en el equipo. Vas a emocionar a esos chicos, los vas a hacer creer en ti, que tienen una posibilidad porque el insuperable Cole Carter se ha fijado en ellos y va a hacerlos brillar. Eres lo que todos desean en su vida. —«Como me pasó a mí»—. No tienes ni idea del efecto que causas cuando decides premiar a alguien con tu presencia, ellos piensan que Cole Carter va a darles lo que siempre han esperado, un entrenador en condiciones, pero cuando ya se hayan hecho a ti, tú cogerás las maletas y te largarás, no volverás, como siempre haces.

»Y entonces, cuando día tras día te esperen, emocionados por si aparecerás en verano, o para Navidad, se darán cuenta de que les vendiste humo, que ellos seguirán anclados a este pueblo, a su vida de siempre, mientras tú te regodeas en Nueva York en una vida de lujo y ostentación, sin pensar en lo que les supuso que el Suspiracole entrara y arrasara.

»Para ti es normal, pero al resto de los mortales, hacerles sentir los elegidos es una putada. Así que perdona por querer proteger a mi hijo del efecto Cole Carter.

Él se había cruzado de brazos y me miraba con fijeza, perforándome, rebañando en mi interior, hurgando en mí como si pudiera dar con la clave.

—¿Hablas de tu hijo o de ti? —preguntó con la mandíbula apretada.

—¿De mí? —solté una risotada—. No fastidies, Cole. Lo que tuvimos fue lo mismo para ti que para mí, nada.

—Ups, em, lo-lo siento, yo... Venía por la sesión de rehabilitación, no sabía que estabais hablando de algo importante —nos interrumpió Tara.

—Porque no lo estábamos —le aclaré—, adelante, puedes llevarte a la superestrella del fútbol americano donde te dé la gana. Me voy fuera a practicar con el arco. —Cuando pasé por el lado de Cole, añadí: «Piensa bien lo que haces», y me fui.

Capítulo 23



COLE

Si hubiera estado en mi casa, habría hecho volar unas cuantas cosas.

Como estaba en la de Jane, solo podía aguantarme las ganas de perseguirla, hacerle un placaje y demostrarle que su nada fue mi jodido todo.

Estaba furioso, frustrado, intuía que se lo tomaría mal, pero en el fondo aspiraba que al ver lo contento que estaba Levi, se le pasaría rápido, pero no, no fue así, con ella nunca podía ser tan fácil, y me hacía parecer un metepatas profesional.

—Me da miedo preguntar —murmuró Tara.

—Pues no lo hagas —refunfuñé.

—Me conoces y sabes que eso no es posible. ¿Vas a contarme al fin qué ocurre entre vosotros dos?

—Ojalá lo supiera. Es que nada de lo que haga le parece bien; aunque mi intención sea buena, a Jane le parece pésima.

—Quizá sea porque el problema no es actual y tiene que ver con vuestro pasado, si me explicas de una maldita vez lo que sucedió entre vosotros, puedo arrojar algo de luz al dilema, no hay nada mejor que alguien ajeno a la discordia para realizar una valoración.

—¿Ahora va a resultar que eres una empresa de evaluación?

—Bueno, no se me da mal analizar, y con esta tensión no hay quien respire.

—¡Es que me parece increíble que se mosquee conmigo! ¡Como si me culpara de algo! Pero ¡fue ella la que me rechazó!

—¿Jane te rechazó?

—¡Sí! —No me avergonzaba reconocerlo, a todo el mundo le daban calabazas de vez en cuando.

—Esa mujer es mi puta heroína. —Miré mal a Tara, y esta sonrió—. No te lo tomes a mal, pero pocas somos las que no caemos rendidas a tus encantos.

—Jane cayó.

—¿¿Cómo que cayó?! Acabas de decir...

—Acabo de decir que me rechazó, pero no he dicho que no pasara nada antes de que sucediera.

—Muy bien, Carter, ya puedes estar largando. —Le hice a Tara un resumen de lo que había pasado.

—Nos acostamos una vez, hace quince años, la noche antes de que me marchara.

—Un momento, te fuiste con dieciocho, por lo que Jane tenía dieciséis, era una maldita adolescente.

—Sí, bueno, se nos fue de las manos.

—Y tanto que se te fue, pero a base de bien. ¡Te la tiraste y te fuiste para no volver! ¡A tu vecina de toda la vida, a la hermana de tu mejor amigo! ¡¿Cómo narices te las has apañado para sobrevivir todo este tiempo?!

—Supongo que Jane no dijo nada, como dices, si lo hubiera hecho, ya estaría muerto.

—Un momento... ¿Cuánto tiempo dices que hace?

—Te lo acabo de decir, ¿tan mal estás de memoria a corto plazo?

—¡No es eso, capullo! ¿Tú has hecho bien las cuentas?

—¿A qué viene eso ahora?

—¡A que Levi es tu hijo! —En cuanto Tara lo soltó, sentí una punzada en el pecho. Reconozco que cuando lo vi, me lo llegué a plantear, pero lo desestimé de inmediato. Ni Jane ni los Wallace me hubieran ocultado algo tan grave. Además, le pregunté a ella por el padre.

—¡No! Es de otro tío.

—¿Qué tío?

—Pues no sé, uno que vino al pueblo y se marchó. Jane me dijo que no volvió a saber de él.

—¿Fuiste su primera vez? —Asentí.

—Quizá fui el pistoletazo de salida y después de mí, pues, bueno, quiso experimentar. No sé, no estaba aquí para verlo.

—¿Piensas que como tú no volviste se zumbó a otro? ¿O a otros?

—¿Cómo se supone que voy a saberlo? Tampoco es que importe lo que hizo, estaba en todo su derecho, lo que quiero que quede claro es que yo no pasé de ella, no me largué y ya. Le escribí.

—Puede que no recibiera la carta.

—Lo hizo y me contestó.

—¿Con otra carta? —Asentí—. Y, ¿qué te dijo?

—En resumidas cuentas, que no volviera, que lo nuestro fue un error y que no quería verme nunca más, que había pasado página. —Tara arrugó el ceño—. ¿Qué?

—Pues que no me pega con su personalidad. Jane es una mujer impulsiva, eso no te lo discuto, pero parece una persona de raíces, de fuertes apegos. No la veo como yo, de las que hoy amanece en Nueva York y pasado mañana en Las Vegas. De las que se acuesta con un tío sin más, por pura diversión. Por lo poco que he hablado con Travis, me comentó que su hermana nunca ha tenido una relación seria, y eso solo pasa cuando alguien te destroza el corazón.

—O cuando eres tan insoportable que ningún tío te tolera.

—Dudo que fuera por insoportable, además de guapa, es una chica agradable, salvo cuando estás tú delante. ¿Por qué te gustaba a ti?

—Conmigo tampoco era desagradable cuando vivía aquí, bueno, me hacía algún que otro desplante, pero no en plan mal, eran piques divertidos. Me gustaba que no fuera una de esas chicas que se derretían a mi paso, que no me bailara el agua y que no fuera superficial.

—¿Te refieres a que fuera distinta a todo lo que ahora te tiras?

—Eso ha sido un golpe bajo.

—Lo superarás. ¿Qué fue ella para ti?

—Desde luego que no fue un polvo de una noche, a mí me gustaba de verdad, si ella hubiera querido que volviera, yo...

—¿Habrías renunciado a la universidad y a los Giants?

—Lo habría compatibilizado.

—Sabes que eso no es posible, y ella, seguramente, también lo sabía. Por eso te escribió esa carta, se sacrificó por tu futuro, ¿no lo ves? Y sin saberlo, le fallaste porque no volviste. Quizá se acostó con el padre de Levi para alejarte todavía más de este sitio, para que no destrozaras tu futuro, y se equivocó preñándose de otro capullo que también se largó.

—Yo no era un capullo.

—Un poco sí, y lo sigues siendo, aunque en el fondo se te quiere.

Le di vueltas a la posibilidad que Tara me había dado. Jane nunca fue una chica que se prodigara con los demás tíos, fui su primer beso, perdió la virginidad conmigo, a mí tampoco me cuadraba que después le picara el gusanillo y se tirara a todo lo que se moviera.

¿Y si de verdad lo hizo para que no volviera?, ¿para darme mi sueño a costa de lo que pudiera sentir por mí?

—Podría tener sentido, en su discurso no ha dejado de decir que decepciono a las personas porque les hago creer que voy a estar en sus vidas para después irme. Que no quiere que dañe a Levi.

—Ahí lo tienes, ese es el discurso de una mujer despechada. La heriste, Cole. Jane Wallace estaba enamorada de ti, por eso se entregó tu última noche, porque prefería tener ese recuerdo a no tener nada tuyo.

—Ella también me hirió a mí, me abrió a ella en esa carta y lo único que conseguí fue su desprecio.

—Pues tenéis que solucionarlo, ya no tenéis dieciséis y dieciocho años. Las heridas del pasado hay que sanarlas, o al final se gangrenan.

—¿Y cómo lo hago si cada vez que me acerco despierto su instinto asesino?!

—Sois adultos, maduros, lo único que necesitáis es esa cita a solas.

—No me la va a dar.

—Pues si no te la da, quizá sea momento de que, en lugar de mantenerte en la retaguardia esperando el balón, te lances a la ofensiva y vayas tú a por él. Jane Wallace es tu *touchdown* al corazón.

—¿Quieres que me tire encima de ella hasta que me escuche?

—Si te la tiras o no, será cosa vuestra, lo que digo es que si no quiere darte la cita, que se encuentre con ella.

—¿Te recuerdo que tiene un hijo? No me veo cenando con Levi a la luz de las velas.

—**Bueno, yo podría contribuir a eso. El fin de semana que viene los Giants juegan contra los Kansas City Chiefs, en Kansas. Si nos consigues pases para la zona VIP a Trav, a Levi y a mí, además de una noche de hotel en el Marriot, en habitaciones comunicadas con todos**

los gastos pagados, puede que me convenzas para dejarte Villa Wallace vacía y lista para la reconciliación. —La posibilidad me aceleró el pulso.

—Tu mente a veces me asusta, ¿seguro que eres fisioterapeuta?

—En otra vida fui Maquiavelo.

—No me sorprendería.

—¿Hay trato?

—Deja que haga unas llamadas para que os consiga lo que me pides y cerramos.

Estaba con Tara en que necesitaba solucionar las cosas con Jane y no podríamos hacerlo con tanta gente pululando por la casa, y menos si su hijo estaba cerca.

—Vale, pero llamas mientras hacemos los ejercicios, que últimamente estás que te los saltas, y de seguir así, no estarás listo para la vuelta.

—¡Sí, capitana Tara!

—Así me gusta, que reconozcas quién manda, y ahora a currar.

Capítulo 24



JANE

Lancé una flecha, y otra, y otra, pero el centro de la diana parecía resistírseme, y eso que imaginaba ahí la cara de mi maldición.

Estaba harta de escuchar a mi hijo ensalzando las bondades de su nuevo entrenador desde la semana anterior.

Como auguraba, mi secreto seguía bien guardado, lo que no quitaba que Levi se deshiciera en cumplidos sobre lo maravilloso que era Carter, daba igual lo mucho que les exigiera a los chicos, porque su aura de Suspiracole había invadido el pueblo y ya se había corrido el rumor de que por las tardes entrenaba a los chicos.

Stace me dijo que las solteras, separadas, viudas, divorciadas y madres de los niños de los Tigers se pasaban todo el entrenamiento plantadas en las gradas. Todas menos yo, que me negaba a ir a ver a la superestrella del momento, suficiente tenía con aguantarlo en casa.

Tenía la leñera hasta los topes, porque al señor Carter le parecía una actividad de lo más edificante partir troncos sin camiseta mientras yo practicaba con el arco, y así no había posibilidad de concentrarse.

Había cambiado el horario de la rehabilitación con Tara, la pasó a la mañana, mientras yo trabajaba. Después pasaba por su casa para supervisar la reforma que le estaban haciendo mis hermanos.

Comía cada mediodía con Tara y Travis en el restaurante, después se largaba al instituto para el entrenamiento, y cuando tocaba mi momento de desfogue, a talar.

—Estás un poco oxidada, Calamity.

«Óxido te voy a dar yo a ti como no cierras la puta boca y te largues con el hacha a otra parte».

—Ponte delante de la diana, verás como no fallo ni una.

—Si lo que necesitas es motivación, te la ofrezco encantado. —Tensé, apunté y disparé. Esa vez lo hice sin mirarlo, lo que mejoró un poco el tiro. No era de mis mejores aciertos, pero tampoco de los peores.

—Si estás buscando una nueva profesión y ves que se te da bien ejercer de leñador, ¿por qué no ofreces tus servicios a tu club de fans de las gradas? Mi leñera está servida de aquí a dos inviernos.

—No me gusta estar ocioso, y esas mujeres ya tienen quien las caliente, tú, en cambio, tienes más posibilidades de morir de frío.

¡Sería capullo!

Me di la vuelta y noté el calor inundándome de golpe al ver todo aquel despliegue de carne, músculos y sudor. Intenté que no se me notara lo mucho que me afectaba el verlo sin camiseta.

—Yo no me muero de frío, tío listo, para eso tengo una preciosa manta eléctrica.

—El calor al que me refiero da unas descargas muy placenteras, no de las que te dejan tiesa.

—¿Y a ti qué demonios te importa con qué me caliento yo?! —Ya me estaba haciendo perder los estribos.

—Soy un buen vecino.

—Pues reparte tu bondad con quien la precise, puedes poner un anuncio en Tinder, se ofrece leñador para prender el fuego de tu eyector. —Una sonrisa burlona se instaló en su boca.

—¿Qué es un eyector? No puedo poner un anuncio si no sé lo que dice.

—Es un mecanismo de las armas de fuego. Da igual lo que pongas, bastará una foto con el hacha y sin camiseta y te lloverán las ofertas. La mayoría ni siquiera lee el anuncio.

—¿Lo dices por experiencia propia?

—Lo digo porque es ley de vida, los guapos no necesitáis abrir la boca.

—¿Me estás llamando jarrón? Me ofendes.

—Ojalá pudiera hacerlo.

Volví a por las flechas, estaba harta de discutir con él, era agotador. Ya practicaría en otro momento. Faltaba poco para el festival de San Valentín y no pensaba ponerle a Travis las cosas fáciles, siempre ganábamos él o yo, dependiendo del año.

Me dispuse a volver a casa, pero Cole obstaculizó mi regreso, hice rodar los ojos desesperada. ¿Y ahora qué pasaba?

—Aparta.

—Necesito entretenerme, por eso parto leña, no sé estar quieto, en la ciudad tenía muchas cosas que hacer, pero aquí es distinto.

—Dirás que allí tenías muchas mujeres que tirarte.

—Eso también, aunque no era el único *hobby* que tenía, ¿por qué no me enseñas?

—¿A qué? —La cabeza empezó a darme vueltas con escenas de lo más obscenas. La culpa la tenía mi abstinencia y su cercanía. Stacey tenía razón, necesitaba acostarme con alguien más que mi vibrador.

—A disparar con el arco. —Alcé las cejas.

—¿Por qué tendría que hacer eso? ¿No te basta con arrojar melones que ahora también tienes que tirar flechas? No lo necesitas, Cupido ya se ha ocupado de hacerlo por ti.

—Si quieres que deje de partir troncos, tendrás que ofrecerme algo a cambio.

—¿Y por qué yo?

—Porque es a ti a la que le molesta que lo haga, además, así quizá puedas tener un oponente más digno que Travis en el concurso de San Valentín. ¿Sigues participando?

—¿Tú qué crees?! —Me crucé de brazos y lo miré de arriba abajo—. Es imposible que te

convierta en un rival digno para Travis en tan poco tiempo.

—¿Por qué no lo intentas? Se me da bien aprender. —Porque enseñarte implicaría hacer algo agradable contigo, pegarme a tu cuerpo, tocarte y...—. ¿Es porque te pongo cachonda si me tienes cerca?

—Pero ¿qué dices?! —respondí en modo látigo—. ¿Has esnifado tanto serrín que se te ha acumulado en el cerebro, o qué? —Él rio por lo bajito.

—Venga ya, Calamity, ¿podemos hacer algo más que discutir? Reconozco que tiene su punto, pero solo me quedan un par de semanas más aquí. —Que me recordara que se iba a ir acrecentó mi sensación de vértigo, la que debía haber esnifado serrín era yo—. ¿Enterramos el hacha, esa y la de guerra? —Lancé una exhalación.

—Vale, pero ponte la camiseta, paso de tocar tu sudor.

—Eso está hecho.

Tampoco es que mejorara mucho al ponérsela, porque el algodón se pegaba a él como una segunda piel.

—¿Qué tengo que hacer? —Lo puse en la marca de disparo, le di cuatro nociones básicas de cómo coger el arco, tensar la flecha y apuntar. No obstante, los primeros tiros fueron un absoluto desastre—. Esto es la hostia de difícil.

—Solo requiere práctica, como todo, además, estás muy rígido donde no debes y blando donde no corresponde.

—Dame la mano y ponla en la mitad sur de mi cuerpo, verás cómo gano rigidez.

—¡Idiota! —reí, y él también lo hizo.

—Ahora en serio, si quieres que lo pille, tendrás que tocarme mientras me hablas, se me da mejor aprender si me ayudas colocándome con las manos, soy más cenestésico que visual o auditivo.

—¡Tú lo que eres es un guarro!

—Eso también, pero los cenestésicos son las personas que memorizan mejor a través de las experiencias del propio cuerpo, de sus sensaciones y sus movimientos. No te estoy tomando el pelo. Hay muchas formas de aprender, y a cada persona le va más una cosa que otra. —Lo que me explicaba tenía bastante sentido para mí, porque recuerdo que, cuando mi padre me enseñó, yo también necesitaba que me colocara—. Tócame, Jane, por favor.

Lo dijo de un modo tan ronco y sensual que fui incapaz de resistirme. Paseé las manos por los lugares que quería que relajara o contrajera, ajustándolo mientras mis palabras acompañaban los movimientos y mi cuerpo se pegaba al suyo para poder hacerlo.

Estar tan cerca me recordaba a otro lugar, otro tiempo, uno en el que creía que Cole Carter y yo éramos algo más que una casualidad.

Capítulo 25



JANE

15 años antes

No sabía cómo sentirme, Stace me había dicho que me veía bien, pero yo no podía dejar de pensar que era una ridícula por presentarme de aquella guisa en la fiesta y encima con el propósito de ¿qué? ¿De que Cole Carter se fijara en mí? Llevaba desde siempre suspirando por él y jamás me había demostrado un mínimo interés más allá de intentar ser cordial porque era su vecina y una de los Wallace.

Sabía que él y Bethany Carmichael habían tenido un rollo, escuché como Trav y él hablaban de lo que habían hecho y dejado de hacer.

Me sentí celosa, porque aunque hubiera intentado ser más femenina, como las animadoras, había fracasado estrepitosamente, jamás podría ser como ellas porque, para empezar, teníamos gustos muy distintos.

Me gustaba montar a caballo, tirar con arco, trepar por los árboles, llevar pantalones y no preocuparme por si mi pelo estaba perfecto o tenía alguna mancha en la ropa. Mi nivel de hacer fechorías había descendido bastante, teniendo en cuenta que había estado intentando que Cole Carter me viera como algo más que la chica de en frente que siempre la liaba.

Entré en la cabaña del árbol sin demasiadas expectativas, seguro que me quedaba esperando como una tonta y al final él no venía. Le daría un margen de diez minutos, quince estirando mucho, y si en ese tiempo no aparecía, con todo el dolor del mundo...

—Todavía recuerdo el día que te plantaste aquí con tu coleta cortada pegada con cinta de carroceros, en un punto que no voy a nombrar, alegando que ya eras un chico Wallace y que tenías derecho a estar en la casita del árbol.

Noté cómo las mejillas se me encendían, el pulso se me aceleraba y todo comenzaba a girar a una velocidad de vértigo porque mi mayor sueño estaba a mis espaldas recordándome una de mis salidas de tiesto, como tantas otras.

Me di la vuelta acalorada, estaba sentado en uno de los taburetes con los ojos puestos en las señales de advertencia a los intrusos que mis hermanos y yo creamos de pequeños, Cole también contribuyó con una que ponía «Si no eres un Wallace o un Carter y pisas este sitio, morirás», con un montón de flechas, cuchillos, cocodrilos y balones de fútbol americano.

Suspiré de forma audible, allí estaba él, más guapo que nunca con una camiseta blanca, el pelo despeinado porque tenía pinta de haber venido corriendo y una sonrisa en los labios.

—Debiste pensar que era una ridícula.

—Pensé que no conocía a ninguna niña con más coraje y que le importara menos su pelo que tú —rio, y eso también me hizo reír a mí.

—Creí que no vendrías —le confesé.

—¿Y por qué no iba a hacerlo? —Me encogí de hombros.

—En esa fiesta estaban mis hermanos, tus amigos, tus compañeros de equipo, las animadoras, y es tu última noche en el pueblo.

—Pero no era con ellos con quién me apetecía pasarla.

—¿Y querías pasarla conmigo? —cuestioné incrédula, aunque bastante animada.

—Bueno, que te preguntara varias veces si vendrías e intentara picarte para que lo hicieras debería haberte dado una pista.

Mi corazón se puso a latir cada vez más fuerte, teniendo en cuenta que Cole acababa de acercarse un poco a mi espacio y nuestro tamaño ya no era el de dos niños de seis y ocho años. Se sentó en el colchón y sacó un par de latas de refresco.

—Pensé que igual tenías sed, es tu favorito.

—Gracias —susurré, alargando la mano para tomar la lata, nuestros dedos se rozaron, fue solo un segundo, pero bastó para que una fuerte corriente eléctrica me traspasara. Algo tuvo que sentir él también porque me miró con las pupilas muy dilatadas, aunque no dijo nada.

Abrí la lata y bebí un trago largo, las burbujas ascendieron por mi nariz y se me llenaron los ojos de lágrimas. Él hizo lo mismo y pensé que, al igual, aquella estúpida fuente de Cupido obró su magia cuando Cole Carter se lanzó a por mí y terminamos los dos empapados, tragando agua. Nos quedamos en silencio hasta que él lo rompió.

—¿Sabes?, voy a echar mucho de menos este lugar.

—Pero ¿qué dices?! ¡Si tu sueño siempre ha sido ir a la gran ciudad y jugar con los Giants! Sabes que lo vas a conseguir, ¿verdad?

—¿Eso piensas?

—Pienso que nada se te puede resistir.

—Pues yo creo que sí —rio de una forma enigmática.

—¿El qué?

No respondió. Se dejó caer en el colchón, puso una mano detrás de su cabeza y me pidió que descorriera la trampilla que mi padre construyó para que se pudieran ver las estrellas. Una vez lo hice, palmeó el colchón.

—Ven a verlas conmigo, Calamidad.

Ni siquiera me planteé si estaba bien o mal, porque lo único que me apetecía era tumbarme a su lado para siempre.

Me dio la sensación de que se concentraba en las estrellas en busca de alguna, yo no tenía ni idea, por mucho que me gustara mirarlas, no era una entendida.

—¿Sabes cuál es cuál? —le pregunté, notando su calor corporal.

—No, pero me da lo mismo, me encanta observarlas e imaginar que hay mogollón de alienígenas extraños volando sobre nuestras cabezas. —Me dio la risa. Cole giró su cara hacia la mía, apenas había distancia entre nosotros—. ¿Tú no crees que los haya?

—De momento, solo conozco a uno que parece salido de otro planeta. —Cole me miró asombrado y a mí me dio la risa floja—. Cuando nos echas de menos y no sepas volver, recuerda estirar el dedo y decir mi casa —dije, emulando la voz de ET—, con un poco de suerte, te mandan de vuelta a Saint Valentine Falls, sobre todo, apunta bien, no vayas a terminar en Alaska.

—Te crees muy graciosa, ¿verdad?

Se puso a hacerme cosquillas y yo no podía dejar de reír. Intenté contraatacar, pero era bastante más fuerte que yo, y por muy escurridiza que fuera, terminó encima de mí, con una de sus piernas entre las mías. Sujetándome las muñecas por encima de la cabeza con la mano izquierda, la derecha inmovilizándome la cintura y la respiración agitada.

—¿Te rindes? —preguntó sabedor de que no tenía ni una sola oportunidad de desembarazarme de él.

Tenía el vestido algo subido, bastante calor y un hormigueo punzante instalado en todos los puntos en los que nuestros cuerpos conectaban. Podría haber dicho que sí, y, sin embargo, me salió otra cosa.

—Nunca me he rendido contigo.

Ante mi respuesta, fue como si sus ojos me atravesaran y pudiera ver a lo que me refería. Una estrella fugaz pasó por encima de su cabeza y lo dije en voz alta.

—¿Acaba de pasar una? —Asentí—. ¿Por encima de nosotros? —Volví a asentir—. Entonces voy a tener que besarte. —Abrí mucho los ojos.

—¿A-a mí? ¿Po-por qué?

—Pues porque dicen que cuando una estrella sobrevuela la cabeza de dos personas al mismo tiempo se trata de una lágrima de Cupido, y si no besas a la otra persona, quedas condenado a no verla nunca más y caerá una gran desgracia encima de ti, será peor que cargarse una tienda llena de espejos.

—¿En serio?

—Es una leyenda gitana, así que es mejor no jugársela, ¿no te parece? —Dejó de agarrarme las manos y el pulgar derecho pasó por encima de mis costillas.

—No nos la podemos jugar —murmuré—, yo quiero que vuelvas algún día y odiaría ser la causante de tu desgracia.

—A mí me pasa lo mismo, sobre todo, porque voy a dejar algo muy importante para mí aquí, y voy a necesitar volver, quiero volver. ¿Me das permiso para que te bese?

—Sí —sonreí, y Cole descendió con suavidad, humedeciéndose los labios para que el beso fuera más agradable.

Su boca conectó con la mía y nuestros alientos se encontraron, anudándose para siempre.

Era mi primer beso y me lo estaba dando el que consideraba el amor de mi vida. Me colocó la cara para tener un mejor acceso, y cuando separé un poco los labios, introdujo la lengua para

acariciar la mía.

No puedo describir ni ahora ni entonces todo lo que supuso para mí, gemí en su boca y él siguió ahondando el contacto mientras yo hundía las yemas de los dedos en los mechones suaves ya algo largos. Necesitaba un buen corte.

Nos besamos mucho, muchísimo, y solo nos detuvimos cuando éramos incapaces de seguir respirando el aire que nos proporcionaba el otro.

Estaba temblando, excitada, con ganas de más, de mucho más, y por la protuberancia que se pegaba a mi tripa, sabía que a él le ocurría lo mismo. Era virgen, pero no estúpida, además, había crecido entre chicos, las conversaciones sobre pajas y tensión testicular eran de las favoritas entre Travis y Jake.

—¿Ya hemos roto el maleficio? —pregunté sin dejar de mirarle los labios.

—No estoy seguro...

—Pues, entonces, bésame otra vez, no quiero ser la causante de traer el mal fario a tu vida.

Alcé el cuello para besarlo de nuevo, pero Cole interpuso un dedo entre nuestras bocas.

—Me lo he inventado, solo quería una excusa para... —Sonreí, le aparté el dedo y fui yo quien tomó la iniciativa.

—Calla y bésame de nuevo, Carter.

Capítulo 26



JANE

15 años antes

El beso creció, se hizo más intenso, más prolongado, más incendiario. Notaba que me consumía. Como si de algo natural se tratara, envolví su cintura entre mis muslos, lo apreté contra mí en aquel punto que palpitaba de necesidad extrema y me moví contra él, húmeda, hambrienta, deseosa de toda la felicidad que pudiera darme.

Cole también se movió, y yo creí morir, volar hasta un cielo repleto de roces, de presión, de su mano en mi trasero.

—Joder, Jane —pudo murmurar.

Yo volví a atacar ávida de lengua, busqué la suya en los labios entreabiertos, no quería dejar de besarle nunca y ya sabía por qué, porque cada uno de mis besos le pertenecía, porque Cupido hizo su trabajo y nos unió para siempre, tenía que ser eso, no podía darle otra explicación a lo que me pasaba.

Me sobraba ropa y me faltaba piel. Sabía exactamente lo que quería, lo había oído, lo había visto en esos vídeos que circulaban por internet, en las pelis románticas, quería que fuera él, mi todo, mi primera vez, Cole era el indicado.

Puede que no tuviera experiencia, pero tampoco me faltaba osadía, nunca había sido una remilgada y no iba a serlo entonces, además, ya me había tocado pensando en la misma persona que tenía justo encima.

El bulto de sus pantalones crecía, rodamos por el colchón y me puse encima a horcajadas. Me separé de sus labios y lo miré. Ya sí que tenía el pelo revuelto, las pupilas dilatadas, los labios hinchados y la respiración errática.

Llevé mi mano a la hebilla de mi cinturón y me puse a desabrocharlo.

—¿Qué haces? —preguntó sin moverse, completamente rígido.

—Tengo calor, esta camisa es muy gruesa para la temperatura que hace. —Cole tragó con fuerza cuando terminé de desabrocharlo, lo dejé caer, cogí los bajos de la prenda y tiré con fuerza hacia arriba. Había perdido el sombrero en nuestra batalla de lenguas.

—¡Madre mía, Jane!

—¿Qué? —pregunté temerosa. No llevaba un conjunto de ropa interior bonito, como esos que había en el aparador de la corsetería. Era básico, cómodo, de algodón blanco, muy de mi estilo —. ¿No-no te gusto?

—¿Cómo no vas a gustarme? Eres jodidamente preciosa, perfecta, mucho mejor que en mis... —no terminó la frase.

—¿En tus?

—Sueños, fantasías, he pensado muchísimo en ti, Jane —musitó sin un ápice de vergüenza. Y eso me calentó por dentro.

—¿Sueñas y fantaseas conmigo, Cole Carter? —pregunté, lamiéndome los labios.

—Más de lo que debería. —Me sentía eufórica. Puse las manos en su pectoral y me incliné hacia delante para coger el sombrero y ponérmelo, como si Cole fuera un caballo salvaje, precioso, de pelaje negro y ojos castaños, igual que el que me gustaba montar en la granja en la que trabajaba mi padre.

—Yo también sueño y fantaseo contigo —confesé cerca de su oído, dejando un beso diminuto en el lóbulo de su oreja. Me sentía vulnerable, ¿y si en ese momento venía cuando me decía que era broma?

Las tornas se cambiaron de golpe, en un visto y no visto, me vi debajo de su cuerpo con la intensidad de su mirada devorándome.

—Fréname y dime que me largue, que no quieres esto, que no quieres que yo cumpla con lo que tengo en mente.

—Quiero, lo quiero todo, hazlo, Cole. —Él cerró los ojos como si le costara un infierno tomar la decisión, así que lo ayudé tirando de su camiseta—. Ven aquí y bésame.

No me hizo falta insistir demasiado, su boca cayó en picado sobre la mía, aterrizó en un nudo de lenguas que nos hizo gemir.

Conseguí deshacerme de su camiseta, que las yemas de mis dedos memorizaran su espalda mientras volvía a anclar las piernas alrededor de su cintura y él empujaba. Cole descendió y humedeció mi sujetador con la lengua. Los pezones me dolían, los tenía duros, volvía a sobrarme ropa mientras los mechones de su pelo desbordaban en mis manos.

—Quítamelo. —Eso no tuve que repetirlo. Me bajó las tiras, yo arqueé un poco la espalda, y cuando su boca se topó solo con piel desnuda y contraída, jadeé con fuerza.

Succionó y esa vez me arqueé de anhelo. Lo apreté todavía más contra mí y me moví por pura necesidad contra la parte más dura de su anatomía.

—¡Dios, Jane!

—Quiero más. —Sus besos se esparcieron por mi torso, bajó hasta el ombligo obligándome a desatar las piernas, y lo vi bajar hasta ahí, hasta el lugar que yo misma solía acariciar. Levantó un poco la mirada para unirla a la mía y hacer una pregunta que no necesitaba ser pronunciada. Asentí en silencio, expectante, y él se ocupó del resto.

Mis bragas desaparecieron, y sus pantalones también. Sin quitarse los calzoncillos, enterró su boca en mí.

—¡Madre mía!

Percibí su sonrisa mientras su lengua me lamía ahí abajo. Puede que hubiera cosas que había visto y me causaban cierto repelús, pero en ese instante se estaba convirtiendo en ese plato favorito que no esperas y del cual no te cansarías jamás.

Volví a enredar mis manos en su pelo y moví las caderas contra su boca. Si a él le gustaba comerme, a mí me encantaba que me devorara. Separé más las piernas y me dejé llevar, hasta notar que me volvía líquida, hasta sentir que podía estallar en sus labios cuando se puso a sorberme y rozarme con el dedo.

El aire me faltaba, apenas entraba en mis pulmones, fijé los ojos en las estrellas y me vi volar hacia ellas, arrastré a Cole hacia arriba, con los labios brillantes y los ojos más negros que nunca.

Tiré de la goma de su bóxer hacia abajo.

—Jane, no es necesario que...

—Shhh —lo silencié—. Quiero hacerlo, regálame esta noche, solo esta noche.

—Pero... —Tiré de su cuello para acallarlo. Se iba a ir y yo necesitaba que fuese con él.

Volvió a perderse en mi boca mientras yo hacía malabares para deshacerme de su ropa interior. Creo que al final me ayudó, no estoy muy segura, lo que sí sé es que lo sentí, grande, grueso, entre mis pliegues, meciéndose; mojándose en mí, y supe que lo quería dentro.

Aquel momento se quedaría grabado a fuego para siempre, y obvié las consecuencias, los dos las obviamos porque éramos jóvenes, estúpidos y nunca piensas que con una única vez el mundo pueda dar una vuelta de ciento ochenta grados.

Alargué la mano y lo coloqué, me dije que era un tampón pero más grande.

—¿Es tu primera vez? —lo escuché preguntarme.

—Sí.

—Va a doler, a las chicas os duele.

—Hazlo, no hables ahora, solo hazlo.

—Intentaré ser suave —murmuró, ayudándome a colocarlo—. Dime que estás segura de esto, Jane, después no habrá vuelta atrás.

—No quiero que la haya, quiero ser tuya y que tú seas mío. —Él sonrió de un modo tan dulce que pensé que era imposible que pudiera haber alguien más perfecto.

No mintió cuando dijo que dolería, ni cuando dijo que intentaría ser suave, cuidó de mí en todo momento, esperó a que el dolor pasara y me acostumbrara a tenerlo dentro, y después... después todo se precipitó.

Los movimientos, los jadeos, la necesidad. Cole se ocupó de estimularme de nuevo, de llevarme a ese punto de no retorno en el que solo quería más y más. Pocas chicas podían decir que se corrieron en su primera vez, yo lo hice, él se ocupó de que no fuera traumático, sino algo precioso.

Aprendimos a movernos juntos, a encajar, a que cada roce superara al anterior, a dejarnos llevar el uno en la piel del otro hasta que todo se hizo tan brutal que el orgasmo nos barrió a los dos.

Algo tan grande debía tener un precio y el mundo se encargó de pasarme la factura nueve meses más tarde.

Capítulo 27



COLE

Estaba contento, la clase de tiro con arco había acercado posiciones y estaba seguro de que había notado los pezones de Jane intentando atravesarme la camiseta.

Llámale frío, llámale cercanía, quien no se consuela es porque no quiere, yo prefería pensar que se trataba de lo segundo.

Si Jane pensaba que me pasaba inadvertido el modo en que me repasaba cuando me veía sin camiseta partiendo troncos, es que no tenía ni idea de lo detallista que era. Sabía de sobra que sus problemas de cálculo con la puntería se debían a que mi presencia la desconcentraba, aunque yo tampoco es que fuera ajeno a sus vaqueros, casi me amputé un pie al verla recoger las flechas.

—¿A qué viene esa sonrisa? —preguntó Tara, removiendo su café especiado con espuma rosa.

Estábamos en el Lovely Cake, se había hecho adicta desde que la llevé, que era cada día desde que habíamos cambiado la rutina de las sesiones de rehabilitación a las mañanas.

Las tardes las dedicaba a los Tigers y volver loca a mi hospitalaria vecina.

—Ayer no se me dio del todo mal con Jane.

—¿En serio? —Asentí—. Bien, porque te recuerdo que mañana me largo con su hermano y su hijo para dejarte vía libre. ¿Lo tienes todo preparado?

—¿Lo dudas? Ya sabes que sí. Quiero que Levi viva esta experiencia a lo grande, es un gran chico, se toma muy en serio el fútbol, da igual lo duro o exigente que sea, siempre da el cien por cien sin rechistar, es el primero en llegar y el último en irse, lo vive de una manera tan feroz que merece tener un premio.

—No lo va a olvidar en la vida.

—Eso espero, me he esmerado mucho. ¿Sabes que nunca ha ido en avión? Lo va a flipar cuando se vea sentado en primera clase, que os recoge una limusina con su nombre en un cartel y estará llena de *merchandising* de los Giants. Tenéis habitaciones contiguas comunicadas por una puerta para que Trav y tú tengáis intimidad.

—Gracias por preocuparte por mi actividad sexual. —Le sonreí.

—También hablé con el entrenador, cuando termine el partido, podréis bajar al vestuario a celebrar la victoria con los chicos. —Tara alzó las cejas—. No me mires así, van a ganar y Levi se hará mogollón de fotos con sus jugadores favoritos, podrá hablar con ellos y que le firmen autógrafos.

—Tú eres su jugador favorito.

—Ya me entiendes.

—Si ya te adora, después de este fin de semana, te va a montar un altar.

—Yo también lo adoro, es muy fácil quererlo.

—¿Y a su madre?

—A su madre nunca la he podido olvidar, pero eso ya lo sabes. —Tara sonrió complacida—. Lo que me lleva directo a Trav.

—¿Qué pasa con Travis?

—¿Está de acuerdo en que me quede solo con Jane el fin de semana?

—Tú déjame eso a mí. Lo mantendré lo suficientemente ocupado para que no piense en otra cosa que no sea en mí. —Los dos reímos. Patty Sheldon se acercó para preguntarnos si queríamos tomar algo más. Le dije que no mientras la campanilla sonaba anunciando que alguien acababa de entrar en el establecimiento.

Una voz aguda, sin un ápice de acento sureño, reverberó hasta mis oídos.

—¿Cole Ciclón Carter! ¿Eres tú?! —giré el rostro hacia una exuberante rubia que parecía salida de una revista. Podría ser cualquiera de las mujeres que solía frecuentar en Nueva York, una actriz, presentadora o alguien del mundo de la moda llamando a mi puerta, pero entonces agitó la melena ondulada e hizo ese gesto con el dedo...

—¿Bethany Carmichael? —pregunté entre sorprendido y emocionado.

—¡Sí! —Me puse en pie, y ella corrió para darme un efusivo abrazo.

—Joder, Beth, ¿dónde está tu acento!? Y te veo distinta, aunque mejorando como el vino —la halagué. Ella rio.

—Me he dejado una fortuna en tener un deje más neutro y sofisticado, es lo que piden en televisión, también me hice unos retoques en la nariz, pómulos y labios. Nada, una pequeñez que mi agente me aconsejó.

—Pues estás estupenda —murmuré, cogiéndole las manos.

—Gracias, tú también estás francamente bueno, aunque eso ya lo sabes —rio, y noté a Tara carraspear a mis espaldas.

—Disculpa, soy un maleducado, deja que te presente a Tara, mi mejor amiga y mi fisioterapeuta —la exatleta se puso en pie—. Ella es Bethany, nos conocemos desde el jardín de infancia. Estudiamos juntos, era la capitana de las animadoras y...

—Y su rollo cuando a Cole le apetecía meter la lengua en otra parte que no fuera en una hamburguesa de la señora Prew —culminó, estrechándole la mano a Tara.

—No digas eso, iba a decir mi amiga y la reina del baile.

—Eso también lo fui, pero no negarás que también me usabas un poquito cuando te apetecía mojar. —La miré con un pelín de arrepentimiento—. No importa, yo sabía lo que había, aunque aquí todos pensaban que algún día sería tu novia oficial y terminaríamos casados, pero ya ves...

—Terminó casándose conmigo. —La voz masculina hizo que Tara y yo focalizáramos los ojos en el recién llegado. Mi amiga se quedó muda, su piel oscura tomó un tinte blanquecino a la par que Beth hacía rodar los ojos con fastidio.

—Hola, Travis —lo saludó Bethany sin girarse.

Ninguno se había dado cuenta de que mi mejor amigo y, al parecer, exmarido de Beth, había entrado en el local aprovechando la salida de una clienta. Estábamos demasiado ocupados con el reencuentro como para recordar que habíamos quedado también con él para tomar un café.

—No tenía ni idea de que os casasteis. —¿Por qué Travis no me lo había dicho? ¿Pensaría que me lo habría tomado mal?

—Ya ves, un tropiezo lo tiene cualquiera —añadió Beth con disgusto.

—Desde luego, cariño —el apelativo no lo utilizó con mucho entusiasmo—, tú fuiste uno y de los grandes.

—No pensabas lo mismo cuando hincaste una rodilla y me suplicaste que aceptara.

—Se llama enajenación mental transitoria, los sanatorios mentales están llenos de imbéciles como yo. —Ella le ofreció una sonrisa tensa cargada de inquina.

—Por suerte para los dos, ya estamos divorciados.

—Sí, nunca te bastó estar casada con un hostelero que no encajaba en tu mundo de eventos y *glamour*. —Ella emitió una exhalación disgustada.

—Es difícil estar casada con un hombre que siempre está cansado y no le interesan tus conversaciones, reconoce que intenté que funcionara, pero me harté de que me dejaras siempre en evidencia, me hacías pasar vergüenza.

—Desde luego que me costaba refrenar mis impulsos, ¿cómo los llamabas? De paleta de pueblo, cuando el productor de tu programa de teletienda, ese que iba a lanzarte al estrellato, se pasaba la fiesta mirándote las tetas y sobándote el culo a la menor oportunidad.

—Ya te lo dije, son cosas de televisión, no estabas habituado al mundillo. Walter era un hombre cariñoso conmigo y con todas, estuvo de más que lo hicieras aterrizar en la ponchera.

—Créeme, cariño, si no le hice saltar los dientes fue porque ya carecía de ellos.

—En fin, por eso nos divorciamos.

—Bueno, por eso y por más cosas, cuando solo ves a tu mujer un par de veces al año y follas más con tu mano que con ella, hay un problema —continuó Travis.

—Tu problema fue que no eras Cole, si me hubiera casado con él en lugar de conformarme contigo, otro gallo me hubiera cantado.

¡Me cago en la puta! ¡¿Cómo se le ocurría decirle eso a mi mejor amigo?!

Travis tensó la mandíbula, Tara los contempló incómoda, no era para menos. Y toda la cafetería permanecía en silencio escuchando la trifulca exmatrimonial. Hubiera agradecido que Travis me hubiese contado que era con ella con quien se había casado.

—Desde luego que si te casaste conmigo buscándolo a él, te equivocaste de tío y de estado, aunque, quién sabe, quizá lo podáis remediar.

¡¿Qué cojones había dicho ahora?!

Bethany me miró con una sonrisa en los labios, se relamió y se colgó de mi brazo.

—Cariño, es de las mejores ideas que has tenido en mucho tiempo, nunca es tarde cuando se trata de amor verdadero, y por lo que sé, Cole Carter nunca llegó a encontrar una mujer que me superara, la evidencia la tienes en que nunca se ha casado, en el fondo, siempre me estuvo esperando.

—Pues adelante, que seáis muy felices.

Travis se dio media vuelta para largarse de la cafetería, yo lo llamé, pero me ignoró, mientras Beth acariciaba mi pecho y decía que lo dejara estar, que le debía que nos pusiéramos al día.

Tara la miró mal y salió corriendo en pos de mi mejor amigo.

Capítulo 28



JANE

Escuché el chisme en directo, cuando Emily Zucker llamó a Radio Cupido para poner al corriente a toda la audiencia de que Bethany Carmichael, alias mi excuñada, a la que yo apodé Ricitos de oro, había vuelto al pueblo, sin sus tres ositos, para reclamar lo que era suyo, ostentando su apellido de soltera tras el divorcio.

Di un frenazo en toda regla cuando dentro de la misma oración aparecieron otros sujetos que la complementaban.

—Entonces, ¿dices que Beth le montó un pollo a su exmarido delante de todos los clientes de la cafetería, además de Cole Carter y su fisioterapeuta? —preguntó Stace, haciendo su trabajo.

—Bueno, rodaron cabezas. Yo había entrado a comprar unos *cupcakes* segundos antes, pero me tuve que quedar. Tendrías que haber visto la cara que ponía la nueva amante de Travis, que, por si no ha llegado a tus oídos, es esa mulata amiga del Suspiracole que se parece a esa actriz del *New Amsterdam*. Y te lo digo porque lo sé, desde que ha llegado al pueblo, no falta a su cita diaria con el dueño del restaurante en su despacho y dicen que los gemidos suenan por todo el valle. —Stacey carraspeó.

—Quizá le haga una sesión diaria de fisioterapia.

—Más bien de *faloterapia*. —La señora Zucker rio ante su propia ocurrencia.

Dax me miró de reojo. Sabía cuánto odiaba los chismes, sobre todo, los que concernían a los miembros de mi familia, por lo que permaneció callado y con expresión de enterrador, podía olisquear la muerte que destilaban mis pensamientos.

—Bueno, pues parece que el ambiente se caldea en Saint Valentine Falls.

—Y no solo eso —interrumpió Emily—. Bethany dijo en voz alta que Travis solo había sido un mal reemplazo de Cole, todos sabemos que ellos tenían un *affaire* en el instituto, y que si Carter había vuelto solterito y coleando fue porque por fin se había dado cuenta de su error y venía a casarse con ella. Yo creo que es cierto, porque Wallace se largó de la cafetería hecho una furia, su amante salió a la carrera para perseguirlo, y el rey y la reina del baile de 2009 se quedaron muy juntitos, agarrados, rememorando los viejos tiempos. Me apuesto el cuello que aquí hay tema.

—Suficiente —dije, mosqueada, apagando la radio. Era la primera vez que lo hacía en años, la otra fue cuando Travis se convirtió en la comidilla del pueblo al separarse de esa harpía que casi

lo arruinó con sus ínfulas de grandeza.

No podía odiar más a Bethany Carmichael. Todos sabíamos que si se casó con mi hermano fue porque pensaba que Cole aceptaría la invitación a la boda y aparecería sobre su Porsche Cayenne blanco para impedir el enlace.

No ocurrió. Ni vino a la boda, ni lo impidió. Y Bethany Carmichael se vio convertida en Beth Wallace, la mujer del camarero del restaurante del pueblo, exestrella de fútbol del instituto que no había llegado a ser el profesional que apuntaba.

Para mi hermano, casarse con Beth era hacerse con el trofeo más codiciado del pueblo, ya que no podía alcanzar la NFL, por lo menos, se llevaba el premio gordo de la chica más deseada, la hija de la alcaldesa, la más guapa de la población, la futura presentadora de la CNN y el exligue de su mejor amigo.

Era imposible que saliera algo bueno de ese enlace, y el tiempo demostró que no nos equivocábamos.

Daba igual que intentara advertirle a Trav que era una mala idea, para él yo estaba celosa porque Bethany era todo lo que yo nunca sería. Y desde luego que yo jamás he sido tan zorra como ella.

Si había regresado al pueblo no era por pura casualidad, en algo tenía razón la señora Zucker, venía a por Cole. Conociendo a la alcaldesa, era extraño que su única hija no hubiera aparecido antes.

—Jefa, ¿cuál es tu nivel de cabreo?

—El mismo que cuando todos los Ferrero Rocher del supermercado mutaron a coles de Bruselas. —Dax tragó con dificultad.

Conocía lo ocurrido porque aquella trastada había sido épica y permanecía en la memoria de muchos de los habitantes del pueblo. Además de que Stacey, él y yo nos hubiéramos echado unas buenas risas al rememorarlo.

Fue cuando Bethany Carmichael se paseó por el instituto con una de esas cajas de bombones dorados de procedencia europea. Dijo que su madre tenía reservados todos los que habían llegado al supermercado para repartirlos entre los que la votaran como reina del baile, también que los sapos, los adefesios y las machorras se cuidaran de presentarse. Por supuesto, con la mirada puesta en mí, que ni siquiera podía optar al título porque iba dos cursos por debajo y tampoco es que me interesara.

La cosa es que me ofendí. Beth estaba picada conmigo desde que Cole Carter se tiró a por mí en la fuente. Me tenía ojeriza y aprovechaba la mínima oportunidad para dejarme en evidencia.

Así que decidí cometer una pequeña travesura. Fui directa a la puerta trasera del súper, mientras Stace, mi cómplice, entretenía al señor Saint, el dueño del súper. Le dijo que se trataba de un trabajo para el periódico del instituto y se puso a preguntarle por los alimentos sin gluten, por su correcto etiquetado y cómo había aumentado la población de celíacos en los últimos tiempos. Yo llevaba un pañuelo bastante grueso y lo coloqué sin que se notara, así, cuando regresara esa misma noche, solo tendría que darle un empujón desde fuera con todas mis fuerzas.

Esperé a medianoche para escapar a través de la ventana, bajé por el árbol, cuando todos

dormían. Llevaba un par de mochilas que había dejado ocultas en un seto, me las coloqué, una por delante y otra por detrás. Llegué a la puerta trasera del súper sin problemas, y cuando estaba con las manos en la masa, una voz me sorprendió por la retaguardia.

—Ey, Calamity, ¿qué tramas? —Me puse blanca, era el mismísimo Cole.

—¡Lárgate! —exclamé roja porque me hubiera pillado.

—De eso nada. O me dices por qué intentas entrar en el supermercado por la puerta trasera, o me chivo a tus padres, al sheriff y al señor Saint.

—No serás capaz.

—Ponme a prueba —dijo petulante. Yo me maldije para mis adentros.

—Si te lo digo, me dejas en paz y te callas la boca.

—Si me lo dices, evalúo y ya veremos qué pasa. —Estreché la mirada.

—¿Me has seguido?

—Puede. No suele ser buena idea dejar a chicas de dieciséis años correteando por la ciudad a altas horas de la noche, tus hermanos no me lo perdonarían. —Claro que no, porque estaban destinados a amargarme la vida. Vale, no tenía más remedio que confesar y cruzar los dedos para que Carter no fuera corriendo a comisaría. ¡A la mierda con el plan!

Confesé, al terminar, Cole apoyó una de sus manos contra la puerta, dejando muy cerca su nariz de la mía e hizo algo que jamás hubiera esperado. Se acercó a mi oído para susurrar un:

—Me gusta tu estilo, Wallace, nunca me han ido las personas que tratan de amañar los concursos con chocolate y provocan caries. Venga, que te ayudo.

Le dio un empujón a la puerta y aquella noche me enamoré todavía más de él.

Fue divertido verle arrugar la nariz cuando metía los dedos en el tarro y cambiaba de marrón a verde. Llevaba las mochilas cargadas de tarros de mini coles fermentadas en conserva, papá siempre traía un montón de la granja Wyatt cuando su jefa las hacía.

La noche fue larga, pero muy divertida, y no sabes lo que me reí cuando las animadoras se pusieron a repartir bombones y los alumnos empezaron a sufrir náuseas ante el apestoso aroma, algunos llegaron a meterse esas cosas pequeñas, verdes y babosas en la boca porque apenas quitaron el papel y no se dieron cuenta. Pero al morder, ay amigo, eso fue otra historia...

Los pasillos se llenaron de alumnos echando la pota mientras que Cole me miraba cómplice desde su taquilla y Travis no daba crédito a lo que ocurría.

Alguien extendió el rumor de que Bethany Carmichael estaba tan podrida por dentro como esos bombones de chocolate, aun así, logró su ansiada corona, lo que demuestra que no importa lo putrefacta que te consideren si eres guapa.

Arranqué el coche y conduje directa al restaurante. Puede que mi hermano y yo no tuviéramos la mejor relación del mundo, pero era mi hermano y lo quería. Giré la calle y por obra y gracia del estúpido Cupido me encontré a Bethany, en la esquina, con el puñetero Cole Carter, ella le ponía una mano en el pecho y yo lo vi todo rojo, o negro, o charco, porque fue justo lo que hice, pasar por encima de uno diciéndole segundos antes a Dax que conectara la sirena.

Lo hice a toda velocidad y con la mala hostia que me caracterizaba.

El contenido de aquel socavón enorme se catapultó sobre la preciosa pareja.

¿Eso era una mierda de perro? Esperaba que fuera diarrea.

—¡Lo siento, emergencia! ¡Responsabilizad del estado de la limpieza y del asfaltado a la alcaldesa! —grité para que me oyeran por encima de la sirena.

Capítulo 29



TRAVIS

—¿Quieres hacer el favor de frenar?

—¡Déjame en paz, Tara, no estoy de humor! —Me subí a la camioneta maldiciéndome por dentro, seguía culpándome por haberme casado con ese bicho malo de Beth y estar tan ciego.

La puerta del copiloto se abrió y Tara subió al otro lado con cara de mosqueo.

Me gustó desde el día que la vi, porque era guapa, estaba buena y además tenía ese aura de mujer directa que tanto me ponía.

—A ver, resumamos —comentó.

—Esa zorra y yo compartimos un pasado —escupí.

—Me he hecho una idea, Cole se largó, sin ofender, tú fuiste el reemplazo, os largasteis a Las Vegas una noche loca y esa piraña rubia amaneció siendo la señora Wallace con un gigantesco pedrusco en el dedo. Es una actriz frustrada que se ha ido zumbando a todo aquel que le ha prometido hacerla una estrella y ha terminado estrellada presentando la teletienda. ¿Me equivoco? —Era imposible no sonreír con ella.

—No demasiado, aunque nos casamos aquí y no hubo pedrusco porque mi economía no me lo permitía. Fui un estúpido casándome con ella.

—Todos tenemos un pasado oscuro.

—¿Cuál es el tuyo?

—Apuñalé sesenta y nueve veces a mi último amante cuando lo pillé con uno de esos programas que te dicen qué cara tendrán vuestros hijos.

—Uh, eso no tiene que hacerse nunca...

—Igual que tampoco tienes que dejar a nadie en evidencia por mal que te lleves con él. —Apreté las manos en el volante—. Aun así, solo puede joderte si le das el poder para que lo haga, estáis divorciados, ¿no? Pues que le den. Y si Cole pone los ojos sobre esa idiota, es que tiene un problema serio más allá de... —Se calló.

—¿Qué problema tiene Cole?

—Su-su casa, eso es.

—Mis hermanos se la tendrán lista la semana que viene, son unos máquinas.

—No lo pongo en duda, anda, arranca, vamos a tu piso.

Puse una sonrisita socarrona y giré el cuerpo hacia Tara. Pese a lo que había pasado, había sido capaz de darle la vuelta a mi humor y en ese momento solo podía pensar en una cosa.

—Si es por lo que dijo Emily sobre el sexo en mi despacho...

—Nah, qué va, a mí esas cosas me la traen al paio, es porque nos largamos, necesitas desconectar y tengo la solución perfecta.

—¿Quieres que nos larguemos de fin de semana?

—¿Te parece un mal plan?

—Tengo un negocio.

—Por lo que he podido observar, tu restaurante no es el Titanic y funciona igual de bien cuando no estás. Sabrán que hacer si les das las órdenes necesarias, solo serán un par de días y tenemos que celebrar que tienes un gusto pésimo para las exmujeres.

Su comentario me hizo sonreír de nuevo.

—En eso estamos de acuerdo, por eso el matrimonio no entra dentro de mis planes de futuro.

—Amén, vaquero. Primero a tu casa, después al restaurante y... después vamos a por tu sobrino.

—¿A por Levi?

—¿Algún problema?

—Pensaba que esto iba de pasar un fin de semana contigo.

—Descuida, lo pasarás, pero me dijo que el 14 de Febrero es su cumpleaños y tengo el regalo perfecto para que se lo haga su tío favorito. Tu sobrino no quiere perderse la feria, así que le adelantamos el regalo.

Era cierto, mi sobrino se avanzó algunas semanas a la fecha probable del parto que estipuló el médico y a mi hermana le reventó que naciera el mismo día de San Valentín, todavía recuerdo sus gritos diciéndole a mi madre que le diera algo, que el bollo no estaba todavía cocinado y que no podía salir, todo por su maldita fobia a Cupido.

—¿Levi te ha dicho que soy su tío favorito?

—Por supuesto, te tiene como modelo a seguir, dice que, además de que se te daba de muerte el fútbol, siempre has tenido mucho éxito en el instituto y ahora tienes tu propio negocio.

—Eso es cierto —sonreí. Tara sabía cómo acariciarle la vanidad a un hombre, además de otras cosas.

—Últimamente has estado bastante ocupado y necesitáis reforzar el vínculo. He preparado un finde que ninguno de los dos va a querer perderse y, encima, tendremos habitaciones contiguas, para que tú y yo podamos divertirnos lo justo y necesario. —Sus dedos caminaron por mi pecho.

—Contigo siempre es necesario. —Pasé la mano por detrás de su nuca y la besé con hambre—. ¿Nos da tiempo a que te lo demuestre en mi piso?

—Eso dependerá de lo rápido que arranques este trasto.

Le di a las llaves y arranqué echando hostias.

Capítulo 30



JANE

Conduje hasta el restaurante sin mucho éxito, el día se me había torcido a base de bien.

No había rastro de mi hermano, no respondía a mis llamadas y, para colmo, el señor Wyatt nos mandó un aviso para que fuéramos lo antes posible a la granja, habían roto la alambrada por otro punto y se habían llevado más animales.

—Me estoy planteando poner una patrulla nocturna, tiene que ser por la noche, el problema es que la propiedad es tan grande que quizá no los pillemos.

—¿Y no se ha planteado poner el ganado en una edificación en lugar de que pasten a sus anchas todo el tiempo?

—Tienen sus instalaciones, pero si algo caracteriza a mis animales es que disfrutan del pasto y de la libertad, por eso su carne es tan jugosa, porque son vacas felices.

—Pues sus vacas felices tendrán que dormir encerradas, por lo menos hasta que demos con la persona o las personas que se las están llevando. Póngales música clásica o *country*, ya que son sureñas, igual eso les rebaja el nivel de ansiedad. Lo escuché en un documental. Voy a darme un paseo con Dax por todas y cada una de las fincas del valle, a ver si damos con una pista o a alguien le ha ocurrido lo mismo.

—Te lo agradezco, Jane.

—No hay de qué, señor Wyatt.

—Si hay alguien que pueda dar con esos criminales desalmados es mi hija. —Mi padre acababa de llegar y se quitaba los guantes. Me miraba con orgullo, y yo le dediqué una sonrisa.

Sabía que ser la *sheriff* era algo que le llenaba la boca, aunque lo demostrara a su manera porque siempre fue un hombre de campo algo rudo.

—Esperemos que así sea, papá.

Entré un segundo en la granja para saludar a Susy, su madre, mi sobrina y llevarme dos *tuppers* cargados de pastel de carne con patata hasta los topes. Uno para mí y otro para Dax.

Visitamos todas las propiedades, como prometí, aunque los resultados fueron bastante nulos. Los granjeros de la zona estaban espantados ante la posibilidad de que también les ocurriera a ellos, así que me prometieron extremar la precaución.

Se había hecho tarde de narices. Comimos en el rancho de los Walker, porque insistieron al ver nuestra ardua jornada laboral.

Recibí un mensaje de Travis. Era un escueto: «Todo bien, Levi está conmigo. Te escribo cuando lleguemos».

No le presté mucha atención, supuse que se lo llevaría al restaurante a cenar y después lo traería a casa, con Tara y quizá Cole, si a este no le había dado por tener una cita romántica con Barbie hija de puta, perdón, con Barbie hija de la alcaldesa.

Estaba pensando en ello cuando se oyó un sonido tipo estallido.

—¿Nos disparan?! —preguntó Dax acompañando la exclamación con un ronquido, volviendo en sí de su sueñecito de ventanilla.

—Lo dudo, más bien ha sido la puñetera rueda trasera. ¡Joder! ¡¿Es que no puede salir nada bien hoy?! —

—Venga, jefa, no desesperes —murmuró desperezándose—. No soy Jake, pero puedo con una rueda pinchada.

Y no dudo que hubiera podido, el problema fue que la de repuesto no estaba. La utilizamos la última vez que pinchamos y, pese a que mi hermano me dijo que pasara por el taller, se me olvidó por completo.

—¡Mierda! —proclamé, pateando una piedra del camino.

Eso era el karma, seguro que pasar por encima del charco y manchar a la pareja del momento me estaba pasando factura. Dax miró a un lado y a otro, estábamos en mitad de la nada, habíamos dejado atrás la granja hacía varios kilómetros, así que lo único que podíamos hacer era llamar a mi hermano mayor para que viniera a remolcarnos con la grúa del taller.

Tuvimos que esperar una hora, estaba en plena faena y no era plan que la dejara para venir a por nosotros. Menos mal que el pueblo era un lugar tranquilo. Además, dejamos para el final la última propiedad más alejada de la población. Saint Valentine era pequeño, pero los ranchos y las granjas abarcaban varias hectáreas y algunas de ellas no tenían fácil acceso.

Cuando llegué a casa, estaba agotada. Mental y físicamente, así que cuando descubrí un par de platos sobre la mesa, con una vela encendida y Cole acomodado en la silla balancín frente al fuego, con Eros a los pies, se me llevaron un poquito los demonios.

—Una cosa es que vivas en mi casa y otra que invites a Bethany a cenar. Ya puedes ir llevándote esa comida y esa vela a su casa, que seguro estará encantada de recibirte.

Soplé la llama y el humillo blanco se elevó desprendiendo un ligero aroma a *toffee*. ¡Encima aromática!

—No la esperaba a ella, sino a ti —musitó con total calma. La confesión me pilló desprevenida.

—Oh, pensé que esto era para... Bueno, da igual, déjalo, estoy demasiado agotada y solo tengo ocurrencias pésimas, voy a darme una ducha a ver si se lleva mis malas vibraciones.

Bajé a los quince minutos, Cole estaba sirviendo un par de copas de vino y yo me pasaba un mechón húmedo detrás de la oreja. No me había puesto directamente el pijama porque sería demasiado cenar vestida con él, así que opté por una sudadera y unas mallas de lo más cómodas y calentitas.

La chimenea estaba encendida y sonaba música a través del altavoz *bluetooth*. Era Shania

Twain cantando *You're Still The One*.

Capítulo 31



JANE

—Acabo de calentar los platos —me informó, dándome la copa—. ¿Un día duro?

—Seguro que más que el tuyo.

—No te creas, un desalmado pasó por encima de un charco y me llenó de mierda de perro. — Casi escupí el trago que había dado.

—¿Anotaste la matrícula? —Él negó divertido, no había rencor en su expresión—. La próxima vez dirígete a la oficina de la *sheriff* y pon una denuncia, se le da bastante bien cazar infractores.

—Tomo nota, aunque creo que antes pediré cita con la alcaldesa a ver si mejoran el asfaltado.

—Teniendo en cuenta que vas a salir con su hija, no va a ser necesario que le pidas una, bastará con que le pongas un anillo de diamantes en el dedo a Bethany, sobre todo, que sean diamantes y de los gordos, es alérgica a las circonitas.

Cole sonrió y se acercó a mí de una forma demasiado íntima.

Olía bien, excesivamente bien, a jabón y perfume amaderado, con un puntito cítrico y aromático. Seguro que la colonia que usaba llevaba algo de romero.

—Nunca he tenido intención de salir con Bethany Carmichael, ni en el pasado, ni en el presente, ni en el futuro, así que puedo ir ahorrándome el anillo.

—Nadie lo diría con lo juntitos que estabais.

—Solo trataba de ser amable y calmar las aguas, se lio un poco en la cafetería, aunque imagino que tenías sintonizada Radio Cupido, me han dicho que Stace casi lo retransmitió en directo.

—Puede —respondí críptica y llena de mala leche por lo que Trav tuvo que soportar. Clavé el índice en su pecho a modo de advertencia y para que no se acercara más—. Una cosa te voy a decir, Cole Carter, eres muy libre de hacer lo que te dé la gana y con quien te dé la gana, pero esa mujer le hizo mucho daño a mi hermano, y si le tienes un poco de respeto o afecto, la mantendrás alejada de esta casa y de su vida.

—Vosotros dos siempre igual, ¿eh? Ni contigo ni sin ti.

—Ya nos conoces, la única que puede meterse con Trav soy yo, a la inversa también funciona, aunque se arriesga a terminar en mi calabozo y que pierda las llaves.

Cole me cogió el dedo antes de que lo apartara y cruzó los suyos con los míos propiciando una descarga que ascendió por todo mi brazo.

—¿Qué haces?

—Anda, vamos a cenar antes de que tenga que calentar el plato de nuevo.

Tiró de mí hacia la mesa sin soltarme.

—¿Qué es? —pregunté, elevando los ojos por encima de la cena.

—Soy bastante básico, así que tendrás que conformarte con un poco de quiche Carter, lleva beicon, pimientos, cebolla y extra de queso. Ya sabes, comida de estudiante universitario.

—¿No te habrás confundido y el relleno será de caca de perro y laxantes?

—Soy Cole Carter, no Calamity Jane, aunque para la próxima me apunto la receta, he tenido que ducharme tres veces seguidas para quitarme el hedor.

Por fin me soltó la mano y retiró mi silla lo justo para que pudiera sentarme. Se me acalararon las mejillas ante el gesto de galantería.

La cena fue bastante tranquila, por una vez, encontramos temas de conversación neutrales, desde cómo le había ido a Cole en la universidad a mi decisión de cambiar las trastadas por la estrella de *sheriff*. Me costó mucho quitarme la fama de «terror del pueblo» y que los habitantes me vieran con otros ojos.

—Cuando me quedé embarazada, algo hizo clic en mi cerebro. Mi hijo me cambió en muchos sentidos, pero el principal fue que no podía ser un mal ejemplo para él. Odiaba pensar que en lugar de sentirse orgulloso de mí pudiera avergonzarlo delante de sus amigos.

»También me ayudó la charla que mantuve con el *sheriff* Donovan en mi última detención. Me dijo que era la persona adecuada para ocuparme de su puesto cuando se jubilara, que solo una mente criminal como la mía sería capaz de dar con los futuros villanos antes de que cometieran cualquier fechoría.

—Siempre me cayó bien Donovan, tuvo visión, igual que los de Microsoft con los *hackers* informáticos.

—Algo así.

—Y acertó, porque esto se te da bien.

—No lo hago mal —murmuré, reclinándome en la silla—, aunque llevo unos días bastante preocupada con el tema de la desaparición del ganado en la granja Wyatt. Por cierto, ¿qué hora es? Travis ya debería haber traído a Levi a casa, aunque mañana sea sábado.

—Em, ¿no ha hablado contigo?

—¿De qué?

—Tu hijo está con tu hermano y con Tara, se han ido de fin de semana como regalo de cumpleaños anticipado a ver a los Giants.

—¿A Nueva York?! —El corazón se me salió por la boca.

—No, a Kansas. Por la hora que es, ya deben haber aterrizado. Cuando terminamos el entrenamiento, vino a por sus cosas y se marcharon.

—Pero ¿cómo se le ocurre llevarse a mi hijo sin mi permiso a otro estado y sin consultar?!

—No te pongas así, Jane, lo van a pasar genial, está con Trav y Tara, además, me he ocupado de...

Di un puñetazo sobre la mesa.

—¿Te has ocupado?! ¿Cómo que te has ocupado?! —Me puse en pie.

—Bueno, yo solo quería que...

Di un bufido y apagué la vela otra vez, Cole la había encendido para que cenáramos.

—¿Qué querías? —Entonces, tuve una revelación; cena, vela, él duchado y perfumado...—. ¡Querías tener la casa libre para follarme otra vez! De eso va toda esta mierda, de rememorar viejos tiempos, y si te follo, no me acuerdo. ¿No? Pues si quieres echar un polvo, no va a ser conmigo, ¡paso de volver a asumir las consecuencias!

—¿Qué consecuencias? —preguntó. A veces debería darme un punto en la lengua.

—¡Olvídame, Carter, voy a buscar a mi hijo!

Fui al armario a por el abrigo y una mano aplastó la puerta.

—Si le jodes este fin de semana a Levi, te va a odiar para siempre.

Me di la vuelta horrorizada.

—¿Eso es lo que quieres? ¿Que mi hijo me odie? —Estaba atrapada entre el armario y su cuerpo.

—¿Y para qué demonios querría yo que te odie Levi? —No había negado que quisiera follarme, así que estaba totalmente en alerta roja.

—No lo sé, ni siquiera sé qué estás haciendo aquí, la verdad, ¿por qué no haces las maletas y pasas el fin de semana con Beth?

—Sigues sin entenderlo, ¡nunca lo entendiste! —parecía frustrado.

—¿El qué?! ¿Que por qué conformarte con una pudiendo tener dos?

—¡No! ¡Que ella nunca importó, la única que me gustaste desde el principio fuiste tú! —Abrí y cerré la boca incapaz de pronunciar una sola palabra, y menos cuando a Cole le dio por pasar el pulgar por encima de mi labio inferior y mirarme como si fuera un pirómano y yo una maldita cerilla.

—Imposible, no puede ser, yo nunca...

—Tú siempre, Jane —dijo antes de torcer el cuello para buscar mi boca.

Capítulo 32



COLE

Si había pensado por un instante que besar sus labios no sería tan genial como la primera vez, estaba equivocado, porque ahora era mejor, mucho mejor.

Jane ya no era una niña, ni yo tampoco, se notaba que la inexperiencia del pasado se había evaporado en el presente.

Siempre había sido muy pasional en todo lo que hacía y había ganado mucha destreza lingual.

La resistencia inicial dio paso a un fuego abrasador que nos fundió a ambos.

Sus manos envolvieron mi cuello, se puso de puntillas para llegar mejor y mi mano buscó ese trasero que siempre me ponía en órbita. Lo tenía duro, redondo, perfecto.

La levanté del suelo sin mucho esfuerzo y sus piernas se separaron para envolver mi cintura como si aquel fuera el lugar al que pertenecían, alrededor de mi cuerpo. Jane gimió sin dejar de dar profundidad al contacto de nuestras lenguas.

Volvió a hacerlo al notar mi rigidez hurgando en su excitación. Estaba convencido de que aquel vaivén de caderas estaba dando sus frutos, y no precisamente del mar. Los dos estábamos visiblemente alterados, no podíamos dejar de enredarnos el uno en el otro, ya fuera a través de nuestras manos, nuestros cuerpos o nuestras lenguas.

¡Joder!

Cuando hacía unas horas pasó con el coche patrulla hundiendo rueda en el charco, supe que aquel salpicón no solo iba de su hermano y Beth, sino de la exanimadora y de mí. Estaba celosa, cabreada, y eso, lejos de enfadarme, era música para mis oídos, siempre fui de los que no le importó bajar al barro si se hacía con el partido.

Quería desnudarla, quería disfrutar de cada porción de su cuerpo, llevaba demasiado tiempo soñándola, anhelándola y me daba igual si no llegó a responder a aquella jodida carta, o si me mandó a paseo, éramos unos críos y las hormonas te juegan malas pasadas.

La madurez te da sabiduría, conocimiento y conciencia de que las mayores estupideces son las que no te llevan a hacer cosas por temor a las consecuencias. Yo temí enfrentarme a su rechazo en persona y por eso me había recreado en aquella ansia que no me dejaba conocer a otra del mismo modo en que conocí a Jane, porque sabía que en el fondo era a ella a la única que merecía la pena conocer.

Iba a remontar el marcador y ganar el partido.

—Cole —farfulló contra mi boca—. No podemos...

—Claro que podemos —la acallé volviendo a besarla—. Me vuelves loco, Jane Wallace, en el sentido más amplio de la palabra.

Volví a atacar con ferocidad, sin bajar la guardia, ya escuchaba la palabra *touchdown* reflejándose en el marcador.

—¡Cooole! —exclamó una voz cantarina desde fuera de la casa—. ¿Estás ahí, Cole? —Apreté los párpados con fuerza y me maldije para mis adentros. Noté el cuerpo de Jane tensándose de golpe para después ponerse a aporrearme el pecho.

—¡Bájame! —espetó—. ¡Maldito seas!

—Se irá —susurré sin querer renunciar a sostenerla.

—Bueno, entro, que no me oyes y la puerta está abierta.

Jane volvió a golpearme y me vi en la obligación de bajarla a regañadientes y tomar una distancia prudencial. Estiré el bajo de la sudadera para que no se notara cuán abultada estaba mi bragueta mientras me cagaba en todo lo cagable.

En un santiamén, Calamity abrió la puerta del armario, sacó un arma y la vi encañonando un maldito rifle que apuntaba directo a Beth.

—¡Fuera de esta maldita casa, Carmichael! —la rubia dio un grito.

—Pero ¿qué haces?! —se llevó las manos al pecho. Se había cambiado y llevaba un abrigo negro rodeado de pelo.

—Acabas de entrar sin mi permiso en una propiedad privada, así que o te retiras, o te hago un *piercing* en el entrecejo igual que le hicieron a ese pobre cadáver que llevas puesto.

—Eres una maleducada, mi abrigo es sintético. ¡Debería denunciarte por lo del charco! ¡Sé que lo hiciste adrede por puros celos!

—Intentalo. —Bethany apretó los puños, Jane quitó el seguro de la escopeta—. ¡Fuera de mi propiedad!

—Beth, será mejor que te marches —murmuré, colocándome detrás de Jane, aunque en ese momento parecía estar aflorando Calamity, y yo sabía cuán impredecible podía ser.

—¿En serio? ¿La defiendes? —preguntó con voz de espanto—, ¿después de lo que me dijiste sobre cuánto odiabas su forma de tratarte y su poca hospitalidad?

—Yo no dije eso —la regañé.

—¿Seguro que no? —cuestionó sibilina.

A ver, técnicamente, no lo dije. Cuando Beth me preguntó si estaba viviendo en mi casa, le conté que tuve que mudarme a la de los Wallace por problemas técnicos y la tenía en obras. Bethany quiso saber si Jane me había puesto las cosas fáciles, porque cuando ella estaba casada con su hermano, no era la mujer más hospitalaria del mundo.

Me limité a responder que ya la conocía, que Jane era bastante temperamental y no solía poner las cosas fáciles porque le costaba dar su confianza y, al principio, era un tanto hosca, pero solo hacía falta conocerla un poco para darse cuenta de que era todo fachada y puro corazón.

—Estás sacando las cosas de contexto.

La espalda de Jane se puso más rígida si cabía.

—¡Fuera! ¡Los dos! —rugió—. Que esta noche me siento generosa y en lugar de un agujero os

lleváis un dos por uno.

Al ver que no hacíamos caso a la primera, la muy chalada amartilló el arma, desvió el cañón un pelín y disparó. La bala rozó el peinado a Beth y le desprendió un mechón de pelo, para terminar incrustada en el tronco de uno de los árboles del exterior.

El alarido que emitió su excuñada retumbó por toda la calle. Beth se desvaneció por el susto, y si no hubiera sido por mis reflejos, su cabeza habría dado contra el suelo.

Miré a Jane descolocado, Eros se puso a ladrar y ella no se movió un ápice.

—¡Largo! Si quieres hospitalidad, ¡vete a casa de la alcaldesa porque te garantizo que aquí ya no la vas a encontrar!

—Por todos los diablos, ¿quieres hacer el favor de escucharme?!

—Demasiado te he escuchado ya, Carter. No hagas que lo repita si no quieres terminar con un tiro en esa rodilla hecha mierda. —El arma descendió apuntando a mi articulación izquierda.

Sabía que lo había dicho porque estaba cabreada, aun así, su falta de tacto me enfadó, era imposible hacerla entrar en razón, por lo que levanté a Beth entre los brazos y me la llevé al exterior.

—¡Vámonos, Eros! Mejor solos que mal acompañados.

Un portazo tronó a mis espaldas mientras me alejaba calle abajo.

Capítulo 33



JANE

—¿Cuánto ha bebido?

—Todo lo que ha podido menos el agua de los floreros, se los he quitado antes de que alcanzara las magnolias —respondió el camarero de La Guarida, pasando el trapo por la barra.

—Gracias, Miles.

Escuché la voz de Stacey a mis espaldas, justo antes de que fuera a meterle la lengua en la boca a Duck, Puck, Tuck, o cómo demonios se llamara.

En cuanto Cole se largó con Ricitos de oro, tuve la necesidad extrema de cargarme algunos platos de la vajilla con el rifle. No bastó para apaciguar mi mala leche, que estaba que desbordaba.

Me sentía humillada, usada y vejada.

¿¿Quién se creía para hablar mal de mí, a mis espaldas y nada más y nada menos que con Bethany Carmichael?! No solo había hecho eso, porque no habría sido suficiente, también se había encargado de besarme de una manera tan brutal que me había despertado las ganas de acostarme con él.

Si a Aurora la hubiera besado Cole Carter, en lugar del príncipe, a Disney no le habría quedado más remedio que catalogarla para mayores de veintiuno.

Si no hubiera sido por la maldita de mi excuñada, quizá esa noche volvería a estar embarazada. Pensándolo bien, igual tenía que darle hasta las gracias.

Tendría que estar prohibido saber besar como el Suspiracole.

No me sentía orgullosa de lo que había dicho para echarlo, pero es que me sacaba de mis casillas y no ayudaba su insistencia a querer arreglar algo que se rompió hace mucho.

No me iba a quedar de brazos cruzados, no iba a dejar que ese par me hundieran en la miseria. Me terminé yo solita la botella de vino y, tras hacer algunas respiraciones, me dispuse a llamar al traidor de Travis para asegurarme de que Levi estuviera bien.

No estaba segura de cómo Cole lo había convencido para dejarme a solas con él, aunque si sumábamos las palabras Tara, Giants y fin de semana en un hotel de lujo, tampoco es que mi querido hermano fuera muy difícil de convencer.

Me repetí varias veces que no podía sonar como una madre cabreada. Cole tenía razón en algo; si le jodía la ilusión a mi hijo, estaría muerta y enterrada para él. Intenté que mi voz pareciera tan

ilusionada como la suya.

Levi se puso como loco al contarme su experiencia montando por primera vez en avión, en limusina. Me dijo que un chófer sujetaba un cartel con su nombre y que, cuando le abrió la puerta del vehículo, lo esperaban mogollón de cosas de los Giants. Que iba a ser su mejor regalo de cumpleaños y que muchísimas gracias por dejarlo ir.

¿Qué se suponía que tenía que hacer? ¿Sacar a la psicópata que habitaba en mí y destrozarle su sueño?

La realidad se encargó de darme un bofetón cuando mi conciencia me susurró que todo eso le correspondía, que esa habría sido su vida como hijo de Cole Carter.

Me sentí una fracasada y una mala madre, ¿qué le iba a dar yo de regalo de cumple? ¿Un puto arco y unas flechas que le iban a traer sin cuidado? Si ni siquiera le gustaba disparar.

Quería olvidarlo todo, mi ineptitud con mi hijo, mi decepción como mujer, mi incapacidad para ser una persona valiosa para los demás.

¿A quién pretendía engañar? Era la *sheriff* huraña y con malas pulgas de Saint Valentine Falls, la mujer a evitar, la que odiaba el amor.

Me tragué las lágrimas que no dejaban de brotar de mis ojos, el dolor, la desazón que me provocaba el no sentirme suficiente, ni siquiera para mí misma. Al final, mi profesora tenía razón y siempre sería aquella cría de seis años que buscaba un hueco en la cabaña del árbol, en el corazón de su vecino y en la mitad de sus hermanos.

Subí a mi habitación, odiando el menosprecio que me tenía. No podía seguir así, ¡no podía!

Me puse los vaqueros más ajustados que encontré, anudé mi camisa roja bajo el pecho, me alboroté el pelo y me calcé las botas y el sombrero.

Calamity Jane 3.0 salía de caza.

Cuando entré en La Guarida, fui directa a la zona de juegos, me pedí una jarra de cerveza e hice una primera inspección ocular. Había un grupo de vaqueros que no eran de por aquí, por lo menos, yo no los había visto nunca y era muy buena para las caras. Uno no estaba mal, pelo castaño, barba de dos días, pinta de cuidarse y no dejaba de mirarme, así que me propuse demostrarme que mi necesidad no era fruto de Cole Carter, sino de que iba en reserva en mi depósito sexual.

Me acerqué a ellos y les pregunté si podía jugar. Aceptaron de inmediato, se presentaron y mi objetivo se ofreció a enseñarme algunos trucos que le permitieron pegarse a mi trasero en más de una ocasión. Intenté hacerme la sueca, quería follar, no pegarles una paliza al billar, lo cual podría hacerlo porque eran bastante mediocres.

A la segunda jarra, comenzaron las risas y las bromas obscenas sobre palos, bolas y agujeros. Los tíos eran tan previsibles.

Tampoco es que aspirara a tirarme al premio nobel de la paz, me bastaba con que conociera la existencia del clítoris y lo supiera tocar.

La música sonaba, las jarras caían y las partidas de billar se multiplicaron.

Tuck-Duck-Puck empezó a ponerse intensito, me sacó a bailar, besó mi cuello y decidí que no se le daba mal. Bajó las manos hasta mi culo y buscó mi boca, le frené en seco, porque no estaba

lo suficientemente borracha, así que fui a por más.

Seguimos con el roneo y la ingesta de alcohol. Cuando Stace entró en el bar, estaba un poquitín arrinconada. Mi vaquero estaba soltándome bravuconadas en la oreja sobre lo que me esperaba esa noche. Necesitaba meter lengua para saber si se le iba a dar bien todo lo demás.

Tenía una teoría, los tíos que no sabían besar, tampoco sabían cómo tocar. Lo cogí de la barbilla y, antes de poder meter ficha, una voz me detuvo.

—Ey, Jane, fin de la fiesta. —Era Stacey quien golpeaba mi espalda con tono de advertencia.

Me di la vuelta.

—¡Staceee! —alargué la última sílaba pastosa, abriendo los brazos—. Ven, deja que te presente a... —Algo tiró de mi cinturón y vi encajado el culo en la bragueta de mi nuevo amigo.

—Mack —dijo él, apretándome contra su erección.

—Eso, ¡Mack! Porque si fuera Duck sería un pato, cuac, cuac, cuac. —Él rio besándome el cuello y el estómago se me contrajo.

—Anda, despídete, que nos vamos. —Stacey estaba demasiado seria.

—¡Nooo! No seas aguafiestas —hice un puchero—. Voy a hacerte caso y esta noche voy a follar.

—Eso es, nena —dijo él, subiendo una mano casi hasta mi teta.

—¡Ni se te ocurra tocarla! —la voz era un gruñido. Focalicé la vista y entonces me di cuenta de que mi peor pesadilla estaba allí, pero sin su otra mitad.

—¡Lárgate con Ricitos de oro, Carter!

—No pienso irme de aquí sin ti.

—Eres duro de entendederas, ¿eh? ¿Qué pasa?, ¿que solo atiendes si llevo pistola? ¡Que alguien me deje su revólver que tengo que entregar un mensaje!

—Nadie te va a dejar un arma, estás como una cuba —refunfuñó Stace.

—¿Y eso qué más da? —le pregunté a mi amiga, que no dejaba de desdoblarse—. ¡Todo el pueblo tiene que obedecerme! Y tú deja de moverte y estate quieta de una vez, que no me centro.

—Está claro que no te centras si dejas que te manosee cualquiera. —Ese era Cole. Menudo como para darme clases de moral.

—¡Eh! ¡Deja a la señorita en paz! —protestó Mack. Sonreí.

—Eso es, mi salvador. ¿Has visto? Se-ño-ri-ta, eso es lo que ve este hombre cuando me mira, no el chico fácil de los Wallace.

—Tú nunca has sido eso para mí.

—Ya —reí—, seguro. ¡Tú eres tan de fiar, de los que nunca hablan mal a tus espaldas, ni urden planes para follarte y volver a dejarte!

—Te estás equivocando mucho conmigo, Jane.

—Por supuesto, porque tú eres el gran Cole Carter, el *quarterback* de los Giants, la superestrella a la que todos debemos besar los pies y chupar la polla. ¿No? Pues lo siento, pero para mí no eres el Suspiracole, sino el Supermierda que me folló, se largó y no volvió. —Se hizo el silencio en el bar, eso ya no lo paraba nadie por mucho que Stace lo intentara callar en su

programa. El teléfono del directo no iba a dejar de sonar. De perdidos al río—. Tú, Pato, suelta, deja que te demuestre lo que te espera esta noche.

Me desasí de Mack, puse un pie en el taburete, quise subirme a la barra para hacerle un bailecito sexy con la música que estaba sonando, pero no calculé, al darme impulso con el segundo pie, me encontré con el soporte de las copas que estaba sujeto al techo, me di una hostia tremenda en la frente que me hizo salir propulsada hacia atrás.

Vi mi vida pasar en dos segundos, y si no era mi vida, tuvo que ser la de la protagonista de la película del fin de semana anterior, no estaba segura.

Unos brazos me agarraron, pero no debieron ser los correctos porque el bar tembló ante el rugido de «Te advertí que no la tocaras».

Puñetazo, crujido, sonido de dolor, sillas volando y todo dando vueltas. Intenté focalizar. Vi a Cole atacando a mi ligue, y le salté encima de la espalda rollo koala de Madagascar. ¿En Madagascar había koalas? Bueno, da igual.

Intenté morderle el cuello, para liberar a Pato, pero estaba demasiado bueno. Tuve un *déjà vu*, y en lugar de hundir los dientes, lo chupé.

Cole se quejó, no estaba segura de si era por mi culpa o porque le habían atizado fruto de mi chupetón. Mi estómago se revolvió, levanté la cabeza y vi a pato con cara de puñetazo. Tenía un diente saltado y un ojo medio cerrado, me dio mucho asco.

«No potes, no potes, no...».

Mi estómago no aguantó.

Capítulo 34



JANE

Di un parpadeo, dos y al tercero pensé que mi cráneo se iba a partir del dolor.

—Auuu —murmuré, llevando la mano a mis ojos para intentar que el sol no me hiciera ceniza.

Seguro que la noche anterior tuvo que mordirme un vampiro. Me toqué el cuello para comprobarlo, pero no encontré las marcas.

Me levanté como pude, porque mi cuerpo, en lugar de pedir salsa, como diría Gloria Stefan, pedía cama, mucha cama.

Arrastré los pies hasta el baño y vacié la vejiga.

¿Cuánto tiempo puede durar una persona haciendo pis? Estaba batiendo todos los récords, quizá debería haber llamado al tío del Guinness y no me refiero al de la cerveza, que de esa, esa noche, tuve suficiente. Esa mañana no era 80 % agua, sino cebada.

Tenía un martilleo sordo instalado en mis sienes y un dolor palpitante en la frente. Pasé los dedos por encima de la piel y contraí un gesto de dolor. Vale, puede que en lugar de atacarme un vampiro me hubiera corneado un unicornio.

Mis recuerdos de la noche anterior estaban muy difusos.

Recordaba haber ido a La Guarida con ganas de beberme el mundo y follarme a algún insensato que me considerara un buen plan, o fue un polvo de mierda, o no llegamos ni a los preliminares, porque no lo recordaba.

¡Menuda calamidad estaba hecha!

Conseguí levantarme de la taza e ir hasta el lavabo, hundí los dedos en agua helada y un escalofrío me sacudió de cabeza a pies, me mojé la cara, la nuca y cuando eché el aliento sobre mi palma, por poco caí de espaldas.

Lavado de dientes de emergencia.

Removí en el cajón, tenía una pasta de dientes de menta extrafuerte para casos como ese y un buen colutorio.

Cuando alcé la cabeza buscando mi reflejo, prueba definitiva e irrefutable de que lo que me había pasado por encima era un animal mitológico y no un detractor del ajo, me topé con un *post-it* bastante extraño.

¿Qué demonios era eso?

Abrí los ojos desmesuradamente al escuchar ruido procedente de la cocina.

¡Mierda! ¡¿No jodas que me traje al vaquero del billar a meterme el taco en casa?!



Salí al pasillo de puntillas, fue entonces cuando me di cuenta de que alguien tuvo que ponerme el pijama, porque hacía siglos que no me ponía el de raso verde que me regaló Dina.

¡Dios!

Me cambié de ropa, necesitaba una ducha, pero tendría que esperar. Antes tocaba aclarar la situación y largar al tío que me estaba preparando el desayuno, porque el aroma a tortitas y beicon frito me había golpeado la nariz.

Sudadera desgastada, mallas afelpadas y zapatillas deportivas, nada que le indicara a mi amante bandido que quería repetir.

Me fijé en que en la puerta había otra nota adhesiva que leí horrorizada. Y no porque el tipo no fuera Pablo Picasso.



¡¿Dónde estaba el condón?!

Me puse a buscar como una loca en todas partes.

No usaba pastilla anticonceptiva porque, para el poco sexo que tenía, con una gomita cada año bisiesto me apañaba, pero esa nota...

¡¿Qué narices había hecho?!

Sentí náuseas, la arranqué, fui al baño a por la otra y bajé muy decidida a sacar al tío que estaba friendo huevos por la oreja.

Al llegar al último peldaño, vi que en la pared de enfrente tenía otra nota.

Seguro que era un comercial de productos de papelería o un escritor frustrado.

Como hubiera dibujado un maldito anillo de matrimonio, se comía todos los *post-it*.

¡Ay Dios! ¡¡Ay Dios!! ¡¡¡Ai Dios!!! ¡Que se lo había pedido yo!

Iba a darme un parraque cuando caminé por el pasillo de la vergüenza que llevaba a la cocina.



Nunca agachaba la cabeza, salvo ese día, que era incapaz de levantar la mirada del suelo pensando en lo que me iba a encontrar.

Así debía sentirse un condenado a muerte cuando lo llevaban al patíbulo.

«¡Que no esté desnudo, con botas, sombrero y con mi delantal puesto!». La imagen me retorció las tripas.

La tabla que tenía un poco suelta hizo un crujido y mi cocinero improvisado proclamó un: «¡Ya era hora! Buenos días», aunque no era la voz que esperaba.

Levanté la barbilla de forma tan abrupta y aliviada que la cabeza me pasó factura.

—¡Auch! —proclamé con los ojos puestos en la figura de Stace. Del vaquero, ni rastro—. ¿Estás sola?

—**¿Esperabas que viniera con todo el pueblo a rendirte homenaje? ¿O es que sigues viéndome triple con la cogerza? —cuestionó, sacando los huevos de la sartén para ponerlos en un plato.**

El olor a comida me dio náuseas.

—No creo que pueda con eso, te agradezco el esfuerzo, pero me encuentro muy mal y creo que anoche hice algo horrible —musité, pensando en las notas y la falta de condón.

—¿Horrible? Esa palabra se queda muy corta y deberías sentirte peor que mal. ¡Menuda vergüenza! Y pasa que yo lo diga... Si no hubiera sido por Dax, habrías sido la primera *sheriff* de Saint Valentine Falls condenada a pasar la noche en el calabozo, por suerte, Miles no quiso interponer ninguna denuncia contra ti, y todo porque Cole se ofreció a pagar todos los destrozos.

Hice un ruidito lastimero.

—No recuerdo esa parte, pero me refería a que creo que he follado sin condón. ¿Has visto al vaquero de anoche salir de esta casa?

—Anoche no follaste, eso te lo digo yo, y el único vaquero que trajiste está en la lavadora, depurando los restos de pota que echaste, no me pareció que quisieras integrarlo al montante del armario —arrugué el ceño—. ¿En serio que no recuerdas la que liaste?

—Mi noche está muy difusa —respondí, ocupando un taburete.

Stacey deslizó un vaso con una rama de apio sobre la encimera junto con un paracetamol.

—Toma, a ver si esto te la aclara.

—¿Es la poción antirresaca de Dax?

—¿Tú que crees? —Me metí la pastilla en la boca, agarré el vaso y tragué.

—Gracias, gracias... —murmuré lastimera.

—Desde luego que tienes un puto Cupido de la guarda.

—Ese ángel del amor puede meterse sus flechas por donde le quepan.

—Di lo que quieras, pero cuando veas a Cole, ya le puedes hacer un monumento y deshacerte en disculpas.

—¿Yo?! ¿Has perdido la cordura? ¡No tienes ni idea de lo que me hizo ayer, ni idea! Si lo tengo que deshacer, será en un barreño de ácido sulfúrico.

—La que no tienes ni idea eres tú —dijo, agitando la espumadera que llevaba en la mano—, pero yo te lo voy a decir porque mereces arrepentirte y mucho.

Dejé caer la cabeza sobre mis brazos cruzados.

—Quiere volver con Bethany Carmichael y se la llevó de mi casa rollo *El Guardaespaldas*.

—¡Tuvo que cargarla en brazos porque le disparaste, pedazo de loca del demonio, y ella se desmayó del susto! ¡Podrías haberla matado y su espíritu te perseguiría para toda la eternidad, ¿es eso lo que buscas?! —Bufé—. Por no decir que echaste a Cole de tu casa cuando sabes que no tiene sitio donde ir.

—Eso fue culpa suya, desoyó mi advertencia, y respecto a lo del disparo, fue un tirito de nada, ya sabes que yo no fallo. Cole habló mal de mí a mis espaldas, me criticó con esa zorra despiadada.

—Cole no te criticó, no le dejaste que se explicara, lo cual es muy típico de ti.

—¡Yo no...! —me callé al verla con las cejas alzadas y apreté los labios.

—Vas a escucharme, porque sabes que tienes que hacerlo, porque, para saber la verdad y no la que tu mente perturbada te quiere contar, tendrás que ver las cosas desde el otro lado. Así que bebe y calla.

Mientras yo tragaba la receta milagrosa de Dax, mi alma fue cayendo progresivamente en desgracia, como la de Ariel cuando se la entregó a la bruja del mar y Úrsula le cantaba eso de «Pobre alma en desgracia...», el soniquete se instaló en mi mente a la par que mi mejor amiga me revelaba la otra cara de la moneda.

Desde el principio. Desde que Cole se quedó en la cafetería de Patty Sheldon para decirle a Bethany que le parecía fatal lo que había hecho con Travis y que le debía una disculpa.

Que esa Barbie Maldita había tergiversado la conversación para herirme, porque lo que Cole dijo fue que aunque era bastante temperamental y no solía poner las cosas fáciles al principio, solo hacía falta conocerme un poco mejor para darse cuenta de que era todo fachada y puro corazón.

Me sentí como el culo, aunque la cosa no mejoró a medida que el monólogo de Stace avanzó, era imposible que lo hiciera.

Cole, tras mi ataque fortuito de celos, llevó a Carmichael a la casa de su madre y se aseguró de que no decidiera interponer una denuncia contra mí o que la alcaldesa pretendiera destituirme por chalada. De camino a ninguna parte, se encontró a mi ayudante y le preguntó si sabía de algún lugar para pasar la noche porque no quería que Eros pasara frío. Ni siquiera se había preocupado por él, sino por el bienestar del animal, cosa que yo no hice.

¡Menuda imbécil estaba hecha!

Él le ofreció que fuera a su casa y se quedara con el perro en una de las habitaciones, estaban tomando algo cuando Miles llamó preocupado a Stacey por mi conducta poco adecuada y mi

forma descontrolada de beber.

Los tres vinieron a La Guarida a buscarme, cuando Miles le comentó que podía haber problemas por el tipo de gente con la que estaba.

Y al parecer se armó la gorda. El local tuvo algunos destrozos y Cole se ofreció a pagar la factura por mi mala cabeza, me trajo a casa y se ocupó de mí.

—E-entonces, ¿Cole durmió aquí?

—Yo se lo pedí, porque no me fiaba de cómo pudieras estar o si te ahogaría en tu propio vómito. —Hice un ruidito de consternación y volví a apoyar la frente en mis brazos.

—Soy una gilipollas.

—Eso mejor se lo dices a él. ¡Buenos días, Cole!

—Buenos días, Stace —murmuró la voz masculina precedida de una ráfaga de aire.

—Te he preparado el desayuno, si Calamity te da problemas, llama a comisaría, Dax está hoy ejerciendo de *sheriff* en funciones por baja resaca y estará encantado de encerrar a esta pequeña Calamidad y encadenarla a los barrotes si vuelve a portarse mal.

Eros se acercó a mi taburete para poner las patas sobre mi muslo haciéndome carantoñas, como si no hubiera pasado nada y no hubiera sido la peor anfitriona del mundo.

Mi mejor amiga pasó por mi lado, me dio un beso en la cabeza y susurró en mi oreja: «Tengo fe en ti, haz bien las cosas por una vez».

Capítulo 35



COLE

Anoche estaba cabreado, muy muy cabreado.

No solo porque mi plan del fin de semana con Jane estaba siendo un fiasco, sino porque encima me acusaba de ser un capullo integral, no me había dejado explicarle lo que de verdad pasó, creyó a Bethany antes que a mí y, para rematar, me echó de su casa sin contemplaciones.

Por si fuera poco, había decidido que, para redondear el día, lo mejor era sacar a relucir a Calamity Jane en La Guarida. Se emborrachó y se lio con un gilipollas que me había sacado de mis casillas.

Cuando pude controlar la situación, Jane estaba prácticamente inconsciente, Dax nos acercó a casa y Stacey dijo que ya me traería a Eros por la mañana, que le hiciera el favor de custodiar a nuestra Calamidad y me asegurara de que durmiera la mona sin liarla más.

Cuando atravesé el umbral de la puerta, con Jane en brazos, ella se puso a balbucear cosas, no podía acostarla con toda la ropa manchada y el pestazo a vómito, así que no me quedó más remedio que meterla conmigo en el baño. Los dos teníamos restos de aquella barrera ácida con tropezones que arrojó contra los ojos del tío al que premié con una catadita de puños y pagó mi frustración.

Hay días que es mejor no levantarse ni meterse con la persona incorrecta.

Hice de tripas corazón, nos desnudé a ambos y nos metí en la ducha, no había otra manera de hacerlo.

Apreté los dientes al fijarme en las mutaciones que había sufrido su cuerpo desde la última vez que la vi, si hubiera podido, nos habría enjabonado sin mirar, pero era demasiado peligroso y no quería morir de un mal golpe. Me maldije varias veces, incluso borracha, Jane me ponía a mil.

—Mmm, Dios, Carter, estás muy bueno. ¿Tú te has visto?

—¿Tú no estabas enfadada conmigo?

—**¿En serio? No lo recuerdo, ahora solo sé que podría estar follándote toda la eternidad —rio, hundiendo los dedos en mi pelo y pegando su cuerpo al mío. Los ojos se le abrían y se le cerraban.**

«Dios, ¡dame fuerzas!».

—Pues tienes una bonita manera de demostrarlo. Anda, date la vuelta para que pueda hacerlo por detrás, apoya las manos en la pared.

—Mmm, por detrás nunca lo he hecho, házmelo suave —se rio. Hice rodar los ojos y terminé de enjabonarle el pelo y ese trasero que tuvo que ser obra del diablo—. Oye, creo que te has olvidado de meterla, ¿o se te ha encogido con el agua? No la siento...

«¡No me jodas!». La tenía como un maldito martillo pilón, listo para reventar el asfalto más duro, salvo que en ese estado no la podía tocar.

¿Podría habérmela tirado pese al mosqueo? Seguro, para algunas cosas era terriblemente básico y le tenía demasiadas ganas, no obstante, después habría tocado hablar. Sin embargo, en su estado, no pensaba hacerlo.

Nos enjuagué, la envolví en una toalla y la llevé a su habitación. Ponerle el pijama fue otra odisea teniendo en cuenta que Jane no paraba de repetir que no le gustaba lo suficiente, que por eso quería taparla.

—Nunca te he gustado lo suficiente, aquella noche fue por caridad.

—¿Caridad? No tienes ni idea, ni puta idea de lo que aquella noche sentí o viví, ni lo que supuso para mí.

Estaba tan ebria que ni la ducha la había despejado, dudaba que recordara algo a la mañana siguiente.

—¿Por qué no me quieres, Cole? Siempre te he querido, y tú... —Abrí los ojos incrédulo—. No volviste a por mí, me dejaste, la carta... —se puso a gimotear—, no me hagas daño, no te lo lledes.

Estaba soltando incoherencias, de pronto, se le escapó un ronquido y se dio media vuelta. Sentado en la cama, le acaricié el pelo.

—¿Qué voy a hacer contigo?

Iba a levantarme y me di un golpe con algo metálico, fui a cogerlo porque pensé que se trataba de algo que se le habría caído a Jane, pero al agarrar una asa, tirar y alzarlo, la caja se abrió y cayeron al suelo un total de diez cartas.

Las miré extrañado, sin entender qué eran aquellos sobres blancos repletos de corazones. No le pegaban nada, hasta que leí mi nombre en cada uno de ellos, con distintas tipografías, se notaba que la letra había ido cambiando y que algunos eran bastante viejos porque el papel había adquirido un tono amarillento.

«¿Qué demonios...? ¿Por qué están todas estas cartas aquí y en todas aparezco como destinatario? Bueno, si son para mí, tendré que leerlas, ¿no?».

Bajé la caja conmigo, cogí una cerveza y me senté frente a la chimenea. Fuera de cada sobre ponía San Valentín y el año, así que empecé con la primera.

Confieso que no pude dejar de sonreír, porque se trataba de la primera carta de Jane, con seis años, diciendo lo mucho que le gustaban mis ojos, mi aliento, que quería tener hijos conmigo, que me entregaba su corazón y que esperaba que yo quisiera darle el mío.

Después de esa carta, la cosa no hizo más que mejorar, se veía cómo los sentimientos de Jane habían crecido con el paso del tiempo, junto a los míos, en silencio, buscando que yo diera una señal o un paso que ella era incapaz de dar, porque lo único que sentía Jane que había recibido era el rechazo de los demás.

Llegué a la última con el corazón en un puño, era del año en que me marché.

Querido Cole Carter



Creo que esta es la última carta de San Valentín que voy a escribirte y que no te voy a dar.

Todos dicen que NYU te quiere y que vas a aceptar, tienes que aceptar, aunque en el fondo yo me esté muriendo de dolor porque eso significará no verte más y que la posibilidad de que te fjes en mí se evapore para siempre. 😞😞

Intento pasar todo el tiempo posible con vosotros sin que se note, porque no quiero perderme ninguna de tus 😊, esa forma que tienes de tocarme el pelo o ver cómo te brillan los ojos cuando hablas de tu futuro en los Giants, ojalá algún día te brillaran del mismo modo por mí, yo me convirtiera en tu ilusión. Tú eres la mía. ❤️

Cuando pienso en mi futuro, solo te veo a ti, así de patética soy, ilusionada por alguien que jamás me consideró una posibilidad.

No es un reproche, entiendo que te fjes en chicas como Beth y no en un chico como yo, que soy una calamidad con piernas.

Soy la antítesis de lo que podría gustarle a cualquier chico. He intentado cambiar por ti para dejar de ser invisible ante tus ojos. 😊

Tuve la esperanza de que Cupido obrara su magia cuando caímos a la fuente, pero me equivoqué, no hay flecha o leyenda que pueda unirme a ti. ➡️❤️➡️

Me encantaría tener, aunque fuera un día contigo, que el estúpido Cupido me concediera el deseo que pido cada año en mi cumpleaños. Quiero que mi primer beso sea tuyo, de hecho, no quiero besar a otro que no seas tú, ni querer a otro que no seas tú, ni salir a la ventana y que no estés.

Siempre, siempre te querré, aunque tú no lo hagas.

Únicamente tuya,



Calamity Jane

PD: Sé feliz

14 de febrero de 2009

La apreté contra mi pecho.

«Joder, Jane, qué estúpido y qué ciego estuve».

Me pasé un buen rato releyéndolas, empapándome en esos sentimientos que habían estado en la casa de enfrente sin que me diera cuenta, o quizá no quise dármele.

Puede que, al fin y al cabo, Tara tuviera razón y que mi carta no fuera suficiente para todo el tiempo que ella llevaba queriéndome en secreto. Puede que mis palabras no le llegaran del mismo modo en que me acababan de alcanzar a mí las suyas y su frustración fuera la que me respondió que no volviera nunca.

Mi enfado se había reducido en cantidades industriales y decidí devolverle algunas respuestas en forma de nota. Busqué un bloc de *post-it* y las distribuí por toda la casa. No devolví la caja de las cartas a su lugar, me pasé toda la noche leyéndolas una y otra vez.

¿Y si no había vuelto a Saint Valentine Falls por mí? ¿Y si Cupido sí había ejercido su magia y vine a por la chica que siempre me hizo feliz?

Me dolió leer que se quería tan poco, que se daba tan poco valor cuando a mí me encantaba todo lo que representaba.

No supe hacerlo bien, tal vez pudiera hacerlo mejor en adelante, porque mis ojos nunca brillaron solo por los Giants.

Capítulo 36



JANE

Hice varias respiraciones mientras escuchaba sus pasos acercándose. Eros estaba husmeando por si le caía algo rico para comer. Si ya me sentía mal, en ese momento, mi nivel estaba en peor imposible.

Me llevé la rama de apio a los labios y di un bocado. Fue algo breve, mientras rumiaba como ofrecerle al hombre que tenía a mis espaldas una disculpa a la altura.

Hice girar el taburete y me enfrenté a Cole, mirándolo a los ojos, no era una cobarde, y cuando la cagaba a lo bestia, me costaba un poco admitirlo, porque era un poco dura de mollera, pero terminaba cediendo y admitiendo mi error.

—Del uno al diez, ¿cuál es tu nivel de mosqueo? Me-me refiero a-a ya sé que la cagué mucho ayer, y que no merecías que te echara, ni que no dejara que me dieras una explicación y, conociendo a Bethany, saqué una matrícula de honor en imbecilidad extrema al creerla a ella antes que a ti, pero es que la situación me superó —me excusé—. Llevaba un día de mierda desde la mañana, y después vino la cena, saber que Trav se había llevado a mi hijo sin decirme nada, el beso, yo queriendo cosas que no debería... —Ya estaba en mitad de la cocina y acercándose—. Cuando la escuché entrando en casa, sabiendo el daño que le hizo a mi hermano y viniendo a buscarte, cortocircuité... —Suspiré—. Perdóname, Cole, de corazón, ahora mismo entenderé si tú no quieres hablarme en la vida y, no sé, puedes insultarme, que no me quejaré, además, pagaré todos los desperfectos de La Guarida, y bueno, no sé qué más decir para no parecer todavía más idiota de lo que fui ayer.

—¿Has terminado? ¿Piensas que has tenido suficiente con lo que has dicho? —preguntó demasiado cerca.

—No, supongo que no. Pero te prometo que estas semanas que faltan para que te vayas no pienso complicarte la vida o incomodarte más.

—Es un alivio saberlo, porque anoche, en la ducha, cuando me decías lo bueno que estaba y lo mucho que querías que te follara, no pudiste incomodarme más.

Casi me caí de culo, y eso que tenía el asiento del taburete debajo.

—No, no, no, no —negué nerviosa ante la posibilidad—. Dime que eso no pasó y que me estás tomando el pelo porque es tu forma de vengarte. —Él movió la cabeza negativamente. Vino a mi

mente el pijama de raso, de inmediato supe que Stace nunca lo habría elegido para mí. Me olí los sobacos y olía a limpio—. Ay, yo... No sé qué decir, ¡lo-lo siento!

—Eso ya lo has dicho.

—Ya, bueno, disculpa si la resaca no me deja ser muy creativa.

Noté mis mejillas enrojecer al pensar en él y yo en la ducha, muy desnudos, enjabonados y yo diciéndole cosas muy inapropiadas mientras sus manos... Tragué con fuerza.

—¿Te gustaron mis notas? —preguntó, poniendo sus manos en la encimera, rodeándome y sin posibilidad de escape.

Pensé en ellas, las había puesto en el bolsillo de la sudadera.

—¿E-eran tuyas? —Asintió.

—Exacto, son mis respuestas a tu carta de San Valentín de 1999, bueno, más bien las del Cole de ocho años si la hubiera leído.

Me las sabía de memoria, porque las había leído miles de veces a lo largo de esos años, lo que no entendía era cómo las cartas habían terminado en las manos de Cole, pero mis neuronas emparejaron las respuestas a las supuestas preguntas y comencé a temblar como una hoja.

Cole cogió el vaso de mis manos y lo dejó en la encimera mientras me miraba con un brillo en sus ojos más que especial.

—Ahórrate el decirme que no tendría que haberlas leído porque en todos esos sobres ponía que eran para Cole Carter, así que no hice nada ilegal, señorita *sheriff*. Y por si mis respuestas dan a equívoco o a que las interpretes de un modo distinto, escúchame bien.

»Siempre he adorado tus ojos verdes porque tienen el color del bosque que tanto aprecias, y en el que siempre me gustó verte corretear lanzando tus flechas. El día en que te cortaste el pelo, no solo pensé que estabas preciosa, sino que nadie podría detenerte nunca y sentí profunda admiración por tu coraje y la forma en que te ganaste tu sitio en la cabaña. Quizá en aquel momento no pasara por mi cabeza la intencionalidad de casarme contigo, pero sí que me marcaste lo suficiente como para que no quisiera hacerlo con ninguna otra más.

Mi pulso estaba alcanzando cotas tan altas que, si lo hubieran puesto al lado de un Ferrari, habría ganado la carrera.

—Lo de solo tener niñas, si salen como tú —aclaró—, tengo que decir que necesitaremos refuerzos. —¿Por qué no lo había dicho en condicional, sino en futuro, como si fuera posible? Tenía la boca como un zapato—. Y respecto a tu corazón... Sí, quiero darte el mío si es que no llego demasiado tarde. Antes de que digas nada al respecto, también tengo unas palabras para la Calamity de 2009. ¿Puedo? —Asentí.

»Siempre te vi, pese al fútbol, pese a mi promesa con tu hermano de no fijarme en ti. Jamás fuiste invisible a mis ojos porque era imposible que cuando aparecías toda mi atención no se centrara en ti. Yo también te veía en mi futuro, Jane, y te equivocas, los ojos me brillaban cuando hablaba de los Giants, porque lo hacía contigo. —«Ahora estoy sufriendo un infarto. ¡Que alguien llame a una ambulancia, por Dios!»—. Cupido no pudo hacer nada por nosotros porque, cuando caímos a esa fuente, yo ya estaba loco por ti, aunque no dijera nada, aunque lo acallara entre silencios. Y yo tampoco quiero besar a otra, ni querer a otra y tampoco mirar a mi

alrededor y que no estás. —Noté algo caliente deslizándose por mis mejillas y supe que eran lágrimas cuando Cole atrapó una con el pulgar—. Yo también te he querido a pesar de lo que pasó, de lo mal que salieron las cosas, y nunca te he podido olvidar.

»Quiero disculparme por no haberte dicho, la noche que estuvimos juntos en la casita del árbol, que si quería pasarla contigo era porque estaba enamorado de ti, y me sentía incapaz de no llevarme a Nueva York un recuerdo lo bastante sólido que me ayudara a pasar todo aquel tiempo sin ti. Lamento muchísimo haberte hecho creer que no me importabas cuando, para mí, siempre has sido única e irremplazable. Espero que no sea demasiado tarde y que me des la oportunidad de que podamos vivirnos.

Esa vez fui yo la que no lo dejé continuar porque no podía seguir escuchándolo.

Me arrojé a su boca para acallar aquellas palabras que me dolían, me llenaban, me arrasaban y quemaban por dentro.

Olvidé mi malestar, mis miedos, el dolor de cabeza, la resaca y todo lo que no fuera Cole Carter, porque cuando estaba con él, no había espacio para nada más.

Él respondió a mi beso ávido, sin tapujos, con las emociones entrelazando nuestros cuerpos, nuestras mentes y nuestros corazones.

No podía ni quería detenerme, acababa de decirme todo lo que siempre quise escuchar, Cole Carter era el amor de mi vida y me correspondía, antes, ahora y siempre, ¡menuda estúpida fui!

—Llévame a la habitación —murmuré, apartándome unos segundos de su boca.

—¿Te encuentras bien como para...?

—El brebaje de Dax es milagroso y tú también lo eres, además, los borrachos nunca mienten, te quiero follar, Carter.

Él sonrió, me alzó en su cintura.

—Siempre me ha gustado lo directa que eres.

Me cargó para subir conmigo escaleras arriba.

—Eros, ¡puedes comerte el desayuno! —proclamó, después me miró y utilizó un tono más ronco y profundo para su alegato final—, que yo ya tengo lo único que quiero comer en las próximas horas. —Y sus labios regresaron a los míos.

Capítulo 37



COLE

Aunque le tenía muchísimas ganas, no quería que nuestra segunda vez, después de tanto tiempo, fuera menos que perfecta, y con ello me refiero a que Jane no se encontrara del todo bien, así que cuando subimos a la segunda planta, le pedí un poco de paciencia.

Ella frunció el ceño y puso morritos, a impaciente no le ganaba nadie, pero le prometí que le gustaría.

Llené la bañera hasta los topes, puse aceites esenciales, espuma de baño, velas aromáticas y fui a por ella.

Nos dimos un baño largo. La desnudé despacio, besando cada porción de piel que dejaba al descubierto, recreándome en el hormigueo que sacudía mis labios cuando me acercaba a sus zonas erógenas, sin incidir directamente en ellas. Sus pequeños suspiros eran gloria para mis oídos. En cuanto no tuvimos una sola prenda encima, la ayudé a entrar, yo me puse detrás, la coloqué entre mis piernas y le pedí que se relajara.

Le lavé el pelo, masajee su cuero cabelludo con mis grandes manos para aliviar la presión que debía sentir. Pasé las yemas por toda su anatomía, recreándome en los sonidos de placer que escapaban de sus labios.

Memoricé la suavidad de sus pechos, me recreé en la rugosidad de los pezones duros, gracias a mi manera de retorcerlos y tirar de ellos. Puse una mano en su tripa para que no se moviera y descendí hasta su sexo, con la mano libre, para encenderlo con caricias lentas y tortuosas. Jane no dejaba de jadear, el agua desbordaba porque, aunque quisiera refrenarla, era incapaz. Se dio la vuelta jadeante, saqueó mi boca y llevó su mano a mi entrepierna, para demostrarme que se encontraba realmente bien y que la poción de Dax había obrado el milagro.

—¿Segura?

—Segurísima —respondió en mi labio inferior y lo succionó, sin dejar de tocarme.

Nos secamos lo justo y necesario para no dejar el suelo chorreando. Jane cruzó al otro lado del pasillo y yo me recreé en el bamboleo de su trasero, estaba la hostia de duro, sin embargo, no quería que fuera algo rápido, además, había una cosa que me torturaba desde que la vi vestida de *sheriff*.

La perseguí, y cuando ella puso un pie en el cuarto, ladeé una sonrisa.

No le di tiempo a entrar más adentro, la acorralé contra la pared y cerré la puerta de un puntapié. Ella me miró con ojos brillantes y labios húmedos.

—Hola, *sheriff*. —Ella alzó las cejas, cuando agarré sus muñecas y las alcé por encima de su cabeza.

—¿Qué haces? —preguntó, mordiéndose el labio.

Agarré uno de sus pechos y succioné el pezón, ella gimió con fuerza. Lo seguí lamiendo y mordisqueando hasta que empezó a retorcerse y fui a por el otro sin soltarla.

—Mmm, Cole... ¡Dios! —jadeó entrecortada—. ¡No puedo más!

—¿Segura, *sheriff*? Porque yo creo que sí, y tengo muchas ganas de ser terriblemente malo y tomarme la justicia por mi mano después de lo que ocurrió ayer.

Solté su pecho y bajé la mano hasta el vértice entre sus piernas, con los ojos puestos en su cara, mientras paseaba las yemas por el pubis y los labios mayores, sin entrar en materia.

Su respiración estaba descontrolada.

—Creía que me habías perdonado —se retorció.

—Puede que sí, o puede que no —respondí, besándola sin tocar aquellos puntos candentes que reclamaban mi atención.

A los segundos, ella giró el rostro alejando sus labios de los míos.

—¿Quieres hacer el favor de tocarme a fondo de una maldita vez?!

—¿O? —la provoqué—. ¿Me pondrás las esposas y me atarás al cabecero de tu cama?

Jane abrió mucho los ojos y me miró entre pícara y cabreada. Esa expresión me ponía como un maldito caballo de batalla.

—¿Eso es lo que buscas?, ¿que te detenga?

—Quizá —murmuré, soltando sus muñecas. Ella hizo una maniobra de inmovilización, retorció mi brazo a la espalda y me leyó mis derechos, lo cual me puso más cachondo de lo que ya estaba.

—Tiene derecho a permanecer excitado. Cualquier cosa que diga podrá terminar en paja. Tiene derecho a ser esposado mientras lo follo. Si no puede aguantar, se le negará el orgasmo. ¿Entiende usted estos derechos, señor Carter?

—Deseando que me ponga las esposas, *sheriff*.

—Tumbese en la cama.

Me lancé de cabeza, estiré los brazos y la vi ir hacia el armario.

—¿Tengo derecho a una petición en lugar de una llamada? —Ella giró un poco el rostro para mirarme, tenía una sonrisa en la boca.

—Adelante.

—¿Se puede poner el sombrero? —Ella sonrió.

—¿Cuántas veces has pensado en esto? En verte atado a mi cama y a mí desnuda con el sombrero.

—Demasiadas, desde que llegué a Saint Valentine y te vi de uniforme, no he dejado de fantasear con ello —confesé sin pudor. Su sonrisa se hizo más amplia.

Extendió el brazo para hacerse con el sombrero, coger las esposas y caminar gloriosamente desnuda hasta la cama. Pasó los grilletes a lo largo de mi cuerpo, incluso encima de mi miembro. El frío metal no implicó que no me excitara. Se subió a horcajadas encima de mi erección, me

agarró las muñecas mientras sus pechos se paseaban por mi cara, raspándose con el vello que anunciaba la necesidad de un afeitado, y me las colocó.

Bajó hasta mi oreja y susurró:

—Me alegra saber eso, porque yo también he pensado en tenerte atado y desnudo a mi merced.

Gruñí, y ella puso las manos sobre mi pecho para balancearse contra mí, restregando mi dureza contra su sexo empapado.

La sensación era muy bestia, verla y no poder tocarla, sentirla y no poder acariciarla, oírla y no poder saborearla.

Abrí y cerré los dedos, tensé la mandíbula mientras sus pechos se movían enloqueciéndome, no tenía claro que hubiera sido una gran idea lo de dejarme atar, en mi sueño no lo pasaba tan mal, estaba muerto de necesidad de hacerle tantas cosas...

—¿Dónde tienes la llave? —pregunté mientras ella seguía con aquel movimiento enloquecedor. Me arrojó una sonrisa de suficiencia.

—¿Tan poco aguante tienes? Esta era tu fantasía...

—Era más fácil mientras dormía, hay demasiadas cosas que quiero hacerte como para estar atado.

—Pues ahora no te va a quedar más remedio que soportarlo. —Puse una mueca de fastidio—. Aunque quizá pueda ayudarte si me dices lo que quieres —musitó, bajando hacia mi rostro para darme un lametón en la mandíbula.

El roce de su pecho contra el mío me estaba haciendo perder la cabeza.

—Quiero comerte, necesito hacerlo para no quedar fatal y correrme ya mismo —dije, desviando los ojos hasta el punto en que nuestros cuerpos se unían. Sus mejillas se encendieron porque su cerebro supo lo que tendría que hacer para cumplir mi petición—. No te lo pienses tanto y hazlo —murmuré autoritario. Ella tragó, pero al final accedió.

—¿Cuánto podrías aguantar esto? —Siguió moviéndose encima sin piedad. Apreté los dientes.

—Un restregón más y ya.

—Me gusta saber que tengo tanto poder sobre ti.

—Anda, déjate de poder y dame lo que te he pedido; su coño en mi boca, *sheriff*.

Ella volvió a relamerse, pero esa vez accedió. Subió hasta la cabecera de la cama para abrir los muslos y dejarse caer contra mi boca.

Mi lengua salió a su encuentro y, aunque no pudiera ver su rostro, podía imaginarlo contrayéndose al escuchar los sonidos de placer que escapaban de su garganta.

Jane se movía contra mi lengua, ávida, sensual, y yo hice acopio de toda mi destreza para incidir en el lugar exacto que la retorció sobre mi cara.

Imaginé mis manos en su culo mientras notaba cómo se inflamaba y se volvía mucho más errática.

Me costó, pero logré entrar en su calidez y saboreé por completo su interior, Jane me agarró la cabeza.

—¡Joder, Cole! —Eso era exactamente lo que estaba pensando yo. Me encantaba degustarla y notar cómo se contraía. Me montó el rostro hasta que no pudo más.

Bajó de mi cara para besarme. Su sabor se fundió en nuestras lenguas enredadas y siguió bajando hasta llevarse mi miembro a su boca.

—Si haces eso en el punto en el que estoy, no auguro un buen final.

—Que no se diga que el capitán de los Giants no tiene aguante —musitó, adentrándose en su boca. Me engulló con la mirada cargada de desafío, llenándose de mí. Me maldije para mis adentros.

—Creo que no lo tengo cuando se trata de ti, mi polla en tu boca y ese maldito sombrero.

Pude sentir su sonrisa, aunque no la realizara para no amputarme el miembro. Me saboreó a conciencia, del mismo modo que yo había hecho, llenándome de necesidad extrema.

—Por favor, Jane... —Succionó mi glande y volvió a pasar la lengua desde la base hasta la punta—. ¿Tienes condones? —La vi pensar.

—Em, sí, alguno me queda en el cajón.

—Vale, pues pónmelo.

Se estiró sobre mi cuerpo y, antes de ir a por él, me besó largo y profundo. Adoraba a esta mujer, ¿cómo había podido estar perdiéndome eso tanto tiempo? Era un absoluto imbécil.

Alargó el brazo, cogió la goma y me la puso, agarró mi polla, se colocó sobre ella y se dejó caer despacio, amoldándose a mi tamaño. Cuando estuvo encajada, los dos nos miramos. Ella se mordió el labio con descaro y tragué con fuerza.

Comenzó a moverse, como haría al montar un caballo al que no estaba acostumbrada, adecuándose a mí, a tenerme dentro, mientras yo me perdía en la visión de su cuerpo, en la lujuria y el anhelo que nos embriagaba.

Me vi entrar en ella cuando Jane tuvo la gloriosa idea de curvarse hacia atrás y acariciarse el clítoris con una mano, mientras la otra se aferraba a mi muslo. Podía ver cómo conectaban nuestros sexos, cómo mi erección se dejaba engullir por ella sin oponer resistencia, repleta de necesidad.

Era la imagen más excitante que había visto en la vida, su abandono junto a sus jadeos, el rictus repleto de placer que le otorgaban su mano y mi cuerpo.

—¡No puedo más, Jane! —Ella remontó encima de mí, para ir a mis tetillas y sorberlas, quedándose inmovilizando el resto de mi musculatura. Mi polla protestó y yo gemí con fuerza. Ella dejó mis pectorales para mirarme a los ojos.

—Yo tampoco puedo más —susurró, besándome para desatarse con una rudeza extrema.

Comenzó a montarme con un ritmo y una profundidad de vértigo, entrechocando su carne con la mía, llevándome a un punto de no retorno en el que mis muñecas se retorcían contra el hierro.

Gocé de su ímpetu, de su lujuriosa entrega, de la manera en que su sexo constreñía el mío y contuve el aliento cuando la expresión de su rostro mutó para romperse encima de mí gritando mi nombre a pleno pulmón. Ya no pude más y cedí, uniéndome al éxtasis del momento.

No pensaba dejarla atrás nunca más.

Capítulo 38



JANE

Apenas salimos de la habitación.

Lo justo para comer, ducharnos, pasear a Eros y volver a la acción.

Me dolía en lugares que ni sospechaba me podían doler, pero me sentía feliz, pletórica, atractiva y deseada, extremadamente deseada.

Cuando Stace me llamó, estaba acurrucada frente a la chimenea, con Eros a los pies reclamando carantoñas. Lo sacamos para que hiciera sus necesidades, llegamos a la cascada que en esta época no estaba en su máximo esplendor, porque la mejor época era la de primavera, cuando tocaba el deshielo y se aproximaba el verano.

Nos acercamos hasta el pequeño lago que se formaba a sus pies y metí un poco la yema de los dedos.

—Está helada —admití, sacudiéndolos de inmediato. Cole me abrazó por detrás justo después de lanzarle una rama al perro para que la fuera a buscar.

—Tengo un muy grato recuerdo de este sitio.

—¿En serio? —le pregunté—. ¿Te refieres a cuando venías con mis hermanos a cazar ranas?

—Más bien a cuando espiaba a una ninfa de trenzas salvajes que solía venir a bañarse desnuda. Era muy difícil de ver y era preciosa. —Miré asombrada nuestro reflejo en el agua.

—¡Cole Carter! ¡¿Me espiabas?! —

—Me declaro culpable de todos los cargos, sheriff, y cumpliré muy gustoso una condena en su cama.

—Como sigamos así, voy a necesitar una nueva.

—Sin problema, te regalaré una bien robusta que soporte todo lo que quiero hacerte.

—¿No has tenido suficiente? —pregunté, dándome la vuelta.

—¿De ti? Imposible. —Buscó mis labios para darme un beso lento mientras mi corazón palpitaba rápido. No habíamos abordado el tema sobre qué ocurriría cuando fuera el momento de marcharse, tampoco es que me apeteciera mucho planteármelo, prefería disfrutar el momento.

—¿Sigues bañándote? —preguntó, estrechando la mirada.

—No pienso responder a esa pregunta.

—Ya lo descubriré, aunque si lo hago, te garantizo que esta vez no pienso quedarme detrás de un árbol.

—¿Es una promesa?

—De sangre. —Reí y Cole me apretó más contra su cuerpo. Estábamos tan bien que me parecía increíble.

—¿Sabes? Siempre nos imaginé así. Tú, yo, la naturaleza...

—¿Nos imaginabas?

—Muchas veces, salvo que en algunas terminaba con un intento de homicidio por parte de tu hermano. —Resoplé.

—Travis siempre me la ha tenido jurada.

—Eso es porque eres más guapa y lista que él.

—Eso es porque, cuando nací, él fue durante bastante tiempo el mediano, y no le gustaba nada el cargo. Cuando llegaron los trillizos, ya estaba acostumbrado a sentir inquina por mí.

—Puede ser, aunque cuando no lo veías, siempre te defendía.

—Me quedó claro el día del incidente de la fuente.

—Eso fue un hecho puntual, porque tú estabas delante y quería quedar por encima como el aceite, además de que tuvo una época en que su capullez se volvió algo extrema.

—¿Solo una época?

—Sí, se le pasó, solo que tú no lo veías o escuchabas cuando intercedía a tu favor. No toleraba que nadie dijera nada en tu contra.

—Me cuesta creerlo.

—Pues te garantizo que era así, además, se jactaba de tus trastadas, creo que, en el fondo, se sentía orgulloso de ellas.

Me estaba dando una visión de mi hermano completamente distinta a la que tenía, aunque sus revelaciones me calentaban por dentro.

Jugamos un rato más con Eros y después regresamos a casa cogidos de la mano.

Nada más cruzar la puerta, la ropa fue cayendo y me vi subida a la encimera para tener mi tercer orgasmo del día.

—Podría acostumbrarme a esto —murmuró todavía sin salir de mi interior.

—No creo que Levi pudiera soportar la imagen de sus... su madre intimando en la encimera con el ayudante del entrenador. —Casi había metido la pata y dicho padres.

—Lo mandaríamos con Tara y Travis a pasear, además, tu hijo me adora, si le dijéramos que tenemos una relación, no se iba a traumatizar. —Lo que lo traumatizaría era enterarse de que él era su progenitor y que yo se lo había ocultado.

Salió de mi interior y se quitó el condón. Me ayudó a bajar de la encimera.

—¿Tienes hambre? —preguntó, sacándome de mis pensamientos.

—Sí.

—Vale, voy a ponerme con la cena.

—¿Desnudo? —pregunté, viéndolo acercarse a la nevera.

—Tranquila, me pondré el delantal.

Sonreí cuando lo vi cogerlo y ponérselo sin pudor.

No tenía derecho a estar tan guapo con ese ridículo delantal que Levi me regaló un día de la madre en el que rezaba:

«Comer es una necesidad, mejor que no me necesites nunca».

—¿Tienes alguna petición especial? —cuestionó, pillándome de extranjis mirando su trasero desnudo—. ¿Berenjena cruda? —Movié las caderas adelante y atrás haciéndome soltar una carcajada.

—Iba a decir que cualquier cosa que se pueda llevar a la boca me bastará, pero voy a añadir un y que se pueda masticar.

—Oído, cocina. Entonces a esta la dejamos de postre.

—Voy a buscar algo que ponerme para estar cómoda.

—Igual te va bien mi sudadera... Me encantaría verte con ella puesta —sugirió al verme ir a por la ropa.

Se refería a la de los Giants que él había llevado minutos antes. Lo cierto era que me apetecía muchísimo ponérmela, quizá fuera una tontería, pero llevar la sudadera de un jugador de los Tigers significaba ser su chica en Saint Valentine Falls.

Me la pasé por encima de la cabeza y rápidamente me sentí envuelta por su olor.

Los ojos le brillaron al mirarme. Se acercó a mí dejando los ingredientes en la encimera y acarició mi rostro.

—Estás preciosa, y lo que más me gusta es que sé que debajo solo está tu piel, me vuelves loco, Jane. —Me agarró del trasero y volvió a besarme. Había perdido la cuenta de cuantos besos nos habíamos dado. Yo me aferré a su cuello, estar así me encantaba, éramos como lapas.

Mi móvil sonó y puse fin al beso.

—Tengo que responder, igual es Levi. —Cole gruñó y me dejó ir con una promesa en los ojos, la capacidad refractaria de ese hombre era encomiable.

Dejé la ropa encima de uno de los taburetes y fui corriendo hacia el teléfono. No era mi hijo el que llamaba. Nada más responder, me contestó la voz de Stace.

—Aquí Radio Cupido, ¿algo que alegar después de pasar la noche y parte del día con el Suspiracole? —Carraspeé para aclararme la voz.

—Me alegra mucho que me hagas esa pregunta, Stacey, sigo viva y muy follada.

Mi amiga estalló en carcajadas. No estaba en directo ni en el programa, si no, jamás hubiera dicho una cosa igual.

El fuego crepitaba y me acurruqué en el sillón sin perder de vista a Cole, el cual juraría que estaba sonriendo con orgullo.

Ahora sí que no me importaba tener un hombre desnudo y con delantal en la cocina.

—Me alegra oír eso, ¿necesitas que te lleve condones?

—Nah, vamos servidos. —Mi cocinero activó el altavoz de bluetooth y se puso a tararear Saddlin' Up, de Chelsea Carter. Una sonrisa estúpida se dibujó en mis labios, ese hombre estaba

cincelado por los malditos dioses.

—Y, ¿en qué punto estáis? Me refiero, ¿habéis hablado de futuro o de que tiene un hijo? — Maldije para mis adentros, menos mal que no tenía el manos libres puesto.

Me alejé del salón y me metí en el aseo de la planta baja.

—¿Estás loca?! ¿Cómo se te ocurre preguntarme eso? ¿Y si hubiera estado a mi lado?

—¿Lo estaba?

—No.

—Pues asunto arreglado. Por tu respuesta, intuyo que todavía no le has dicho nada.

—¡No puedo hablarle de Levi ahora!

—¿Y cuándo lo harás?, ¿cuando hayas muerto y te conviertas en un alma torturada?

—Pues no-no lo sé, apenas hemos tenido tiempo de hablar.

—Pues quítate su rabo de la boca y agarra el toro por los cuernos, tenéis que aclarar las cosas.

—Lo sé, pero no puedo joderlo tan rápido, deja que por lo menos tenga un día que recordar cuando me mande a la mierda y decida intentar quitarme la custodia.

—Eso no pasará si te lo sabes ganar.

—Ya sabes que la cocina no es lo mío, así que déjame follar. Te quiero, Stace.

Colgué antes de escuchar su respuesta.

Cuando salí del baño, con la sudadera de los Giants de Cole, que me iba de vestido, y los calcetines por debajo de la rodilla y el sombrero en la cabeza, él me dedicó una sonrisa desde la isla dándole un trago a la copa de vino.

Estaba despeinada, con los labios hinchados de tantos besos y, aun así, me sentía más guapa que nunca porque me veía a través del brillo de sus ojos.

Me hizo una señal con el dedo para que me aproximara. *Sexy Single*, de Anastacia, le había tomado el relevo a Chelsea Carter y daba voz a un estado de ánimo que no me podía representar mejor, estaba soltera, me sentía *sexy*, pero no podía quitarme la cara de ese hombre con su sonrisa canalla de la cabeza.

Fui a su encuentro, y cuando estuve delante de él, me agarró para ponerse a bailar conmigo dejando la copa en la encimera.

Capítulo 39



COLE

—Mamá, ¡ha sido una auténtica pasada! —proclamó Levi, abriendo la puerta de la habitación de su madre—. Oh, em... Ah... ¡Hostia!

—¡Aaah! —El grito de Jane me traspasó el tímpano. Pero ¡¿qué maldita hora era?! ¡Mierda! Me había olvidado de programar el despertador y Levi acababa de pillarnos en la cama. ¡Joder!

—¡Mi madre se tira a Cole Carter! —exclamó el crío igual que si acabara de darse cuenta de que Santa Claus sí existe.

—¡Quieres hacer el favor de taparte! —vociferó mi compañera de cama, tirando de la manta para ocultar mi trasero desnudo—. Levi, ¡sal de aquí de inmediato! —Jane hizo volar su almohada contra el chaval, y este cerró la puerta.

Me costó abrir los ojos, madrugar nunca había sido lo mío, aunque no me quedaba más remedio por mi tipo de vida. El entrenador no te pasaba una si llegabas tarde, te castigaba con veinte vueltas al campo, cien flexiones y recoger las toallas sudadas.

—¡Y tú mueve tu culo fuera de la cama! ¡Acaba de pillarnos mi hijo de catorce años! Y creo que me ha visto una teta.

—Cumple los quince esta semana, a estas alturas, las pajas ya han entrado en su cerebro comiéndose el 50 % de su capacidad neuronal, el otro 50 % lo ocupa el fútbol. Estoy convencido de que no es la primera vez que te ve las tetas, son preciosas y ha mamado de ellas —gruñí divertido. Con lo poco que sabía de Levi, dudaba que le fuera a suponer un trauma, solo tenías que fijarte en cómo miraba a las animadoras y ellas a él.

—Pero ¡nunca me ha pillado en la cama con un tío!

—Eso ha dolido, yo no soy un tío, soy Cole Carter, su ejemplo a seguir, creo que le ha hecho incluso ilusión. Anda, ven aquí y dame un beso de buenos días.

—¡Ni se te ocurra abrazarme ahora! ¡Yo soy su ejemplo a seguir! —Se puso en pie antes de que yo pudiera hacerle un placaje y reclamar lo que me pertenecía: su boca—. ¡Lo has hecho adrede! —me acusó buscando qué ponerse. Yo me di la vuelta para colocar las manos detrás de mi cabeza y así disfrutar de las vistas.

—Sí, lo tenía anotado en mi agenda. Creo que puse: no programar la alarma del móvil para que Levi me pille follando con su madre.

—¡No estábamos follando! —refunfuñó. Se pasó un jersey de lana gruesa por la cabeza y fue a por las bragas.

—Lo parecía, tu reacción ha sido cósmica.

—No entiendes nada, ¡tengo que dar una imagen! Soy la única referencia de mi hijo para que tome ejemplo.

—En La Guarida no parecías muy ejemplar...

Sus ojos me miraron incendiarios, me daban ganas de tumbarla en la cama y que me demostrara el precio de desafiar a la autoridad.

—¡Tú no tienes ni idea de lo que significa...! —se calló. Tampoco hacía falta que completara la frase para que comprendiera dónde quería llegar.

—¿Tener un hijo? No, no lo sé, pero mi imaginación no es tan limitada como para poder intuirlo.

Ya tenía las bragas puestas, e iba a por los pantalones.

—En serio, Jane, no te tortures. —Ella torció el cuello con el ceño fruncido, yo solté una exhalación larga, me puse un calzoncillo y llegué a tiempo para cortarle la salida—. Mírame.

—Ahora mismo no es buen momento, Cole. —La cogí por la nuca y forcé que nuestras miradas se encontrasen.

—Lo que ha pasado entre nosotros, este fin de semana, no ha sido solo sexo, eres consciente, ¿verdad? —Su pecho subió y bajó cómo si le costara respirar. No era un cobarde en ningún aspecto de mi vida y no iba a empezar ahora a serlo cuando tenía las cosas tan claras—. Te quiero, Jane —confesé sin titubeos—, deseo que estés en mi vida y tu hijo también, os quiero a los dos. No soy de los que pierden el tiempo, y mucho menos cuando tengo las cosas tan claras respecto a nosotros. Encontraré la manera de que lo nuestro funcione.

—¿Yo en Saint Valentine y tú en Nueva York?

—No tiene por qué ser así, o por lo menos no el cien por cien del tiempo, existen los aviones y, en fin, tampoco es que tenga decidido si mi rodilla va a permitirme regresar. Dame un poco de cancha, es lo único que te pido, necesito replantearme muchas cosas, pero quiero que seas consciente de que ninguna de ellas excluye a una *sheriff* un tanto terca y cabezota que me vuelve loco y a su hijo. Soy experto en hacer cuadrar las cosas, ten fe en mí.

—Ahora mismo en lo único que puedo pensar es en Levi y lo que le estará pasando por la cabeza.

—Lo asumo y lo entiendo, solo quería tranquilizarte. Si es necesario, hablaré con el chico para que me oiga decir que voy en serio.

—De momento, lo único que quiero es que te tapes y me dejes salir del cuarto.

Le di un beso conciliador y me aparté de su camino.



JANE

Tenía las emociones a flor de piel, no estaba lista para asumir las consecuencias de mis actos, para que Cole me dijera que lo haríamos funcionar y que encontraríamos la manera, que quería

estar conmigo y con Levi... ¡Que me quería!

Mi corazón tronaba, mi interior se estremecía y no ayudaba que mi hijo nos hubiera pillado en la cama.

Cuando bajé, me quedé helada, estaba sentado en la mesa del salón, charlando con su mejor amigo por videollamada.

—Que sí, tío, te lo juro, ¡mi madre sale con Cole Carter! A partir de ahora, iré siempre a todos los partidos de los Giants, como este finde, y seguro que querrán hacerme una prueba para jugar en Nueva York, fliparon con...

—Levi Wallace, ¡haz el favor de colgar! —bramé, soltando espuma por la boca.

—¡Hola, señora Wallace! —exclamó Zack al verme detrás de mi hijo.

—Lo que te ha dicho Levi...

—Adiós, tío, tengo que colgar. Nos vemos en la feria. —Mi hijo pulsó el botón de finalizar llamada sin que pudiera dar las explicaciones correspondientes.

Estaba aterrada de las consecuencias que podía traer aquella afirmación.

Al día siguiente, arrancaba el festival de San Valentín, no había clases, todos estaban invitados a disfrutar de la feria y las distintas actividades que se celebraban.

El pueblo estaba en plena ebullición, multitud de foráneos nos visitaban y yo no podía dejar de trabajar. Mi cometido era estar, la mayor parte del tiempo, controlando el festival. De hecho, esa misma tarde tenía que ir a comisaría para organizar el personal extra que contratábamos.

—¡¿Qué acabas de hacer?!

—Contarle a Zack que lo he pasado en grande el finde y que tienes novio. —Casi me atraganté. Porque su expresión era de lo más emocionada, tal y como había augurado su maldito padre—. Jo, mamá, esto ha hecho que este fin de semana haya terminado de la mejor manera posible. ¡Ha sido flipante! ¡Mírame! —Se puso en pie para enseñarme la camiseta llena de autógrafos—. Tengo fotos con todos los jugadores, incluso Paul Adams me pidió que le hiciera un pase cuando le dije que Cole me entrenaba. Me dijo que conmigo los Giants tenían el futuro garantizado.

—Y no me extraña, si sigues así, serás un *quarterback* de los buenos, Paul no se equivoca nunca —añadió Cole sumándose.

—Sea como sea, ¡no puedes ir diciendo a tus amigos que salgo con él! —Cabeceé en dirección a su padre, a quien miré de reojo y parecía tan encantado como su hijo. Dios, ¡eran iguales! ¿Cómo no se había dado cuenta Cole de lo mucho que se parecían?

—¿Por qué no? —cuestionó mi hijo, adoptando la misma expresión de disgusto que solía poner yo, después paseó los ojos sobre Cole.

—A mí no me mires, ella ya sabe lo que pienso yo.

—¿Te gusta mucho mi madre?

—¡Claro que sí! —La sonrisa de mi hijo se multiplicó por mil, y arrancó en una carrera precipitada para estrellarse contra él, no contra mí.

—Tenéis mi bendición. —Lo que me faltaba.

—Te lo agradezco.

—El que tiene que darte las gracias soy yo, ha sido el mejor fin de semana de mi vida con

diferencia. Tara y tío Trav me dijeron que fue cosa tuya. Nunca nadie me había hecho un regalo así.

¿Cómo iba a competir con eso? La garganta se me cerró y empecé a sentir pavor.

—No habría sido posible si tu tío y Tara no se hubieran ofrecido a llevarte o si tu madre se hubiera negado a que fueras. —Menuda trola se había marcado para salvarme el cuello—. A ella también deberías darle las gracias.

Mi hijo no lo dudó, se dio la vuelta y esa vez me dio el abrazo a mí.

—Millones de gracias, mamá, ¡eres la mejor madre del mundo y tienes un gusto genial para los novios!

—En eso también estoy de acuerdo —admitió Cole, mirándome con amor y esa sonrisa traviesa que tanto me gustaba. Me estremecí al ver tantas emociones bailoteando en sus pupilas. La situación me superaba.

Le devolví el abrazo a mi hijo, y cuando los brazos de su padre nos rodearon, me sentí plena, feliz y en casa. Se oyeron algunos pasos en las escaleras.

—Pero qué familia más bonita que formáis. Mirad aquí, que este momento hay que inmortalizarlo —murmuró la voz de Tara desde las escaleras.

No sé si lo hicimos por instinto o porque realmente no quería perder la oportunidad de atrapar aquel instante. Ella sonrió y nos capturó en una imagen que lo decía todo.

¿Cómo iba a destapar la verdad y arriesgarme a perderlos a ambos?

Capítulo 40



JANE

El primer día de feria era de mis favoritos.

Salvo por el discurso de la alcaldesa, que dormía a cualquiera, sobre todo ese año, que tenía a su hija «cubriendo la noticia» para el nuevo canal televisivo local.

Stacey estaba de lo más indignada, porque parte de su presupuesto de comunicación había tenido que desdoblarse para que la hija pródiga cubriera la feria al más puro estilo reportera dicharachera, sin pizca de gracia, todo sea dicho. No me extrañaba que su máximo triunfo hubiera sido vender loncheadores de pepinillos en la teletienda.

Llevaba un conjunto tipo Chanel, con falda extracorta, top enseña melones y estampado de corazones. Se alzaba sobre un par de taconazos ultra apropiados para un lugar cubierto de polvo y barro.

—Esta lo que quiere es acabar con mi programa de radio —masculló Stacey, acercándose a mí, con su micro y la grabadora en mano.

Estaba frente al puesto de café que montaba Patty Sheldon cada año. Era un *foodtruck* rosa, que mis cuñadas tildaban de supercuqui, y en el cual podías tomar casi todo lo que servía en su cafetería, Cupido *cupcakes* incluidos.

Todo evocaba al amor, las decoraciones, las atracciones, los concursos.

Incluso yo estaba apuntada al de tiro con arco benéfico, ese año había una prueba especial en la que los finalistas deberían acertar a unos corazones voladores montados a caballo.

El padre de Susy Sue ponía la monta. Todos los ciudadanos se volcaban y aportaban algo.

Mi familia paseaba por la feria, también Tara y Cole, quienes se divertían intentando dar un tartazo con forma de corazón a mi hermano Jake, quien estaba subido al tanque de agua tintada de rojo pasión. Era más difícil darle a la diana con una tarta que con una pelota de béisbol, además, necesitabas el doble de fuerza y estabilidad para que no se te cayera antes de llegar al objetivo, lo que ocurría la mayor parte de las veces.

Travis estaba al mando del restaurante al aire libre, ocupándose de dar de comer a todo el mundo. Nadie se quedaba sin colaborar, era el evento del año y teníamos que dejar el pabellón bien alto.

—Te doy la razón —respondí—, esa bazofia no es trigo limpio.

Bethany se encontraba delante de la cámara, anunciando la carrera de motos en barro que comenzaría en breve. Estaba justo al lado de la pista que había sido preparada a conciencia para dar espectáculo. Pringue volando, saltos imposibles, caídas... Lo cual me dio una maravillosa idea.

—Aguarda un segundo —musité.

—¿Qué vas a hacer? —Le guiñé el ojo a mi mejor amiga y me adelanté algunos metros para acercarme a uno de los participantes de la carrera.

Era el hijo de los Adams, Parker, al cual libré de dormir en el calabozo cuando se le ocurrió robar los geranios a la señora Perkins y sustituirlos por plantas carnívoras el día de los inocentes. Tuvo su gracia y fue bastante creativo, así que, además de exigirle que los devolviera antes de que la mujer se diera cuenta, le dejé claro que me debía una. Era hora de cobrar el favor.

Una vez me aseguré de que el muchacho aceptaba, regresé con Stacey.

—No me gusta esa cara —comentó mi mejor amiga al ver mi expresión.

—Pero te va a encantar la suya —cabeceé en dirección a la estrella del momento.

Beth estaba contando a la audiencia los riesgos de la carrera, cuyo premio era un precioso arreglo floral hecho por Suzanne, la florista local, y así poder declararle su amor a su enamorada.

Todo fue muy rápido, tanto que Bethany no pudo hacer nada cuando cierta moto cruzó a toda pastilla por su lado provocando que el lodo saliera disparado contra su cara, su escote y sus dientes. Estaba preciosa con la dentadura marrón diarrea.

Stacey se puso a reír sin control mientras mi excuñada gritaba, escupía y maldecía en directo, todo un deleite para los sentidos.

Al darse cuenta de que el cámara seguía grabando, se puso roja.

—¡Para la grabación, estúpido!

—E-es que es en directo y usted me dijo que no me detuviera fueran cuales fueran las circunstancias.

—¡Te he dicho que bajes la cámara! —exclamó en plena rabieta, dándole un manotazo al objetivo. No solo nosotras nos reíamos, también algunos forasteros y, por supuesto, los vecinos que se habían acercado para ver la carrera.

—¡Callaos todos, malditos idiotas! ¡¿Qué estáis mirando?!

—¡De lo que se come se cría! —espetó alguien llenándola de ira. Bethany se llevó a rastras al cámara y le dijo que tenía que limpiarse para seguir grabando.

—Dios, ¡me duele la barriga de tanto reírme! ¡Eres única! —me felicitó Stacey.

—Eso se lo dices a Parker, le he prometido que le harás una entrevista, en exclusiva, para Radio Cupido al terminar la carrera.

—Eso está hecho...

Unos brazos fuertes me aprisionaron por detrás. Solo había una persona que se atreviera a hacer eso y que oliera tan bien. Mis labios se perfilaron en una sonrisa tonta, derretida, mientras mis neuronas almibaradas se fusionaban sin parar.

—Me han dicho que aquí estaba la *sheriff* más *sexy* de todo Saint Valentine Falls. —Cole acompañó la frase con un beso en mi cuello que me puso todo el vello de punta y me dio ganas

de no moverme de su lado.

—Soy la única *sheriff* del pueblo y estoy de servicio, mantén tus manos lejos de mí, señor Carter —murmuré, desligándome de sus brazos. En cuanto se separó, eché de menos el contacto.

—¿Y bien? ¿Vais a participar este año en el concurso de cartas de San Valentín?

Había puesto al corriente de todo lo ocurrido con Cole el finde a Stace, mientras desayunábamos esa misma mañana, así que sabía que él había dado con mis cartas de la infancia y lo que había hecho con ellas.

—No he tenido muy buena experiencia cuando se ha tratado de cartas en el pasado, solo he escrito una en toda mi vida, a la mujer de la que estaba enamorado y la respuesta que obtuve fue que ni se me ocurriera volver al pueblo —comentó Cole con los ojos puestos en mí.

—¿Le escribiste a Bethany? —cuestioné molesta.

—¿A Bethany? ¡Te escribí a ti!

—¿A mí? —pregunté perpleja—. Yo te escribí a ti.

—Claro, en respuesta a mi carta, alegando que no se me ocurriera poner un pie en Saint Valentine.

—¿Cuándo le escribiste eso? —preguntó Stace, arrugando el ceño.

—¡Nunca! Yo te escribí dos meses después de irte y jamás tuve respuesta, así que creí que no querías saber nada de mí, y te aseguro que no era una carta en respuesta a otra, y que te pedía justo lo contrario, que volvieras porque teníamos que hablar de algo importante y necesitaba contártelo de frente, ni por carta, ni por teléfono.

—Yo no recibí nada.

—Imposible, me llegó un acuse de recibo al móvil emitido por la oficina de Saint Valentine.

Los dos nos miramos desconcertados.

—¿Va en serio que tú no leíste mi carta y me dijiste que no regresara? —Negué—. No comprendo nada.

—¿Y por qué no le preguntáis al señor Carmichael? Sigue siendo el director de la oficina de correos y lo he visto dirigirse hacia el restaurante de Trav para tomarse una cerveza mientras su mujer iba de puesto en puesto —sugirió Stace.

—¿Piensas que se acordará de unas cartas que se enviaron hace quince años? —preguntó Tara.

—Si conocieras a Phineas Carmichael, no preguntarías eso, ese hombre tiene una memoria prodigiosa, creo que se sabe el número de teléfono de todos los habitantes del pueblo, además de sus direcciones y documentos acreditativos, no se le escapa una.

—No perdemos nada por preguntar, ¿qué piensas, *sheriff*? ¿Necesitas que interponga una denuncia por cartas perdidas y usurpación de identidad? Porque soy capaz.

—No, aunque estoy contigo en que debemos esclarecer todo este asunto, vayamos a hablar con el señor Carmichael —murmuré con la mosca detrás de la oreja.

Capítulo 41



COLE

Llevaba todo el domingo dando vueltas a mi futuro, incluso Tara me preguntó qué pensaba hacer, todavía no lo tenía claro, lo único que sabía era que quería a Jane y a Levi en mi vida y no iba a renunciar a ellos.

Mi chica había madrugado para ir al trabajo dejándome retozar a mis anchas en la cama.

Ese día debería mantener una charla con Travis y decirle que eso de la hermana del mejor amigo era una gilipollez, que nada me haría dejar a Jane y que tenía mi permiso para trocearme y arrojarme a los cerdos si le hacía daño a ella o a su hijo.

—Tranquilo, no te tocará un pelo, yo me ocuparé —se carcajeó mi amiga cuando le conté mi plan de enfrentarme a él hasta las últimas consecuencias.

Levi estaba encantado, los padres de Jane no pondrían pegas, puede que Jake se sumara a Trav, aunque tampoco lo sabía a ciencia cierta, la cosa era que no importaba lo que opinara el resto de la población mundial mientras ella y su hijo me aceptaran. Pretendía vivir el resto de mis días a su lado.

En cuanto terminamos de desayunar y dar un paseo a Eros, pasé por la casa de mis padres para ver el trabajo de reconstrucción que estaban haciendo los trabajadores de los Wallace, y sonreí al ver que todo iba viento en popa.

Una vez en la feria, Levi se marchó con sus amigos y quedamos en el restaurante que había montado Travis para comer. Yo di una vuelta con Tara sin despegar mis ojos de la silueta que más me gustaba del mundo, enfundada en aquel uniforme marrón que me mantenía firme todo el tiempo.

Después de intentar tirar a Jake, sin éxito, al tanque de agua, fui a por mi chica. Abrazarla era una de las cosas que más me gustaban, sentir que conectábamos y que ella se erizaba ante el roce de mis labios. En cuanto empezamos a hablar y salió el tema de las cartas, ¿qué demonios había pasado?

Intentaba buscar una explicación lógica. Jane decía que me había escrito una, pero que no era la que yo había recibido; por el contrario, yo no tenía otra que no fuera aquella en la que me exigía no aparecer, cuando ella afirmaba que en la suya me pedía lo opuesto. La cabeza me daba vueltas y tenía cierto regusto amargo en la garganta, algo se nos estaba escapando, una carta podría haberse perdido, pero ¿que a mí me hubiera escrito otra persona que no era ella...? ¿Quién?

Jake y Trav tenían una caligrafía de mierda, lo que no estaba seguro era de que fuera la misma que vi en las cartas de Jane, no la había vuelto a leer desde aquel día en que me partió el corazón.

Stace sugirió que, si había una persona que podía deshacer el entuerto, era el director de la oficina de correos, me pareció una gran idea y los cuatro nos dirigimos en busca del señor Carmichael, quien se carcajeaba en la barra al otro lado de Trav.

Era la única persona que seguía llevándose bien con Travis después de que se divorciara de su hija. Era el único que lamentó su separación porque mi mejor amigo le caía bien.

—Señor Carmichael, ¿tiene un minuto? —le pregunté sin esperar a que Jane fuera a por mí. Él clavó su rostro afable en el mío.

—Pero ¡mira qué nos trajo el viento del este! ¡Cole Carter! Ya era hora de que nos viéramos, cuánto tiempo, hijo, ¿qué tal tus padres?

—Bien, en la ciudad, trabajando, como siempre, gracias por preguntar, señor.

El marido de la alcaldesa no tenía nada que ver con su mujer y su hija, era un hombre de carácter campechano y, como dijo Stace, de memoria prodigiosa.

—Tenemos algo que preguntarle —continuó Jane.

—Por supuesto, será un placer colaborar con nuestra maravillosa *sheriff* Wallace, ¿cuál es la pregunta?

—Hace quince años, en el mes de agosto, yo pasé por su oficina para enviar una carta a Cole con acuse de recibo, pero Cole dice que no recibió nada.

—Y yo, en ese mismo mes, le mandé una a Jane, quizá la recuerde porque en el sobre puse un montón de pegatinas por fuera, de la ciudad de Nueva York, y recibí otra, en respuesta, que la *sheriff* Wallace asegura no haber mandado nunca.

El hombre se rascó la cabeza intentando recordar.

—Pues sí que es extraño, sí.

—¿Tú le escribiste a Cole y tú a mi hermana? ¿Cuál era el fin? —preguntó Trav detrás del mostrador.

—Ponme una cerveza, anda, que estoy sedienta —lo interrumpió Tara mientras mi mejor amigo nos miraba con cara recelosa.

—A ver, em... Recuerdo la carta de Jane porque el sobre era de papel reciclado, y porque nunca antes había venido a la oficina a mandar una, de hecho, es extraño que los jóvenes lo hagáis porque en aquel entonces preferíais el SMS. Creo que fue la primera y única vez que la vi mandar algo. En cuanto a la tuya... —me miró—. Esperad, ¿esa es mi hija? —preguntó, estirando el cuello.

Todos enfocamos la vista hacia la puerta del baño. Bethany salía sacudiéndose la ropa mojada.

—Bethy, cariño, ven aquí —pidió su padre. Ella se acercó repasándonos a todos, cambió su expresión hostil en cuanto se topó con mi cara.

—Hola, papá, Cole...

—Aproxímate, cariño. Estábamos hablando del verano en el que me echaste una mano en la oficina. Fue el mes de agosto, cuando Clara cogió la baja porque se quedó embarazada y el olor a papel le daba náuseas. ¿Recuerdas? —Beth se puso blanca de golpe.

—No, no, yo... Em, no recuerdo nada.

—¡Claro que sí! Haz un esfuerzo, tú estabas dentro, yo en ventanilla, te encargaste de la clasificación, tuviste que ver la carta de Jane, esa muy bonita, de papel reciclado marrón, además, la pidió con acuse de recibo...

—¡Que no! ¡Que yo no me acuerdo! Ni de esa ni de la de Cole. Además, ¿a qué viene eso ahora? —preguntó nerviosa.

—Tu padre no ha dicho nada de mi carta. Solo ha hablado de la de Jane. —El rostro de Bethany se puso más blanco todavía.

—¡Fuiste tú, zorra malnacida! ¡Tú interceptaste esas cartas para que no nos llegaran a ninguno de los dos y encima le mandaste otra, en respuesta a Cole, haciéndote pasar por mí, ¿verdad, maldita mentirosa?! ¡Por eso él creyó que yo le había contestado que no volviera al pueblo jamás! Pero no era yo, nunca se me habría ocurrido decirle algo así, sobre todo, porque yo quería que volviera. ¡Me suplantaste! —exclamó Jane, haciéndolo saltar todo por los aires.

Capítulo 42



JANE

«Eres la *sheriff*, eres la *sheriff*, eres la... ¡A la mierda!».

Fue lo que gritó mi Calamity interior cuando supe que la culpa de todo era de esa desgraciada de Bethany.

Ella no nos hizo llegar las cartas, ella lo fastidió todo, to-do.

Extendí los brazos y me agarré a un montón de rizos rubios para mechonearla, porque darle un puñetazo en toda la boca podría llegar a hacerla morderse la lengua y morir por la ingesta de su propio veneno. Antes necesitaba que escupiera toda la verdad.

—¡Confiesa! ¡Hija del demonio! —Miré al señor Carmichael, que me contemplaba horrorizado—. No va por usted, señor.

—Papá, ¡dile que me suelte!

—Lo haré cuando digas lo que hiciste, o si quieres te llevo directa al calabozo por suplantación de identidad y apropiación indebida.

—¡Era mi novio y tú te lo tiraste! ¡Estaba en todo mi derecho! Te llevaste lo que era mío, nos robaste aquella noche y la posibilidad de terminar con un triunfador.

—¿De qué narices habla?! —preguntó Travis—. ¡Tú te fuiste del lago en cuanto viste que Cole se marchaba, me dijiste que ibas a su casa!

Le había soltado el pelo, pero la tenía inmovilizada.

—Y lo hice, lo seguí porque quería despedirme en condiciones. Pero cuando llamé a su puerta, sus padres me informaron de que estaba en la fiesta del lago. Vi a tu hermana tonteando con él en la hoguera, así que se me ocurrió la posibilidad de que pudieran estar juntos. Se le notaba a la legua que perdía las bragas por Cole. Entonces escuché un ruido, una especie de lamento, que me llevó a esa maldita casa del árbol en la que jugabais de pequeños. Supe de inmediato que estaban allí, pero necesitaba verlo con mis propios ojos, así que subí los peldaños y...

No hacía falta ser muy listo para saber lo que vio.

—¿Te acostaste con mi hermana la noche de las hogueras?! —Mi hermano estaba desenchajado. La cosa empezaba a ponerse fea. Si no había saltado ya era porque quien lo estaba diciendo era su ex y sabía cómo se las gastaba. Cole iba a responder a la acusación, pero Belcebú lo interrumpió.

—¡Y no solo eso, la dejó preñada! ¿O de quién piensas que es hijo Levi? Solo él pudo tener el mal gusto de tirársela, aunque fue listo y no volvió. —En cuanto soltó la bomba, sentí cristalizarse mi musculatura y hacerse pedazos.

—¡Eso es mentira! —espetó Cole—. El padre de Levi es otro tío, Jane me lo dijo.

¡Y lo habría hecho si le hubiera llegado la maldita carta y hubiese venido a hablar conmigo! La voz de Cole estaba cargada de desesperación.

—Pues si te dijo eso, te mintió.

—Díselo, Jane, dile que Levi no es mi hijo, sino de un tío que...

—¿Se fue y no volvió? —preguntó Beth—. No seas estúpido y haz las cuentas, solo hay que verlo jugar al fútbol para saber que es tuyo, además, la escuché contárselo a Stacey una de las veces que estuve en su casa. Tenía mis sospechas por las cartas, pero aquella conversación me sacó de dudas. Le dijo que tú jamás te enterarías.

—¡Calla la puta boca, Bethany! —ladré.

Cole miró a Stace, quien a su vez puso cara de culpabilidad absoluta, ya no había marcha atrás. Solté a Beth y ella me miró con odio. Primero se dirigió a Cole.

—¿Ves como no lo niega? —Después se enfrentó a mí—. Ha llegado la hora de que todos sepan la verdad.

Extendió el brazo y aprovechó para coger el megáfono que mi hermano tenía sobre la barra para cantar los platos del día a la hora de comer.

—Atención, habitantes de Saint Valentine Falls, ¡Cole Carter es el padre del hijo bastardo de vuestra querida *sheriff* la guarra Wallace! —Se apartó el megáfono para mirarme desafiante—. ¡Atrévete a negarlo!

Juro que conté hasta siete, después el puño se me cerró solo y se estrelló contra su sonrisa de víbora cabrona a la vez que Trav saltaba por encima de la barra y sorprendía a Cole con un rechazazo, el pobre estaba lívido tras recibir la noticia.

—Maldito hijo de puta, ¡te follaste a mi hermana, la preñaste y la dejaste tirada! —rugió, encajándole otro golpe en el abdomen.

—¡Yo no sabía nada! ¡No tenía ni idea de que estaba embarazada!

—Pero ¡sí supiste sacártela del pantalón y metérsela hasta el fondo, ¿no, cabrón?! —Cole esquivó el siguiente golpe, mientras mi excuñada se tiraba hacia mí con la intención de arañarme la cara.

—¡La quería! De haberlo, sabido, hubiera vuelto y me hubiese hecho cargo del niño, ¡me conoces! —Cole no había golpeado a Trav, lo estaba evitando a toda costa, mientras que este lo buscaba. Se atrincheró detrás de una de las mesas para protegerse.

La gente empezaba a agolparse para ver la reyerta.

—¡Eso creía! —espetó enfurecido. Agarró una silla para tirársela a la cabeza.

No me di cuenta de que mi hijo estaba a un metro de distancia, con sus amigos, que se había enterado de todo y, descolocado, echaba a correr. Estaba demasiado ocupada volviendo a agarrar a Bethany de los pelos para arrastrarla, mientras que su padre exigía que la soltara. Ella no dejaba de gritar que, del golpe, se le habían saltado un par de fundas. ¡Pues que se jodiera!

El corro de gente jaleaba, exigía pelea de barro y no me parecía tan mala idea al fin y al cabo. Miré de refilón la pista donde se disputó la carrera de motos, esta había finalizado, por lo que me desplazé hasta ella.

Mi excuñada intentaba desengancharse sin demasiado éxito, evité un par de zarpazos enfurecidos, estaba demasiado cabreada con todo lo que me había hecho, merecía un escarmiento.

—¡Te voy a denunciar por brutalidad policial! ¡Suéltame, Calamidad! —voceó Beth mostrando un par de dientecillos afilados que habían perdido su disfraz, igual que ella, que se había retratado.

—¿Eso es lo que quieres? —pregunté.

—¡Sí!

—Pues encantada de hacerlo, disfruta de tu nuevo hogar.

Le di un empujón con la suficiente fuerza como para que sus tacones de diez centímetros se convirtieran en cuchillas de patinaje sobre lodo, verla caer sin remedio en la zanja de un metro de profundidad llenita de barro fue todo un espectáculo, al fin y al cabo, las cerdas tienen que estar en un buen lodazal.

Hubo varios vítores y me vi en la necesidad de volver a la situación desatada que estaba teniendo lugar en el bar de mi hermano.

Saqué mi arma y di varios tiros al aire.

—¡Se acabó el puto espectáculo! —rugí, apuntando hacia el cabeza de chorlito de mi hermano —. ¡Suelta esa silla, Wallace!

—¡Te estoy defendiendo!

—¡Nunca te pedí que lo hicieras, ocúpate de tus asuntos y déjame en paz con los míos que ya somos mayorcitos! —Él nos miró a uno, a otro y soltó la silla.

—Idos a la mierda.

No hacía falta, ya estábamos en ella hasta el cuello.

Capítulo 43



COLE

Mi pecho subía y bajaba errático, nunca me había costado tanto respirar.

¿Cómo había podido estar tan ciego?! Las evidencias estaban ahí, ante mis ojos, incluso Tara me lo sugirió y yo lo descarté de inmediato porque... porque... ¿Porque pensé que Jane no sería capaz de ocultarme algo así! Pero lo había sido, llevaba dos semanas entrenando a mi propio hijo, maravillándome ante su tenacidad, su buen juego, las bromas con el equipo. Había desayunado con él, lo había visto hacerle carantoñas a Eros y escuchar de su propia boca que era su ídolo.

¡Menudo ídolo de mierda! ¡Era su padre ausente, me había perdido casi quince años, sus primeros pasos, sus primeras sonrisas! ¿Habría dicho alguna vez papá? ¿Se habría preguntado quién era y por qué me había ido sin apostar por él? ¿Habría sentido mis ausencias?

¡Era una puta locura, una maldita locura! Tenía demasiadas preguntas para tan pocas respuestas y un malestar generalizado que me iba a costar superar.

—Ey, ¿estás bien? —era Tara quien preguntaba, ubicándose a mi lado.

—No, no lo estoy —confesé, pinzándome el puente de la nariz.

Vi cómo la alcaldesa se acercaba a Jane para pegarle la bronca por lo ocurrido con su hija, pero esta la ignoraba, tenía los ojos puestos en mí y avanzaba con paso cauto. Ni siquiera sabía cómo sentirme al respecto, estaba tan furioso con ella, después de haber decidido que quería pasar el resto de mi vida a su lado, era lo último que me habría imaginado, que fuera capaz de ocultarme algo tan importante.

—¡Te voy a destituir por lo que le has hecho a Bethany! —vociferó la alcaldesa.

—Inténtelo, alcaldesa, aunque le sugiero que no empeore los cargos que ya tengo contra su hija sumándole abuso de poder por su parte, le recuerdo que me eligieron los votantes, así que si alguien quiere que deje mi cargo, solo pueden ser ellos los que me echen.

La señora Carmichael le dijo a su marido que hiciera algo y él, en un acto de osadía, le dijo a su mujer que lo que mejor podía hacer era callarse.

La vi inspirar con fuerza antes de devolver el arma al cinturón y dirigirse a los congregados para que se dispersaran, que había terminado el espectáculo, para volver a caminar en dirección a mí.

Cuando estuvo lo suficientemente cerca, me miró a los ojos.

—Cole, yo... —Levanté la mano, era la persona con la que menos me apetecía hablar del mundo, no obstante, teníamos que aclarar las cosas, salvo que en lo único que podía pensar era que me había engañado durante quince malditos años. Negué.

—¿Por qué? Has tenido ciento ochenta meses, no, ciento ochenta y ocho y medio si contamos el embarazo, para exigirme que pusiera mi culo aquí y me ocupara de mi hijo, mi hijo —recalqué—. Pero no, decidiste callar, tenerlo sola y eliminarme de la ecuación sin preguntar. No tenías derecho a guardarte algo así, Jane.

—Quise hacerlo cuando me enteré de que estaba embarazada, en la carta ponía...

—¿Que iba a ser padre? —Ella me miró con pesar.

—No, que teníamos que hablar, que nuestros actos habían tenido consecuencias, que estaba sola, asustada, que te echaba muchísimo de menos y que volvieras, porque lo que tenía que decirte solo podía hacerlo cara a cara.

—Eso puedo entenderlo, lo que no me entra en la cabeza es que, tras un intento fallido, no insistieras más.

—¡No quería forzarte! Pensé que no le diste importancia a lo que tuvimos, ¡no iba a obligarte a ser el padre de mi hijo, pero tampoco podía deshacerme de lo único que tenía de ti! ¡No podía!

—¿Y por qué no me lo contaste en cuanto me viste? ¿Por qué me engañaste cuando te pregunté? —Tara dio un par de pasos atrás para ofrecernos un poco de intimidad.

—No fue una mentira al cien por cien, te recuerdo que tú me preguntaste qué pasó y yo te respondí la verdad, que su padre me folló, me preñó, se largó y nunca miró atrás, que no tenía motivos para hacerlo porque fuimos el polvo de una noche, porque es lo que sentí. Si no te gustó la respuesta, haber cambiado la pregunta. Además, tenía miedo de que, si te enterabas, me lo quisieras quitar.

—¡¿Quitártelo?! ¿Tan poco me conoces? ¡Yo nunca habría hecho eso!

—Ah, ¿no? ¿Estás seguro? Te recuerdo que vivimos a muchos estados de distancia y que sería muy difícil una custodia compartida. Si a Levi le diéramos a elegir, ¿con quién crees que querría vivir? Te elegiría siempre a ti, siempre, aunque yo haya sido la persona que lo ha criado, te escogería porque te admira, porque eres su ídolo, su héroe sin capa, el puto Cole Carter *quarterback* de los Giants, le hiciste pasar el mejor fin de semana de su vida, dicho por él, y yo solo soy una jodida calamidad que no sé comprender su pasión por el fútbol, que lo riño, que le mando recoger su cuarto y soy especialista en macarrones hervidos. Las comparaciones son odiosas y muy dolorosas.

Zack, un chaval del equipo y mejor amigo de Levi se acercó a nosotros.

—Em... Disculpen, es que...

—¿Qué pasa, Connors? —le pregunté.

—Es Levi, em, creo que tendrían que saber que lo oyó todo y que salió corriendo, lo hemos estado buscando por la feria, pe-pero no lo encontramos. He intentado llamarlo al móvil, aunque debe haberlo desconectado.

—¡Dios mío! —exclamó Jane, preocupándose de inmediato.

—Gracias, hijo, hazme un favor y seguid buscando con los del equipo en los sitios que soléis ir

con Levi, ¿vale?

—Sí, señor, ahora los reúno.

—Voy a por el coche patrulla —farfulló Jane.

—¿Sabes dónde puede haber ido?

—No, no sé, ahora mismo estoy muy nerviosa. —Le temblaban las manos, nunca la había visto así.

—Está bien, tranquila, voy contigo. Vamos a encontrarlo. Tú y yo ya hablaremos más tarde, ahora, lo importantes es dar con tu... nuestro hijo. —Ella tragó con fuerza y asintió.

Capítulo 44



JANE

El peor de los pronósticos se había cumplido.

No solo Cole estaba cabreadísimo conmigo, sino que mi hijo se había enterado de quién era su padre de la peor manera posible y estaba en paradero desconocido.

Encima, no podía contar con mis hombres porque la feria no debía quedarse sin supervisión, así que tiré de mis hermanos, incluso de Travis, quien, pese al rebote, quiso sumarse a la búsqueda.

Tenía los nudillos blancos de tanto apretar el volante, ¿dónde demonios se había metido Levi? No podía dejar de mirar a un lado y a otro de la carretera en busca de cualquier señal.

—¿Tiene algún sitio especial? —me preguntó Cole de nuevo.

—Puede que el campo de fútbol...

—Podemos empezar por ahí, sí.

Tenía náuseas, la cabeza me daba vueltas, no podía dejar de pensar en cuánto la había fastidiado y en cómo solucionarlo. Los niños a esa edad pueden cometer muchísimas tonterías, no era la primera vez que un crío ponía fin a su vida creyéndose capaz de no poder superar una relación. También me daba mucho miedo que algún forastero le hubiera podido hacer algo, se escuchaba de todo.

—No me va a perdonar —musité destrozada. No se lo decía a Cole, hablaba en voz alta como tantas otras veces que reflexionaba.

Él tensó la mandíbula, tampoco es que fuera una situación fácil para alguien que acababa de enterarse de que tenía un hijo adolescente y este había desaparecido.

—Eres su madre, lo hará.

Ojalá fuera así de fácil. Yo no estaba tan convencida. Me salté el límite de velocidad, al fin y al cabo, se trataba de una emergencia.

En un santiamén, aparqué frente al campo, buscamos a mi hijo por todas partes, pero no lo encontramos, intenté volver a llamarlo. El móvil seguía apagado.

—Quizá haya vuelto a tu casa.

—Si estuviera allí, Stace me habría llamado.

—Voy a echar un vistazo al cuartito de material, a veces no se queda bien cerrado.

Me sobrevino un mareo, la desesperación me estaba consumiendo; mientras Cole se alejaba, mi móvil vibró. Lo saqué de inmediato creyendo que se trataba de Levi. Mi gozo en un pozo.

Era el chat de los Wallace, que estaba que echaba humo, mis hermanos andaban actualizando sus posiciones, incluso Derek se había sumado a la búsqueda, aunque no estaba en el grupo de los hermanos.

Brandon

Ni rastro de Levi en el parque.

Luke

Ni en la fuente de Cupido.

Jake

He ido hasta mi casa por si le había dado por ir a ver a su prima, pero Susy dice que no lo ha visto. ¿Podríais pasar los demás por vuestras casas?

Todos respondieron que sí.

Travis

En el hotel no está, voy a bajar a dar una vuelta por el lago.

Cole y yo estamos en el campo de fútbol, no hay señales de que haya venido aquí. Stace y Tara han ido a mi casa.

Travis

Puede que haya ido a buscar a Eros para darle un paseo.

Ojalá.

Luke

¿Y en la cabaña del árbol? Acuérdate que le encantaba de pequeño.

Voy a escribirle a Stace para que miren allí también. Buena idea, Luke.

Travis

Yo me ocupo de hablar con ella.

Oye, Travis... Siento que te hayas enterado así de lo que pasó.

Travis

Más lo siento yo. Los dos me traicionasteis.
Y encima nos ocultaste a todos la verdad.

No era mi intención, es solo que no quería
que fuerais en busca de Cole para matarlo.
Merecía tener su futuro con los Giants.

Travis

No lo habríamos hecho, como mucho, ahora estaría mellado, y por lo menos mi sobrino tendría un padre.

Jake

Tú no merecías criar un hijo sola y soportar todas las burlas que te hicieron. Debería haber estado aquí. Si fue tan valiente para meterla, también debió serlo para cumplir.

Yo fui la que me callé, no es justo que os enfadéis con él, yo quise que nos acostáramos.

Podía imaginar sus caras al leer mi declaración.

Además, nunca estuve sola, siempre os tuve a vosotros, que os partíais la cara con cualquiera que dijera algo de mí. Os juro que lo siento, solo hice lo que creí mejor para todos. No quería heriros.

Travis

¡Pues se te ha dado de puta pena, Calamidad!

Brandon

Déjalo ya, Trav, ahora lo importante es dar con Levi. Actualicemos cuando lleguemos al siguiente punto, esto tampoco es tan grande y no se lo ha podido tragar la tierra.

—¿Hay noticias? —cuestionó Cole, regresando solo del cuartito de material.

—No, ni rastro. Mis hermanos van a ir a sus casas por si acaso.

—¿En serio que no tiene un lugar al que va cuando os cabreáis? Me consta que alguna vez habéis tenido algún enfado gordo, y por lo poco que he visto de él, sois igual de cabezotas...

—Quizá... Puede que...

—¿Qué?

—Los caballos.

—¿Los caballos?

—Vamos, sube al coche, te lo cuento de camino.

Capítulo 45



JANE

Conduje en dirección a la granja del señor Wyatt. No éramos los únicos que montábamos allí.

Levi acudía desde pequeño, ya fuera conmigo, con su tío Jake o con su abuelo, y le encantaba estar con los caballos.

Cuando alguna vez habíamos tenido alguna confrontación, le gustaba cabalgar y despejarse un rato.

La propiedad estaba a tres millas de distancia, era la más próxima al pueblo y mejor comunicada. Por lo que podía haber llegado andando o incluso corriendo.

Fuimos directos a las cuadras, mi padre estaba reponiendo el forraje en una de ellas. La propiedad no podía quedarse sola y se había quedado para supervisar, además de realizar algunos de los quehaceres diarios, no era muy forofo de la feria.

—Hola, pequeña. Cole —nos saludó acariciándose el sombrero—. ¿Habéis venido a por Levi?

—¿Está aquí? —Él me miró extrañado.

—¿No lo sabías?

—No, digamos que ha pasado algo en la feria y se ha acercado solo.

—Ya me extrañaba, bueno, pues ha cogido a Silver para ir a montar.

—¿En qué dirección?

—Hacia el norte de la finca, ya sabes lo mucho que le gusta la zona del estanque.

Por ahí no se podía ir en coche. Miré las cuadras vacías.

—Bandido está en su casillero, por si necesitas montura, el resto de caballos se los han llevado.

—Lo sé, papá, vi al señor Wyatt traerlos al festival esta misma mañana para el desfile. Me llevo a Bandido, lo voy a ensillar.

—Yo voy contigo. —Mi padre ladeó una sonrisa.

—Os echamos de menos en la comida del fin de semana, parecéis bastante recuperados de vuestra dolencia, ¿qué era lo que os pasaba?

—Dolor de estómago —dije yo al mismo tiempo que Cole respondía gripe. Lo miré forzando la expresión de advertencia—. Una gripe estomacal —zanjé.

—Ya...

—Pues os veo muy recuperados, os sentó bien pasar este par de días en la cama.

Mi rostro se calentó, Cole carraspeó, pero no dijo nada. Pasé palabra y me dirigí hacia el caballo que me indicó mi padre, no era de los dóciles, por eso se había quedado en la propiedad.

—Hola, Bandido —lo saludé. Él me lanzó un relincho.

—Dale algún azucarillo o no se dejará —anotó mi padre.

Fuera de su acogedor cubículo, en la pared, había un soporte que contenía algunos. Cole se me acercó por detrás mientras yo le daba un par de terrones al animal.

—¿Cuánto hace que no montas? —le pregunté.

—Mi última vez fue en un tiovivo en Disneyland, pero creo que eso no cuenta, así que desde que vivo en un ático en Nueva York. Todavía no los han modificado genéticamente para hacerlos alados. —Me habría reído si no estuviera tan preocupada.

—¿Prefieres quedarte?

—No. Ensíllalo, ya he estado suficientemente apartado de mi hijo —respondió parco—. Y dile al comité de búsqueda que lo hemos encontrado.

Diez minutos más tarde, estábamos a lomos del animal, yo delante y Cole detrás. No estaba nada relajado, me cogía lo justo para no caer.

Salimos del establo y encaminé al animal en la dirección que indicó mi padre. Le sugerí a mi compañero de montura que se cogiera mejor si no quería salir despedido. Bandido era un animal brioso y temperamental. Lo hizo a regañadientes y yo espoleé al caballo, que de inmediato respondió.

Al norte de la finca había un pequeño estanque con patos, peces, tortugas y muchas ranas. A Levi siempre le habían fascinado los animales y sentarse en una de las piedras para observarlos.

Cole tuvo que apretar su cuerpo contra el mío en varias ocasiones, se notaba que le disgustaba hacerlo, estaba tan rígido que amenazaba con partirse en cualquier momento, por suerte, el lugar no estaba demasiado lejos y reconocí a Silver atado en un árbol.

Bajé la velocidad y nos acercamos al paso. Levi estaba sentado en la piedra de siempre, desvió la mirada hacia nosotros, lanzó algo que tenía en la mano y se puso a caminar hacia su montura.

Llegamos antes que él.

Cole descendió con facilidad y no me ayudó a desmontar. Tampoco es que lo necesitara. Até a Bandido y miré las manos de mi hijo buscando las riendas de su animal.

—Tenemos que hablar.

—Yo no tengo nada que hablar contigo —respondió enfurruñado.

—Ya lo creo que sí.

—¡No! ¡Me has convertido en el hazmerreír del pueblo! Ahora me llamarán bastardo. ¡¿Por qué me ocultaste que mi padre era Cole Carter y no el ligue de una noche?! ¡Sabías cuánto le admiraba! ¡Sabías que habría sido enormemente feliz!

—No te lo dije para que no sufrieras, para que no pensaras que te despreció, que te dejó tirado como a mí y no quiso saber nada de ti.

—Sobre todo, porque eso no es cierto —interrumpió Cole—, si hubiera sabido de tu existencia —aclaró, mirando a Levi para después dirigirse a mí—, nada me habría separado de mi hijo.

—¡¿Y por qué has venido con ella?! ¡Nos ha engañado a ambos! No sé ni cómo puedes montar

con ella a caballo, yo sentiría asco.

—¡Levi! —espeté. Mi peor pesadilla se estaba cumpliendo, los dos hombres más importantes de mi vida me odiaban—. ¡No fue culpa mía! Bethany Carmichael me engañó, y también a Cole. ¡No nos entregó nuestras cartas!

—¿Y qué? ¿Me vas a decir que no existía el teléfono para hacerle una llamada?

Le di a mi hijo la misma explicación que a su padre, pero no atendía a razones.

—¡Que me da igual! ¡Que no te soporto! ¡Que no puedo ni mirarte! ¡Odio lo que nos has hecho! Has sido muy injusta para ser la que actúa en nombre de la ley, *sheriff* Wallace.

—Levi... —dijo Cole en tono de advertencia. Él lo ignoró.

El móvil le sonó interrumpiéndolo, respondió mientras mi hijo se alejaba unos pasos en dirección al agua.

—Sí, soy yo... Ajá... Ajá... ¿Y cuántas tiene disponibles? —cuestionó Cole—. Em, sí... Sí, me las quedo... Exacto, para hoy hasta el fin de la feria, después regreso a Nueva York.

El corazón se me contrajo al escucharlo. Volvía a Manhattan, no se iba a quedar. ¡Claro que no iba a hacerlo después de lo que había pasado! Colgó la llamada y me miró.

—Era del hotel, han tenido una anulación de último momento. Tara y yo nos iremos de tu casa hoy mismo.

—¡Llévame! —pidió Levi, deshaciendo la distancia que nos separaba.

—¡De eso nada! ¡Tú tienes tu casa, que es donde debes estar! —espeté aterrorizada.

—Si mi padre va a un hotel, puedo ir con él. ¿Verdad..., papá? —Al escucharlo, todo me dio vueltas y sentí que el mundo se abría bajo mis pies. Acababa de llamarlo papá y encima le pedía irse, que se lo llevara.

Cole me miró, después a él y finalmente respondió un «por mí no hay ningún problema, tengo una *suite* para dos y Tara dormirá en la habitación contigua».

—Genial. Pues entonces decidido, me voy con mi padre. —Fui a hablar, pero su expresión me lo impidió—. ¿Qué? ¿Qué ibas a decir? ¿Que no vaya? ¿También pretendes quitarme el derecho de estar con él ahora que sé quién es?

Notaba mis ojos aguarse y sentía un dolor tan fuerte en el pecho que amenazaba con partirme en dos. Jamás imaginé ver tanto odio en aquellos ojos idénticos a los míos, y mucho menos que esa emoción fuera dirigida hacia mí.

—Levi estará bien —murmuró Cole con suavidad.

Puede que fuera cierto, seguro que lo era, su padre era un tipo maravilloso, me lo había demostrado con creces, no obstante, yo ya me estaba muriendo por dentro porque sabía qué vendría después. Levi querría marcharse con él, a Nueva York, a vivir la vida que le correspondía y que él le podría ofrecer, y si eso ocurría... No sabía cómo superarlo. Negarme tampoco me haría un favor, así que accedí.

—E-está bien —dije, girando el rostro para que no vieran las lágrimas que ya empezaban a surcar mis mejillas sin control.

—Vamos, papá, que yo te llevo. Podemos volver a la casa de mamá andando y coger nuestras cosas, nos vendrá bien hacer algo de ejercicio.

Levi desató a Silver, subió primero y después lo hizo Cole.

No tenía ni idea del daño que me acababa de hacer nombrando nuestra casa, la suya y la mía, como solo mía.

Mi hijo agitó las riendas, los brazos de su padre lo envolvieron por detrás y Silver arrancó el trote llevándose a las únicas dos personas capaces de despedazarme.

Se fueron sin decir adiós, sin ver cómo caía de rodillas, desplomada y la tierra batida recogía mis lágrimas en un llanto imposible de calmar.

Capítulo 46



JANE

No sé el tiempo que estuve llorando, lo que sí sé es que cuando llegué a la cuadra, mi padre me estaba esperando, con rictus serio y cara de preocupación.

Debía tener un aspecto horrible porque se ofreció a ocuparse de mi caballo.

—Yo lo monto, yo lo desmonto —respondí. Era una de sus premisas cuando nos llevaba a las cuadras.

—Entonces lo hacemos los dos.

Una vez devolvimos a Bandido a su caballeriza, mi padre le quitó la silla, y yo me dispuse a cepillarlo.

Estuvimos cinco minutos cepillándolo en silencio, con el olor a paja y animal que destilaba el lugar. Mi padre habló sin previo aviso y yo detuve el movimiento de mi mano.

—¿Sabes? Siempre fuiste más dura que tus hermanos. Tu madre tenía miedo de que cualquier día te encontráramos con el cuello partido bajo el árbol, ya sabes, las escaleras parecían darte alergia, pero yo sabía que eso no sucedería. Eres como este lugar, forjada en tierra árida, montañas escarpadas, prados verdes y aguas bravas. —Mi padre nunca me había dicho algo así—. Puede que a veces llueva con intensidad encima de ti, pero sabes cómo hacerte con las riendas de las nubes, apartarlas y hacer que brille el sol de nuevo —sonrió—. A veces terremoto, a veces huracán, a veces... —chasqueó la lengua.

—¿A veces? —pregunté cauta.

—Un temporal impredecible que termina en un arcoíris lleno de color.

—Muy poético todo, salvo que ahora mismo estoy en un charco de lodo y nadando entre boñigas, papá.

—Todos nos equivocamos.

—Yo lo he hecho a lo grande.

—¿Y cuándo no? Lo llevas en la sangre, en tu ADN, cuando vi tu cara roja, berreante y cargada de indignación contra el mundo, le dije a tu madre que debíamos llamarte Jane y no Sandra, como ella pretendía.

—Quizá si me hubiera llamado Sandra, no habría sido como un grano en el culo, o puede que toda la culpa sea porque no nací chico como el resto de mis hermanos. —Él volvió a sonreír.

—A mí me gustó que fueras niña, me hizo ilusión. —Alcé las cejas desconcertada, eso tampoco lo sabía—. A tu madre también, aunque ella hubiera preferido que fueras de las que quiere ponerse lacitos en lugar de cortarse la coleta —rio por lo bajo—. ¿Qué sabes de tu antepasada?, ¿la que te dio el nombre?

—Lo típico, que era la mayor de cinco hermanos, que se hizo famosa por vestirse de hombre, tenía fama de buena cazadora, luchó contra los indios para proteger la frontera y ayudó en un brote de viruela que afectó a unos mineros de Deadwood. —Él asintió pasando el cepillo por el lomo de Bandido.

—Eso no es todo. También era una mujer con mucho coraje llena de recursos, trabajó como lavandera, bailarina y prostituta mientras se construía el ferrocarril de Wyoming.

—¿Mi tatarabuela fue puta?!

—¿Qué?! Era una mujer de recursos, y una mujer tan hermosa como generosa y enérgica. Hizo lo que tuvo que hacer para poder sobrevivir. En eso os parecéis, además, se casó doce veces, pero solo amó a un hombre, su primer amor. En su lecho de muerte pronunció su nombre y pidió que la enterraran con él.

—Menuda romántica.

—No te lo digo por eso, sino para que no llegues a ese extremo, Jane. —Nos miramos—. He escuchado la conversación que mantenían Cole y Levi cuando me devolvieron a Silver, mi nieto lo llamaba papá.

—Lo sabes... —suspiré. No era una pregunta, sino una afirmación. Él asintió—. Papá, yo...

—Si te soy franco, siempre tuve mis sospechas. Solo hacía falta ver cómo lo mirabas cuando pensabas que nadie te veía. Tu madre también lo pensó.

—¿Y por qué no dijisteis nada?

—Pues porque respetamos tu voluntad, creímos que se trató de un error por parte de los dos y que él no quiso hacerse cargo del crío porque se fue a Nueva York. Aunque tampoco es que estuviéramos seguros al cien por cien, cabía la posibilidad de que fuera de otra persona, cuando te da por ser hermética, es complicado. Tu madre y yo decidimos que no importaba quién fuera el padre, sino que tú eras la madre y que a ese niño no iba a faltarle nunca una familia que lo quisiera y protegiera. —Me encogí por dentro. Mis padres no podían pensar que fue culpa de Cole.

—Él nunca supo nada, yo le mandé una carta que nunca recibió, y yo pensé que no quería al bebé, ni a mí. Me equivoqué, aunque eso ya no importa.

—En eso te doy la razón, no importa porque no podemos dar marcha atrás en el tiempo y recrearnos en aquello que ocurrió. Vivir en el pasado no nos permite vivir el presente, lo cual no quiere decir que no debemos tenerlo en cuenta, es una guía en la que uno debe fijarse para no cometer los mismos errores.

—Pe-pero es que él se quiere ir, le he hecho mucho daño y también a Levi.

—¿Cuál fue tu error, Jane? —reflexioné durante unos instantes.

—No persistir, como dice Levi, debería haberle llamado, no ocultarle lo que estaba pasando, y cuando apareció, no tuve que actuar como una cobarde por miedo a perder a mí hijo, debería

haberme enfrentado al problema y encontrarle una solución. —Él asintió—. Lo que ocurre es que ahora ya es tarde, papá, ¡los he perdido a los dos! Levi no quiere ni verme, le ha pedido a su padre hospedarse en su hotel porque no soporta la idea de estar a mi lado, y cuando Cole se marche, él querrá irse, lo sé. ¿Cómo voy a decirle que no cuando ya les he arrebatado casi quince años de estar juntos? —La voz me tembló.

—No has perdido a nadie porque ellos siguen en Saint Valentine Falls. —Bandido dio un relincho porque mi cepillo se había detenido, seguí el movimiento—. Eres Calamity Jane, la niña de mis ojos y una Wallace de sangre y corazón. Si te quieren, sabrán aceptar tu perdón, eso sí, no bastará con unas simples disculpas. A ti nunca te ha ido lo fácil.

—No lo sé, papá.

—Ni lo sabrás si no lo intentas, demuéstrales quién es mi pequeña Calamidad. Rendirse no es una opción cuando se ama con el corazón, y tú los amas a los dos.

—Son mi vida —le aclaré.

—¿Y vas a renunciar a ella? —Negué. Solté el cepillo, di la vuelta al caballo y lo abracé—. Gracias.

—Venga, terminemos con Bandido, que hoy duermes en casa, conociendo a tu madre, ya le habrán ido con el cuento, así que es mejor que vengas a la montaña que dejar que se desmorone sobre tu cabeza.

Tenía razón, a esas alturas, ya se habría enterado y era mejor que yo misma le aclarara la situación, aunque estuviera para el arrastre. Tenía que empezar a hacer las cosas bien y les debía esa conversación a mis padres.

—Sí, papá. —Miró su reloj.

—Terminemos, que el señor Wyatt estará a punto de llegar y mi jornada laboral también.

El trabajo de mi padre había llegado a su fin, pero el mío no, ya que estaba en la finca, aprovecharía para dar una vuelta y supervisar el estado de la valla. Quería asegurarme de que no hubiera habido ningún incidente mientras la mayoría de los trabajadores estaban en la feria.

Los forajidos solían estar alerta, y si ya llevaban dos incursiones en la granja, podrían haber intentado una tercera dadas las circunstancias.

Cuando se lo comenté a mi padre, este me preguntó si me esperaba, le dije que no, que, tras dar la vuelta de rigor, me pasaría por comisaría a repasar los cuadrantes, los altercados del día, las detenciones o cualquier cosa que debiera saber.

—¿Te esperamos para cenar entonces?

—Sí, papá, me pasaré por casa, me daré una ducha, cogeré el pijama para quedarme con vosotros esta noche y llegaré para cenar.

—Muy bien, hija. —Me dio un beso en la frente y se marchó.

El señor Wyatt me sugirió que montara a Snow Flake porque le haría bien trotar un poco. Era un caballo blanco precioso, y le pertenecía a mi cuñada.

—Perfecto.

—¿Quiere que la acompañe, *sheriff*? Cuatro ojos ven más que dos —sugirió Bobby.

Era uno de los empleados más recientes de la propiedad. El señor Wyatt lo contrató hacía tres

meses porque era experto en ganado y quería que sus animales tuvieran la mejor calidad.

—¡Claro que sí! Ve con ella, hijo, y de paso le muestras las reparaciones —comentó el señor Wyatt.

—No me vendrá mal algo de ayuda. —Ni de charla, mi padre decía que Bobby era una Wikipedia andante sobre vacas, ovejas y caballos, que tenías que frenarlo o tus neuronas terminaban mugiendo, balando y relinchando. Un poco de distracción e información no me vendría mal, así dejaría de pensar tanto en Levi y Cole.

Una vez sobre los caballos, le sugerí empezar por la zona de pasto de los animales, quedaba un poco más alejada del estanque donde encontré a Levi.

—¿Y no prefiere que arranquemos por el sur? El señor Wyatt a veces nos hace llevar al ganado por allí.

—Nah, las dos veces que se robaron lo hicieron por el norte, es lógico, la comunicación es mejor, está más alejado de la zona poblada y es donde suelen concentrarse los animales.

—Pe-pero nunca se sabe, igual lo hacen para despistar, los cuatrereros no son tontos. —Le sonreí.

—Ya te digo yo que no lo son y por eso jamás elegirían el sur. Nadie se arriesgaría a cruzar la finca, y esos ladrones no van a construir un túnel subterráneo. Iremos al norte.

—Sí, señora.

—¿Por qué no me hablas de los animales? Mi padre dice que sabes un montón de cosas.

Él tensó una sonrisa mientras se ponía a la par conmigo y empezaba a arrojar un montón de datos.

El trayecto se me hizo bastante corto, seguimos avanzando, Bobby insistía en que ya habían supervisado la zona esa misma mañana y que lo mejor sería dar la vuelta.

Escuché un sonido que me hizo poner en alerta.

—¿Has oído eso? —pregunté, aguzando el oído.

—No, señora, ¿e-el qué?

—No estoy segura, sigamos por allí.

—Allí no hay nada, *sheriff* —murmuró nervioso.

—Pues yo creo que sí. —Clavé los tacones de las botas a los flancos del caballo y me puse a trotar en dirección al sonido. Bobby intentó seguirme el ritmo, estaba segura de que el instinto no me fallaba.

A lo lejos, vi un movimiento, entrecerré los párpados para fijarme más allá de la nube de polvo que levantaban los cascos de mi caballo y entonces lo vi, había un vehículo de grandes dimensiones apostado a un lado de la secundaria que conectaba con la carretera principal.

—Arre —espoleé al animal, agarré las riendas con la mano izquierda, mientras que sacaba mi arma con la derecha. Había cuatro tipos empujando un par de terneros con toda la intención de llevárselos. ¡Ya eran míos!

Capítulo 47



JANE

—¡Alto! —proclamé, apuntando a los tipos. Frené en seco y miré a los furtivos. ¿De qué me sonaban sus caras?

Bobby se acercaba al galope, oía los cascos llegando.

—Bobby, ¡vuelve a la granja y dile al señor Wyatt que llame a Dax! —exclamé. No debió escucharme con el ruido de su animal. Iba a repetirle la orden cuando noté un fuerte golpe tomándome por sorpresa por detrás.

—¡Tendría que haberme hecho caso! —fue lo último que escuché antes de desplomarme y caer del caballo.

Cuando recuperé la conciencia, sentí náuseas por el golpe recibido en la cabeza.

Había oscurecido y estaba atada a un árbol. Tenía los músculos entumecidos, bastante frío y un dolor horrible que me hizo contener la respiración.

A unos metros, los bandidos estaban reunidos alrededor del fuego, riendo y bebiendo para calentarse. Me fijé bien en el entorno y descubrí una cabaña de caza, si no recordaba mal, era la del viejo Seamus, estaba a unas cuantas millas del pueblo, unas treinta bosque adentro.

Me encontraba desarmada y mis probabilidades de salir con vida eran bastante escasas, teniendo en cuenta que nadie sabía que estaba allí.

En ese momento, fui consciente de que el señor Wyatt había tenido al enemigo en casa, él había informado a los forajidos sobre cuándo era el mejor momento para sustraer a los animales, tenía todo el sentido.

Bobby no estaba con ellos. Seguramente, habría vuelto a las caballerizas para devolver a Snow Flake, y si se había fijado, se habría dado cuenta de que, con lo de Levi, ni siquiera saqué las llaves del contacto del coche patrulla. Igual lo había escondido para que pareciera que me había largado.

Me dieron ganas de darme de cabezazos contra el puto árbol. ¡¿Cómo podía haber sido tan lerda?!

—Jefe, la puta se ha despertado —comentó uno de los forajidos con voz pastosa. Me había pillado de pleno y no podía volver a hacerme la dormida para pensar un plan de actuación, aunque tenía poco margen, la verdad.

El tipo que llevaba una camisa de cuadros azul, sombrero marrón y estaba sentado sobre un tronco, dándome la espalda, se levantó, y al darse la vuelta a tan poca distancia, lo reconocí de inmediato. ¡Era el maldito tío del billar! ¡El mismo con el que tonteeé la noche en que Cole se lio a golpes en La Guarida!

—Pero mira lo que nos ha traído el polvo de Missouri... —se jactó él—, aunque para polvo el que le voy a echar.

Los otros tres se rieron.

—Solo estáis empeorando la situación al tenerme retenida en contra de mi voluntad, por si no sabéis leer, soy la *sheriff*, mis hombres vendrán a por vosotros en un santiamén al ver que he faltado a la reunión que tenía prevista y que no respondo al teléfono.

El tipo que tenía enfrente se rio con más fuerza.

—¿Habéis escuchado a esta zorra? ¿En serio es tan imbécil que piensa que vendrán a por ella? —Me miró directamente a los ojos. Los cuatro iban armados mientras que yo no tenía ni un mísero puñal—. Esta mañana estuvimos en la feria y vimos el circo que montaste. No está bien preñarse de una estrella de la NFL y ocultarle a su hijo, eso no es muy de *sheriff*, más bien de puta, ¿no crees?

—Voy a romperte la cara en cuanto me sueltes. —Él se carcajeó.

—¿Tú y cuantas más?

—Desátame y lo verás, solo me bastará un puñetazo para que me veas cuádruple. —Se puso de cuclillas y fijó sus ojos a los míos.

—Lo haré, no te quepa duda, sobre todo, porque mañana van a encontrarte colgada de este árbol. Tu mala conciencia te empujó a quitarte la vida.

—Nadie va a creerse eso. —Se encogió de hombros.

—Me da lo mismo, el fin es que nadie pueda identificarnos cuando estemos lo suficientemente lejos. No cometemos más de tres apropiaciones indebidas en la misma zona, forma parte de nuestro código ético para que no nos pillen.

—Tú no sabes lo que es la ética —acercó su cara a la mía. Pasó la yema de su dedo por mi mandíbula y el cuello.

—En eso estamos de acuerdo —murmuró, descendiendo para desabrochar un par de botones de mi camisa. Intenté removerme—. Voy a cobrarme lo que me debes.

—¡Yo no te debo nada! —ladré.

—Ya lo creo que sí. Me jodiste el polvo y me dieron una paliza por tu culpa, así que me la pienso cobrar e invitar a mis amigos a una ronda, como mínimo.

—Si me tocáis un maldito pelo, estáis muertos —gruñí.

—Soltadla y sujetadla mientras la desnudo, va a ser una noche muy divertida.

Capítulo 48



COLE

Golpearon a la puerta de mi habitación con insistencia.

Llevaba toda la tarde recluso con Levi en el cuarto, poniéndonos al día de un montón de cosas, respondiendo a todas las preguntas o curiosidades que nos surgían a uno y a otro.

¿Cómo había podido estar tan ciego? Era zurdo, tenía alergia al melocotón y una pequeña mancha de nacimiento en la espalda, en la piel que atrapa la goma del calzoncillo, en forma de corazón. Mi madre siempre me decía que ahí era donde me había bendecido Cupido y que por eso siempre tendría mucha suerte en el amor.

Mis padres se pondrían locos cuando supieran que tenían un nieto. Llevaban años pidiéndome que sentara la cabeza, me enamorara y les diera uno, pues mira, ya lo tenían.

No solo habíamos estado hablando de nosotros. Aunque no justificaba lo que Jane había hecho, me parecía mal que Levi no le diera a su madre el lugar que le correspondía e intenté que lo entendiera, pero cuando tienes quince y eres una hormona con patas, no ves las cosas del mismo modo.

Le dije que Jane hizo todo lo posible porque tuviera una buena infancia y que fuera feliz. Que era una cría cuando se enteró de que estaba embarazada y que le pudo ese pundonor que comparten los dos al creer que yo pasaba de ellos. Que podría haber hecho otra cosa, sí, pero todos tenemos derecho a equivocarnos, aunque sea de la forma más dolorosa. De todas maneras, le reconocí que Jane no actuó bien una vez estuve aquí y que los dos merecíamos saber la verdad.

Seguía muy enfadado, sobre todo, porque ella hubiera considerado la posibilidad de que yo quisiera arrebatarle a Levi, sin tener en cuenta que era su madre, hubiera hecho bien o mal las cosas.

Necesitaba que la situación se enfriara para meditar qué y cómo lo iba a hacer, no quería separarme de Levi cuando sabía que era mío, pero tampoco era justo llevármelo sin más para Jane. Por el momento solo quería disfrutar de la experiencia de ser padre por sorpresa.

Estaba viendo una peli con Levi, poniéndonos hasta el culo de *pizza*, cuando llamaron y fui a abrir.

Me asomé a la puerta y me sorprendió encontrarme a Travis.

—Si has venido a hostiarme de nuevo, no te lo voy a poner tan fácil.

—No vengo por ti —respondió hosco.

—Entonces te has equivocado de cuarto, el de Tara es el de al lado.

—Tampoco es eso. —Asomó un poco la cabeza—. ¿Jane está aquí? —Negué.

—¿Debería estarlo?

—Vosotros sabréis. Vale, me largo.

—Se quedó en la granja Wyatt, quizá debas preguntar ahí.

—No, allí no está.

—Pues entonces prueba con Stace, o alzando jarra en La Guarida. —Él tensó los labios.

—Con Stacey no está porque papá llamó a Dax, este a La Guarida y después a mí, por si estaba hablando contigo aquí. Al parecer, fue a dar una vuelta por la propiedad del señor Wyatt, por el tema de los robos de ganado, pero se marchó un par de horas después. El problema es que no acudió a la reunión con sus hombres y no hay rastro ni de ella ni del coche patrulla. Había quedado en que iría a cenar con mis padres, también a pasar la noche, pero no ha aparecido y su móvil está apagado.

—No querrá que la molesten.

—Si conocieras bien a mi hermana, sabrías que ella no lo apaga ni cuando no quiere que no la molesten y, por si ibas a sugerirlo, tampoco se queda nunca sin batería. Desde que Levi tuvo una fiebre muy alta y ella no pudo llamar al doctor, no le pasa.

—Puede que hoy no le apeteciera tenerlo encendido y necesitara desconectar. —Travis resopló.

—Mira, mi hermana puede ser muchas cosas y tú mejor que nadie sabes que siempre hemos tenido nuestras diferencias, pero ella jamás desconecta de lo que la rodea, y la prueba la tienes en que, por muy destrozada que esté, se fue con Bobby a intentar dar con esos malnacidos.

—¿Y los Wyatt la vieron marcharse de la finca?

—No, solo Bobby, ¿por qué?

Tuve un pálpito, si era tal y como Travis decía, nadie la había visto, y ese tal Bobby fue el último...

—¿Ese tío es de fiar?

—¿Quién, Bobby? —Asentí—. No lo conozco mucho, lleva tres meses en el pueblo, el señor Wyatt lo conoció en una feria de ganado.

De pronto, empecé a pensar que algo podía haber ido mal, muy mal.

¿Y si ese tío había querido aprovecharse de ella? Y si Jane se resistió y... Ocurría constantemente en muchas partes, un mal golpe y el último que la había visto resultaba ser el asesino. La posibilidad hizo que la *pizza* subiera y bajara por mi esófago.

—Llama a Dax y a Jake, vamos a hacerle una visita a ese tal Bobby. —Travis contrajo el gesto con preocupación.

—¿Piensas que ha podido...?

—Espero con todas mis fuerzas que no. —Salí hacia el pasillo y llamé a la puerta de Tara, esta salió en pijama y me miró con extrañeza.

—¿Qué pasa?

—¿Puedes quedarte con mi hijo? Tengo algo urgente que hacer con Travis.

—Si es volver a enzarzarnos a guantazo limpio...

—Tara, es importante, Jane ha desaparecido.

—Vale, dame un minuto, que cojo el móvil y la tarjeta de la habitación —comentó, perdiéndose en el cuarto contiguo.

—¿Qué pasa con mi madre?

Levi se había asomado, al parecer, había escuchado algo, aunque no sabía el qué.

—Nada importante —respondió Travis—. Tara se queda contigo para ver una de esas pelis de zombis que tanto os gustan a los dos. Podéis pedir palomitas al *room service*.

—¿Quieres llevarte a mi padre para atizarle?

—¿Qué os ha dado a todos con lo mismo? Si hubiera querido pegarle, ya estaría KO, en el suelo.

—Eso no te lo crees ni tú —respondió mi hijo, encarándose a su tío.

—Das asco, Suspiracole. —Travis hizo el gesto de potar. Tara apareció en el pasillo, le pedí que tuviera el móvil encendido y que cualquier cosa me llamara a mí, o al abuelo de Levi.

—Hecho, tened cuidado —murmuró, mirándonos a los dos.

—Lo tendremos.

Capítulo 49



TARA

Estaba preocupada, para qué iba a negarlo. Jane la había cagado mucho ocultándole algo tan importante a Cole, tenía toda mi fe puesta en que su relación fuera lo que él necesitaba para dar el paso y no arriesgar su calidad de vida.

Sus padres estaban muy preocupados, también el entrenador, pero la última palabra era suya, por eso cuando les pregunté a sus progenitores si había algún lugar que pudiera hacerle cambiar de opinión, se miraron y respondieron al unísono: Saint Valentine Falls.

Me contaron que Cole había nacido allí, el lugar que lo vio crecer y donde vivió los mejores momentos de su vida, junto a sus vecinos, los Wallace.

A Jena, la madre de Cole, le daba el pálpito de que su hijo siempre estuvo enamorado de aquella chica a la que miraba a través de la ventana y apodaban Calamity Jane, porque era una pieza de cuidado. Ingeniaba las travesuras más divertidas, me contaron algunas que me llevaron hasta las lágrimas, no me extrañaba que esa chica le hubiera picado la curiosidad a mi amigo.

Cuando llegaron a Nueva York, Cole les llegó a decir a sus padres que no sabía si iba a aguantar estar lejos de Missouri. Sus padres le pidieron que se esforzara un poco, que terminaría aclimatándose, además, habían pedido un traslado laboral, tampoco es que tuvieran muchas opciones.

Cole pasó el verano bastante cabizbajo y, dos meses después, la señora Carter le sugirió escribirle una carta a alguno de sus amigos. Esa misma tarde vio a su hijo salir con una entre las manos, llena de pegatinas y colorines, era para Jane Wallace.

A la semana llegó la respuesta, Cole no se despegaba del buzón, y cuando la vio aparecer, la cogió entusiasmado, su madre bromeó con él, sus ojos volvían a brillar, se metió en su habitación y allí estuvo un buen rato. Jena estaba en la cocina cuando él entró y la tiró a la basura. Ella le preguntó si todo iba bien, y el joven Carter respondió que sí, que ya tenía el motivo que necesitaba para seguir adelante, poner toda la carne en el asador y convertirse en el mejor jugador de la NFL.

No cabía duda de que algo ocurrió entre ellos, y que esa chica le partió el corazón. Cole salía con mujeres, pero jamás se comprometía con ninguna, nunca pudo superar a Calamity Jane.

Mi maquinaria se encendió y de inmediato supe que ella era la clave, averigüé todo lo que pude sobre Saint Valentine, *googleé*, y cuando vi que era *sheriff*, y que no había tenido una pareja

nunca, supe que para ella tampoco había sido fácil superarlo.

Pensé el plan de manera minuciosa, fui depositando pequeños objetos en el ático de Cole que pudieran despertarle el gusanillo para volver, no quería ser muy directa, porque entonces se me habría visto el plumero y se hubiera negado en rotundo.

Publicidad subliminal, sugestión, llámalo como quieras, la cosa es que cuando le dije que lo mejor para él sería pasar unas semanas fuera de Nueva York, que le vendría bien un cambio de aires para seguir con la rehabilitación y tomar una decisión, él solito respondió:

—*Tengo el lugar. Vayamos a Saint Valentine Falls.*

«Soy buena, soy buena, soy buena, uh, uh...», canturreaba mi interior.

Que la señorita Calamidad me cayó de puta madre era un hecho, y que no esperaba que su hermano y exmejor amigo de Cole fuera un vaquero buenorro que hacía unas comidas de escándalo, en el sentido más amplio de la palabra, también. Y por supuesto que el colofón final fue aquel crío de quince años, que era una réplica de su madre, con cualidades muy parecidas a las de su padre, que en ese momento me observaba pensativo.

No iba en pijama, por si te lo preguntas. Me había cambiado de ropa por lo que pudiera ser, que Jane hubiera desaparecido podría no ser nada o ser muy jodido, así que era mejor estar vestida para salir corriendo en cualquier momento.

Levi estaba preocupado y pensativo, había sido un día tan duro para él como para sus padres. Por un lado, estaba eufórico al saber que podía llamar a Cole Carter, su ídolo, papá, y a la contra, se lo llevaban los demonios porque su madre le ocultara la verdad.

—¿En qué piensas? —le pregunté.

—En que me apetecen esas palomitas que ha sugerido mi tío para ver la peli de zombis.

—Vale, pues llamamos al *room service*.

—No, deja, ya bajo yo, me irá bien estirar un poco las piernas, y así no molestamos al servicio de habitaciones. Además, Eros necesita que le dé un paseo para echar una meadita, no te preocupes, que no me moveré de la puerta del hotel, justo enfrente está la zona para que las mascotas puedan hacer sus necesidades.

—Lo sé. Puedo acompañarte si quieres.

—Nah, tú quédate y ve eligiendo la peli, que subo en un santiamén —comentó, poniéndose la chaqueta y colocándole la correa al perro.

—¿Y si ya la has visto?

—Pues la vuelvo a ver, en serio, no me importa, si son buenas, me gusta repetir.

—Vale, bien, no tardes.

Lo acompañé a la puerta, lo vi alejarse por el pasillo y Levi me ofreció una sonrisa antes de subir al ascensor.

En cuanto las puertas se cerraron, supe de inmediato que iría más rápido por las escaleras.

Capítulo 50



JANE

«Mente fría, Jane», me dije al sentir cómo me desataban las muñecas.

Tenía que evaluar los factores, el entorno y mis posibilidades reales.

Ellos eran cuatro y yo una, si podía hacerme con una de sus pistolas, tendría una posibilidad, por pequeña que fuera.

Podría optar por atrincherarme en la cabaña, o correr a través del bosque, sabía orientarme sin demasiada dificultad, ellos eran los foráneos, yo me había criado entre esas montañas.

Además, era de noche e iban bebidos.

Hice de tripas corazón cuando me levantaron y me vi frente a frente con el cabecilla. Me sacaba una cabeza, aunque eso nunca me había importado, todos mis hermanos me lo hacían y, por más que llevara bastante tiempo sin practicar el «todos contra Calamity», no sería la primera vez que me enfrentara a un grupo.

Tenía las piernas dormidas, lo cual no era demasiado bueno para echar a correr. Las moví un poco.

—Tranquila, potra salvaje, que para lo único que vas a necesitarlas es para abrirlas —masculó, escupiendo al suelo.

Sus dos secuaces me sujetaban por los brazos, el tercero estaba detrás del cabecilla evaluando lo que él creía que iba a catar en segundo turno.

—¿Tan poco hombre eres que necesitas que me sujeten, Mack? —El nombre cruzó mi mente.

—Lo que soy es cauto y poco estúpido —respondió, alargando los brazos para desabrochar el tercer botón de mi camisa. Los dientes me castañeteaban del frío—. En nada te voy a calentar.

—Déjame que lo dude, no me van los cobardes que necesitan un par de amigos porque no son capaces de dominar a una mujer.

Él me ofreció una sonrisa soberbia.

—Quizá sea divertido... ¿Qué decís, chicos? ¿Os apetece cazar a la zorra?

—¿Y cuál es el premio? —se jactó el que me sujetaba por el brazo derecho.

—El que la pille se la tira primero. Total, no va a poder hacer mucho desarmada y descalza.

—¿Descalza?

—Henry, quítale las botas.

Era un contratiempo, pero daba igual que lo hicieran, me encantaba andar sin nada en los pies por el bosque, sobre todo, de pequeña.

El que me quitó el calzado me miró relamiéndose, como si pudiera ponerme ese cerdoapestoso con barba de cincuenta días. Al descubrir el segundo pie, se dispuso a chuparme el dedo gordo y se llevó una patada en toda la boca que lo hizo caer de espaldas. Sus amigos se echaron a reír al ver su cabeza rebotar contra el suelo.

—¡Putá! —me insultó.

—¿Es que no has aprendido nada del ganado? ¡Hay que mantenerse lejos de las pezuñas! —proclamó el que me agarraba los brazos, cuyo alientoapestaba a ron.

Me pusieron en pie de nuevo.

—Muy bien, *sheriff*, vamos a darte diez segundos de margen, ¿lista?

—Nací lista. ¿Podemos hacerlo un poco más interesante teniendo en cuenta que solo soy una mujer y vosotros vais armados?

—¿Cuál es tu sugerencia? —A los hombres les encantaba pensar que éramos unas desvalidas, cuando en realidad solo nos hacía falta un buen motivo para ser unas asesinas.

—En los cinco primeros segundos, tenéis prohibido tocarme, pasado ese tiempo, tenéis vía libre —Mack se carcajeó.

—Tres.

—Trato hecho. Venga, no perdamos más tiempo. Allá voy. Uno. —Noté como las manos que me sujetaban me soltaban. Aproveché de inmediato para dar la vuelta sobre mí misma—. Dos. —Metí la mano en la arpillera del tío que me había soltado al mismo tiempo que le hacía un barrido perfecto para que perdiera el equilibrio sin que se diera cuenta de que lo desarmaba—. Tres. —Me hice con el revólver, pero no disparé, era mi arma secreta, si abría fuego de inmediato, no me daría tiempo a disparar a los tres, les había bloqueado la visión con mi cuerpo, solo habían podido ver a su compañero cayendo.

Tenía unos segundos de ventaja que no podía malgastar. Corrí hacia delante con todas mis fuerzas adentrándome en el bosque, escuchando las quejas del hombre de Mack que, cuando se puso en pie, y su cabecilla alcanzaba el número seis, se dio cuenta de que le faltaba la pistola.

—¡Tiene mi arma!

Un impropio cruzó la noche mientras una piedra afilada se hundía en la fina piel de la planta de mi pie. Me tragué el grito de dolor y no paré. Mack saltó directo del siete al diez.

Me dolía la cabeza, todavía tenía algunos problemas de entumecimiento en los músculos y la nueva herida no ayudaba, pero me daba igual, no iba a morir, no había llegado mi hora, me negaba.

—¡Vamos a por ti, zorra! —proclamó el cabecilla. Los demás empezaron a soltar impropios, insultos y amenazas.

Aceleré el paso. Escuché el silbido de algunas balas y cómo se dispersaban para asediarme.

Era lo más lógico, rodear a la presa, así que necesitaba un lugar para darles caza. Seguí adentrándome entre el follaje. Llevaba unos cinco minutos corriendo sin parar, buscando el

escondite perfecto, y entonces lo vi, a unos pocos metros, un enorme cedro que me ofrecería el cobijo ideal.

Guardé el revólver en la cinturilla del pantalón. Lo rodearía y escalaría por detrás, así no recibiría un tiro en la nuca si me alcanzaban, solo esperaba no haber perdido la destreza después de tanto tiempo sin subirme a uno.

El sonido de pisadas y ramas crujiendo cada vez era más cercano. Me tropecé con una raíz y contuve otra palabrota, que rebotó en mis cuerdas vocales. La noche estaba bastante cerrada, no se veía bien, lo que jugaba tanto a favor como en mi contra. Ya no tenía frío, aunque tenía los pies y la punta de la nariz helados.

Logré rodear el árbol y me agarré a un par de ramas para alzarme por el tronco con toda la agilidad que me quedaba. Las astillas se incrustaban debajo de mis uñas, pero me daba igual.

Contraje el rictus. Mi pie se encontró con un saliente de la corteza que se hundió en la herida abierta. Respiré con fuerza, me di dos segundos para superar el dolor y seguí subiendo, hasta dar con un lugar lo suficientemente ancho y protegido para albergarme.

Saqué el arma y la amartillé. Apoyé la espalda e intenté templar los nervios. Podía salir de esa y lo iba a hacer, aunque no hubiera un solo rincón de mi cuerpo que no protestara.

—¿¿Dónde demonios se ha metido?! —preguntó uno—. ¿La veis?

—Cállate, John, ¿que así le das nuestra posición! ¿¿Qué te pasa, tío?! ¿Es que tu padre nunca te llevó de caza, o has jugado al *softball*?

—Su padre le daba caza a él —se jactó el tipo al que le quité el arma—, ¿no has visto cómo le ha pateado antes la cara?

—Cállate, ¿que tú te has quedado sin arma! —Estaba tan entretenida escuchándolos, con el latido de mi corazón golpeando con tanta fuerza y la mirada puesta hacia donde procedían las voces, que no me percaté de que alguien más listo que los otros tres subía a mi refugio con el sigilo suficiente para no alertarme.

—¿Ya eres mía, zorra! —El disparo impactó contra el revólver que apuntaba hacia delante. El estallido hizo que no pudiera sujetar el arma que salió despedida por los aires.

Ni me lo pensé. Salté hacia delante, agarrándome a mi asaltante, peleando por su arma. Este se desequilibró, rodeé su cintura con mis piernas mientras los dos caímos al vacío.

Un disparo cruzó la noche y sentí el calor de la bala en mi sien.

Capítulo 51



COLE

Sabía que algo raro estaba pasando.

En cuanto Travis le comentó a Dax que no estaba conmigo, este activó la geolocalización del coche patrulla que resultó estar en el fondo de un barranco cercano a la granja.

No había marcas de huellas, lo que quería decir que alguien lo había despeñado y todas las papeletas las tenía Bobby, el cual vivía en la zona de trabajadores.

Cuando Jake pateó su puerta y lo sometió a una soberana paliza, cantó como los ángeles al ver cómo el señor Wyatt le aproximaba a su lengua las pinzas para quitar los herrajes a los caballos.

Se vino abajo y confesó.

Formaba parte de la banda desde el principio, era el hermano del cabecilla. Su *modus operandi* era sencillo. Iban a ferias de ganadería, se fijaban en quién tenía los mejores ejemplares de la zona, infiltraban a Bobby en la propiedad, o por necesidad, o forzando la situación dañando al encargado de la ganadería, y en un tiempo prudencial, empezaban los robos.

Una vez obtenido el botín, Bobby, cuyo verdadero nombre era Benjamin, tardaba un mes en largarse para no levantar sospechas.

—¿Dónde está mi hermana? —gruñó Travis sin quitarle los ojos de encima.

—No lo sé, yo-yo nunca sé dónde... —Mi mano se cerró y le di tal puñetazo en la mandíbula que se le tumbó hasta la silla.

—¡Dime dónde está o va a ser peor! —El señor Wyatt lo agarró de la camisa y lo levantó mientras este escupía sangre.

—So-solo sé que dormían en el bosque, en una cabaña de caza, pero no sé si se la han llevado ahí, ¡lo juro! Esto no tendría que haber pasado, ella debería haberme obedecido.

—¿A ti? —pregunté, alzando las cejas—. Calamity Jane no obedece a nadie.

—Creo que sé dónde puede estar —anotó Dax—, en esta zona, está la cabaña del viejo Seamus, que para estas fechas suele estar con su hija en Miami porque dice que le duelen los huesos.

—Es verdad, está cerca y cuenta con algunas camas —afirmó el señor Wyatt.

—Pues no perdamos tiempo —se sumó Travis.

—Suegro, ¿podemos coger algunas de tus armas? —inquirió Jake.

—Eso ni se pregunta, coged las que queráis.

Dax esposó a Benjamin para que no huyera y el señor Wyatt se ofreció a custodiarlo mientras esperaba los refuerzos que el ayudante de Jane había pedido.

El hermano mayor de Jane salió a toda prisa pidiéndole a Travis que lo acompañara y se hizo con tres rifles y munición.

Nos montamos en la ranchera del señor Wyatt, que estaba más preparada para meterse por los caminos de montaña. Travis se puso al volante y condujo como un loco con las indicaciones que Dax le daba.

Llegamos hasta la cabaña, había una hoguera y se oyeron disparos en el bosque. Prácticamente, saltamos del vehículo en marcha y echamos a correr en dirección a las explosiones.

—Como le toquéis un pelo a mi hermana, ¡vamos a mataros, hijos de puta! —rugió Travis. Nunca se le había dado bien el silencio.

Los estallidos no tardaron en llegar. La visibilidad era escasa, contando con la negrura de la noche, la espesura de los árboles y las nubes que tapaban la luna.

Un proyectil se incrustó en un árbol cercano a mí, me resguardé detrás de él y rogué para que Jane estuviera bien. Era lo único que me importaba, si no volvía a verla, no podría superarlo. Era demasiado importante para mí, aunque estuviera muy enfadado por lo que nos había hecho, perderla lo superaba con creces.

Una gota de sudor frío me bajó por la espalda, escuché un crujido muy cerca, me pegué todavía más a la corteza, divisé la puntera de una bota marrón agujereada y supe de inmediato que no era de los nuestros, así que puse el rifle en posición y le asesté un golpe con la culata del arma en la nariz al tipo que acababa de asomarse.

El chasquido de huesos rotos precedió al grito de dolor que le hizo soltar su revólver para cubrirse la cara. Tenía una barba poblada y el rostro cubierto de sangre. Lo agarré e hice el lanzamiento de mi vida estrellándolo contra un árbol.

Del golpe, perdió la conciencia.

—Buen *touchdown*, Carter —comentó Travis, pasando por mi lado.

—Yo me ocupo. —Jake venía a la carrera con una cuerda—. Seguid.

—Hijos de puta, ¡estáis muertos! —vociferó uno de los forajidos disparando a bocajarro.

Me tiré al suelo, Travis hizo lo mismo para rodar sobre su propio cuerpo y apuntar en su dirección. Los dos apretaron el gatillo a la vez y se oyeron dos quejidos con escasos nanosegundos de diferencia.

Miré a mi amigo con el corazón en la garganta. No lo veía bien, pero juraría que...

—¿Te han dado? —pregunté, queriendo atenderlo. Corrí en su dirección. Pese a nuestras diferencias por lo ocurrido, no quería que nada malo le sucediera.

—No es nada, sigue y trae a mi hermana, procura que esté viva o te volaré las pelotas, Carter, y esta vez no voy de farol.

—Si no me las vuelas tú, me las vuelo yo —respondí, ganándome una sonrisa cómplice de su parte.

Pasé por el lado del tipo al que Trav había disparado, estaba en el suelo con un impacto en la yugular que lo había dejado en mitad de un charco de sangre. Al mío no le había visto la cara,

pero a ese sí que lo reconocí. Eran los mismos tipos con los que tuve la confrontación en La Guarida.

Lo vi todo rojo.

Con el pulso a mil por hora, seguí corriendo. A mis espaldas, oí a Dax darle el alto a alguien en nombre de la ley. Benjamin dijo que eran cuatro, no había mentido, así que quedaba solo uno.

—¡Jane! —rugí.

Vi un cuerpo en el suelo, desmadejado, con sangre en la sien y el pelo castaño enmarcando un rostro demasiado pálido.

Un clic detuvo en seco mi corazón, que ya había dejado de latir. El cabrón que golpeé en el bar salió de detrás del árbol amartillando su pistola.

—No te preocupes, Superestrella, que ahora mismo vas a reunirte con ella.

—¡Deja en paz a mi padre!

Si algo no esperaba era el grito de Levi seguido de un balonazo que impactó con una precisión asombrosa contra el arma que sujetaba el último integrante de la banda.

No me lo pensé y salté directamente a por él, arrollándolo con mi cuerpo para dejarlo fuera de juego.

Mis puños se estrellaban sin control sobre su cara y su cuerpo, mientras que mi hijo corría seguido de Tara hasta caer de rodillas al lado del cuerpo inerte de su madre.

—Mamá, lo siento mucho, por favor, mamá, vuelve —suplicaba con los ojos anegados en lágrimas.

Jake, Dax y Travis, este último agarrándose el abdomen, nos alcanzaron. Tara le dio un puntapié al arma para alejarla de nosotros.

—Ya está —me frenó Jake, poniéndome una mano en el hombro.

—Mamá —seguía suplicando Levi mientras acariciaba su cara—. Te prometo que no me quejaré cuando quemes los sándwiches de queso para el desayuno, ni cuando llegues tarde a mis partidos o me digas que somos pésimos. Ni-ni siquiera iré a Nueva York, te prometo que me quedaré para siempre en Saint Valentine Falls, a tu lado, pe-pero, por favor, no me dejes, no te mueras, yo-yo...

—Voy a recordarte todas esas cosas cuando me recupere... —musitó una voz algo pastosa que nos devolvió a todos la vida.

Capítulo 52



JANE

La noche terminó bien.

Estaba bastante magullada, la caída del árbol fue muy dolorosa y me dejó sin respiración, además de inconsciente. Una rama provocó que giráramos en el aire y que yo me llevara la peor parte.

Por suerte, vinieron los refuerzos y es que, a veces, aunque una se crea invencible, no lo es, y es entonces cuando te das cuenta de que las personas que importan son las que están ahí pese a las diferencias, pese a los enfados, pese a que tú creas que no te dan valor y sin necesidad de pedirles nada.

Llevaba un par de días encamada por orden médica. Dax estaba sustituyéndome y mis padres se habían atrincherado en casa para cuidarme. Les dije que no hacía falta, pero mi madre no quiso ni escucharme.

Levi dijo que volvía conmigo, no obstante, le insistí en que era mejor idea que pasara esta semana con su padre, al fin y al cabo, Cole se marcharía a Nueva York y no quería quitarles la posibilidad de pasar esos días juntos.

No le había visto desde que lo encontré a mi lado, desencajado y golpeando como un loco al cabecilla de los forajidos, sin embargo, mi hijo vino a verme los dos días. Hablamos bastante, puede que no entendiera del todo los motivos que me habían llevado a mentirle y que me iba a costar trabajo que las cosas estuvieran como siempre, aun así, estaba segura de que iba a mantenerse firme en su decisión de quedarse conmigo y me dijo que Cole estaba de acuerdo, que lo habían hablado y que ya buscaríamos la fórmula para que funcionara.

Tras la concesión, yo me vi con la necesidad de decirle a Levi que lo veía bien y que, llegado el momento, cuando tuviera que ir a la universidad, no le pondría pega alguna si quería ir a la gran ciudad a vivir con su padre para estudiar, con la condición de que viniera algunos fines de semana, Navidad y vacaciones.

Tendría que hablar con su padre antes de que se fuera. Todavía no me sentía con fuerzas, estaba segura de que en mi estado, mucho más sensible de lo habitual, me pondría a llorar. Era difícil afrontar que iba a perderlo de nuevo por mi culpa.

Actué muy mal, le había hecho demasiado daño y yo misma me daría de cabezazos por estúpida. Me levanté de la cama, estaba harta de permanecer tumbada todo el día.

Bajé las escaleras, mi madre no abría esa semana la peluquería y mi padre estaba en la granja, el señor Wyatt necesitaba un esfuerzo extra porque Benjamin, alias Bobby, estaba entre rejas a espera de juicio, junto a los demás forajidos, excepto al que mi hermano se cargó en defensa propia. Trav recibió un disparo de su parte, en el bajo vientre, tuvo suerte de que la hebilla del cinturón bloqueara el proyectil, y ya no habría nadie que le quitara de la mente que cuanto más grande, mejor.

Pudimos recuperar el ganado robado y, a partir de entonces, el jefe de mi padre tendría mucho más cuidado de quién metía en su propiedad.

Cuando bajé, me di cuenta de que teníamos visita, Tara y Travis estaban hablando con mi madre en el recibidor.

—Hola —los saludé.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó mi hermano repasándome. Mi aspecto era terrible, un fiel reflejo de cómo me encontraba.

—Hecha mierda, me parece que este año lo vas a tener fácil en la competición de tiro con arco.

—Todavía quedan un par de días, conociéndote, seguro que puedes. —Le sonreí. Él se encogió de hombros—. La competición no sería lo mismo sin ti.

—Creo que es lo más bonito que me has dicho nunca, eso y que no apestaba el día que me gradué.

—¿Eso le dijiste a tu hermana en lugar de enhorabuena o que estaba preciosa? —preguntó Tara, avanzando en mi dirección.

—Era cierto, no apestaba. —Ella negó, y yo sonreí.

—Tara ha venido para echarte una mano —anunció mi madre—. El doctor dijo que te iría bien algo de fisioterapia.

—No quiero ser una molestia, mamá.

—No lo eres, ¿te va bien que te dé la sesión ahora? Tengo algo de tiempo. —Me iría de maravilla, me notaba el cuello rígido y seguro que ella podría desbloqueármelo.

—Em, sí, vale, no tengo nada mejor que hacer. No estoy acostumbrada a estar tumbada todo el día.

—Ya has tenido suficiente cama —me respondió. Me gustaba el estilo de esta chica.

—Yo voy a la feria, que tengo que llegar para dar de comer a toda esa gente hambrienta. Me alegro de que estés bien, Calamidad.

—Gracias por venir a verme.

Él asintió, se dio la vuelta, iba a salir de casa, pero me adelanté y lo abracé por la espalda en un acto impulsivo. No recordaba cuánto tiempo hacía que no nos abrazábamos o nos dábamos un gesto de afecto. Travis se tensó, pero después se relajó de inmediato al escucharme.

—Y por venir al rescate.

—Eres mi hermana —dijo como si eso bastara.

—Y tú un grano en el culo.

—Puede que tampoco estés tan mal, Wallace.

Se giró y me devolvió el abrazo, gruñí un poco porque seguía dolorida.

—Lo siento, a veces olvido que eres una chica.

—No es por ser una chica, idiota, sino por caer de una altura de dos metros con un tío de noventa kilos encima.

—Lo que tú digas —murmuró con una sonrisilla descarada—. Me voy antes de que el golpe en la cabeza te haga decir que me quieres o alguna estupidez como esa.

—Eso jamás, no estoy tan mal —respondí cómplice.

Mi hermano se marchó, y cuando me volteeé, Tara y mi madre me miraban con expresión entrañable.

—Ha sido muy bonito, Jane —comentó mi progenitora.

—No ha sido nada. ¿Vamos, Tara? —Ella asintió y la llevé escaleras arriba a mi habitación—. Disculpa que no haya hecho la cama.

—No pasa nada, ¿sabes que no es bueno hacerla de inmediato? Lo bueno es hacerla pasada un buen rato y ventilar, para que los ácaros no tengan el festival del porno y se atiborren con los restos de piel y sudor en un ambiente lleno de calidez. —La imagen me hizo arrugar la nariz.

—No le digas eso a Levi o no la hará. —Las dos reímos.

—Tienes un hijo fantástico.

—Sí, la verdad es que la mezcla entre Cole y yo no ha salido tan mal.

—Nada mal.

—¿Qué hago? Nunca he ido a una fisioterapeuta.

—¿Puedes quitarte la ropa para que evalúe cómo estás? También me gustaría que vayas respondiendo a las preguntas que te iré haciendo.

Tara era una *crack*, me hizo varias pruebas, algunos ejercicios, me desbloqueó el cuello y terminó poniéndome crema antiinflamatoria. Se notaba que era una gran profesional. Me estaba conteniendo para no preguntarle por Cole, aunque me moría de ganas. Me decidí a hacerlo mientras me vestía.

—¿Cómo está tu otro paciente?

—Progresa adecuadamente, no obstante, él ya sabe mi opinión sobre su lesión.

—¿Cuál?

—Que el fútbol a nivel profesional no le hace bien. Lo cierto es que tenía puestas todas mis esperanzas en ti.

—¿En mí? —cuestioné extrañada.

—¿Te importa que hablemos un rato?

—No.

Palmeó la cama y me puse a su lado. Me explicó que tanto los padres de Cole como su entrenador estaban muy preocupados y que ella había hecho lo posible para que quisiera venir aquí, con la esperanza de que yo fuera un motivo suficiente como para que él se olvidara de los Giants.

—Pues te equivocaste de persona.

—Yo no lo veo así. Cole está encantado en su nueva faceta de padre, le gusta ser el ayudante del entrenador y, entre tú y yo, tiene pasta suficiente como para no trabajar el resto de sus días y

decidir que convertir a los Tigers en los campeones que merecen ser es una tarea loable. Solo necesita otro pequeño empujón de tu parte para encauzarlo.

—¿De la mía? ¡Si ni siquiera ha venido a verme estos días! Está claro que la idea le repugna. —Tara soltó una carcajada.

—Repulsión es lo último que le provocas. Lo conozco lo suficiente para saber que, si te estás evitando, es porque sabe que, si te ve, no podrá irse. Te quiere, muchísimo, tendrías que haber visto cómo se desencajó cuando Travis vino al hotel a contarnos que no te encontraban, ni siquiera se lo pensó dos veces y me dejó al cargo de tu hijo, quien tampoco se pensó dos veces lo de tratar de engañarme para intentar ir al rescate, menos mal que estaba preparada. —Al escucharla, mi corazón dio un pequeño sobresalto.

—¿De verdad piensas que todavía me quiere?

—Sin lugar a dudas. —Bufé.

—Le he hecho demasiado daño...

—Cole es un tipo duro y está acostumbrado al dolor, dale un buen motivo, uno sincero que le llegue al corazón y clavará rodilla ante ti. Eres mi única esperanza, Jane. Solo alguien con tu coraje y tu inventiva estaría a la altura de una heroicidad como salvar a Cole Carter de su peor enemigo, de sí mismo. Te necesita más que nunca, no pierdas la oportunidad de demostraros que juntos estáis mejor que separados. —Palmeó mi muslo y se puso en pie—. Hazme un favor y dale una vuelta, seguro que se te ocurre algo.

Capítulo 53



COLE

Ese era el día que todo el mundo esperaba, la expectación era máxima y se notaba.

Levi cumplía quince años y me había pedido como regalo que lo llevara a pasar la tarde, quería ver a su tío participar en el concurso de tiro con arco, ver los ganadores de las cartas de San Valentín de este año —participaba una carta por cada franja de edad— y después cenar algo en el restaurante de Travis con la familia y amigos.

Confieso que estaba nervioso porque Jane iba a estar en esa cena.

Había sido incapaz de ir a verla, aunque sabía por Levi que se estaba recuperando bien. Tara estaba llevándole la rehabilitación y me comentó que ya se encontraba casi recuperada, lo cual no me extrañó porque siempre fue una mujer muy fuerte.

—Esa mujer es la leche, Carter, si la pierdes, te vas a arrepentir.

No dije nada al respecto porque sabía que mi amiga tenía razón y que, en el fondo, si no había ido a verla era porque no estaba seguro de cómo podría actuar. El otro día, en el bosque, cuando la vi tumbada en el suelo y sentí que podía perderla de verdad, fue lo más doloroso que había vivido nunca, incluso más angustiante que cuando el médico me dijo que tal vez no podría volver a jugar al fútbol.

Por eso, en cuanto termináramos de cenar, iba a regresar a Nueva York.

—Mira, ¡allí está el tío Travis! —señaló Levi con el dedo—. ¡Y mi madre! —Mi pulso se aceleró de golpe, porque no esperaba que compitiera en el torneo. Desvié la mirada hacia Tara, que se encogió de hombros, como si la cosa no fuera con ella.

Seguro que estaba al corriente de que participaba y me la había jugado a sabiendas de que no podía quedar mal con mi hijo y largarme para no verla.

Stacey se me acercó por la derecha.

—Hola, Cole.

—Stace.

—Pensaba que te animarías a competir después de las clases particulares que te dieron.

—Si hubiera sido con hacha, o con balón, igual me lo habría planteado. No me sentía preparado.

—Quizá podrías pedir más clases y presentarte al del año que viene —sugirió, alzando las cejas.

—Preguntaré en Nueva York, a ver si hay algún buen profesor. —Mi respuesta la hizo arrugar el ceño.

—Tú sabrás lo que haces, aunque desde ya te digo que la mejor profesora está en Saint Valentine Falls. —Eso no lo ponía en duda—. Voy a hacer las entrevistas a los participantes.

Mis ojos volvieron a Jane, quien estaba espectacular. Llevaba un pantalón de cuero negro que enmarcaba sus piernas, botas de caña alta, blusa blanca de manga larga, un corsé que moría bajo su pecho, y unas piezas en los antebrazos de cuero labrado, además del guante que usaba para tirar.

Se había recogido el pelo en una trenza y montaba a Snow Flake, de la caballeriza Wyatt.

—¿A que le queda bien el traje de arquera? —preguntó mi hijo.

Tara me contemplaba con una sonrisilla petulante en los labios para escuchar mi respuesta. Dudaba que se hubiera perdido el repaso que acababa de darle.

—Tu madre es una mujer muy guapa, es imposible que algo le quede mal.

—Pues verás cuando empiece a disparar —murmuró Tara. Un día de estos la iba a estrangular.

La prueba era un circuito de habilidad con varias etapas, puntuaba tanto el tiempo en hacer el recorrido, el salto de obstáculos y el acierto al disparar. Se necesitaba mucha destreza, tanto en la monta como en el disparo, me preocupaba que Jane pudiera hacerse daño.

—¿Seguro que está lista para esto? —pregunté preocupado en dirección a mi amiga.

—¿Y tú lo estás? —cuestionó, dirigiendo la mirada a mi rodilla. Apreté los labios y volví a fijarme en los participantes sin responder.

Además de los Wallace, había otros diez hombres y tres mujeres. Algunos de ellos eran visitantes que querían probar suerte y ganar el vale de seis mil dólares del premio. No era dinero en efectivo, sino que se podía usar para comprar en comercios, comer en el restaurante, desayunar en la cafetería o utilizar en el resto de servicios que ofrecía el pueblo para incentivarlo.

El señor Wyatt presentaba el acto y el jurado estaba compuesto por arqueros profesionales y personas dedicadas a la cría de caballos.

La primera prueba era una línea recta en la que habían distribuidas varias dianas a distintas alturas y profundidades. Los participantes tenían que lograr el mayor número de aciertos en el centro de las dianas galopando a la máxima velocidad posible. Al finalizar la recta, venía el primer obstáculo, había un total de siete. Saltos de barreras, de fardos de paja y un par de zanjas con agua. No solo había que montar, entre medias de los obstáculos había más dianas y los arqueros tenían que ser lo suficientemente diestros y rápidos para coger el arma, disparar y volver a colgársela antes del siguiente salto.

Al llegar a la línea de meta, el jinete tendría que desmontar y atravesar con sus flechas una inmensa lluvia de corazones, cuantos más atravesaran, más puntos.

Se precisaba muchísima habilidad, control y fuerza en los cuádriceps, en los ejercicios que incluían monta y disparo, porque el arquero solo podía sujetarse con las piernas.

Los participantes fueron saliendo uno a uno, animados por el grupo de gente que acompañaba a cada jinete hasta el momento del ejercicio, entonces, el señor Wyatt exigía absoluto silencio.

Empezaba a caer el sol y el recorrido estaba iluminado por antorchas.

—¡Qué emocionante! —murmuró Tara cuando Travis emergió montado en Bandido—. ¡Vamos, Travis! —gritó ella, dando palmas junto al resto de los Wallace, que se acababan de unir a nosotros.

Él le sonrió y le guiñó un ojo. Yo hice un silbido que solía emplear de pequeño cuando queríamos darnos ánimo. Él desvió su mirada hacia mí y cabeceó sin acritud.

El señor Wyatt hizo sonar la bocina y Travis salió veloz como un rayo, lanzando las flechas tan rápido que apenas se veían.

Los habitantes de Saint Valentine aplaudieron con fervor, la mayoría de las flechas estaban en el centro de la diana, salvo alguna que se había quedado muy cerca. Y el tiempo empleado había sido una maldita locura. Prosiguió el circuito saltando los obstáculos de una manera muy limpia, lanzando cada flecha cuando correspondía y sin decaer en ritmo o precisión. Cuando llegó la última prueba, los corazones empezaron a caer y Travis disparó todas las flechas que le quedaban a un ritmo pasmoso que enloqueció a sus vecinos, no en vano, tras el recuento, se colocó en primera posición arrancando cientos de vótores.

—Y colocándose en primer lugarr. Travis Tiburón Carterr. Veamos si los demás participantes son capaces de derrotar a uno de nuestros campeones de los últimos años.

—Tranquilo, papá, que el tío Trav no tiene nada que hacer con mamá —dijo mi hijo muy seguro de sí mismo.

No dije nada y centré mi atención en el resto de concursantes. Solo faltaba ella, la única que podía arrebatarse el trono a Travis.

Jane era la última en participar y yo tenía un nudo en el pecho desde que la antepenúltima tiradora sufrió una aparatosa caída que incluyó una fractura abierta de tibia al salir propulsada en uno de los obstáculos. Se la tuvo que llevar la ambulancia.

—Creo que voy a vomitar —murmuré para mí. La mano del padre de Jane palmeó mi hombro con complicidad.

—No le va a pasar nada, confía. Nuestra Jane salió a su antepasada, es pura dinamita.

Qué remedio me quedaba. Confiar en que no se partiría el cuello y me quedaría viudo y con un hijo, sin haberme casado nunca con ella.

—¡Dales duro, mamá! —profirió Levi. Ella miró hacia nosotros y su rictus de concentración se dulcificó.

Me miró por una fracción de segundo y volvió a centrarse de inmediato.

La bocina sonó, ella dio un alarido de guerra y mi estómago se contrajo por completo al verla galopar de aquel modo tan feroz. Si no hubiera sabido que era ella, habría pensado que se trataba de una india salvaje habituada a montar a pelo y arrancar cabelleras.

La única palabra que podía definirla era espléndida. No se notaba nada que había necesitado pasar los últimos días en cama.

Los ojos de mi hijo brillaban y los de Jane fulguraban bajo las antorchas. Las flechas se clavaban con una precisión sorprendente, y cuando llegó a la zona de salto, parecía fundida en el lomo del animal.

No se le escapó un maldito objetivo y juraría que ni siquiera frenó al caballo cuando descendió

de un salto granjeándose un montón de aplausos y silbidos. La trenza se le había desatado y el pelo se ondulaba en su cara mientras los corazones llovían sobre su cabeza y Jane los atravesaba, del mismo modo que llegó a hacer con el mío. De un modo inesperado y letal.

Al arrojar la última flecha, se hizo un silencio absoluto que terminó con una euforia que nos envolvió a todos, nadie era capaz de no silbar, gritar o aplaudir. Era Calamity Jane en estado puro.

—¡Con todos ustedes, nuestra *sheriff* más audaz, Jaaane Wallaaace! —espetó el señor Wyatt—. Vamos con el recuento de puntos porque este año está de lo más reñido.

Para mí daba igual quién ganara el concurso, eso era lo de menos, porque esa jodida Calamidad fue la única capaz de disparar su arco contra mí y acertar.

—Ahora vuelvo —le murmuré a mi hijo mientras este festejaba la competición que acababa de hacer su madre.

Necesitaba alejarme del tumulto, coger aire y respirar.

Capítulo 54



JANE

No había sido mi mejor año, pero me sentía orgullosa de haber podido competir y quedar segunda.

Había atravesado algunos corazones menos que Travis porque me molestaba la espalda y no tenía la velocidad habitual, y llegué a meta un par de segundos más tarde.

Aunque obtuve mejor puntuación en las dianas, me quedé a medio punto de él en el recuento final.

—No ha sido justo —protestó Levi enfurruñado.

—Oye, enano, ¿estás diciendo que tu tío no se merecía ganar?

Travis le revolvió el pelo.

—Mamá lo hizo genial y además estaba convaleciente, eso tendría que haber contado.

—Para el año que viene, propondremos un concurso para tullidos y seguro que lo peta —le tomó el pelo Trav.

—Para el año que viene estaré al cien por cien y te meteré todas esas flechas por donde te quepan —lo amenacé con una sonrisa.

—Uhhh, qué miedo... —hizo que temblaba, quitándose el sombrero para ponérselo a Tara y darle un beso muy lascivo. Mi cuñado Derek dio un silbido y Luke proclamó que se buscaran una habitación.

—Lo haremos, pero después del concurso de cartas de San Valentín y celebrar el cumpleaños del traidor de mi sobrino, al que le pondré tarta de acelgas en lugar de chocolate con fresas. —Mi hijo lo miró amenazante, y Trav estalló a carcajada limpia.

Stace y Dax se acercaron para felicitarme mientras yo estiraba el cuello y rebuscaba entre la gente.

—¿Habéis visto a Cole? —les pregunté.

—Lo vi antes, pero hace rato que no, ¿por? —respondió mi mejor amiga.

—Nada, no importa.

—Uy, ¿y esa cara? —Negué.

—En serio que no importa, da igual.

—¿Quieres que vaya a buscarlo? —se ofreció mi ayudante.

—Si no quiere estar aquí, no hace falta forzar a nadie. —Mis amigos me miraron con cara de lástima—. Venga, chicos, que es el último día de festival y toca disfrutar.

—Me han dicho que los que tocan en directo después en la carpa son muy buenos —comentó Stacey.

—Seguro que sí —contesté, intentando mantener una conversación sin que se me notara la decepción que sentía.

Minutos después, fuimos todos juntos hasta el escenario. Mi padre compró algodón de azúcar para todos, era una tradición Wallace, una buena ración de azúcar para escuchar las cartas más almibaradas del concurso estrella del pueblo.

El ganador de cada categoría tenía que subir al escenario y leer la suya, además de decir a quién iba dedicada. En parte, por eso yo nunca presenté las mías, sentía pavor a que Cole pudiera reírse de mis sentimientos delante de todo el mundo.

Ocupamos la tercera fila al completo. Solo los primeros en llegar conseguían aposentarse, el resto debía aguardar de pie.

Esa vez, el presentador era el director de la oficina de correos, el señor Carmichael, ya que esa iniciativa partía de su familia, por eso de que no se perdiera la costumbre de escribir cartas de amor, era una manera para incentivarlas.

Las más divertidas solían ser las de los más pequeños, con las que los adultos soltábamos más de una carcajada.

Fueron pasando los ganadores de las primeras categorías y, al llegar a la de adolescentes, que englobaba los chavales de doce a dieciséis años, Emily Douglas subió al escenario. Cuando leyó la suya y dijo que iba dirigida a Levi Wallace-Carter, mi hijo se puso rojo como una guinda y mis hermanos se pusieron a palmearlo y frotarle el pelo.

A mí se me encogió la tripa al oír el apellido de Cole y el mío unidos al nombre de nuestro hijo y me sentí fatal por haberlo enviado todo al garete.

Como era tradición, cuando Emily terminó con las mejillas sonrojadas y la respiración algo superficial, mi hijo subió las escaleras, le dio las gracias y besó su mejilla. Sus tíos silbaron, y él negó algo abochornado.

—¡Eres un donjuán como tu padre! —vociferó Travis, y todos mis hermanos rieron. Mi hermano ya no parecía tan incómodo con la idea de que fuera hijo de Cole, lo que me llenaba de alivio.

Siguieron las lecturas hasta que llegó la categoría adultos, que englobaba de veinticinco en adelante.

El señor Carmichael se dirigió a los congregados.

—Este año tengo que decir que ha sido uno de los más difíciles, no solo por el nivel de las cartas, que ha sido muy alto, sino porque además es el primero que me encuentro en toda mi carrera en el que no he sido capaz de escoger entre las dos que más me han gustado, así que aquí las tengo, dentro de esta caja del amor, y lo que voy a hacer es que los dos finalistas las lean en voz alta y el vencedor lo decida el público. Ganará quien más minutos de aplausos coseche, ¿lo veis justo?

—¡Sí! —voceó todo el mundo entusiasmado.

Estaba tan acongojada que ni siquiera pude abrir la boca.

—Muy bien, pues el título de la primera carta es... —El señor Carmichael metió la mano en la caja forrada de corazones rojos y sacó un sobre en el que aparecía el título—. *Jodido Cupido*, de Jane Wallace. Un fuerte aplauso para nuestra finalista de tiro con arco que aspira a ganar el primer concurso de cartas a San Valentín al que se presenta.

No las vi, pero sí sentí todas aquellas miradas apelotonándose encima de mí. Mi respiración se volvió errática y me puse a temblar como una hoja. Estaba claro que si había saltado de cabeza al precipicio fue porque, en el fondo, esperaba haber conmovido lo suficiente al señor Carmichael como para que me dejara leerla delante de todo el mundo e intentar recuperar a Cole con el último cartucho del que disponía. Lo que no esperaba era que se fuera antes de escucharla. Me sentía espantosamente ridícula.

—¿Jane Wallace? —preguntó el señor Carmichael con insistencia.

—Mamá, esa eres tú, tienes que levantarte —me espoleó Levi.

—No-no sé si puedo —mi hijo me agarró la mano con muchísima fuerza.

—Claro que puedes, eres la persona más valiente y que más admiro del planeta.

—Ese es tu padre —lo corregí.

—Puede que te haya dado esa impresión, pero no es cierta, os quiero y os admiro a los dos. Vamos, mamá, ¡hazlo!

Sus ojos decían que no mentía, que esperaba de mí ese acto de amor y valentía.

—Está bien, tú ganas.

Me puse en pie y subí al escenario en mitad del silencio más absoluto. El señor Carmichael me cedió el atrio. No había rencor en su expresión, aunque fuera la causante de que su hija se marchara del pueblo un día después de que le saltara las fundas de los dientes. Su mujer me lanzaba miradas de desprecio apoltronada en la silla que quedaba en una esquina del escenario, junto a la de su marido.

Revisé las caras de los congregados una vez más llena de temores, di un sorbo al vaso de agua que tenía delante y carraspeé.

—Me voy a limitar a leer la carta porque ahora mismo estoy muy nerviosa y debo tener la tensión arterial y las pulsaciones al borde del colapso, así que intentaré hacerlo sin atragantarme y mientras me siga latiendo el corazón.

—Tranquila, *sheriff*, ¡que somos especialistas en RCP! —gritó uno de los chicos de la ambulancia.

—Mi hijo te lo agradece, Dex —respondí.

La gente rio y yo me sentí un poquito más relajada. Miré a mi familia y solo vi expresiones de complicidad y de apoyo. Las manos me seguían temblando sin control y estaba convencida de que las letras bailotearían delante de mis ojos.

—Bien, deseadme suerte, allá voy, mi carta empieza así: Querido Cole Carter.

Capítulo 55



JANE

—Me pasé diez años escribiéndote cartas que nunca me atreví a presentar, y después de aquellos diez, seguí mandándotelas mentalmente porque era incapaz de no hacerlo. Nunca creí ser suficiente, no solo para ti, sino en general. Alguien me dijo una vez que las hermanas medianas desaparecen, y yo encima era la única chica, creo que por eso siempre cometí travesuras, porque pensaba que, si dejaba de hacerlas, dejarían de pensar en mí.

Vi a mi madre llevarse las manos al pecho y contener unas lágrimas que empezaban a asomar en sus ojos.

»Estaba tan acostumbrada a que todo el mundo me considerara un chico Wallace que fui incapaz de darme cuenta de que tú siempre me viste, de que siempre estuviste ahí, de que cuando estabas a mi lado, todo dejaba de importar porque volvías mi mundo más brillante, más bonito, más real.

La voz me tembló.

»No sé cuándo me enamoré de ti, quizá desde que pusiste un pie en casa lleno de barro alegando que si tu madre te veía de aquella guisa, te iba a matar. —El público rio—. O puede que fuera cuando le metiste aquella rana en el calzoncillo a Trav y mi hermano se puso a dar saltos por toda la casa gritando que alguien le quitara ese bicho antes de que se le colara por el ojete. —Más risas. Y mi hermano gritando un: «¡Éramos unos críos!»—. La cuestión es que no he dejado de estarlo nunca, aunque traté de odiarte, porque te culpé al hacerme sentir la persona más increíble del mundo la primera y última noche que estuvimos juntos, y estaba segura de que nunca me volvería a ocurrir. Tengo que decir que no me equivoqué.

Cogí aire para proseguir sin levantar la mirada de la carta, porque estaba segura de que, si lo hacía, me vendría abajo.

»Cuando supe que un bebé, tu bebé, crecía en mi tripa, tuve mucho miedo, era una cría y ni siquiera sabía lo que iba a ser de mi vida, como para criar un bebé, pero jamás pasó por mi cabeza deshacerme de él. Para mí, Levi fue una bendición, porque sabía que, de algún modo, siempre estarías en mi vida y atesoraría lo que fue hecho con tanto amor.

»Ahora ya sabes que, cuando supe de su existencia, te escribí, y cuando no obtuve respuesta, pensé que todo había sido una farsa por tu parte, que lo que compartimos fue una exageración mental transitoria de mi parte, que no te importaba tanto como tú a mí, y decidí olvidarte, seguir

con mi vida y odiarte, porque si te odiaba, era mucho más fácil superar el dolor que me impedía seguir con mi vida y respirar.

»Por eso, cuando apareciste hace unas semanas, quince años después, convertido en la estrella que nuestro hijo admiraba, sentí un terror muy profundo e irracional. Pensaba que en cuanto supieras que Levi también te pertenecía, querrías llevarte lo único que todos estos años me había sostenido, y siento mucho, muchísimo, haber hecho las cosas tan mal, porque ahora estoy segura de que él habría sido una alegría para ti tanto como lo fue para mí, y lo habríamos podido solucionar.

»Te ganaste mi corazón día tras día, año tras año, con tus sonrisas, con tus comentarios divertidos y esas miradas que no me hacían sentir un bicho raro, sino mariposas en el estómago. Nunca pensé que aquel día que caímos a la fuente del Jodido Cupido nos marcara para siempre, y ahora no me avergüenza decir delante de todo el mundo que, por mucho que tus sentimientos hayan cambiado hacia mí por lo que te hice, yo siempre te querré y estaré enamorada de ti. Ojalá hubiera sabido hacer las cosas mejor, pero ya me conoces, siempre he sido una calamidad, incluso para el amor.

»Tu vecina de enfrente y la madre de tu hijo.

»Calamity Jane.

Cuando levanté la mirada, con el calor de unas lágrimas que ni siquiera me había percatado de que inundaban mis mejillas, vi a muchas personas empatizando conmigo, llorando y sonándose con pañuelos.

Levi se levantó, enjugándose el rostro con la manga de la chaqueta, y corrió sin pensarlo en dirección al escenario para saltar y darme un abrazo que fue premiado con un montón de aplausos y vítores, incluso vi a Travis llevarse los dedos a los lagrimales. El señor Carmichael apareció detrás de mí murmurando que había sido precioso. Me hice a un lado cediéndole el atril.

—¿Entienden ahora por qué tenía que ser una de las cartas finalistas? —Los asistentes respondieron con silbidos, gritos y más aplausos—. Por favor, *sheriff*, ocupe una de las sillas traseras del escenario. Levi, puedes quedarte con tu madre si quieres. —Los dos asentimos—. Muy bien, pues ahora demos paso a la siguiente carta, *Lo que el huracán se llevó*, de nuestro querido entrenador, Edward Pettigrew.

—¡Un momento! —La voz hizo que todas las cabezas se giraran y se abriera un pasillo en mitad de toda la aglomeración de gente que permanecía de pie. Mi corazón se puso a tronar como un loco porque reconocí la voz de Cole.

Este avanzó con paso firme entre el gentío. Me puse a temblar de nuevo y noté la mano de Levi agarrando la mía.

—Tranquila, mamá, verás que todo sale bien —musitó mi hijo sin que pudiera apartar los ojos de su padre.

Cole subió al escenario con total desenvoltura con los ojos puestos en el señor Carmichael.

—¿Sí, hijo? —le preguntó.

—Bueno, creo que esa carta era para mí, y la tradición es, si no me equivoco, que el receptor le dé las gracias a la persona que la ha escrito.

—Em, sí, sí, por supuesto. Señorita Wallace, ¿puede venir aquí, por favor?

«Dios, dame fuerzas», pensé, porque creí que las rodillas no me sujetarían.

Caminé sin tanta seguridad de la que hacía gala siempre y me puse frente a Cole con paso inseguro, estaba más guapo que nunca, y yo tenía muchísimo pavor a lo que pudiera decirme.

—Hola, Jane —me saludó. Yo le sonreí temblorosa—. Cuando antes te vi en la competición de tiro con arco, supe que tenía que hacer una cosa y me alegra haber llegado a tiempo de escuchar tu carta, ha sido preciosa.

—Gracias.

—Yo también tengo una carta que leerte, hace unos días, les pedí a mis padres que entraran en el ordenador e imprimieran la carta que llevo guardando quince años en un archivo que jamás he podido borrar, y me la mandaran por correo urgente. Ya sabes que nunca he tenido la letra muy bonita, así que cuando te la escribí, lo hice a ordenador. Con los acontecimientos de los últimos días, se me olvidó mirar si la tenía en el buzón y..., efectivamente, allí estaba. —Cole sacó la carta del interior de la chaqueta y miró entre el público—. Sé que al entrenador Pettigrew no le importará que le robe unos minutos. —El hombre hizo un ademán con la mano de adelante—. Y tampoco a nuestro director de correos después de que fuera una de las pocas cartas que se le extraviaran... —Al señor Carmichael se le enrojecieron las mejillas y carraspeó asintiendo.

Cole sacó el sobre, lo abrió y extrajo el papel de su interior, colocándolo en el atril como hice yo minutos antes.

En cuanto su voz profunda leyó el saludo, supe que estaba perdida para siempre.

Querida Calamity



Llevo un par de meses en Nueva York y soy incapaz de dejar de pensar en ti. Echo de menos el pueblo, el río, la montaña y salir cada mañana a la ventana para ver si estás allí asomada, dispuesta a bajar por el árbol.

No sé si la noche que compartimos significó lo mismo para ti que para mí, pero, por favor, si lo fue, si sentiste que yo era tu persona en el mundo, si pensaste que lo nuestro podría ser una realidad, dímelo. Te juro que me estoy muriendo por dentro y escribir se me da fatal.

Soy incapaz de centrarme o de jugar, los días pasan y en lo único que pienso es que el fútbol carece de sentido si tú no estás.

No soporto la idea de estar aquí sin ti, los edificios se me hacen demasiado altos, demasiado grises y demasiado vacíos.

Sé que no hemos tenido tiempo de intentarlo, que fui un cobarde por largarme antes de que despertaras o por no decirle a tu hermano que siempre me

gustaste, que aunque existiera esa promesa estúpida de no tocar a la hermana de tu amigo, ahora me parece una soberana gilipollez. Yo jamás haría algo que pudiera dañarte, te quiero y deseo hacerte feliz, por encima de todas las cosas, así que, aunque Trav sea un cabezota, haré todo lo que esté en mi mano para hacérselo entender. Solo dime que sientes lo mismo por mí y cogeré el primer avión para volver.

Me da igual no ser un Giant o tener que estudiar en Missouri, en lugar de Nueva York, si me dices que sientes lo mismo que yo.

Te necesito y te quiero con toda mi alma, no quiero entregarle mi corazón a otra persona que no seas tú, por favor, Jane, dime que vaya e iré.

Siempre tuyo, el idiota de tu vecino,

♡ Cole Carter ♡

Capítulo 56



COLE

Cuando terminé de leer, miré el rostro de Jane, que estaba inundado en lágrimas, con los ojos brillando más que nunca de aquel color verde intenso que tanto me gustaba.

—Y ahora quiero añadir que, aunque hicieras las cosas mal, aunque no me contaras lo de Levi, puedo entender a esa chica asustada de dieciséis años que le envió una carta a su vecino que nunca leyó. Y puedo perdonar a esta Jane de treinta y uno por tener miedo de perder a su único hijo. No tenías por qué saber cómo actuaría tras la noticia y estabas en tu derecho de dudar de mis intenciones, no obstante, jamás te habría quitado la custodia, yo no soy así.

—Lo-lo sé, lo siento muchísimo, Cole. —Le quité algunas de las lágrimas.

—Yo también sé que lo sientes y por eso te perdono, si tú también me perdonas a mí por no volver en todo ese tiempo que me estuviste esperando. Por no dejar al margen esa estúpida carta y luchar por ti, por nosotros, no merecías que dejara de hacerlo a la primera derrota. En mi favor diré que yo tampoco podía soportar la idea de que no me quisieras tanto como yo a ti, nadie me había tumbado como tú, y fue un error rendirme a la primera. ¿Me perdonas?

—Sí —murmuró, enjugándose ella misma las lágrimas.

—Esta semana no te fui a ver porque sabía que si lo hacía no podría volver a Nueva York y tengo que hacerlo. —Su rostro se contrajo y asintió—. Aunque no por lo que tú piensas —suspiré, era ahora o nunca—. Voy a comunicar al entrenador de los Giants mi intención de retirarme del fútbol profesional para siempre debido a mi lesión, y si el señor Pettigrew me acepta, me postularé a ayudante de entrenador indefinidamente hasta que decida echarme.

—¡El puesto es tuyo hasta mi jubilación, hijo! —gritó el hombre, ganándose varias risas.

—Cole... —murmuró sorprendida—. No tienes que hacerlo si de verdad piensas que...

—Shhh, espera, no he terminado, no es a lo único que quiero postularme. —Volví a meter la mano en el interior de mi chaqueta, saqué una cajita e hiqué rodilla. Vi cómo Jane se estremecía—. No solo fui a por la carta, también secuestre al señor Melbour para que me abriera su joyería. ¡Gracias, señor Melbour!

—¡De nada, Cole!

—Necesitaba esto para poder hacer bien las cosas y decirte que siempre fuiste lo primero, aunque nunca te lo dijera y no lo supieras. —Abrí la caja y le mostré un precioso solitario de diamantes y una única esmeralda en talla corazón. Ella contuvo el aliento—. Jane Wallace, mi

pequeña intrépida Calamidad, ¿quieres casarte conmigo, hacerme el hombre más feliz del mundo y que así pueda dejar de hacer el capullo de una vez por todas?

—Como le digas que no, hermanita, ¡le vuelo las pelotas! —exclamó Travis, dándonos su particular bendición, que me hizo sonreír.

A ella le tembló el labio. Y finalmente asintió.

—¡Sí, quiero!

El pueblo enloqueció, le puse la alianza en el dedo, me levanté y la besé con todas mis ganas, después la cargué en brazos y, en mitad de toda la algarabía, la bajé del escenario, y eché a correr.

—¡¿Qué haces?! —preguntó con todo el pueblo pisándonos los talones.

—Ahora lo verás.

No me detuve hasta llegar a la fuente de Cupido y, una vez estuvimos delante, la miré con todo el amor que sentía.

—No, Cole Carter, no irás a... —Me subí al borde—. ¡Estamos en febrero, de noche y ese agua estará helada!

—Eso ha sonado a muy de madre.

—¡Soy una madre!

—Después ya te haré entrar en calor —prometí sin dudarlo. Le tenía demasiadas ganas—. ¿Qué te parece? ¿A la de tres, pequeña Calamidad? No me negarás que se lo debemos —alcé las cejas y la miré desafiante, ella bufó y miró en dirección a la figura de aquel angelote alado cargado de flechas que parecía guiñarnos un ojo.

—A la de tres —terminó concediendo y yo la besé.

—¡Tres! —proclamó mi mejor amigo, dándome un empujón por la espalda que nos llevó directos al agua.

Epílogo



JANE

Imposible, era literalmente imposible, tenía que tratarse de un error.

Miré a Stace, que estaba sentada a mi lado mientras las dos observábamos el test de embarazo que me había obligado a hacerme después de que llevara prácticamente toda la semana vomitándole a Dax en los pantalones.

Yo insistí en que era un virus estomacal, y mi mejor amiga que era un embarazo a la altura de una catedral.

—Ja, te lo dije, positivo. Este puñetero Carter, donde pone la flecha, enciende la mecha. Lo que no comprendo es que no tenga por ahí una legión. —Volví a mirar sin dar crédito las dos rayitas que indicaban que, efectivamente, estaba embarazada.

—Es imposible, solo lo hicimos el fin de semana que... Bueno, ya sabes, el de las cartas, y antes de que se marchara a Nueva York.

Cole llevaba un mes fuera, aunque nos llamábamos a diario, lo estaba organizando todo para volver a Saint Valentine Falls e instalarse definitivamente. Todavía no habíamos puesto fecha para la boda, aunque mi madre sugirió esperar a verano para que sus padres pudieran asistir cuando tuvieran vacaciones.

—¿Y qué condones usaste? No serían los que nos regaló la señora Atcher para la despedida de soltera de su nieta, te recuerdo que estaban tejidos a ganchillo.

—No soy tan estúpida, lo hicimos con los que compramos esa vez en Saint Louis, y después con los que tenía Cole. Los míos estaban perfectos porque me ocupé de guardarlos en un lugar seco y oscuro.

—¡Por el amor de Dios! ¡Eran condones, no vampiros! Y si son los de Saint Louis, ¡ya deberían estar desintegrados! ¡Te recuerdo que fuimos a esa ciudad hace siete años!

—¿Y qué? Son de látex, eso no caduca.

—Eso se lo cuentas al mini Carter que crece en tu barriga.

—¡Mierda! ¡¿Qué voy a hacer?!

—Pues contárselo a su padre, y esta vez ni se te ocurra enviarle una carta. —Hice rodar los ojos—. Llámalo de inmediato.

—No voy a decírselo por teléfono —gruñí, poniéndome en pie mientras Eros correteaba nervioso y se ponía a ladrar sin sentido por la cocina—. Esperaré a que vuelva.

—¿No hemos vivido esto antes? —Guardé el predictor en el bolsillo trasero del pantalón.

—Ni se te ocurra llamarlo que nos conocemos, Stace, quiero decírselo yo.

—Vale, pero es importante que lo sepa ya, ¡Cole lo tiene que saber!

—¿El qué? —Me di la vuelta con el susto todavía metido en el cuerpo para encontrarme con el guapísimo hombre de mi vida, maleta en mano.

—¡¿Qué haces aquí?! —pregunté sin dar crédito a tenerlo delante. Lo último que me dijo la noche anterior era que todavía le quedaba mínimo una semana para volver.

—¡Sorpresa! Yo también te he echado de menos, Calamidad, no soportaba más tiempo en la gran ciudad sin ti —murmuró, llegando hasta mí para abrazarme y besarme con ganas.

—Vale, yo me marchó antes de que la cocina se convierta en Pornhub, pero recuérdale a tu prometida que te cuente lo que te tiene que decir. Vamos, Eros, ¡que hoy te saco yo a pasear!

Stacey cogió la correa y se marchó con nuestro perro.

Levi todavía estaba en el entrenamiento. Terminé un poco antes mi jornada laboral porque había vaciado el café de la tarde encima del pobre Dax. Cuando aparecimos por casa de Stace para que se cambiara la camisa y el pantalón, esta insistió en comprar el test de embarazo y acompañarme a hacerme la prueba.

Cole dejó de besarme y pasó su nariz por la mía, yo suspiré acariciándole el pelo por detrás, le hacía falta un buen corte.

—¿Me has echado de menos? —preguntó.

—Ya sabes que sí.

—Pues no me lo ha parecido cuando me has visto hace unos segundos.

—Eso es porque acababa de enterarme de algo que... Ni siquiera sé cómo catalogarlo.

—¿Qué pasa, Jane? Sabes que puedes contarme lo que sea —musitó cariñoso.

—¿Y me prometes que no te enfadarás? Voy a alegar en mi defensa que no tenía ni idea de que eso podía caducar.

—¿Estamos hablando de la cena? ¿Qué has hecho ya, pequeña Calamidad? —Saqué el test que había guardado en el bolsillo trasero de mi pantalón.

—Lo siento mucho, Cole, en serio... —Él estrechó los ojos.

—¿Tienes covid? —Casi estallé en una carcajada.

—No, lo que tengo yo no se contagia. Más bien se trata de un embrión alojado en mi útero, o dos, o tres, que en mi familia nunca se sabe.

Él parpadeó dos veces, volvió a mirar el test de embarazo, después a mí y sus neuronas se encargaron de hacer las conexiones suficientes mientras yo parloteaba explicándole lo de los condones de Saint Louis.

—¿Estamos embarazados? —preguntó cauto.

—Eso parece. Te juro que yo no sabía que...

No me dejó terminar la frase porque me besó con tanta pasión y alegría que me dejó sin aliento, me dio un par de vueltas en el aire llenándolo de carcajadas. Me bajó al suelo, me tomó de la mano y fue corriendo hasta la puerta para abrirla de par en par, fijando la mirada en el camión de mudanzas que había plantado frente a su casa.

—¡Estamos embarazadoos!

Un grupo de trabajadores que estaban descargando un sofá sonrieron encantados.

—¡Enhorabuena, señor Carter! —Cole cerró la puerta y me volvió a abrazar.

—¿Te alegras? —cuestioné. Él me miró a los ojos.

—¡¿Bromeas?! ¡Es el mejor regalo que podrías haberme hecho! ¡Tendremos un bebé y esta vez podré ejercer de padre desde el principio! —Sonreí, porque al verlo tan feliz, yo pude sentir lo mismo, aquel cosquilleo que solo te producen las noticias buenas de verdad, las que sabes que van a traer muchas alegrías a tu vida—. No estaba seguro de si querías tener más hijos o no, porque no tuvimos tiempo de hablar sobre ello, pero si tú quieres, yo voy a por todo el equipo.

—¡¿El equipo?! —pregunté ahogada.

—Te confieso que siempre sentí mucha envidia de Trav, de que fuerais tantos hermanos, era terriblemente divertido estar en tu casa, así que si tú quieres, podemos intentar superar el récord de tus padres. Ahora voy a tener mucho tiempo libre y los críos se me dan genial. Te prometo que si hace falta, me compro una de esas tetas que emulan una de verdad a lo Robert De Niro en *El Padre De La Novia*. —La imagen se me antojó de lo más cómica.

—¿Por qué no empezamos con este y luego ya veremos?

—Trato hecho. Te amo tanto, Jane, verás cuando mis padres se enteren de que van a tener otro nieto —murmuró, besándome de nuevo—. Se mudan a Saint Valentine en un par de meses, por eso me he traído algunos muebles.

—¿En serio? —Cole asintió.

—Se mueren de ganas de ejercer de abuelos, conocer a Levi, ayudarnos con la boda y dudo que me equivoque al afirmar que, en cuanto se enteren, querrán malcriar al que vendrá. Me haces muy feliz, *sheriff* Wallace.

—Y tú a mí. —Atrapé sus labios. No podía dejar de besarlo pensando en lo afortunada que era.

—Por cierto, Tara me ha dicho que vaya buscando alguna propiedad en la que pueda instalar una consulta.

—¡¿En serio?! —Travis había estado algo mustio desde que la fisioterapeuta se marchó. No iba a reconocerlo, pero yo estaba segura de que le había tocado el corazón.

—Ajá, dijo que el pueblo la había conquistado y había visto posibilidad de negocio, aunque me da a mí que cierto vaquero gruñón y dueño de un restaurante tiene la culpa de ello.

—Pues no sabes cuánto me alegro, porque Trav también la ha echado de menos.

—¿Te importa si visitamos la clínica para que el doctor nos diga si todo va bien? Me haría muchísima ilusión estar en esa primera consulta contigo.

—¿Ahora? —Hizo un puchero. ¿Cómo iba a decirle que no?—. No sé si el doctor podrá atendernos.

—No perdemos nada por probar.

De camino, llamé a Stacey y le dije que se quedara en casa esperando a Levi, por si nos retrasábamos.

La señora Vilmont nos hizo pasar a la salita de espera, en cuanto Cole le contó el motivo de nuestra consulta de emergencia, dijo que su marido nos atendería sin dudarlo.

Veinte minutos después, Levi apareció en la consulta seguido de Stacey, con el rostro desencajado.

—Lo siento, ha oído la palabra médico y se ha puesto de los nervios.

—¡Mamá! ¿Estás bien? —preguntó agobiado. Desde que ocurrió lo de los forajidos, se preocupaba un pelín en exceso por mí.

—Sí, hijo, tranquilo, es una revisión rutinaria...

—Tú no te haces esas cosas. —Estaba tan nervioso que ni había mirado a su padre.

—Levi, no es nada, ¿has visto quién ha vuelto para quedarse?

Mi hijo contempló a Cole, que lo recibió con una sonrisa. Los dos se abrazaron.

—Hola, campeón, ¿qué tal el entrenamiento?

—¡Genial, papá, gracias! Hemos seguido todas las indicaciones que le diste al entrenador y vamos cuartos.

—¡No está nada mal! ¡Menuda remontada!

La señora Vilmont se acercó a la salita.

—En cinco minutos podrán pasar a la consulta, pero solo dos. No hay más espacio cuando se trata de realizar una ecografía.

Se dio la vuelta y salió tan ancha. Mi hijo me miró desencajado.

—¿Ha dicho ecografía? ¿Es-estás...?

—Bueno, eso dice el test de embarazo, pero estas cosas tiene que determinarlas un médico.

Los ojos de mi hijo se ampliaron y una sonrisa idéntica a la de su padre floreció en su cara.

—¡Voy a tener un hermano! —gritó—. ¡Por fin!

—O una hermana —lo corrigió Stacey.

—Bueno, eso da lo mismo, ¡tendré alguien a quien mandar por debajo de mí!

—Más bien alguien a quién proteger y cuidar —lo corregí.

—Si sale como tú, no sé quién cuidará de quién —comentó Cole encantado.

—Entonces, ¿te gusta la idea? —pregunté con la boca pequeña—. Nunca dijiste que quisieras uno.

—Porque no tenías con quién fabricarlo. Ahora es distinto. ¡Me encanta la idea, mamá! ¡Ahora ya seremos una familia con perro! —Verlo tan contento me llenaba de emoción.

—Vale, pues ahora que estás tan contento, vete con Stace y esperadnos en casa, ¿quieres?

—Mejor llamad a toda la familia y decidles que nos vemos en el restaurante de Trav, esta noticia se tiene que celebrar por todo lo alto —me contradijo Cole.

—¿No es un poco precipitado? —pregunté angustiada.

—Nah, contigo nada es precipitado, Calamidad.

La señora Vilmont vino a por nosotros y mi mejor amiga se llevó a Levi al restaurante, tal y como estableció Cole.

El doctor me hizo las cuatro preguntas de rigor, me pasó a la camilla y nos dio la enhorabuena en cuanto apareció la primera imagen que confirmaba el resultado del test.

—Efectivamente, como hemos supuesto, estás de seis semanas y ahí, justo ahí, está vuestro nuevo hijo —dijo, señalando la pantalla. A Cole se le humedecieron los ojos—. A ver si

podemos escucharle el corazón.

El médico puso el sonido a la par que mi prometido besaba mi frente y entrecruzaba los dedos con los míos.

Comenzó a escucharse el corazón de nuestro bebé y la emoción nos embargó.

—Ahí está el latido, pero... —Cole y yo nos sonreímos.

—¿Qué sucede? —pregunté angustiada.

—El latido no suena como debería... Un momento. —El doctor torció el cuello, movió un poco el ecógrafo y su sonrisa se amplió—. ¿Lo ven? —preguntó, volviendo a señalar—. ¡No es uno, vienen dos!

—¡Seeeh! —exclamó Cole, soltándome la mano para ir a por el doctor—. ¡Lo sabía, vamos a por el equipo!

—Ya puedes ir encargando el pecho de silicona —farfullé.

Cole soltó una carcajada y regresó a mi lado para besarme con todo el entusiasmo del mundo. Nunca me cansaría de ese sonido ni de ser el motivo que lo causara.

Miré al techo y casi pude ver la silueta de aquel angelote descarado al que había amenazado con romper todas las flechas. Nunca lo conseguí porque la realidad era que, cuando caí a su fuente, me atravesó con cada una de ellas.

Jodido Cupido, ¡qué feliz era!

Agradecimientos



Este libro jamás habría sido posible sin una llamada de teléfono y una reunión con JD Romero. Millones de gracias por el regalo de regalarme unas vacaciones navideñas con Cole y Jane. Como Santa Claus no tienes precio y de responsable de marketing tampoco, eres oficialmente el tío de la criatura así que muchísimas gracias por todo el apoyo.

A Santi, mi editora, me alegra muchísimo que me hayas acompañado en este libro, te hayas cruzado en mi camino y hayas captado tan bien todo lo que esta historia necesitaba para brillar. Eres única.

A Enrique, por esa llamada de teléfono que fue un chute de adrenalina (crucemos los dedos).

A los chicos y chicas de diseño por escuchar cada una de mis peticiones, perdonad por volveros locos.

En definitiva, a todo el equipo de milamores que ha puesto todo su corazón en este libro.

A mi familia, gracias por apoyarme, por entender que, aunque os dije que nos tocaban dos semanas para disfrutar en Navidad, me dierais mi espacio para que pudiera sacar este proyecto adelante.

A mis cero, benditas cero, que me acompañáis aventura tras aventura, dejando que mis musos se cuelen en vuestras vidas y bajo vuestra piel. Nani, Irene, Jean, Vane, Maca, Noe y Laura, chicas sois increíbles y os quiero muchísimo.

A mi pedazo de correctora Noni García y mis ojos de águila, Sonia y Marisa. Millones de gracias por el *sprint* final, los audios, la falta de sueño y darles brillo a nuestros chicos.

A ti, lector, que siempre estás ahí, libro tras libro, disfrutando de cada línea y dándome la gasolina que necesito para seguir tecleando. Gracias por permitirme vivir de mi sueño y acompañarme en el camino.

Espero que esta historia te dé todo lo que has venido a buscar y que la disfrutes tanto como yo.

Siempre que necesites amor, abre tu puerta y adéntrate en Saint Valentin Falls.

Índice

<u>Introducción</u>	<u>7</u>
<u>Capítulo 1</u>	<u>9</u>
<u>Capítulo 2</u>	<u>13</u>
<u>Capítulo 3</u>	<u>17</u>
<u>Capítulo 4</u>	<u>23</u>
<u>Capítulo 5</u>	<u>29</u>
<u>Capítulo 6</u>	<u>35</u>
<u>Capítulo 7</u>	<u>41</u>
<u>Capítulo 8</u>	<u>49</u>
<u>Capítulo 9</u>	<u>57</u>
<u>Capítulo 10</u>	<u>65</u>
<u>Capítulo 11</u>	<u>71</u>
<u>Capítulo 12</u>	<u>79</u>
<u>Capítulo 13</u>	<u>85</u>
<u>Capítulo 14</u>	<u>91</u>
<u>Capítulo 15</u>	<u>97</u>
<u>Capítulo 16</u>	<u>107</u>
<u>Capítulo 17</u>	<u>113</u>
<u>Capítulo 18</u>	<u>119</u>
<u>Capítulo 19</u>	<u>125</u>
<u>Capítulo 20</u>	<u>131</u>
<u>Capítulo 21</u>	<u>137</u>
<u>Capítulo 22</u>	<u>143</u>
<u>Capítulo 23</u>	<u>151</u>
<u>Capítulo 24</u>	<u>157</u>
<u>Capítulo 25</u>	<u>163</u>
<u>Capítulo 26</u>	<u>169</u>
<u>Capítulo 27</u>	<u>175</u>
<u>Capítulo 28</u>	<u>181</u>
<u>Capítulo 29</u>	<u>187</u>
<u>Capítulo 30</u>	<u>191</u>

<u>Capítulo 31</u>	<u>195</u>
<u>Capítulo 32</u>	<u>201</u>
<u>Capítulo 33</u>	<u>207</u>
<u>Capítulo 34</u>	<u>215</u>
<u>Capítulo 35</u>	<u>223</u>
<u>Capítulo 36</u>	<u>231</u>
<u>Capítulo 37</u>	<u>237</u>
<u>Capítulo 38</u>	<u>245</u>
<u>Capítulo 39</u>	<u>253</u>
<u>Capítulo 40</u>	<u>261</u>
<u>Capítulo 41</u>	<u>267</u>
<u>Capítulo 42</u>	<u>271</u>
<u>Capítulo 43</u>	<u>277</u>
<u>Capítulo 44</u>	<u>281</u>
<u>Capítulo 45</u>	<u>287</u>
<u>Capítulo 46</u>	<u>293</u>
<u>Capítulo 47</u>	<u>301</u>
<u>Capítulo 48</u>	<u>305</u>
<u>Capítulo 49</u>	<u>311</u>
<u>Capítulo 50</u>	<u>315</u>
<u>Capítulo 51</u>	<u>321</u>
<u>Capítulo 52</u>	<u>327</u>
<u>Capítulo 53</u>	<u>333</u>
<u>Capítulo 54</u>	<u>339</u>
<u>Capítulo 55</u>	<u>345</u>
<u>Capítulo 56</u>	<u>353</u>
<u>Epílogo</u>	<u>357</u>
<u>Agradecimientos</u>	<u>365</u>

«Si creías que La Rompebodas era el best seller
más redondo de **Rose Gate**, estabas equivocado.

Jodido CUPIDO

Métete las flechas por donde te quepan.

ROSE GATE

La sorpresa más estimulante de San Valentín ya tiene nombre.



TOXIC *